KAROLYN CISEAU



ACADEMIA DE VERANO

EL GUARDIÁN DEL FUEGO

ACADEMIA DE VERANO

EL GUARDIÁN DEL FUEGO

KAROLYN CISEAU

ÍNDICE

1. Cita con incidentes
2. ¡Bienvenidos al infierno!
3. A June le gusta mirar
4. Entra, si no es un pollo vudú
5. Enterraría un cadáver contigo
6. Tiene un nuevo mensaje
7. Ya basta
8. El gatito enseña las garras
9. Solo un montón de cenizas
10. Un plan sucio
11. No eres real
12. Mortalmente arrogante
13. ¿Te apetece un exorcismo?
14. Un par de bragas no es prueba suficiente
15. ¡No soy un maldito agente de viajes!
16. Tía Celeste te manda saludos
17. No puedo verte
18. Ladrón de ceniza
19. Muy divertido
20. La criatura del pantano
21. ¿Esto es la cocina de una bruja o un laboratorio de química?
22. Eso realmente fue suficiente bolas de fuego
23. El cine de mi cabeza necesita una clasificación por edades
24. Salto de cocodrilo para usuarios avanzados
25. Café con la sacerdotisa del sol
26. Quema peor que cualquier chile
27. ¡Un héroe de brillante armadura, por favor!
28. No es el Hilton
29. Aspiradora mágica
30. Sal, sal dondequiera que estés
31. ¿Quién necesita un perro guardián cuando tienes una cabra?
32. El enemigo acecha en todas partes, incluso en el café
33. ¿Quién quiere hacerse el héroe aquí?
34. La chica está llena de sorpresas

35. Siempre estos influencers
36. Una auténtica fiesta apocalíptica en el jardín
37. No hay nada que el chocolate no pueda curar

Quién ríe el último

Academia de verano. El guardián del fuego

Copyright © 2025 por Karolyn Ciseau

Drachenmond Verlag GmbH | Auf der Weide 6 | 50354 Hürth | Alemania

Todos los derechos reservados.

Edición y corrección: Textwerkstatt Anne Paulsen
Diseño de portada: M. D. Hirt
Traducción: Monica Lopez

mail@karolynciseau.de
www.karolynciseau.de

1

CITA CON INCIDENTES

EN AQUEL ENTONCES

La Academia de Verano era un lugar donde uno tenía que esperar cualquier cosa… y, sin embargo, yo no estaba preparada para perder a mi mejor amigo aquella fatídica noche. Era el último día antes de las vacaciones y el cielo estaba despejado y oscuro, cuando salí en silencio por la entrada lateral de la vieja villa. Los estudiantes de la Academia de Verano teníamos prohibido salir del edificio después de medianoche, pero Ash y yo habíamos leído que iban a llover estrellas fugaces, y no existía forma alguna de que nos las perdiéramos.

Una suave brisa jugaba con mi cabello rojo y agitaba las ramas de los magnolios. Su aroma alimonado me llegó a la nariz. Me arranqué un pétalo blanco y cremoso del hombro mientras caminaba descalza y de puntillas por la hierba que me llegaba hasta los tobillos. Los tallos me hacían cosquillas en los pies descalzos y levanté un poco mi larga falda azul noche para que no se ensuciara.

—¡Eh, June! Por aquí —susurró una voz familiar, suave y cálida, pero siempre con un toque de burla.

Entrecerré los ojos y reconocí a Ash, que apartó las ramas de un aligustre para que yo pudiera trepar hasta su escondite. Su cabello rubio plateado brillaba a la luz de la luna.

—Hazlo rápido, antes de que Jake de la guardia nocturna vuelva a hacer su ronda y te descubra. Me vendría muy bien un sermón suyo —dijo con una sonrisa irónica.

Lo ignoré.

—Ni siquiera llega hasta aquí atrás.

El jardín de la Academia de Verano era un laberinto encantado. Tenía innumerables caminos serpenteantes y rincones ocultos entre los árboles centenarios y los altos setos. De niños, Ash y yo jugábamos aquí al escondite. Imaginábamos que éramos intrépidos exploradores y que este verde reino era la tierra de las hadas, donde cada hoja y cada flor estaban habitadas por seres invisibles que nos observaban mientras explorábamos.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —pregunté mientras me recogía aún más la falda para no engancharme en las finas ramas.

Ash me tendió la mano para ayudarme. Poco después, me encontré en un pequeño prado rodeado de arbustos y setos.

—No tanto —dijo mientras yo escudriñaba el suelo con sorpresa.

Había colocado mantas y cojines; velas de té parpadeaban en vasos de colores y, junto a un plato de uvas, un cuenco de patatas fritas: mis favoritas. Tal cual descubrí cuando cogí una y tenía queso y jalapeño.

—¿Cuándo trajiste todo esto?

—Esta tarde.

Se dejó caer sobre la manta, se apartó un mechón de pelo de la cara y palmeó el asiento de al lado. Algo en todo esto me ponía nerviosa. Ash y yo éramos amigos, pero esto casi parecía una… cita.

—No sabía que fueras tan romántico —dije despreocupada y me senté a su lado.

—Siempre para ti, June.

No sabía si hablaba en serio o en broma. Así que cogí un puñado de patatas fritas, me tumbé boca arriba y miré al cielo estrellado. Dejaría que las cosas siguieran su curso.

Mucho cambió entre Ash y yo en los últimos meses. Ya no éramos niños. Cosas que antes eran casuales ahora estaban cargadas de significado, como este picnic bajo las estrellas, que de repente resultaba emocionante de una forma demasiado distinta.

—Solía mirar el cielo nocturno con mis dos madres —le dije—. Conocían muchas constelaciones y me las enseñaban todas. Pero, ¿crees que puedo recordar siquiera una de ellas?

Ash yacía tan cerca de mí que su hombro tocaba el mío. Olía a madera de cedro y a cálidas noches de verano. Dos olores que siempre asociaría con él.

—Esta es La sirenita —dijo, dibujando una forma imaginaria en el aire con el dedo—. Y ese el Oso panda.

—¿El oso panda? Estoy bastante segura de que no existe una constelación así.

—Oh, sí que sí. Esas son las orejas y esa es la cabeza. Y justo al lado encontrarás a June bailando, dando vueltas con el pelo al viento y la falda balanceándose.

—Me temo que tendrás que replantearte tu carrera como astrónomo —dije riendo—. La única June que hay está aquí a tu lado.

Giró la cabeza hacia mí y me miró con seriedad.

—Con eso me basta —dijo en voz baja.

Sus palabras me produjeron un cosquilleo desconocido. Yo también giré la cabeza y miré sus brillantes ojos azul hielo, que parecían tan infinitos como el cielo que nos cubría. Solo nos separaban unos centímetros y su cálido aliento estalló en mi mejilla.

—Ah, ¿sí? —gemí.

—Sí.

Tragué saliva. De repente tenía la boca terriblemente seca y no sabía dónde poner las manos cuando Ash me puso el dedo índice bajo la barbilla. Hizo una pausa. Esperaba a ver si lo apartaba o me acercaba a él. Una tormenta salvaje se desató en mi interior. Quería sentir sus labios en los míos, quería saber qué se sentía al besarle. Pero también tenía miedo de cruzar esa línea invisible que separa la amistad del amor.

¿Y si mis repentinos sentimientos se debían al hecho de que todo esto era nuevo para mí? ¿Y si nuestro beso era horrible? ¿O si Ash quería más y yo aún no estaba preparada para ello? ¿Podríamos dar un paso atrás y hacer como si nada hubiese sucedido?

—¿June?

Ash me miró interrogante.

—Yo… ¿Podemos ir despacio? —pregunté con voz ronca.

—Tan despacio como quieras.

Se apoyó en el antebrazo y me acarició la mejilla con los dedos. Tenía una sonrisa tierna en la cara.

Maldición, ¿qué estaba diciendo? Era Ash.

Mi Ash.

El chico que conocía desde hacía tanto tiempo. El que siempre estaba a mi lado y me protegía cuando mis compañeros de clase se burlaban de mi colorida forma de vestir o de mis dos mamás —al parecer, era un delito no tener padre—. El chico que siempre me hacía sentir invencible y que podía conseguir cualquier cosa si me lo proponía.

Le puse la mano en la nuca y tiré de él hacia mí con tal ímpetu que nuestras narices se rozaron justo antes de que nuestros labios se encontraran en un beso breve y torpe.

—¡Ay! —Ash se frotó la nariz, riendo—. June, eso fue de todo menos lento.

—Cambié de opinión.

Sonreí un poco avergonzada.

—Bueno, qué suerte.

Ash me apartó un mechón de cabello rojo de la cara. La luz de las estrellas bailaba en sus ojos y una sonrisa se dibujó en sus labios mientras se inclinaba lentamente hacia mí. El aire entre nosotros crepitaba, cargado de una tensión que casi podía sentir. Los latidos de mi corazón se aceleraron y sentí un cosquilleo en la piel. Su aliento rozó mis labios, dulce y cálido; una promesa que me dejó sin aliento. Cada pensamiento, cada sonido, todo pareció desvanecerse en ese momento hasta que solo quedamos Ash y yo, en nuestro pequeño mundo.

Cerré los ojos, pero antes de que nuestros labios pudieran tocarse, un fuerte silbido rompió el silencio de la noche. Luego oí un grito estrangulado.

—Mierda, ¿qué fue eso?

Ash se puso en pie de un salto y me arrastró con él. Sus ojos estaban fijos en el seto que había detrás de mí. Yo también me giré. Un agujero redondo, del tamaño de un puño, ardía entre las hojas y las ramas no muy lejos de donde estabamos. De ellos emanaba un

resplandor rojo anaranjado y el olor a humo me llenó la nariz. Debía de ser obra de un mago fénix.

O un revenant.

Me estremecí al pensarlo. Los Revenants o retornados eran criaturas malignas. Antes habían sido humanos, pero la sacerdotisa del sol les concedió el don del fénix. No solo permitía a un revenant lanzar bolas de fuego como un maestro parrillero con esteroides, sino que también los hacía inmortales.

Bueno, casi inmortales. Los revenants podían resurgir de sus cenizas como un fénix. Solo la magia de los elementos podía desterrarlos y destruirlos.

—¿Crees que alguno de tus compañeros nos está gastando una broma? —pregunté con voz temblorosa.

Esa era la única alternativa concebible, y mucho más tranquilizadora. En la Academia de Verano había magos fénix y brujas. Mientras que las brujas eran capaces de utilizar la magia de los elementos, los magos fénix eran los buenos entre los revenants. Las mismas habilidades, pero un trasfondo diferente. Yo era una bruja y Ash —¡sorpresa!—, era un mago fénix, al igual que sus compañeros.

—Si es una broma, es una muy mala —contestó sombrío, empujándome detrás de él.

Tensa, miré por encima de su hombro, pero aparte del seto resplandeciente, apenas podía distinguir nada en la oscuridad.

—No me extrañaría de Drake —murmuré, y Ash soltó una carcajada sin humor.

—Te lo juro, si él está detrás de esto, voy a patearle su puto culo.

—Quiero ver eso.

Avanzamos agachados hacia el pasadizo del seto, siempre con cuidado de hacer el menor ruido posible. Me pareció oír un traqueteo, pero quizá los nervios me estaban jugando una mala pasada.

—¡Quédate aquí! —ordenó en voz baja mientras apartaba las ramas y trepaba por ellas.

Fingí que no le escuché y le seguí. Quienquiera que estuviese allí, no dejaría a Ash a solas con él.

Una sombra se movió en la oscuridad. Me pareció oír un susurro, luego una bola de fuego brilló e iluminó el perfil anguloso de un hombre. Tenía la piel grisácea y las mejillas hundidas. El pelo castaño le colgaba de la cara.

Un revenant.

Aún no se había dado cuenta de nuestra presencia. Me acerqué más a Ash cuando vi la figura acurrucada en el suelo. Adiviné quién era. Aparte de nosotros, solo había otra persona en el jardín de la Academia de Verano a estas horas de la noche: Jake. El estudiante de último curso que fue asignado a la vigilancia nocturna.

Solo lo conocía de vista —Jake estaba dos años por encima de mí —, pero la visión de su cuerpo encorvado fue un shock.

—Tenemos que… —susurré.

Pero antes de que pudiera terminar la frase, la mano del revenant salió disparada hacia delante y la bola de fuego golpeó la espalda de Jake.

Se me escapó un grito. El revenant giró hacia nosotros, con sus ojos oscuros y vacíos fijos en Ash y en mí. Carecían de toda humanidad.

—¡Corre, June! —ordenó Ash sin girarse para mirarme.

Estaba claro que no iba a seguirme. Tenía las manos cerradas en puños y, por la forma en que tensaba los músculos, me di cuenta de que se estaba preparando para luchar.

—No, yo…

Una bola de fuego apareció en la mano de Ash.

—¡Corre a buscar ayuda, maldita sea! —me gritó, acallando mi protesta.

Tenía razón: tenía que conseguir ayuda. Podía luchar contra el retornado, pero no podía destruirlo. Eso requeriría la magia de los elementos. Fuego, agua, tierra y aire. Cuatro elementos, cuatro brujas… y yo estaba sola.

—Ahora vuelvo —gemí y me di la vuelta.

El corazón me latía con fuerza mientras corría hacia la puerta lateral de la villa. Una bola de fuego naranja pasó zumbando a mi lado, y su calor hizo que el aire a mi alrededor brillara. Una segunda bola de fuego se estrelló contra la hierba a unos centímetros de mí.

El calor del fuego me rozó los pies descalzos y apreté los dientes para no gritar de dolor. A Ash no le vendría mal una distracción ahora mismo, y sabía que estaría allí mismo si pensaba que me hizo daño.

Una mirada apresurada por encima del hombro me indicó que la lucha estaba en pleno apogeo. Ash y el retornado se rodeaban mutuamente, listos para aprovechar cualquier error que cometiera el otro. Las bolas de fuego volaban por el aire, silbando y rompiendo el silencio, bañando el jardín con un brillo espeluznante. Ash y el retornado se acechaban como depredadores, con sus siluetas iluminadas por el ominoso resplandor de sus ataques mágicos.

Aceleré el paso, dejé atrás el dolor y me concentré en mi objetivo. Mis pies se engancharon en la hierba y tropecé. Me detuve justo a tiempo para no caerme en el escalón que conducía a la entrada lateral de la villa. Sin aliento, abrí la puerta de un tirón y entré a trompicones en el luminoso pasillo.

—¡Umpf!

Choqué la cara contra un pecho musculoso que se adivinaba bajo la fina tela de una camiseta ajustada. Cuando levanté la vista, vi la cara de asombro de Drake. Su cabello oscuro le caía descaradamente sobre la frente y sus ojos grises brillaban de curiosidad.

—June, ¿qué estás haciendo aquí?

—Revenant… —jadeé—. Un revenant. En el jardín. Ash está luchando contra él.

Ni siquiera pregunté qué hacía Drake aquí. Lo más seguro es que querría salir a fumar. Por lo abultado que era el bolsillo de su chaqueta de cuero negro, estuve segura que escondía un paquete de cigarrillos ahí.

Drake miró a un lado y a otro entre la puerta y yo, que había caído en la cerradura.

—¡Ve a buscar refuerzos! —apuró al fin—. Yo ayudaré a Ash.

No necesitaba que me lo dijeran dos veces. Aliviada de que Ash no tuviera que luchar solo contra el retornado, corrí por el pasillo y subí las escaleras hacia las habitaciones de mis compañeros. Golpeé con los puños la primera puerta que encontré.

—¡Ey, despierten! Despierten ya. Hay un revenant en el jardín. —Y luego, porque la puerta no estaba abierta—. ¡Ayuda, hay un incendio!

No era cierto, pero la palabra debería sacar de la cama hasta a la marmota más grande.

La puerta de al lado se abrió de un tirón y una chica morena, con el cabello suelto, asomó la cabeza. Llevaba una chaqueta vaquera sobre el pijama rosa. Llevaba los pies calzados con zapatillas del Comegalletas.

—¿Qué pasa?

—Amber, ¿verdad? —pregunté.

La chica estaba en mi curso, pero aparte de su nombre, no sabía nada de ella.

—¿Sí?

—Necesito tres elementos.

Los ojos marrones de Amber se abrieron de par en par. La somnolencia que antes había en ellos desapareció de repente.

—¿Entonces lo del revenant va en serio? ¿No estabas teniendo solo un mal sueño?

—Hablo en serio —respondí y golpeé la puerta más cercana.

Amber hizo lo mismo. Juntas, conseguimos a dos elementos más y despertar a la mitad del pasillo, incluidos unos cuantos magos fénix. Mientras Amber y yo bajábamos corriendo las escaleras codo a codo, le dirigí una mirada de agradecimiento.

—¡Eso estuvo genial! Te debo una.

—Bueno, tal vez podrías dejarme copiar tu tarea de *Magia rúnica*. Se me da muy mal.

—Trato hecho.

Si la situación no hubiese sido tan grave, quizá me habría reído a carcajadas. Éramos un equipo extraño. Yo descalza, Amber con sus zapatillas del Comegalletas. Pero mandaríamos al maldito asqueroso al infierno.

Ya vamos, Ash. ¡Aguanta!

Me sentí como si tuviera medio ejército a mis espaldas mientras salía corriendo por la entrada lateral, seguida por más de treinta alumnos. Algunas brujas y brujos habían corrido a informar a los

profesores. El resto salió por la puerta hacia el jardín, detrás de mí. Los magos fénix se agruparon a mi alrededor protegiéndome de cualquier ataque. La adrenalina corría por mis venas mientras me preparaba mentalmente para lanzarme al fragor de la batalla.

Pero no hubo lucha.

Cuando mis ojos se adaptaron a la oscuridad de la noche, reconocí a Ash allí de pie, con las manos cerradas en puños. A su lado, Drake se inclinaba sobre el cuerpo encorvado de Jake. El retornado no se veía por ninguna parte.

—¿Qué pasó? —pregunté.

Ash no contestó de inmediato. Se quedó mirando al suelo. Le temblaban los brazos y apretaba los puños con fuerza.

—Se escapó —espetó entre dientes.

—¿Así de fácil?

Era una pregunta estúpida, pero se me escapó de la boca antes de que pudiera detenerla. Ash y Drake habían sido dos, el revenant uno… y no parecía que pensara huir.

Ash no reaccionó.

—Ey, ¿estás bien?

Di un paso adelante, le toqué el brazo con suavidad y pasé los dedos por los músculos tensos.

Ash se estremeció. Cuando levantó la cabeza y me miró y una frialdad inquebrantable en sus gélidos ojos azules que nunca antes había visto, me atravesó.

—No. Nada está bien —dijo con voz inexpresiva—. Jake está muerto.

Me dejó allí de pie. Pasó por delante de mí y de los otros estudiantes, que se alejaban de él, hacia la entrada lateral de la villa. La puerta se cerró tras él con un ruido sordo.

Me sentí entumecida. Un retornado atacó la Academia de Verano. Jake estaba muerto. Y de alguna manera supe que nada entre Ash y yo volvería a ser lo mismo.

2

¡BIENVENIDOS AL INFIERNO!

PRESENTE

¿Qué demonios me pasaba?

No era la primera vez que me hacía esa pregunta. Tampoco era la primera vez que miraba a Ash Westwick, observándolo furtivamente mientras saludaba a sus compañeros con abrazos y palmadas en la espalda. Llevaba el pelo rubio despeinado y la camiseta gris oscura le cubría sus brazos musculosos.

Era el primer día después de las vacaciones y solo tenía ojos para él otra vez. Lo cual habría sido bastante embarazoso si estuviera colada por él. Pero no, Ash era mi *crush* y el chico que había hecho de mi vida en la Academia de Verano un infierno durante dos años.

Quiero decir, ¿cómo de patético se puede ser? Ash se pasó los dos últimos años de colegio haciéndome bromas cada vez que podía, burlándose de mi forma de vestir y sin perder la oportunidad de ridiculizarme. Y, aun así, aquí estaba yo, mirándolo como si fuera un joven dios o algo así.

Mago Fénix es la palabra que buscas, Juniper. Mago Fénix.

Era bastante divino poder resurgir de las cenizas como un ave fénix. En cualquier caso, no me habría importado disolverme en cenizas —o tal vez en humo— justo en ese momento. La clase empezaba en unos minutos. Y para entrar en el aula, tenía que pasar por delante de él, que se había acomodado en el pasillo con su grupito de amigos. Estaba apoyado en su locker, a su lado estaban sus amigos Nate, Jasper y Drake y su última novia Sara-

Lynn, que reía y agitaba sus rizos rubios mientras le hacía ojitos a Ash.

Metí la cabeza entre los hombros, enterré las manos en los bolsillos de mi larga falda turquesa y aceleré el paso al pasar junto a los cinco magos fénix. Mi corazón latía a un ritmo frenético contra mi pecho, como si un revenant me persiguiera. Era una tontería. Había estado en situaciones mucho más incómodas. Aun así, mi cuerpo reaccionó a la presencia de Ash como si estuviera a punto de lanzarme a la refriega.

Mi mirada se detuvo en las tablas del suelo, que crujían bajo mis pasos. Aun así, fui demasiado lenta para reaccionar cuando un pie atascado en un reluciente mandril plateado salió disparado y se interpuso en mi camino. Tropecé, perdí el equilibrio y caí con un grito silencioso, directa a los fuertes brazos de Ash, que me atrapó antes de que mi cuerpo pudiera golpear el suelo.

—¡Ay! Lo siento, de verdad que no te vi —oí la voz melosa de Sara-Lynn.

No tenía por qué sonar tan amigable. Estaba claro que me hizo tropezar a propósito de todos modos. Los ojos de Ash y los míos se encontraron. Él se puso rígido por un momento y luego una mueca apareció en su rostro.

—No sé cómo puedes no verlo, Lynni. Parece que se ha caído en un bote de pintura. ¿Has vuelto a pescar tu ropa del cubo de la basura, June?

Tragué saliva. No tenía ni idea de por qué no podía rebatir las palabras de Ash. Y ni idea de por qué seguían doliéndome tanto. Sí, me gustaba llevar ropa de colores, collares largos con medallones y pendientes de fantasía. Sí, tenía el cabello rojo y los ojos verde turquesa y destacaba como un ave del paraíso. ¿Y qué? Yo era como era y si a él no le gustaba, que buscara en otra parte.

Una vez le gusté, pensé.

Era una verdad amarga, una que odiaba admitir, y sin embargo ahí estaba, inevitable y dolorosa. Esa era la razón por la que me topaba con cada uno de los insultos de Ash como un cuchillo afilado. Habíamos sido amigos… hasta aquel día en que Ash decidió de repente que ya no lo éramos.

Después de todo, acababa de atraparme antes de que pudiera caer al suelo. Aunque fue más un acto reflejo. Él también pareció darse cuenta, porque me soltó de golpe y caí de culo. Su grupito se rio a carcajadas cuando me enredé el tacón de la bota en la falda y luché por ponerme en pie. Cada una de sus carcajadas resonó en mis oídos, penetrando en mi interior y quemándome hasta la médula. Pero nada me dolió tanto como ver la mirada condescendiente de Ash mientras cruzaba los brazos delante de su ancho pecho y me miraba con desprecio.

—¡Lo siento, June! Es solo que no me gusta cuando las chicas se lanzan a mis brazos. Es bastante intrusivo, ¿no crees?

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago; y sentía que se llevaba una parte de mí cada vez que hablaba. Me quedé mirando al suelo. Me ardían las mejillas y me temblaban tanto las manos que no estaba segura de poder mantenerme en pie. ¿Dónde estaba el agujero en el suelo cuando lo necesitaba?

—Su nombre es Juniper, no June, ¡imbécil! Y desde luego no se arrojaría a *tus* brazos, ni aunque estuviera loca.

Reprimí un suspiro de alivio cuando mi mejor amiga, Amber, me tendió una mano. Su piel oscura ocultaba sus mejillas, que brillaban de ira, pero su mirada furiosa seguía clavada en Ash, que se encogió de hombros con una sonrisa.

—Bueno, a mí me pareció diferente.

—Claro. Me pareció que *Lynni* no tenía control sobre sus extremidades. ¿Qué tal si domesticas a tus hienas y nos dejas en paz este curso? —ordenó Amber, y yo reprimí un suspiro resignado.

¡Buen intento! Pero eso no va a suceder.

Podía leerlo en la cara de Ash, en la forma en que nos escrutaba. Era como si fuéramos piezas de un juego para él, cosas que podía manipular a su antojo. Me levanté y me alisé la falda mientras intentaba mirar a otro sitio que no fueran los gélidos ojos azules de Ash o sus brazos musculosos y bronceados.

Como ya había adivinado, la sugerencia de Amber pareció caer en saco roto, porque se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y los escrutó con diversión.

—Lo haría, sí. Pero mírense. Es imposible ignorarlas. Son tan…

—…estúpidas —le interrumpió Sara-Lynn y soltó una carcajada.

¡Vaya, qué creativa! Probablemente no se le ocurrió nada mejor.

Ash se encogió de hombros.

—Iba a decir *raras*, pero *estúpidas* es quizá la palabra correcta. ¡Vamos!, ¡entremos ya!

Rodeó a Sara-Lynn con el brazo y la acompañó hasta el aula. Le vi desaparecer por la puerta y entrar. Aún podía sentir el roce de su mano en mi cadera justo antes de dejarme caer. Odiaba que no me hubiera sentado nada mal. Odiaba que mi cuerpo ansiara que volviera a tocarme.

—¡Eh! —Amber me dio un codazo en las costillas—. ¡Por favor, dime que tu flechazo con Ash Westwick en vacaciones por fin se terminó! Ese imbécil es un verdadero pendejo.

Habría tenido que mentir, así que no dije nada. Amber me dirigió su típica mirada de *por favor, ponte las pilas* y me mordí el labio inferior, avergonzada.

—Eso sí que es una forma especial del síndrome de Estocolmo, June —suspiró Amber y sacudió la cabeza con resignación.

Quería decir algo más, pero el timbre de la escuela me libró de una de sus arengas, así que entramos juntas a clase.

La mayoría de los alumnos ya estaban en sus asientos. Amber y yo compartíamos mesa en una de las primeras filas. Ash y su pandilla se sentaron al fondo. ¿Dónde iban a sentarse si no? Era una ley no escrita que los magos fénix tenían su territorio al fondo del aula, mientras que las brujas y los hechiceros se sentaban delante.

Tomé asiento y dejé que mi mirada recorriera la habitación. Por el suelo de madera podrida, las paredes de paneles de madera, que se estaban haciendo un poco largas, y las ventanas arqueadas, detrás de las cuales la hiedra crecía tan espesa que el sol de la mañana luchaba por abrirse paso. La luz amarilla dorada se refractaba a través de los gruesos cristales y finas partículas de polvo danzaban por la habitación.

—Todo sigue igual —comentó Amber escueta, dejándose caer en su silla y golpeando su carpeta contra la mesa con cierto dramatismo. Estaba llena de apuntes, dibujos y otros materiales didácticos, un batiburrillo de colores que reflejaba su personalidad.

Suspiré al darme cuenta de qué era lo primero en el programa de hoy: *Magia Elemental Aplicada*. ¡Cómo odiaba esta asignatura! No tanto por el profesor. En realidad, el profesor LeBlanc era bastante bueno, aparte de su pronunciación húmeda, que me daba ganas de abrir un paraguas. Sino porque nos obligaban a trabajar en grupos en clase: magos fénix y brujas mezclados. Y al principio de cada curso, estos grupos se reorganizaban.

El curso pasado estuve en un grupo con Amber, otras dos brujas y el mago fénix Nate. Funcionó bien, a pesar de nuestros diferentes orígenes y habilidades. Nate fue sorprendentemente amable con Amber y conmigo, pero temía no tener tanta suerte este año.

—¡Relájate! —Amber puso su mano sobre la mía. La clavé tan fuerte en mi muslo que mis nudillos se pusieron blancos, y sin embargo no me di cuenta—. No será tan malo.

Asentí, pero no estaba convencida.

Mi inquietud se intensificó cuando el profesor LeBlanc entró en el aula con una fina sonrisa en los labios. El hombre del bastón, las gafas niqueladas y el traje color berenjena, que solo en él no podía parecer para nada ridículo, tramaba algo, estaba segura.

—Señoras y señores —empezó, pasándose la mano por el pelo corto y blanco como la nieve, que contrastaba con su piel oscura—. Bienvenidos de nuevo a la Academia de Verano. Ahora están en su último año, y me gustaría recordarles una vez más que la disciplina y la camaradería deben ser sus principales prioridades. —Hizo una pausa, como si estuviera asimilando lo que acababa de decir. Luego continuó—: En los últimos meses, ha habido varios ataques de retornados, que pudimos repeler con éxito. Pero la influencia de la Sacerdotisa del Sol y sus seguidores es cada vez mayor, y no debemos hacernos ilusiones. Debemos contrarrestarlo con fuerza, y una cadena es tan fuerte como su eslabón más débil. Por eso este año formaremos nuevas alianzas para comprobar si tenemos algún punto débil y eliminarlo.

—Menuda sarta de tonterías y escupitajos para decirnos que quiere volver a barajar los grupos —me susurró Amber, poniendo los ojos en blanco.

Quería hacerme reír, pero yo no tenía ganas de hacerlo. Y menos cuando el profesor LeBlanc empezó a leer los nombres.

Por desgracia para Amber, la pusieron en un grupo con Sara-Lynn, dos brujas y su exnovio, también brujo. Eso dejaba claro que no trabajaríamos juntas este año. Decepcionada, me hundí de nuevo en mi silla y esperé lo que estaba por venir. Cada vez se leían más nombres. Los alumnos refunfuñaban porque no estaban de acuerdo con la división, otros estaban fuera de sí de alegría. Y entonces sonó mi nombre. Me enderecé. Todo mi cuerpo se tensó.

—Juniper Harper, Melanie Delaware, Ash Westwick…

Cuando apareció el nombre de Ash, mi cabeza se giró automáticamente hacia él. Incluso antes de ver su sonrisa condescendiente, supe que este curso iba a ser un infierno.

3

A JUNE LE GUSTA MIRAR

—¡Tienes que hablar con el profesor LeBlanc! —insistió Amber mientras clavaba el tenedor en la ensalada como si estuviera empalando al mismísimo Ash.

Estábamos sentadas en una de las muchas mesas del comedor escolar. Los platos repiqueteaban, los estudiantes charlaban y los distintos olores de la comida se mezclaban. Pero ahí acababan las similitudes con un comedor escolar normal. En la Academia de Verano no había suelos de linóleo fáciles de limpiar, ni mesas de contrachapado baratas cubiertas de arañazos y chicles, ni una iluminación excesiva. En cambio, el suelo y las paredes estaban revestidos de madera, pilares de madera ornamentados sostenían el techo y la cálida luz del día se colaba por las ventanas arqueadas. Sobre nuestras cabezas había una vidriera en forma de flor que bañaba la sala de colores brillantes, y entre los sencillos candelabros metálicos colgaban del techo cestas de hiedra.

—Sabes que estaría demás. —Sacudí la cabeza—. El profesor LeBlanc dirá que mi conflicto con Ash es una debilidad y que deberíamos trabajar en ello.

Es más, el maestro de *Magia elemental aplicada* también era un mago fénix. Así que sabía de qué lado estaría.

—Eso no es una debilidad, el imbécil ese te está acosando —dijo Amber indignada—. Y no solo lo estás aguantando, sino que lo

idolatras como si estuvieras en una especie de extraño viaje masoquista.

—No sabes cómo era antes —me defendí.

Me di cuenta de que esto debía sonar como la excusa más estúpida para Amber, pero Ash y yo teníamos una historia juntos. Habíamos sido amigos. Más que eso, porque en su momento no unimos en la hora más oscura de Ash.

Los magos fénix podían ser los chicos guays, pero eso ocultaba una oscura verdad. Todos llevaban las cicatrices de un pasado terrible que les había convertido en lo que eran hoy. Y las cicatrices de Ash eran más profundas que las de los demás. Fue secuestrado y transformado por unos retornados cuando era pequeño. En esto, su historia apenas difería de la de sus compañeros magos. Pero los padres de Ash murieron en el secuestro, y cuando fue liberado de los revenants y llevado a la Academia de Verano, no tenía a nadie.

De pequeña, recordaba haberme sentado junto a su jaula aquella primera noche en la Academia de Verano y haberle hecho compañía. Lo habían encerrado por miedo a sus poderes. Ash estaba angustiado, asustado y terriblemente solo. Pero me permitió cogerle la mano, y yo lo hice. La cogí como si nuestras vidas dependieran de ello. Después de eso, nada ni nadie había podido separarnos.

Hasta hacia dos años.

No tengo ni idea de lo que pasó entonces. Después del incidente en el jardín donde murió Jake, no supe nada de Ash en todas las vacaciones. Y cuando volví a la Academia de Verano, se negó a hablar conmigo. Entonces empezó el acoso. Él empezó, y su nuevo grupo —todos magos fénix, por supuesto— siguió su ejemplo, abalanzándose sobre mí como una manada de lobos. Para entonces, Ash era el chico más guapo de la escuela, porque en verdad era extremadamente guapo, y yo era la chica que quería ser invisible.

—Tienes razón, no sé cómo era antes —respondió Amber, masacrando un tomate—. Pero sé cómo es ahora, y no hay ninguna excusa para su comportamiento.

Por desgracia, tuve que aceptarlo. Hurgaba con desgana en mi gumbo, un guiso de apio, pimientos, cebollas, pollo y tomates típico de Nueva Orleans y que, por tanto, se servía cada dos días en la

cafetería. Me encantaba este plato, pero la nueva división del grupo me arrebató el apetito.

Ahora estábamos en nuestro último año, y eso significaba que en el futuro no solo acompañaríamos las misiones contra la Sacerdotisa del Sol y sus seguidores, sino que también las dirigiríamos. Hacer eso con Ash a mi lado no parecía una buena idea. Él nunca perdería la oportunidad de burlarse de mí, y yo estaría tan nerviosa en su presencia que tendría garantizado cometer algún que otro error. Errores que podrían ser fatales.

—¡Bueno, ya! —interrumpió Amber mis sombríos pensamientos —. Es el primer día de vuelta de vacaciones y no voy a malgastarlo preocupándome por Ash Westwick… y tú tampoco. Vamos a ir de compras a la ciudad más tarde. Quiero comprarme un vestido para el baile del sol de verano.

A Amber le encantaba ir de compras, pero ni siquiera estaba segura de querer ir al Baile del Sol de Verano. Después de que Ash se hubiera esforzado tanto por destruir mi reputación, desde luego no sería capaz de encontrar acompañante. Aun así, asentí, por el bien de Amber.

—Claro, vayamos de compras.



El resto de la jornada escolar transcurrió sin incidentes. La profesora Drew nos hizo escribir un examen en *Estudios Mágicos Avanzados* sobre los ritos del solsticio de invierno en la Academia de Invierno. Hubo muchas quejas. Nadie quería hacer un examen el primer día, pero la profesora insistió en utilizarlo para refrescarnos la memoria del año pasado.

En *Magia rúnica*, hablamos del poder del rubí solar que había dado a la sacerdotisa del sol sus poderes. Y en mi curso de *Krav Maga*, que tomé como optativo este año, sudé tanto que deseé haber optado por *kárate avanzado*, igual que Amber.

Cuando Amber y yo nos encontramos en la puerta principal de la Academia de Verano después de las clases, ya era tarde. Sin

embargo, el sol no había perdido ni un ápice de su fuerza. Una humedad agobiante se sentía en el ambiente y mi ropa estaba incómoda y húmeda sobre mi piel.

A Amber no parecía importarle. A pesar del calor, llevaba su característica cazadora vaquera con parches y llamativos botones, un top blanco y unos vaqueros negros. Apenas pudo domar su cabello negro, lo recogió. De sus orejas colgaban grandes pendientes de aro plateados.

—¿Estás lista?

—Todo lo lista que se puede estar con este calor —gemí, secándome el sudor de la frente.

Amber sonrió.

—No se nota que no estás acostumbrada al tiempo. Déjame adivinar. Estuvo lloviendo en Londres las últimas semanas.

—Oye, eso es un cliché. El tiempo en Inglaterra no siempre es malo.

—Por supuesto. Y tu piel pálida no indica que apenas hayas tomado el sol.

Le saqué la lengua a Amber, que soltó una risita mientras bajaba los grises escalones de piedra de la Academia. Dejamos atrás el gran edificio de las afueras de Nueva Orleans.

Como tantas veces, me pregunté qué pensaría de la casa la gente que pasaba por delante de la Academia de Verano. Era una villa grande y antigua, con vidrieras en arco y una pequeña torre redonda. En el terreno crecían magnolios, helechos y azaleas. La villa estaba cubierta de hiedra y rosas trepadoras, lo que le daba un aura encantada.

La casa era algo muy especial. Pero casi nadie sabía lo especial que era. Ni siquiera mis madres tenían idea de lo que ocurría tras los muros de la Academia de Verano. Pensaban que me habían aceptado en un internado de élite a los ocho años por mis logros académicos. Ni siquiera quería creer que tenía habilidades mágicas capaces de proteger al mundo de la Sacerdotisa del Sol y sus seguidores. Hasta que me enfrenté cara a cara con el primer retornado y obré mi magia. Un recuerdo que me acompañaba hasta hoy y que aún me provoca pesadillas.

—¿Al Barrio Francés? —preguntó Amber, y yo asentí.

Nos abrimos paso por las estrechas calles. Cuanto más nos acercábamos al centro histórico de Nueva Orleans, más abarrotadas estaban las calles. Turistas en pantalón corto y gafas de sol se codeaban con lugareños vestidos con trajes tradicionales. Era ruidoso, colorido y bullicioso. Un laberinto de colores y sonidos. Los músicos callejeros tocaban jazz y el olor a café recién hecho y *beignets* llenaba el aire.

—Por alguna razón me perdí esto —dije, pasando la mano por un vestido de colores que colgaba de un perchero frente a una de las tiendas.

—Claro que sí —respondió Amber—. Este es tu sitio. Después de todo, eres tan colorida como la ciudad.

Me reí.

—Colorida quizás, pero ni de lejos tan ruidosa.

—Y tenemos que cambiar eso cuanto antes.

Amber opinaba que yo era demasiado tímida. No paraba de animarme a salir de mi caparazón. Pero me incomodaba la idea de atraer más atención de la necesaria. Era consciente de que aquello contrastaba con mi colorida forma de vestir. Pero formaba parte de mí desde que era pequeña, mucho antes de que Ash despertara en mí el deseo de ser invisible.

—¿Queremos que nos predigan el futuro?

Amber se detuvo ante una de las muchas tiendas de adivinación de la ciudad, que atraían a un gran número de turistas, pero nunca cumplían sus promesas.

Pensé en las pocas monedas que llevaba en el bolsillo. Las cosas no iban bien en casa. Mi madre había perdido el trabajo y el poco dinero que me dio lo logró juntar con esfuerzo. No quería gastármelo en tonterías.

—Tal vez después. Pensé que querías comprarte un vestido nuevo.

A Amber se le iluminaron los ojos.

—¿De verdad? Antes no parecías muy entusiasmada con la idea de comprar un vestido para el baile del sol de verano.

—De verdad. Vamos a *Hemline*.

—¡Ahí no hay nada! —Amber sacudió la cabeza—. Es el Baile del Sol de Verano, necesitamos vestidos muy especiales. Vamos a *The Red Carpet*.

Tragué saliva. *The Red Carpet* no era lo que digamos barata. Pero no quería aguarle la fiesta a Amber, así que la seguí hasta Magazine Street.



VESTIDOS DE INNUMERABLES COLORES, joyas brillantes y zapatos que nadie podría pisar nos recibieron en la boutique. Mientras Amber entraba por la puerta como si quisiera comprarse toda la tienda, yo me sentía un fraude. No tenía dinero ni para comprarme uno de aquellos preciosos vestidos.

La mujer del mostrador sonrió amable.

—¿Hay algo que pueda hacer por ustedes?

—Necesitamos vestidos de baile. Estaba pensando en algo de *Ashley Lauren*. Y mi amiga necesita un vestido verde, que le iría genial con su cabello rojo —balbuceó Amber.

—¡Yo no!

Le hice un gesto con la mano para que se fuera, pero Amber no me hizo ni caso. Ya se dirigía a uno de los percheros, seguida por la amable dependienta. Las dos charlaban animadas mientras movían los vestidos de izquierda a derecha en sus perchas. Y al fin, Amber sacó un vestido verde oscuro con lentejuelas y escote pronunciado y me lo tendió.

—¡Ponte esto!

—Es que yo…

—¡No discutas conmigo! Dijiste que me llevarías a comprar un vestido.

No tenía sentido protestar ni señalarle a Amber que había querido comprar un vestido para ella y no para mí. Conocía a mi amiga. Me arrastraría a uno de los vestidores y me arrancaría la ropa si no lo hacía yo misma. Admití mi derrota, cogí el vestido y me fui a los vestuarios.

El primero estaba ocupada. Me coloqué detrás de la segunda cortina y empecé a desnudarme hasta quedar en ropa interior. A la luz del vestuario, mi piel parecía aún más pálida que de costumbre. Me puse el vestido a toda prisa y me fijé en la etiqueta del precio. Ochocientos dólares. ¿Amber se había vuelto loca? Eran ochocientos dólares que no tenía.

Tiré de los tirantes por encima de los hombros, con mucho cuidado de no romper nada. El vestido era demasiado ancho de busto. Mi mejor amiga parecía haber olvidado una vez más que no teníamos la misma talla de copa. Donde Amber tenía bonitas curvas, yo era… una table.

Nada, nada de nada.

Por lo general eso no me molestaba, pero me veía ridícula con aquel vestido. Molesta, me lo quité de nuevo y lo dejé en el taburete de al lado. Estaba a punto de ponerme la falda cuando oí un gemido en el cubículo de al lado.

—¿Va todo bien?

Nadie respondió. Hablé demasiado bajo. Los profesores siempre se quejaban de eso en clase.

Otro gemido, esta vez un poco más fuerte. ¿Y si alguien necesitaba ayuda? Quizá una anciana que se cayó al cambiarse y necesitaba ayuda.

Asomé la cabeza y miré a mi alrededor. Amber y la dependienta estaban en algún lugar del fondo de la tienda. La cortina del cubículo contiguo estaba entreabierta, lo suficiente para que pudiera asomarme.

Lo primero que vi fueron unos hombros anchos y la espalda de un hombre musculoso. Tardé un momento en darme cuenta de que era Ash el que estaba allí, con el torso desnudo. Y aún más en darme cuenta de las largas y delgadas piernas femeninas que rodeaban sus caderas.

Definitivamente, no era una anciana que necesitara ayuda. Ash y Sara-Lynn estaban en el cubículo de al lado y parecía que las cosas iban a ponerse muy calientes entre ellos.

Ash apretó la espalda de Sara-Lynn contra el espejo del vestuario. Solo llevaba puesto el sujetador y una falda corta, que se

había subido tanto que podía ver el comienzo de sus bragas rosas. Ash le besó el cuello mientras su mano se dirigía a su trasero y le amasaba las nalgas.

Debería apartar la mirada. Lo que hacían allí no era asunto mío. Pero me quedé helada, atrapada entre el asco y la fascinación. El calor me recorrió el cuerpo y sentí cómo se me encendían las mejillas al ver cómo se movían los músculos de la espalda de Ash.

Levantó la cabeza. Sus ojos se nublaron de lujuria al mirarse en el espejo… y se encontraron con los míos.

¡Mierda!

Todo el aire abandonó mis pulmones. Ya debería haberme retirado como muy tarde, pero era incapaz de moverme. En lugar de eso, me quedé allí, mirando cómo Ash se acercaba a Sara-Lynn y le arrancaba otro gemido. Continuó como si yo no estuviera allí. Pero ahora tenía una sonrisa casi diabólica en los labios, como diciendo: *¡Disfruta del espectáculo!*

Un chillido me sacó de mi estupor. Sara-Lynn me había visto y no estaba muy contenta de que yo estuviera de metiche.

—¡Ash, nos está mirando! La mirona nos está mirando.

Me tambaleé hacia atrás. Se me aceleró el pulso y me metí en mi probador. No me atreví a hacer el menor ruido. ¡Cielos, esto era vergonzoso! Con suerte, Ash y Sara-Lyn desaparecerían. Definitivamente no estaba permitido besarse en el vestuario de una boutique. Deberían sentirse tan incómodos como yo.

Pero Sara-Lynn no me hizo el favor. Corrió la cortina de mi cubículo y se plantó delante de mí, ahora vestida de nuevo y con la cara roja de rabia.

—¿Estás loca? No puedes quedarte ahí mirándonos boquiabierta.

—Yo… —tartamudeé sin saber cómo terminar la frase.

Era verdad. Me quedé ahí mirándolos. Y no tenía excusa para ello.

Ash apareció detrás de Sara-Lynn. Estaba a punto de ponerse la camiseta.

—¡Déjala en paz, Lynni! —dijo con voz aburrida—. Esa es toda la acción que nuestra pequeña June conseguirá.

Los ojos de Sara-Lynn brillaron con malicia.

—No hay problema. Le daré un poco de acción.

Se acercó a mí con un movimiento rápido. Crucé los brazos para protegerme y me agaché, temiendo que me pegara o me pellizcara, pero Sara-Lynn tenía otra cosa en mente. Me di cuenta demasiado tarde de que tenía mi ropa en la mano.

—¡Oye, devuélveme las cosas!

—¿Por qué?

Sara-Lynn echó a correr y yo la seguí. Nos abrimos paso entre las barras de ropa, dejando atrás a la dependienta, visiblemente sorprendida. Ya estaba en la calle cuando me di cuenta de que iba descalza.

Descalza y en ropa interior.

Y para colmo, el grupo de Ash estaba esperando fuera de la boutique y giró la cabeza hacia mí cuando salí por la puerta de la tienda.

—¡Miren, June está desnuda!

—Está tan pálida como un cadáver.

—¿Has visto las pequeñas tetas que tiene?

—Oye, June, tengo algo para ti. —Drake sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón y me lo tiró a los pies—. Para que te rellenes el sujetador. A ninguno de nosotros nos gusta mirar esas patéticas pelotitas.

Sara-Lynn le chocó los cinco. Parecía satisfecha de sí misma.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Nunca me había sentido tan humillada. Me olvidé de la ropa. Solo quería salir de aquí, meterme en algún agujero y no volver a salir. Me giré para volver corriendo a la boutique, pero Ash me cerró el paso. Reboté contra su duro pecho.

—No tan rápido, pequeña. Creo que has olvidado tu ropa.

Las risas de los demás me quemaban como fuego en la espalda.

—¡Agárrala! —oí gritar a Sara-Lynn detrás de mí.

Al parecer, les dio por jugar al fútbol con mi ropa. Les oía ulular mientras corrían de un lado a otro. Ash me miró, pero me negué a encontrar su mirada. No podía soportar su desprecio. En lugar de eso, me quedé mirándole el pecho.

—¡Toma! —Sacó algo del bolsillo de su pantalón, me cogió la mano y me lo dio—. Cómprate algo decente, nadie puede ver esto.

Luego me empujó a un lado y pasó junto a mí.

Todo mi cuerpo temblaba cuando volví a entrar en la boutique. Amber vino hacia mí con varios vestidos envueltos en plástico en los brazos. Era claro que había estado curioseando en una de las últimas filas y no se percató del drama. Su expresión de alegría se apaga al verme.

—¡Dios mío, Juniper! ¿Qué te pasó?

En lugar de una respuesta, lo único que salió de mi garganta fue un fuerte sollozo. Las lágrimas corrieron calientes por mis mejillas y mis piernas cedieron bajo mis pies. Mis rodillas desnudas chocaron contra el frío suelo de linóleo. Amber dejó caer la ropa y se arrodilló a mi lado, envolviéndome en sus brazos.

—Oye, todo va a salir bien.

Pero no era cierto. No después de todo lo que acababa de pasar. No podía volver a la Academia de Verano. Era un infierno antes de que pasara todo esto y ahora sería mucho peor; sería el hazmerreír de toda la escuela.

—Quiero irme a casa —dije miserable, secándome las lágrimas de la cara con el dorso de la mano.

Y por *casa*, me refería a Londres. A muchos kilómetros de Ash y su estúpido grupito.

—¿Qué es eso?

Amber miró el objeto que Ash me puso antes en la mano y que ahora tenía delante. En mi desdicha, casi me olvidé de ella. Miré la tarjeta dorada con el logotipo de Visa y fruncí el ceño sorprendida.

Ash me dio su tarjeta de crédito.

4

ENTRA, SI NO ES UN POLLO VUDÚ

—Te vas a comprar el vestido más caro que encontremos en esta tienda —declaró Amber con una determinación que la hacía parecer una reina guerrera a pesar de su pequeña estatura.

Se paseaba arriba y abajo enfadada mientras yo me sentaba envuelta en una manta en el taburete de uno de los vestuarios. Seguía luchando contra las lágrimas que intentaban obstinadamente abrirse paso por mis mejillas. La dependienta se retiró sin hacer preguntas. Tal vez tenía suficiente experiencia para saber que era mejor no meterse en dramas de adolescentes.

—No puedo hacer eso, Amber —respondí con voz temblorosa que resonaba de vergüenza y dolor.

Amber se detuvo y se giró para mirarme. Sus ojos marrones brillaban a la luz de la tienda.

—Sí que puedes. No es como si robaras la tarjeta de crédito de Ash, o como si estuvieras robando a una persona pobre.

En realidad, Ash no era pobre. Sus padres le dejaron dinero. Mucho dinero. El padre de Ash fue el presidente de un enorme bufete de abogados y, al cumplir dieciséis años, se le dio acceso a toda la herencia.

No obstante…

—Solo me dio la tarjeta de crédito para burlarse de mí —murmuré, bajando la mirada a las yemas de mis dedos, que jugaban nerviosas con la manta.

Amber resopló.

—¡No dejes que pase!

—¿Qué?

—No dejes que se burle de ti. Te comprarás el vestido más bonito que haya en esta tienda y, cuando llegues al baile con él puesto, no podrá evitar enamorarse de ti. Y entonces le darás la espalda y romperás su pequeño corazón tullido.

—No sé…

Me gustaba la idea de darle una lección a Ash, pero el plan de Amber tenía una trampa: nunca se enamoraría de mí. Y él nunca vería en mí nada más que a la chica menuda y de pecho plano con ropa rara de la que una vez fue amigo y de la que ahora se avergonzaba.

—Hablaré con la dependienta —dijo Amber de repente y, antes de que pudiera protestar, salió corriendo.

Vaya, ¿en qué me metía otra vez? Lo último que me apetecía era un desfile de moda. Pero Amber era implacable en su deseo de encontrar el vestido perfecto para mí. Tenía buenas intenciones, lo sabía. Quizá pensaba que era una forma de levantar mi destrozada autoestima. Pero ningún vestido del mundo podría arreglar lo que acababa de pasar. Ningún vestido borraría las palabras hirientes que se clavaron en mi alma como espinas.

Oí a Amber hablar en voz baja con la dependienta, escuché el crujido del film de plástico y el chirrido de las perchas al ser empujadas de izquierda a derecha sobre los raíles. Sonaba casi relajante, una suave canción que me transportaba a otra realidad. Un mundo en el que yo no era la chica sentada en un probador con las mejillas manchadas de lágrimas.

Un dolor sordo me martilleaba detrás de la frente, palpitante y persistente, como un testigo mudo de mi agonía. Apoyé la cabeza en el espejo frío y cerré los ojos un momento. En mi mente parpadeaban imágenes, recuerdos de una época más feliz. Recuerdos de Ash.

Qué fácil fue una vez entre él y yo. Solíamos sentarnos uno junto al otro en el colegio, dibujando figuras de palitos y garabateando estupideces en los cuadernos del otro. Salíamos a tomar un helado

después de clase, paseábamos por las innumerables tiendas de vudú o íbamos a navegar por el Mississippi. Y siempre estábamos los dos solos. Ash nunca mostró interés en el resto de magos fénix. No le gustaba la arrogancia con la que miraban por encima del hombro a las brujas y hechiceros. Ahora él parecía ser casi tan arrogante como ellos.

—¡Tadaa! —La voz de Amber me sacó de mis pensamientos. Estaba delante de mí, con un vestido verde oscuro en las manos. Era escotado por detrás, la parte de arriba estaba tachonada de piedras verde esmeralda que brillaban bajo la luz artificial del vestuario, y la falda larga era a penas acampanada—. Este es. Sé que es tu vestido. No me preguntes por qué. Solo sé que lo es.

A pesar de todo, tuve que sonreír ante el entusiasmo de Amber. El vestido era precioso en todos los aspectos.

—¿Cuánto cuesta? —pregunté, alargando la mano para coger la etiqueta del precio.

Pero Amber se me adelantó y me lo arrancó.

—Oh, no. Te conozco, Juniper. Mirarás el precio y te sentirás culpable. Pero no dejaré que eso suceda. No hoy. Y no cuando Ash Westwick es el que pagará por ello.

Suspirando, admití la derrota.

—De acuerdo, ¿puedo probármelo?

Cogí la percha de Amber y cerré la cortina del vestuario.

El vestido era un sueño. Se sentía suave y fresco contra mi piel cuando me lo pasé por la cabeza y lo deslicé con suavidad sobre mis hombros y luego sobre mi cintura. La tela se amoldaba perfectamente a mi cuerpo. Nunca me sentí tan segura con una prenda. Por un momento, incluso olvidé por qué estaba en aquel probador, probándome el que, al parecer, era el vestido más caro de la tienda.

Amber aplaudió entusiasmada cuando aparté la cortina y me vio.

—¡Estás increíble! Por favor, di que te lo llevarás. Por favor, por favor, por favor.

Asentí con la cabeza.

—Sí, vale. Me lo llevo.

El chillido de Amber fue tan estridente que me tapé los oídos y me eché a reír.

—Vamos, quítatelo y dame la tarjeta de crédito antes de que cambies de opinión. ¡Rápido!

—Ya voy.

Puse los ojos en blanco, pero una sonrisa se dibujó en mis labios cuando me quité el vestido y se lo entregué a Amber. Salió corriendo como si se hubiera llevado la última prenda de las rebajas de verano. Pero mi euforia duró poco. Ahora tenía un vestido. Pero aún quedaba el hecho de que no tenía fecha para el baile y que Ash y su pandilla estarían allí. Y por muy bonito que fuera mi nuevo vestido, no me protegería de sus burlas.



Cuando salimos de *The Red Carpet*, la tarde ya se estaba convirtiendo en noche. Amber se había probado algunos vestidos más y al final se decidió por uno de ellos. Era azul oscuro y ajustado, y parecía que quería pasear por la alfombra roja con él puesto. Como mi ropa fue víctima del ataque de Sara-Lynn, me compré otro vestido. Me llegaba hasta las rodillas, tenía un estampado colorido y lo combiné con la cazadora vaquera de Amber para no ir tan recargada.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Amber, agitando su gran bolsa de la compra con las elegantes letras de *the Red Carpet* como si fuera un trofeo.

—¿Ir a casa?

No tenía ganas de volver a la Academia de Verano todavía. Capaz que nos encontraríamos con Ash y los demás en la cafetería, y yo aún no estaba preparada para enfrentarme a ellos. No sé si alguna vez lo estaría.

—¿Qué tal si le hacemos una visita a Madame Fontenot? —sugirió Amber.

Madame Fontenot era la dueña de una de las muchas tiendas de vudú de la ciudad. Amber y yo teníamos la costumbre de visitar a la

anciana de vez en cuando y tomar el té con ella. Era un poco rara, pero me gustaba sentarme en su pequeña tienda y escuchar sus historias.

Asentí con la cabeza.

—Claro, ¿por qué no?

Paseamos por las sinuosas callejuelas del pueblo hasta que llegamos a un patio trasero. La tienda de Madame Fontenot estaba pintada de azul turquesa, el cartel de madera con su nombre colgaba torcido sobre la entrada y había un esqueleto fuera, junto a la puerta, para atraer a los turistas. Era la única concesión a la oscura curiosidad de los veraneantes. Cualquiera que entrara en la tienda de vudú de Madame Fontenot sin haber indagado nunca en el tema solía volver a salir tan rápido como entró. En primer lugar, porque no vendía las cosas habituales de los turistas y, en segundo lugar, porque ladraba a todo el que cruzaba el umbral.

Amber entró antes que yo en la pequeña y oscura tienda. El timbre anunció nuestra llegada con un insistente tintineo que resonó con inusitada fuerza en el ambiente, por lo demás tranquilo, de la tienda. Oí el gruñido involuntario de Madame Fontenot.

—¡No tengo pollos vudú, así que por favor tira de la correa!

Amber se rio entre dientes.

—¿Qué es un pollo vudú?

Madame Fontenot salió de detrás del mostrador y se acercó a nosotras cojeando. La anciana tenía un pie deforme, pero se negaba a utilizar bastón. En su lugar, se apoyó en Amber en cuanto la alcanzó.

—Oh, son solo ustedes. Algunas tiendas de la calle Bourbon venden estos asquerosos pollos de goma como pollos vudú. Se pueden comprar por dos dólares en Internet, pero los turistas son tan estúpidos como para pagar diez. De todos modos, se han agotado, y ahora cada pocos minutos entra por la puerta algún idiota que quiere comprar pollos vudú. ¿Te lo puedes creer?

—Y entonces es cuando no te gustan nada los clientes —comentó Amber divertida mientras se cruzaba de brazos y lanzaba una mirada maliciosa a Madame Fontenot. Me mordí el labio inferior para reprimir una sonrisa.

Madame Fontenot volvió a gruñir.

—Tú lo has dicho. ¡Todos son idiotas! ¿Pero qué hacen aquí? Hace mucho que no daban la cara.

—Estábamos de vacaciones escolares —contestó Amber disculpándose.

—Tsts. —Madame Fontenot arrugó la nariz con desaprobación—. La juventud. Siempre descansando y relajándose. Espera y verás, el lado serio de la vida te alcanzará. ¿Té?

Su oferta era más una afirmación que una pregunta, y Amber y yo asentimos con la cabeza.

—Sí, con mucho gusto.

Seguimos a Madame Fontenot hasta la parte trasera de la tienda, que parecía más una acogedora sala de estar que una tienda. Había una pequeña mesa de madera y algunas sillas entre un montón de libros y objetos antiguos. Mientras Amber ayudaba a la anciana a sentarse, me acerqué a la estantería donde estaba la tetera y la encendí. Luego cogí tres tazas del pequeño armario que estaban encima y alcancé la lata de hojas de té, cuyo aroma picante e intenso llenaba la habitación.

—Oh, niñas, no estoy rejuveneciendo —se lamentó Madame Fontenot cuando volví a la mesa—. No estén tan seguras de su juventud, se desvanece más rápido de lo que creen.

Serví el té y coloqué las tazas sobre la mesa. La tendera me observó atenta con sus ojos pequeños y oscuros mientras dejaba las tazas, echaba el azúcar y me sentaba en la silla frente a ella.

—¿Cómo está tu novio, Juniper?

—¿Mi novio?

—Bueno, el chico que solías traer contigo. Ash era su nombre. Un chico guapo y muy atento.

Se me hizo un nudo en el estómago. Sin darme cuenta, Madame Fontenot puso el dedo en la llaga.

—Él no es… Él…

Busqué las palabras adecuadas para explicar la complicada situación.

—Ash es historia —interrumpió Amber mi torpe tartamudeo. Su voz sonaba dura y decidida, y le agradecí que me evitara la

vergüenza de tener que decirlo yo misma.

—¡Qué pena! Pero la gente va y viene, ¿no?

Madame Fontenot cruzó la mesa y me dio una palmadita en la mano antes de beber un sorbo de su taza de té. Yo hice lo mismo. El sabor del té negro se extendió por mi lengua, amargo y dulce al mismo tiempo.

—¿Cómo le ha ido mientras tanto? —quiso saber Amber de Madame Fontenot.

La anciana se encogió de hombros.

—Oh, ya sabes cómo es. Lo mismo día tras día. La mayoría de los clientes no tienen ni idea de lo que hacen aquí. Primero muñecos vudú, ahora pollos vudú. No sé adónde va todo esto. Tal vez es hora de dejar la tienda. A Henri tampoco le va bien. Ya no es el más joven.

Suspiraba con tanta fuerza que se hubiera pensado que Henri era su marido y no su cabra. Pero, en cierto modo, era su compañero, el testigo mudo de su vida cotidiana, el único que conocía sus estados de ánimo y seguía a su lado. No sabía si sentir lástima por ella. Era ciertamente solitario tener como única compañía a una vieja cabra. Por otra parte, Madame Fontenot eligió esa vida. Tuvo la libertad de determinar su propio destino, y eso era más de lo que mucha gente podía presumir.

—Pero basta de hablar de mí y de mi triste existencia. —Madame Fontenot agitó la mano—. Este es su último año en la Academia de Verano. Estoy segura de que les esperan algunas aventuras.

Amber asintió emocionada.

—Ante todo, el baile del sol de verano. Juniper y yo acabamos de comprarnos vestidos nuevos.

Madame Fontenot examinó nuestras bolsas de la compra.

—Bueno, parece una tarde encantadora.

Yo no lo llamaría exactamente así…

Hablamos un rato más. Cuando terminó el té, quise recoger las tazas, pero la señora Fontenot me puso la mano en el antebrazo.

—¡Espera! Déjame ver qué te depara el futuro.

La dueña de la tienda no era adivina de verdad, pero a veces nos leía las hojas del té. De hecho, ya había acertado antes en alguna

que otra cosa. Afirmaciones como «Tendrás una segunda oportunidad» podían aplicarse a todo y a nada.

—El mío primero.

Amber acercó su taza de té amarilla a Madame Fontenot, que la cogió y examinó el fondo pensativa. Al final asintió.

—Parece que tienes un nuevo encuentro que esperar, amor.

—¿Un encuentro? ¿Con un chico?

Amber enarcó las cejas coqueta.

—Yo leo hojas de té, no sucias revistas —replicó Madame Fontenot con desaprobación, antes de volverse hacia mi taza púrpura.

Le llevó más tiempo que con Amber. Mucho más. Tanto que Amber y yo acabamos moviéndonos inquietas en nuestras sillas y mirándonos la una a la otra.

—Es interesante —murmuró al cabo de unos minutos.

—¿Qué es lo interesante?

El corazón me latió con fuerza, aunque todo aquel galimatías era una completa tontería. No creía en la adivinación y, desde luego, no creía que Madame Fontenot pudiera leer algo en mis hojas de té.

La tendera levantó la cabeza y me miró.

—Cuando leo tus hojas de té, no reconozco una, sino dos almas. Dos almas y dos destinos.

—¿Dos almas? —repetí sus palabras mientras intentaba comprender su significado. ¿Era una metáfora? ¿Pero de qué?

—Quizá Juniper aún tenga que decidir qué camino tomar —sugirió Amber, pero Madame Fontenot sacudió la cabeza, molesta.

—No, no funciona así.

—Entonces, ¿qué significa? —quise saber.

Dos almas, dos destinos. No parecía algo que se pudiera inventar. Por otra parte, la imaginación de Madame Fontenot era tan extraña como ella misma.

La anciana me dirigió una mirada larga e inescrutable.

—Solo tú puedes averiguarlo, amor.

Sus palabras flotaron en el aire, pesadas y oscuras como una tormenta que aún no estallaba. Intenté ignorar el malestar que me produjeron.

Nos despedimos. Madame Fontenot envió sus mejores deseos a Ash, que nunca le llegarían, y Amber y yo prometimos volver a pasarnos por allí pronto. De camino a casa, especulamos sobre el significado de la declaración de Madame Fontenot.

—A lo mejor tienes una personalidad múltiple que desconoces —sugirió Amber riendo.

Quise participar, pero no tenía ganas de reír. Algo me decía que las palabras de Madame Fontenot tenían un significado más profundo.

Dos almas y dos destinos.

5

ENTERRARÍA UN CADÁVER CONTIGO

Tardé hasta la tarde siguiente en armarme de valor y enfrentarme a Ash. Para mi sorpresa, él y su grupito me dejaron en paz en el comedor y durante las clases. Pero la tregua no duraría mucho y tenía que devolverle a Ash su tarjeta de crédito.

Amber no estaba de acuerdo. Incluso ya había buscado en Google las boutiques más caras de Nueva Orleans y estaba dispuesta a gastarse un montón de dinero, pero no me parecía bien hacerlo. Al fin y al cabo, Ash no era un rico millonario al que me ligaba y por el que ahora me dejaba mantener.

Le pillé antes de la clase de *Magia rúnica*. Estaba junto a su casillero, rebuscando en él, y estaba solo, lo cual era raro. Respiré hondo y traté de calmar mis acelerados latidos antes de caminar en su dirección con piernas temblorosas.

—¡Eh! —dije en voz baja, apretando las palmas de las manos contra los muslos para detener el temblor.

Ash se congeló en seco. Esperaba oírle decir alguna estupidez. Algo sobre mis pendientes de plumas turquesas, los pechos planos o mi voz chillona, aún más aguda de lo habitual gracias a mi nerviosismo. Pero no se movió, se limitó a esperar a ver qué hacía yo a continuación.

—Quería devolverte tu tarjeta.

Se la tendí con el brazo extendido, como si fuera un depredador al que quisiera alimentar. Ash cerró su locker y se volvió hacia mí

enarcando las cejas.

—Gracias. No pensé que la volvería a ver.

Su voz era neutra, pero pude ver un brillo en sus ojos que me demostró que estaba tan sorprendido como yo. Me encogí de hombros.

—Puede que no quede tanto dinero.

No tenía ni idea de cuánto había costado mi vestido nuevo, y eso me incomodaba. Pero Ash se limitó a sonreír.

—No es mi única tarjeta.

Por supuesto que no. La fortuna de sus padres era enorme, y ahora le pertenecía a él.

—Sí, bueno, entonces…

Realmente no sabía cómo comportarme. Esta era la primera conversación normal que Ash y yo teníamos en dos años. Era extraña y familiar de una manera extraña. Y aunque mi mente me decía que me fuera cuanto antes, no quería que se detuviera.

—¿Entonces…?

Ash parecía tan inseguro como yo, y eso me confundía. Él era del tipo confiado y arrogante. El que siempre sabía qué decir o hacer.

—Supongo que me voy entonces —murmuré, tratando de poner una sonrisa valiente.

La sentía torcida y ladeada, y sabía que no parecía real. Sin embargo, Ash me devolvió la sonrisa y sentí que el corazón me latía más deprisa. En mi mente, vi a Amber metiéndose el dedo en la garganta y haciendo ruidos de asfixia. Una sonrisa y todo terminó para mí. ¿En serio no tenía remedio?

Me di la vuelta, intentando ocultar mi creciente confusión y mis sentimientos encontrados.

—¿June?

—¿Sí?

Se me paró el corazón. La forma en que Ash pronunció mi nombre tenía una honestidad que no había oído de él en mucho tiempo. Una tímida esperanza brotó en mí, pero mi mente me advirtió con urgencia que no cediera a esa esperanza.

Ash se acercó y me puso la mano en el antebrazo, pasándome el pulgar por la piel desnuda. El contacto me produjo un escalofrío que

me estremeció la piel y me hizo pensar.

—Solo quería decir que… —empezó en voz baja, casi vacilante. Luego se interrumpió.

—Ash, amigo, ¿qué vamos a hacer esta noche? —La voz de Drake me sacó de mi trance. Me giré y le vi escrutando la mano de Ash en mi brazo. Algo acechaba en su mirada—. Oh, estás ocupado —escupió, estirándose.

Ash hizo un sonido sarcástico antes de agarrarme por la cintura y empujarme contra su casillero con un movimiento brusco. Sentí el frío acero en mi espalda y los dedos de Ash presionando con fuerza contra mi piel a través de la fina tela de mi top: una cruda demostración de su superioridad física. Fue un cambio chocante con respecto al suave tacto que utilizó antes para acariciarme el antebrazo y jadeé de asombro.

—Solo intentaba dejarle claro a nuestra pequeña June que no me la voy a coger, aunque se quite toda la ropa. —Ash me observó mientras agarraba mis muñecas, tiraba de ellas y me inmovilizaba los brazos por encima de la cabeza.

Sus dedos rodearon mis muñecas con fuerza, haciendo que un nudo de miedo y confusión creciera en la boca de mi estómago. ¿Por qué Ash estaba haciendo esto? ¿Cómo podía parecer que se preocupaba por mí en un momento y humillarme así al siguiente?

Drake rio malicioso. Sus ojos brillaban de alegría.

—¿Intentó meterte sus arrugadas tetas bajo la nariz otra vez? ¡Déjalo ya, June! Nadie quiere verlas.

El cuerpo de Ash se apretó duro e inflexible contra el mío. Podía sentir los duros contornos de sus músculos. Cada aliento que daba parecía rebotar contra él, y sentía la firme presión de sus caderas contra las mías. Mi cuerpo estaba indefenso a su merced, pero eso no habría sido tan malo si mi alma no lo hubiera estado también.

—No, nadie quiere ver tus pequeños pechos, June —siseó Ash.

Las palabras fueron más cortantes que un cuchillo y se me llenaron los ojos de lágrimas. Era como si hubiera desnudado mi alma y luego la hubiera desgarrado solo para demostrar que podía hacerlo.

Ash se inclinó hacia delante hasta que nuestras caras casi se tocaron. Intenté apartarme de él, pero la tranquilla a mi espalda no me lo permitió. Un sollozo intentó salir de mi garganta. Pero se convirtió en un sonido de sorpresa cuando la lengua de Ash salió disparada y lamió mi mejilla. Su lengua era áspera, húmeda y cálida, y por un momento olvidé por qué estaba llorando.

Ash se apartó de mí, su mirada oscura, su expresión cerrada, como si intentara ocultar sus propios sentimientos. Mis piernas cedieron cuando me soltó y caí de rodillas. El mundo a mi alrededor se tambaleó mientras intentaba recuperar el aliento.

—¿Qué tal una película esta noche? —sugirió Ash a Drake, como si nada de esto acabara de suceder. Como si no estuviera sentada en el suelo delante de su locker con la cara manchada de lágrimas y las piernas temblorosas.

Los dos chicos no me prestaron atención mientras caminaban hombro a hombro por el pasillo, y me pregunté cuántas humillaciones más soportaría antes de romperme por fin.

~

—Te quiero, Juniper, pero a veces solo quiero gritarte y sacudirte bien fuerte.

Esas fueron las primeras palabras que me dijo Amber después de que se lo contara todo, y eran más que merecidas. Cuando me recuperé del shock, me enfadé. Enfadada con Ash, pero sobre todo conmigo misma por permitir que me tratara así, y no era la primera vez.

Me tiré de espaldas sobre la cama, cogí una de las muchas almohadas de colores y la abracé. Mi habitación era tan colorida como yo, pero en aquel momento no encajaba con mi triste estado de ánimo.

Amber se levantó y paseó por mis estanterías. Sin dudar podía decir que era la única alumna de la Academia de Verano que poseía tantos libros. Estaban amontonados en mi escritorio, debajo de la cama y en varias estanterías torcidas de madera. Mis libros favoritos

eran las novelas románticas y de fantasía, pero también tenía algún que otro thriller. Amber sacó uno de ellos de la estantería y miró la portada. Manos atadas con sangre corriendo por ellas.

—¿Qué quieres hacer ahora? —preguntó.

Me incorporé con un suspiro, apretando los dedos alrededor de la almohada que tenía en el regazo.

—No hay nada que pueda hacer. Ash es el chico más popular de la escuela.

—Siempre hay oportunidades.

Amber me miró desafiante. Había algo agresivo en su mirada.

—A menos que estés sugiriendo secuestrar a Ash, atarlo a una silla en un sótano oscuro y luego trabajar sobre él con un cuchillo, no tengo ni idea de lo que quieres decir —respondí, señalando con la cabeza el thriller en su mano.

Amber rio, un sonido que liberó parte de la tensión que estaba en el aire a pesar de la gravedad del momento.

—Eso es muy oscuro, Juniper. Me gusta, pero estaba pensando en algo menos sangriento. —Se dio un golpecito en el labio, pensativa—. Los magos Fénix no pueden aguantar el alcohol…

—Sí… ¿Y? —pregunté, aunque ya tenía una idea en la cabeza de lo que podría sugerirme.

El alcohol estaba prohibido en la Academia de Verano. No porque tuvieran miedo de los adolescentes borrachos, sino porque incluso un pequeño sorbo bastaba para convertir a un mago fénix en un ser completamente impredecible. Y por impredecible quería decir que no se podía saber si la persona se arrancaría la ropa y bailaría desnuda sobre la mesa o iniciaría una pelea. Se suponía que hubo un incidente hacía tres años en el que una maga fénix se comió un chocolate con licor durante una prueba de valor. La chica se despertó a la mañana siguiente sin ropa, cubierta de barro y con una gallina en la cama, que debía de haber robado en algún lugar del barrio. Nadie se explicaba cómo sucedió.

—¿Y si mezclamos algo con Ash? —sugirió, con una sonrisa socarrona dibujándose en su rostro.

—No.

La respuesta llegó con rapidez, casi que por instinto. Sacudí la cabeza con violencia, pero antes de que pudiera protestar, Amber me llevó la mano a los labios.

—¡Déjame terminar! —suplicó, y me callé de mala gana—. Vamos a ir al Baile del Sol de Verano, te pondrás tu precioso vestido y luego sacarás a Ash a bailar. Después, le convencerás para que se tome una copa contigo. Solo le pondremos unas gotas de alcohol. Eso no hará que se vuelva loco, pero será suficiente para que abuse un poco. Y tal vez lo expulsen de la escuela.

—Eso es…

—… ¿brillante?

—… bastante malo.

—¿Y qué? —Amber se encogió de hombros—. *Ash* es bastante malo y creo que es hora de vengarnos de él.

No podía negar que el plan tenía cierto atractivo. Unas gotas no le harían mucho daño, y la idea de que después bailara desnudo sobre la mesa era… interesante.

—No. Es inmoral, Amber. No haré nada así.

Amber se sentó a mi lado en la cama y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Es tu decisión. Pero no lo olvides: no importa cómo sean tus planes de venganza, yo estaré a tu lado. Y si necesitas ayuda para enterrar un cadáver, ya sabes dónde encontrarme.

—Claro.

Sonriendo, la vi levantarse de un salto y salir de la habitación. Dejó el thriller sobre la cama. Acaricié la cubierta. La venganza era una idea que antes me resultaba ajena, pero tenía que hacer algo para contrarrestar a Ash.

Repetí en mi mente la escena del pasillo. Solo que esta vez, en lugar de llorar, levantaba la rodilla y la metía entre las piernas de Ash. Me imaginé mirándole con altanería mientras me soltaba las muñecas y se acurrucaba.

No dejaría que alguien como tú me tocara ni en mis peores pesadillas, Westwick, habría dicho. Y no solo lo habría dicho, lo habría afirmado en serio.

Pero no importaba cuántas veces jugara a esta fantasía, no podía deshacer la realidad.

Apenas unas gotas, las palabras de Amber resonaron en mis oídos.

¿De verdad sería tan malo si pusiera un poco a Ash en su lugar? ¿Si le dejara claro que ya no me haría la víctima? Pero entonces no sería mejor que él. Ojo por ojo hasta que ambos quedáramos ciegos. ¿Era ese el camino que quería seguir? No lo sabía. Lo único que sabía era que algo tenía que cambiar si quería pasar mi último año en la Academia de Verano de una pieza.

6

TIENE UN NUEVO MENSAJE

—¡Por favor, reúnanse en sus grupos y discutan la división! Quiero que entrenen para su primera misión de hoy.

El profesor LeBlanc echó una mirada escrutadora a la sala por encima del borde de sus gafas de níquel. Las sillas se movieron y mis compañeros se escabulleron por la sala. Me limpié las manos sudorosas en la falda antes de volverme hacia Ash. Se había recostado de forma despreocupada en su silla y tenía los brazos cruzados detrás de la cabeza. Las demás brujas y magos se reunieron en su mesa listos para salir. Melanie, Joshua y Ally.

Ally y yo fuimos compañeras de entrenamiento en la clase de karate el año pasado. Ella estaba muy bien. Apenas conocía a las otras dos, pero no eran las que me preocupaban.

Intentando evitar la mirada de Ash, bajé la cabeza y me senté en la última silla libre frente a él. Lo superaría. De alguna manera lo superaría.

¿Pero cómo demonios?

—Bueno, me gustaría enfrentarme al elemento fuego. De algún modo, me viene bien. Tal vez porque tengo el temperamento adecuado —balbuceó Ally—. ¿Y tú?

Melanie levantó la mano.

—Agua.

—Quedan la tierra y el aire. Juniper, ¿qué prefieres? —preguntó Joshua.

—Me gustaría que desapareciera en el aire, pero la verdad no está a la altura —gruñó Ash antes de que pudiera replicar.

Sara-Lynn, que estaba sentada en la mesa de al lado, soltó una risita ante las burlas de Ash. Puse los ojos en blanco, pero me ahorré una réplica. Cada palabra que dijera solo serviría para irritar aún más a Ash.

—No lo sé —le dije a Joshua en su lugar—. ¡Elige tú!

Joshua miró un poco desesperado a Ash y a mí. Era claro que tenía miedo de decir algo equivocado.

—¿Entonces escojo aire? —dijo por fin, con una pregunta resonando en sus palabras.

—De acuerdo.

Asentí, aliviada de que la decisión estuviera tomada. De todos modos, me sentía más cómoda con el elemento tierra. Había algo cálido y conectado en él que me gustaba.

El profesor LeBlanc se aclaró la garganta, atrayendo de nuevo la atención de los alumnos.

—Una vez divididos los grupos, les ruego que tomen nota y me los entreguen. Luego nos reuniremos en el prado detrás de la Academia.

Ally cogió un bolígrafo y un trozo de papel y escribió nuestros nombres y el elemento al que nos enfrentaríamos. El nombre de Ash estaba al principio. Como mago fénix, él era quien nos dirigiría y guiaría en la batalla. Fuimos el segundo grupo en terminar y seguimos a los demás por el pasillo hasta el vestíbulo con cúpula de cristal.

Fuera, el calor nos azotó. Soplaba una suave brisa, pero no nos refrescaba. Tomamos el estrecho camino de piedra que conducía entre hierbas y helechos. A través de una puerta de hierro forjado cubierta de hiedra, entramos en el jardín de la villa, rodeado por un muro de piedra de tres metros de altura. Aquí podríamos hacer nuestra magia sin que nadie nos observara.

Nos detuvimos al abrigo de un gran magnolio y esperamos al resto de la clase. Mi emoción crecía a cada minuto que pasaba. Miré a mi alrededor en busca de Amber. Estaba hablando con su ex,

poniendo cara de estar comiendo guindas. Al parecer, yo no era la única que hubiera preferido estar en cualquier sitio antes que aquí.

El profesor LeBlanc fue el último en llegar. Se detuvo junto a la verja de hierro forjado, apoyándose en su bastón y lanzando una mirada severa a su alrededor.

—Entonces, ¿quién empieza?

La mano de Ash se alzó en el aire. Aquel tipo nunca perdía la oportunidad de demostrar sus dotes de luchador, y debía reconocer que sabía luchar.

El profesor LeBlanc asintió satisfecho, orgulloso de su mejor mago fénix.

—Bien, el grupo del Sr. Westwick comienza. Sr. Longham, usted hace de revenant. Y pido que ambos muestren moderación en la batalla esta vez: ¡sin cuellos rotos y sin bolas de fuego mortales durante el entrenamiento! Desmoronarse en cenizas y resucitar no es excusa para infligirse una agonía indebida.

Drake. Por supuesto, el profesor LeBlanc tuvo que elegir a Drake como nuestro oponente. No era suficiente que estuviera en un grupo con Ash.

Los dos chicos se dieron una palmada en los hombros antes de colocarse en posición de ataque.

—¡Prepárate, Westwick! —dijo Drake con una sonrisa en la cara que era una mezcla de desafío y camaradería, el tipo de sonrisa que le dedicas a un rival antes de destrozarlo en el campo.

La respuesta de Ash no se hizo esperar.

—Estarás en la hierba antes de que te des cuenta, Longham —contestó en tono petulante.

¡Qué actitud tan machista!

Si Ash no se hubiera subido la camiseta por la cabeza en ese mismo momento y la hubiera tirado descuidadamente a un lado, no me habría impresionado. Pero maldita sea, se hizo un paquete de seis en los últimos dos años. Era difícil apartar la vista de sus duros músculos. Algunas de las chicas, que tampoco se lo perdían de vista, animaron a Ash con gritos. Solo Amber mantenía los brazos cruzados delante del pecho y ponía los ojos en blanco.

—¡Vamos! —gritó el profesor LeBlanc, dando dos palmadas.

Los estudiantes de alrededor se callaron y un silencio concentrado descendió sobre el jardín. Me subió la adrenalina. Ash y Drake se miraron, esperando a que el otro atacara primero. Ally, Joshua y Melanie parecían tensos. No se atrevían a moverse. Nuestro trabajo consistía en convocar a los elementos y trazar un círculo mágico de hechizos alrededor del retornado —Drake—, mientras Ash se aseguraba de que nuestro oponente no saliera del círculo.

Di un paso cauteloso hacia los sombreados magnolios, intentando colocarme en posición. Los ojos de Drake se entrecerraron al notar mi movimiento, y su mirada revoloteó por un instante hacia mí. Fue solo un momento fugaz, pero suficiente para que Ash lanzara su ataque.

Drake reaccionó con la ferocidad de una bestia liberada de sus grilletes. Asestó un puñetazo brutal a la barbilla de Ash, lanzando su cabeza hacia un lado. Casi simultáneamente, formó una bola de fuego entre sus manos y la lanzó en mi dirección. Salté hacia un lado y el mundo que me rodeaba se redujo a un único punto brillante que salió disparado hacia mí a una velocidad vertiginosa. El calor me rozó, lo bastante cerca como para dejarme un cosquilleo abrasador en la piel, mientras el olor a pelo quemado llenaba el aire. Jadeé horrorizada y me llevé una mano al corazón.

Estuvo cerca. Muy cerca.

La bola de fuego de Drake chamuscó un mechón de mi pelo.

Ash se interpuso en el camino de Drake, evitando que me lanzara otra bola de fuego. Con una patada certera, apartó las piernas de Drake. Los dos aterrizaron en una nube de polvo y hierba, con sus cuerpos entrelazados en un despiadado revoltijo de puños y extremidades retorcidas.

El profesor LeBlanc se acercó un paso, apoyándose en su bastón, mientras observaba a los dos con satisfacción.

—En la batalla, recuerden siempre que sus oponentes pueden tener distintos grados de humanidad —sermoneó con calma, como si ante sus ojos no se estuviera librando una feroz pelea—. Un retornado que ha poseído el don de la magia del fénix durante mucho tiempo se ha despojado de la mayor parte de su humanidad.

Ya no puede articular palabra y solo entiende fragmentos del habla humana. Su técnica de lucha es instintiva y difiere mucho de la de los revenants más jóvenes.

Ally, Joshua, Melanie y yo intercambiamos una mirada breve y decidida. Era nuestra oportunidad, el momento que estábamos esperando. Nos colocamos en círculo alrededor de los dos magos fénix y empezamos a invocar a los elementos.

Cerré los ojos y escuché dentro de mí, sintiendo la energía mágica que había en mi interior. Mi atención se centró en mis pies, que estaban firmes y seguros en el suelo. Dejé que mis sentidos se deslizaran por el suelo, sintiendo la cálida tierra iluminada por el sol y las poderosas raíces que se extendían bajo mis pies: el profundo latido de la vida, un ritmo antiguo y constante que alimentaba y amplificaba mi magia.

—*¡Terra, te invoco!* —susurré—. *¡Tierra, te invoco!* —y dibujé en el aire el signo rúnico de la tierra.

Tenía un brillo dorado. Una pesadez cálida y apagada se apoderó de mi cuerpo. A cada segundo que pasaba, me sentía más parte de la naturaleza, crecía en ella, y al mismo tiempo su poder fluía hacia mí. Ya no era solo un individuo en esta batalla. Formaba parte del todo, anclado y fortalecido por la poderosa presencia de las plantas y las raíces que me rodeaban. Era como si toda la vida fluyera directamente a través de mí.

Frente a mí, al otro lado del círculo, Ally invocó el elemento fuego. Permaneció de pie, segura e imperturbable, mientras sus manos moldeaban la runa. La marca resplandecía de un color rojizo anaranjado, tan brillante y vibrante que parecía que un trozo del atardecer había sido capturado ante nuestros ojos. Un suave crujido llenó el aire y las chispas volaron por el jardín arrastradas por el viento.

Una sonrisa cautelosa apareció en mis labios. Tal vez esta sesión de entrenamiento fuera más tranquila de lo que creí.

Pero me alegré demasiado pronto. Drake se incorporó con dificultad y se abalanzó con un grito furioso sobre Joshua, que estaba a punto de invocar su elemento. Cerró los ojos para concentrarse, con las manos alzadas al cielo.

—¡Joshua, cuidado! —gritó Melanie.

Los ojos del hechicero se abrieron de par en par y el horror apareció en su rostro al darse cuenta del peligro inminente. Pero no se movió y permaneció inmóvil, cegado cual conejo ante los faros.

¡Vamos, Joshua, muévete!

Estaba más cerca de él, pero dudé. Si me apresuraba a socorrer a Joshua ahora, ya no podría mantener mi hechizo y tendría que volver a lanzarlo más tarde. Pero no tenía otro remedio. Ash estaba tendido en el suelo, respirando con dificultad. Parecía aturdido y no como si estuviera en condiciones de intervenir. Era evidente que Drake le dio una buena paliza.

—¡Oh, maldición!

Solté mi hechizo rúnico y salí corriendo. Se me aceleró el corazón cuando salvé la distancia que me separaba de los dos luchadores. Drake tenía a Joshua en una llave de cabeza. Lo tenía agarrado con fuerza. Los dos se balanceaban. Drake en un intento de sujetarle, Joshua en un intento desesperado de contraatacar.

Sin dudarlo, pateé a Drake en la parte posterior de la rodilla. Rápida y efectiva. Drake dejó escapar un gorgoteo mientras sus piernas cedían bajo él. Su agarre se aflojó y Joshua aprovechó la oportunidad y se liberó del agarre. Retrocedió. Su pecho subía y bajaba con su respiración agitada.

—¡Tú! —graznó Drake, con un silbido salvaje en la voz. Estaba claro que logré enfurecer a alguien.

Con una velocidad que parecía casi sobrenatural en vista de su derrota anterior, se enderezó de nuevo. Como un depredador que ha fijado la vista en su presa, giró sobre sí mismo para mirarme. Una bola de fuego apareció en su mano. El ominoso parpadeo de las llamas bailó en sus ojos oscuros.

—Te arrepentirás, June. —Sus palabras eran poco más que un gruñido amenazador que salía de lo más profundo de su garganta.

Ya me arrepentía. Nadie resultaba herido de gravedad en estas peleas de práctica —el profesor LeBlanc vigilaba e intervenía antes de que las cosas se pusieran demasiado feas—, pero una bola de fuego como aquella podía doler una barbaridad. Y dudaba que Drake se contuviera conmigo.

Joshua se puso a salvo. Al cobarde ni siquiera se le ocurrió ayudarme. Olvidándose que aquí competíamos en equipo.

Cada músculo de mi cuerpo estaba tenso mientras intentaba anticipar el siguiente movimiento de Drake, para evitar la bola de fuego. Mis nervios estaban a flor de piel y había bloqueado todo lo demás. Los estudiantes y el profesor LeBlanc que estaban de pie al margen observando nuestro combate, el jardín de la Academia, mis compañeros… todo pasó a un segundo plano. Por eso estuve desprevenida cuando Ash saltó de repente a mi campo de visión y me empujó a un lado. Tropecé e instintivamente me agarré a lo más cercano que encontré: Ash… o, mejor dicho, la parte superior de su brazo.

El mundo giró cuando caímos juntos sobre la verde hierba del jardín de la Academia. De repente, Ash estaba encima de mí, con el peso de su cuerpo sobre el mío, y sus ojos azules hielo a escasos centímetros de los míos. Una oleada de sorpresa y vergüenza me recorrió al sentir el calor de su torso desnudo y musculoso. Sentí su seductor aroma a madera de cedro y a cálidas noches de verano. Por un momento, olvidé dónde estábamos y lo que estaba ocurriendo. Durante ese pequeño instante, solo estábamos él y yo. Pero los vítores de mis compañeros me escupieron de nuevo a la realidad.

—¿Qué es eso? ¿Follar en seco? —oí burlarse a Drake.

Ash reaccionó enérgico al comentario malicioso de Drake. Se apartó de mí y volvió a ponerse en pie como si nunca hubiera tocado el suelo. Yo me quedé allí tumbada respirando mal, incapaz de hacer lo mismo y todavía abrumada por la repentina cercanía de Ash.

—Una frase barata para ligar, June. —Ash me dirigió una mirada sarcástica. Luego se volvió hacia nuestros compañeros, asegurándose de que tenía toda su atención antes de continuar con un encogimiento de hombros casual—. La chica no se cansa de mí.

Risas.

El profesor LeBlanc se aclaró la garganta.

—Señor Westwick y señor Longham, les recuerdo que están en plena sesión de entrenamiento —amonestó a los dos magos fénix.

—Señor, yo no era el que quería rodar por el suelo —reviró Ash, levantando las manos en señal de disculpa como si *él* fuera la víctima aquí.

Por supuesto, estaba seguro de conseguir otra ronda de risas de nuestros compañeros de clase. El profesor LeBlanc dirigió a la clase una mirada severa, que silenció al menos a algunos de ellos.

—Estoy seguro de que la Srta. Harper no quería derribarte —contraatacó.

—No sería la primera vez que se le echa encima —intervino Sara-Lynn.

Sacó el móvil del bolsillo del pantalón. Sus uñas rosas, perfectamente cuidadas, volaron por la pantalla y sonrió satisfecha.

Sonó un teléfono móvil. Luego un segundo y un tercero. Me incorporé. Una sensación inquietante me barrió la espalda. Este concierto de móviles no podía significar nada bueno. No si nos involucraba a Sara-Lynn, Ash y a mí.

—¿No dije que nada de móviles en clase?

El profesor LeBlanc sacudió la cabeza con desaprobación mientras intentaba llamar al orden a los alumnos. Pero fue inútil. De repente se oyeron murmullos por todas partes. Se juntaron las cabezas y se mostraron las pantallas de los teléfonos móviles.

¿Qué estaba pasando?

Miré a mi alrededor con incertidumbre. Al parecer, todos habían recibido el mismo mensaje, pero ¿de qué tipo? Mi móvil estaba en la bandolera, así que no podía comprobarlo. Mis ojos se dirigieron a Amber, que abrazaba su teléfono contra el pecho y negaba con la cabeza. *No quieres ver esto*, decía su expresión.

¿Qué era lo que no quería ver? ¿Qué era ese mensaje? ¿Y por qué de repente todo el mundo me miraba de forma tan extraña?

—Les dije que no era la primera vez —dijo Sara-Lynn con voz dulce y me miró desafiante.

—¿Amber? —Me volví hacia la única persona en la que confiaba.

Le rogué a mi mejor amiga con la mirada que me dijera qué estaba pasando.

—¡Que todo el mundo guarde ya sus teléfonos celuláres! —ordenó el profesor LeBlanc.

Uno a uno, los alumnos accedieron a su petición, pero yo seguía mirando sus caras burlonas. La sangre me corría por los oídos. La situación aún no terminaba, de eso estaba segura.

—¿Podemos volver ya a la sesión de entrenamiento? —La pregunta del profesor LeBlanc era una clara orden.

—Ni idea. ¿No tiene Juniper que rasgarse la ropa primero? —preguntó Sara-Lynn, sosteniendo su celular con la pantalla en mi dirección.

Los murmullos y las risitas se convirtieron en ruido de fondo mientras mis ojos se posaban en la pantalla: era una foto mía delante de *The Red Carpet*, intentando pasar por delante de Ash, que me impedía el paso… y no llevaba nada más que mi ropa interior.

Sara-Lynn me hizo una foto. Y envió esa misma foto a todos mis compañeros de clase.

7

YA BASTA

—Lo haré.

—¿Qué?

Amber parecía tan sorprendida como yo cuando la agarré por la manga de su cazadora vaquera y la arrastré tras de mí hasta mi habitación. En cuanto la puerta se cerró tras nosotras, me apoyé en ella, crucé los brazos delante del pecho y reprimí un temblor. Podría haber llorado. Podría haberme tirado en la cama, hecha un ovillo y gritado de rabia y desesperación. Pero no lo hice. Tal vez, después de todo, aún quedaba una chispa de orgullo en mí. Algo que hizo que no me derrumbara y que por fin estuviera preparada para defenderme.

—Lo del baile del sol de verano y el alcohol… lo haré.

—Excelente —asintió, sus ojos brillaban con feroz determinación —. Se lo demostraremos. Ash y su pandilla no volverán a burlarse de ti.

Respiré hondo, intentando calmar los latidos de mi corazón. Durante todo el camino desde el jardín hasta mi habitación, me dejé llevar por la ira. Ya no quería ser la débil Juniper. La chica que lo aguantaba todo y era constantemente intimidada. Pero ahora que lo decía, dudaba de mi propio valor.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le pregunté a Amber, ya sin sentirme tan decidida como hacía unos segundos.

Amber se acercó a mí, me puso las manos en los hombros y me miró con determinación.

—Estamos en guerra, Juniper, y en la guerra hay que afilar las armas.



Por armas, Amber se refería sobre todo a mi aspecto. Y mientras yo estaba preocupada por la venganza, mi mejor amiga aprovechó el momento para un cambio de imagen. Aún faltaban once días para el Baile del Sol de Verano. Once días que Amber utilizó para arrastrarme a la peluquería, la manicura y la esteticista y enseñarme a caminar con tacones altos.

—Tienes que ser la mujer más fatal y perfecta para que Ash solo tenga ojos para ti en el baile —explicó con ardiente convicción.

Era un plan estúpido y además tonto, pero no podía echarme atrás ahora. Así que dejé que Amber se saliera con la suya al mejor estilo *Next Top Model.*

En las clases, intentaba agachar la cabeza y evitar a Ash y su camarilla, lo cual era todo un reto. La Academia de Verano no era lo que se dice enorme y te chocabas con los demás todo el tiempo. Aunque comía en mi habitación y evitaba las salas comunes, no conseguía escapar de las burlas y los comentarios desagradables.

La noche del baile estuve a punto de rendirme. Ya había atraído suficiente atención no deseada con el incidente del móvil, y mi nuevo look y el vestido caro no me iban a sacar de la línea de fuego.

—¡Ahora sí! —me amonestó Amber, de pie a mi lado frente al espejo con su nuevo vestido azul oscuro y ajustándose el escote.

—Pero… —Una oleada de incertidumbre me ahogó la voz.

—Sin peros. Ya has aguantado todo esto bastante tiempo. Ya es suficiente.

Ya basta.

Me recité estas palabras como un mantra mientras me retocaba el pintalabios y me miraba al espejo por última vez.

La visión era inusual. Me veía más adulta y elegante. La joven que me miraba no era tan fácil de bajar. Pero ella era solo un papel que yo estaba interpretando y Ash quizá vería a través de eso de inmediato. Me conocía lo suficiente como para ser capaz de ver detrás de la fachada.

Mi estómago se contrajo hasta doler y me recordó lo lejos que me había aventurado fuera de mi zona de confort. Me mordisqueé los dedos con nerviosismo.

—¡No hagas eso, arruinarás toda la manicura! —me reprendió Amber.

—Ya voy —suspiré.

Pero era más fácil decirlo que hacerlo. No sabía dónde poner las manos mientras Amber y yo tomábamos nuestros *clutchs* y nos dirigíamos al salón de baile.

Los pasillos de la Academia de Verano estaban repletos de estudiantes. Las risas y los murmullos resonaban en las paredes. Las chicas llevaban los vestidos más bonitos y los chicos, trajes. Algunos incluso llevaban sombreros de copa.

Las miradas se deslizaban sobre mí. No podía clasificarlas. ¿Les gustaba mi vestido? ¿O me estaba engañando a mí misma y me veía ridícula con él? Tiré de la tela verde oscura, deseando poder mirarme en un espejo por última vez para comprobar si me quedaba bien.

—¡Ven! —Al notar mi nerviosismo, Amber buscó mi mano y entrelazó sus dedos con los míos—. Ha llegado la hora de la venganza.

Venganza. A la derecha.

Esa fue la única razón por la que seguí adelante con todo esto. Tenía que concentrarme en mi objetivo: Ash.

Bajamos juntas la ancha escalera de madera, cruzamos un pasillo y entramos en el salón de baile, decorado con motivos festivos. La sala se utilizaba más que nada para las sesiones de entrenamiento. Yo tomé clases de esgrima aquí el año anterior. Pero el comité del baile hizo todo lo posible para sacarle el máximo partido. Del alto techo colgaban bolas de discoteca plateadas como estrellas parpadeantes que esparcían deslumbrantes reflejos de luz sobre la

pista de baile. Las paredes estaban decoradas con arcos de globos y cortinas doradas. Alrededor de la pista de baile, que formaba el centro de la sala, había mesas de bar donde los primeros estudiantes ya estaban de pie y riendo. En el otro extremo de la sala se montaron un suntuoso bufé. En los altavoces sonaba *Made you look*, de Meghan Trainor, y los graves palpitaban en el aire haciendo vibrar la sala.

Cogí el largo collar cuyo colgante estaba oculto bajo la tela de mi escote. Amber pensó que el pequeño frasco era la mejor manera de introducir alcohol de contrabando en la fiesta, pero me sentía incómoda llevándolo tan cerca del cuerpo. ¿Y si uno de los profesores me pillaba con él? El alcohol estaba estrictamente prohibido en la Academia de Verano y me vendría muy bien que no me expulsaran.

—A las diez —susurró en un tono que rebosaba urgencia conspirativa.

—¿Qué? —La miré confusa.

—Ash y su grupito están a las diez en punto. ¡No mires!

A pesar de su advertencia, giré la cabeza y miré en dirección a Ash. Se me hizo un nudo en la garganta. Estaba radiante con su traje negro, como si acabara de salir de las páginas de una revista de moda.

—No pe… —empecé, pero Amber me cortó.

—¡Si dices que no puedes hacerlo ahora, te mataré!

—De acuerdo.

Tragué en seco. De algún modo, la idea de que Amber me matara sonaba menos aterradora que volver a hacer el ridículo delante de Ash. Aun así, dejé que tirara de mí hacia el bufé, donde me puso en la mano un vaso de papel rojo con ponche sin alcohol.

—Primero tomaremos una copa y tú te pones de espaldas a Ash para que pueda admirar tu parte baja.

¿Mi qué?

Fruncí el ceño, preocupada, pero Amber me hizo un gesto para que me callara.

—No te preocupes otra vez. Sabes que tu vestido es increíble. —Me dirigió a una de las mesas del bar cerca de Ash—. No mires. ¡Y

de verdad esta vez! —me ordenó en un tono que no admitía discusión—. Solo finge que él y sus compinches son aire para ti.

Un aire muy, muy caliente que me quemaba la espalda cuanto más tiempo permanecía allí. Inquieta, luché contra el impulso de pasar de una pierna a otra. Amber entabló conmigo una conversación que apenas pude seguir. Sus palabras se fundieron en un murmullo mientras yo me concentraba en no asustarme del todo.

—Nuestro plan está funcionando. Ash no deja de mirarte —anunció después de un rato, que pareció casi interminable, aunque la música solo iba cambiando dos veces.

—Te estás imaginando cosas —protesté sin entusiasmo, pero Amber no se inmutó.

—Yo no. Sara-Lynn ya se está poniendo inquieta. Ahora ella está tratando de persuadirlo para bailar. Cuidado, ya vienen.

Todo mi cuerpo se tensó. Para llegar a la pista de baile, Sara-Lynn y Ash tenían que pasar por delante de nosotras. Esto no sería sin incidentes.

—Hola, June. Hoy viajas sin ropa interior. Tus intentos son cada vez más desesperados. Por otra parte, no necesitas sujetador sin pechos, supongo —susurró Sara-Lynn y me lanzó una mirada que parecía aún más artificial que de costumbre gracias a sus largas pestañas postizas.

Por lo general, habría agachado la cabeza y apretado los dientes, intentando ignorar sus palabras. Pero hoy no. Hoy decidí ser diferente, y no había vuelta atrás.

—Tal vez, *Lynni* —dije y me volví hacia ella muy despacio. Dejé que cada sílaba se fundiera en mi lengua antes de pronunciarla—. Pero sin cerebro, no necesitas cabeza, y aún así la tienes.

Por el rabillo del ojo, vi la comisura de la boca de Ash moverse hacia arriba antes de apartar la mirada. ¿Estaba reprimiendo una carcajada?

Sara-Lynn resopló enfadada.

—¡Zorra! Te arrepentirás de esto. Ten cuidado.

—Tal y como yo lo veo, tu novio me compró un vestido carísimo y lleva toda la noche mirándome porque le encantaría arrancármelo. Parece que no soy yo la que tiene que tener cuidado.

Sara-Lynn se quedó boquiabierta. Parecía que iba a abalanzarse sobre mí en cualquier momento, pero Ash la agarró del brazo.

—Vamos, Lynni, ella no vale la pena.

—Ash, ella…

—¡Olvídalo!

Su voz había adquirido un tono de mando tan áspero que incluso Sara-Lynn, que casi siempre quería tener la última palabra, cedió. Juntos se dirigieron a la pista de baile.

—¡Maldita sea, Juniper! No sabía que lo llevabas dentro.

Amber me miró tan atónita como Sara-Lynn lo hizo un momento antes. Me encogí de hombros y dejé que mis dedos se deslizaran sobre la fría superficie de la mesa del bar.

—Se lo merece, ¿no? —pregunté.

Las palabras flotaban en el aire entre nosotras. La euforia de mi pequeña victoria se mezcló con un regusto amargo. Me resultaba extraño insultar así a alguien. Extraño y equivocado.

Pero Amber sonrió satisfecha.

—Se lo merecía con creces. Y se lo diste tan bien. Estoy impresionada.

—Ash ni siquiera salió en su defensa —comenté pensativa, frunciendo el ceño—. Eso fue raro, ¿verdad?

Amber movió la cabeza de un lado a otro, con los labios fruncidos en una fina línea.

—No es tan extraño, considerando que le gustas.

Se me escapó una risa incrédula.

—No le gusto, Amber. Me odia.

—¿En serio? Tú misma lo acabas de decir: te compró un vestido caro y ahora te mira como si quisiera arrancártelo del cuerpo. Todo lo que tienes que hacer es juntar uno y otro.

—Sí, pero me dio la tarjeta porque quería humillarme. Y en cuanto a su aspecto… tal vez solo esté pensando en cómo puede hacerme la vida miserable después.

Amber me dio una palmadita en la mano.

—¡Oh, Juniper! Nunca he negado que Ash Westwick es un imbécil. Nunca perderá la oportunidad de humillarte. Pero eso no significa que no le encantaría echarte un polvo.

Mi mirada se desvió sin querer hacia Ash, que tenía las manos en las caderas de Sara-Lynn y tiraba de ella para darle un beso largo e intenso. Un baño invisible pareció envolverme el pecho y tragué con fuerza. No quería pensar en si Ash me haría lo mismo si yo se lo permitiera. Claro, soñé con ello innumerables veces. Pero en mi imaginación, siempre era el viejo Ash el que me tocaba y besaba, no el que era ahora.

Cuando Ash y Sarah-Lynn volvieron a su mesa, Amber se inclinó hacia mí. Sus ojos brillaban de expectación y en sus labios se dibujaba una sonrisa conspiradora.

—¿Lista para la segunda fase? —quiso saber.

—No sabía que teníamos fases —respondí, con una voz que no era más que un graznido nervioso.

—¡Ay, por supuesto que sí! —Amber asintió con entusiasmo—. La fase uno era llamar la atención de Ash. Tuviste bastante éxito con eso. La fase dos es invitarle a bailar y flirtear con él hasta que su mente se quede en blanco. Y en la fase tres, le subes el alcohol.

Su plan me dejó un poco aturdida.

—Vale, pero no puedo acercarme a él, tocarle el hombro y pedirle que baile conmigo delante de Sara-Lynn.

Amber enarcó las cejas.

—Claro que puedes. ¡Deja de esconderte, Juniper! Acabo de ver de lo que eres capaz.

Amber me dio un suave empujón y, antes de darme cuenta, estaba de camino a la mesa de Ash. Me temblaban las manos y sentía la lengua como papel de lija. Dudaba que pudiera decir una palabra.

Ash me vio de inmediato, pero fingió no notarme. Sus ojos me miraron un momento y luego volvieron a Sara-Lynn, antes de apartarse de mí.

Me quedé mirando su ancha espalda. ¿Qué era aquello? Nunca perdía la oportunidad de derribarme. Pero ahora, justo cuando yo buscaba su atención, ¿él prefería ignorarme?

—¡Ey!

Me armé de valor y le di un golpecito en el hombro. Ash y Sara-Lynn se volvieron hacia mí casi al mismo tiempo.

—¿Qué haces aquí? —siseó, pero no le presté atención.

Ash me miró sin decir palabra y con las cejas levantadas. Sus ojos azules hielo brillaban con curiosidad.

—¡Baila conmigo! —dije, haciendo todo lo posible para que no sonara como una petición.

Me dio un vuelco el corazón. ¿Y si decía que no? ¿Y si se reía de mí y me dejaba plantada en medio de la habitación?

—¿Por qué? —preguntó, alzando un poco más las cejas.

—Sí, ¿por qué iba a hacerlo? —Sara-Lynn intervino en nuestra conversación y se echó los rizos rubios por encima del hombro.

Me incliné hacia Ash. Tan cerca que mi boca casi tocaba su oreja y solo él podía oírme.

—Quién sabe, a lo mejor quieres averiguar si no solo el sujetador fue lo que dejé atrás.

Era un movimiento arriesgado. Ash podría reírse de mí por mis palabras, y entonces le habría dado aún más munición para humillarme. Pero si Amber tenía razón, todo este numerito de mujer fatal estaba funcionando. Así que le guiñé un ojo a Ash de forma coqueta antes de darme la vuelta y caminar hacia la pista de baile.

No te seguirá, Juniper, susurró mi voz interior. *Y entonces te quedarás ahí parada como una idiota.*

¿Pero no lo estaba haciendo ya de todos modos? Puse toda la carne en el asador porque no tenía nada que perder. Llevaba dos años siendo la marginada, de la que todos se burlaban, y unas palabras más o menos no cambiarían eso.

Una mano se cerró alrededor de la mía. Aunque iban ya dos años, el tacto me resultaba familiar. El calor que emanaba de ella. La forma en que la mano de Ash se cerraba grande y fuerte alrededor de mis delicados dedos. Con un movimiento imparable, me hizo girar hasta quedar frente a él y bajó las manos hasta mis caderas.

—Solo un baile —murmuró, con la voz tan ronca.

Levanté la vista hacia él, pero pasó de mí, con los ojos fijos en la palpitante pista de baile. Había algo desgarrado en su mirada, como si no supiera si debía estar aquí conmigo o no, como si librara una batalla interior.

—Solo un baile —repetí y, vacilante, puse las manos sobre sus fuertes y anchos hombros.

La música cambió, se hizo más lenta, más melancólica, y Ash me acercó más a él. Me envolvió su aroma a madera de cedro y a cálidas noches de verano. Escuché la letra de *Bang Bang —My Baby Shot Me Down—* de Nico Vega e intenté no pensar en lo apropiada que era la canción. O en cómo el cuerpo musculoso de Ash, fuerte y tan familiar, se amoldaba al mío de forma perfecta.

—Tu vestido es precioso —afirmó Ash, y sentí la suave vibración de las palabras contra su pecho mientras hablaba.

Esperé un «peroz», mas no llegó ninguno. En lugar de eso, se inclinó un poco hacia mí. Su aliento rozó mi mejilla.

—Eres preciosa —respiró, apenas audible por encima del estruendo de la música.

Un suave escalofrío me recorrió la espalda. Todo en mi interior pedía a gritos que dejara que mi cabeza se hundiera en el pecho de Ash y saboreara este breve momento de paz antes de que volviera a mostrarse despectivo y desagradable. Pero esto no era una tregua: tenía una misión. Y no podía dejarme engañar por la repentina amabilidad de Ash.

Cuando el ritmo de la música se hizo más enérgico, me separé de él.

—¡Tomemos una copa!

De nuevo, estaba segura de que no me seguiría. Y de nuevo lo hizo, tras una breve y tensa mirada a través de la pista de baile. ¿Qué esperaba ver allí? ¿A Sara-Lynn corriendo hacia nosotros armada con un tenedor de tarta para sacarle los ojos? Bueno, no me sorprendería, pero la vigilancia de Ash seguía irritándome.

Mientras caminaba hacia el bufé, me llevé la mano al collar, solté el pequeño frasco y lo dejé caer en mi mano.

Muy bien, Juniper, fase tres. ¡Puedes hacerlo!

Ash me alcanzó.

—No sé qué va a ser esto, June. Pero tienes suerte de que sienta curiosidad —dijo, con los ojos fijos en mí.

Sabía que aquello era una trampa. Mi corazón latió un poco más rápido, pero me encogí de hombros con rotunda indiferencia.

—Tal vez solo quiero vengarme un poco de Sara-Lynn —respondí.

Ash resopló divertido mientras cogía dos vasos de papel y los llenaba de ponche.

—Oh, vamos. Ambos sabemos que Lynni no es de quien quieres vengarte. Ella es como un daño colateral en el mejor de los casos.

—Me robó la ropa y envió la foto.

—Sí. Pero ella no fue la que incitó a todos contra ti. Fui yo.

Sus palabras fueron inusualmente francas, y eso me desequilibró. Mi mano se cerró con tanta fuerza alrededor del frasco que temí que se rompiera.

—¿Por qué? —respiré.

—¿Eh?

—¿Por qué lo hiciste?

Lo pensé tantas veces, pero nunca me armé de valor para preguntárselo.

Ash chasqueó la lengua.

—Quizá me divierta verte sufrir.

—Pero solíamos ser amigos.

Mi voz sonó quebradiza y entrecortada. Luché por no dejar que Ash viera cuánto me estaban hiriendo sus palabras, pero fracasé. Si no me reponía ahora, la fase tres no tendría lugar.

Ladeó la cabeza y me miró con una mirada que oscilaba entre la lástima y la condescendencia.

—Tienes razón, June: *éramos* amigos. Pero ya no lo somos. —Se inclinó hacia mí y me susurró—: Y harías bien en no olvidarlo nunca.

Eso fue todo lo que necesité para recordar por qué estaba haciendo esto. Aproveché el momento para verter el contenido del vial en la bebida de Ash. Luego levanté mi copa.

—Lo que tú digas —dije con una voz inexpresiva que aún tenía un temblor casi imperceptible—. Entonces brindemos por el hecho de que ya no somos amigos.

Ash me miró con fijeza mientras se llevaba su vaso a los labios. Por un momento, pareció que quería beber. Pero entonces bajó la taza sobre la mesa con brusquedad, cogió la mía y las intercambió.

—Debes pensar que soy bastante estúpido, si crees que no me he dado cuenta de que has mezclado algo, June —dijo con una

sonrisa de suficiencia. Vació mi vaso de un trago y me la puso en la mano—. Ha sido un placer charlar contigo.

Le vi caminar de vuelta hacia Sara-Lynn y los demás. Cómo se paraba en la mesa y decía algo que hacía reír a quienes lo rodeaban. Por extraño que pareciera, me sentí vacía al mirarlo. Como si hubiera ganado una batalla, pero perdido otra.

—Y tú debes de ser muy ingenuo si crees que solo tengo un as en la manga —murmuré en voz baja.

Repartí el contenido del vial a partes iguales entre las dos tazas, dejando que Ash lo viera y para que luego especulara con que haría lo mismo que él. Ash se creyó superior, y esa fue su perdición. Porque unas pocas gotas de alcohol bastaban para llevar a un mago fénix a su perdición.

8

EL GATITO ENSEÑA LAS GARRAS

—Tal vez fue muy poco alcohol después de todo.

Amber se inclinó hacia delante para ver mejor a Ash. Parecía nerviosa por la emoción y, de alguna manera, su falta de preocupación me molestó. Esto no era un juego, no para mí.

—No te comportes de forma tan llamativa —le espeté.

Mis nervios estaban a flor de piel. La sombría satisfacción que experimenté por un pequeño instante cuando Ash bebió el ponche con especias hacía tiempo que se había evaporado y en su lugar, dio paso a mi conciencia culpable. No debería haberlo hecho. Ni por venganza, ni por ira, ni mucho menos por esa abrumadora sensación de humillación que sentía cada vez que pensaba en todas las cosas que me hacía. Pero lo hice, y ahora solo podía esperar que el alcohol no volviera completamente loco a Ash. De momento, parecía que no le estaba haciendo ningún efecto. Tal vez tenía suerte y mis acciones precipitadas no tendrían ninguna consecuencia.

—Se está agarrando la cabeza —informó Amber con entusiasmo —. Tal vez ahora se da cuenta de algo.

—O solo le duele la cabeza por la cháchara de Sara-Lynn —comenté, esperando en silencio que esa fuera la verdadera razón.

Antes de que pudiéramos seguir especulando, la música se detuvo. Las luces de la fiesta se apagaron y la sala quedó bañada por la brillante luz de los candelabros. Los alumnos refunfuñaron, pero sus protestas se acallaron cuando el profesor Wilkins dio un

paso al frente. El director de la Academia de Verano rara vez se dejaba ver entre los alumnos, así que tenía que haber una razón importante para su aparición.

—¿Qué pasa? —preguntó Amber, dando unos pasos hacia delante.

La seguí.

El director Wilkins levantó la mano y miró reverente a los alumnos que se habían reunido en semicírculo a su alrededor antes de empezar a hablar. Su voz sonora vibraba con urgencia:

—Señoras y señores, siento interrumpirles, pero debo pedir a todos los alumnos de último curso que se pongan el equipo de combate y se reúnan en el vestíbulo. Tienen cinco minutos. Ha habido un ataque.

¿Un ataque?

Amber y yo intercambiamos una mirada preocupada. Todavía estábamos entrenando. Por lo general, no nos llamaban para un ataque sin estar preparados y fuera del horario escolar. El hecho de que este fuera el caso ahora no podía significar nada bueno.

Junto con los demás estudiantes de último curso, salimos corriendo del salón de baile, nos apresuramos por el pasillo y subimos por la amplia escalera hasta nuestras habitaciones. Sobraban las palabras, el tiempo apremiaba. Cinco minutos eran apenas suficientes para cambiarse. Le hice un gesto a Amber con la cabeza antes de apresurarme a ir a mi habitación.

Nuestros trajes de combate eran funcionales y poco espectaculares: un traje negro ajustado, ignífugo y duradero, y botas a juego, también negras. No podía evitar sentirme como la Viuda Negra de los brazos cada vez que me lo ponía. El cambio de mi despampanante vestido a este uniforme funcional era un auténtico bajón. Pero, de nuevo, me dirigía a un combate y no a un desfile de moda. No obstante, estaba un poco triste por haber llevado el vestido tan poco tiempo.

De camino al vestíbulo, alcancé a Amber, que tiraba del cierre trasero de su traje, que no se cerraba.

—La estúpida cosa se ha atascado —refunfuñó. Su rostro, siempre paciente, se contorsionó por la frustración, un claro

indicador de lo nerviosa que estaba.

—¡Déjame intentarlo!

Apretando los dientes, tiré de la cremallera hasta que por fin cedió y pude cerrarla.

—Gracias —suspiró Amber aliviada. Enderezó los hombros y una pizca de color volvió a su rostro—. Me preocupaba tener que ir a la batalla en ropa interior. ¿Qué crees que pasó? ¿Por qué nos envían a una misión en mitad de la noche?

Me encogí de hombros.

—No tengo ni idea. Tal vez hay demasiados revenants y la Guardia Fénix necesita apoyo. O quizá hubo varios ataques por toda Nueva Orleans. Pronto lo sabremos.

La guardia del fénix estaba formada por magos y brujas fénix que completaron su formación en la Academia de Verano. Su misión era proteger Nueva Orleans y el resto del mundo de los ataques de los retornados.

Los pasos de Amber y los míos se ralentizaron al llegar a las escaleras que conducían al vestíbulo. Amber y yo nos detuvimos en el rellano inferior y contemplamos el caos que se desplegaba ante nosotras. El vestíbulo se llenó del sonido de innumerables voces que hablaban alocadamente. Todo el mundo intentaba averiguar qué sucedía en realidad. Algunas de las chicas seguían ocupadas deshaciendo sus elaborados recogidos, que no podían llevar a la batalla, a menos que estuvieran planeando apuñalar a los retornados con sus horquillas.

En medio del alboroto, vi a Ash. Seguía vistiendo su traje negro, pero ya no llevaba la chaqueta y tenía remangada la camisa. Tenía las manos cerradas en puños. Sus ojos vagaban entre la multitud como si buscara algo o a alguien.

—Señor Westwick, ¿puede explicarme por qué aún no lleva puesto su equipo de combate? —preguntó el profesor LeBlanc, que se abría paso entre los alumnos.

El profesor de *Magia Elemental Aplicada* se detuvo junto a Ash y escrutó su atuendo con el ceño fruncido de desaprobación. Solo ahora notaba que varios botones de la camisa de Ash estaban desabrochados. Le faltaba el de arriba.

—No necesito equipo de combate —respondió Ash. Sus palabras sonaban tensas, como si tuviera que forzarlas todas y cada una de ellas.

¿Fue el alcohol el que hizo efecto? Nuestras miradas se cruzaron y, por un momento, el tiempo se congeló.

Él lo sabía. Por supuesto que sabía que yo le mezclé el alcohol. ¿Quién más podría haber sido? Me quedé mirando el suelo a mis pies, sintiendo que me ruborizaba de vergüenza.

—Bueno, ya es demasiado tarde para cambiarse —oí decir al profesor LeBlanc—. Espero que su arrogancia no sea su perdición en el combate, señor Westwick. Definitivamente se ganará una entrada en el registro de la clase.

Esperaba que Ash dijera la verdad. Que le contara al profesor LeBlanc lo del alcohol que yo mezclé. Pero no lo hizo. Tal vez porque era demasiado orgulloso. Pero el profesor LeBlanc tenía razón, incluso más de la que creía. La arrogancia de Ash podía ponerle a él y a todos los demás en peligro en una pelea. ¿Y si perdía el control o se volvía distraído? ¿Y si se hacía daño a sí mismo o a alguien más y era culpa mía?

Una sensación de frío pavor me envolvió el estómago hasta sofocarme. Cada respiración parecía más pesada, el aire que me rodeaba más delgado y más cargado. Yo era la causa, yo puse a Ash en esta situación. Y por lo tanto a todos nosotros.

El director Wilkins, con su imponente figura y la autoridad que desprendía, interrumpió mi carrusel de pensamientos que giraba cada vez más rápido. Pareciendo un faro en medio de una tormenta, irradiaba calma y determinación al pasar junto a Amber y a mí por los escalones hasta que estuvo lo bastante alto para que todo el mundo pudiera verle. Su pelo gris brillaba a la pálida luz de la luna que se filtraba a través de la cúpula de cristal, y sus ojos, duros y decididos, observaban a la multitud de alumnos y profesores reunidos.

—Señoras y señores, como he dicho antes, hubo un ataque, o más bien toda una oleada de ataques. Se han avistado retornados en varios lugares de Nueva Orleans. La Guardia Fénix está tratando

de lidiar con el problema, pero han solicitado nuestra ayuda. Ahora me gustaría pedirles que se reúnan en sus grupos.

Los grupos.

Maldición, ni siquiera pensé en eso. Ash y yo estábamos juntos en un equipo. Miré con inquietud en su dirección, pero su atención se centraba ahora por completo en el director Wilkins.

—Hubo ataques en Bourbon Street, cerca del cementerio de Lafayette y en Claiborne Avenue —continuó el director—. El profesor LeBlanc les asignará los distintos lugares.

—Espero que no sea el cementerio —refunfuñó Amber—. No me apetece salvar a ningún gótico borracho de los revenants. Siempre son tan impredecibles.

De hecho, una vez se produjo un incidente en el cementerio de Lafayette en el que una joven borracha de dieciséis años se abalanzó sobre un mago fénix para impedir que luchara contra un retornado. Estaba convencida de que el retornado era el mismísimo Lucifer y que la llevaría a su reino como agradecimiento por haberla salvado. Por fortuna, al final todo salió bien.

Miré desesperada a Amber antes de acercarme a Ash. Melanie, Joshua y Ally ya estaban junto a él, con los ojos muy abiertos por el nerviosismo. Mientras mis compañeros discutían qué lugar preferirían tomar —como si tuviéramos libertad de elegir—, Ash miraba las baldosas blancas y negras a sus pies. Se balanceaba sobre los pies y me pregunté cuánto tiempo más sería capaz de mantenerse despierto.

—¿Estás bien? —pregunté en voz baja.

Era una tontería mostrarme preocupada ahora, a pesar de que fui yo quien creó todo el lío, pero las palabras se me escaparon.

Ash levantó la cabeza y me miró con una sonrisa de dolor.

—¡Chapeau, June! —dijo, y un extraño matiz teñía sus palabras —. No pensé que fueras tan astuta. Pero parece que el gatito tiene garras.

Me sentía fatal. Ash sabía disimularlo bien, pero no estaba en buen estado. Tenía sudor en la frente y las manos, aún cerradas en puños, le temblaban un poco.

—Deberías firmar la salida —susurré—. Dile al profesor LeBlanc que no te encuentras bien.

Ash negó con la cabeza.

—¿Me manda a la enfermería y dejamos que descubra que tengo alcohol encima? Me expulsaran de la escuela. Y no pienso cumplirte ese favor, June.

Tragué saliva.

—Podrías decir que fui yo —sugerí.

—¡Oh, por favor!

Ash hizo una mueca como si tuviera un sabor amargo en la boca. No podía culparle. Tenía razón. Nadie creería que fui yo quien mezcló algo con él, la buena y tímida Juniper que no podía tocarle un pelo a nadie. Pensé en hablar yo misma con el profesor LeBlanc, contarle lo que hice. Pero al final, mi propia cobardía me detuvo. No quería que me expulsaran de la escuela más que Ash.

Cuando el profesor LeBlanc vino a vernos para asignarnos un lugar, me mordí el labio inferior con tanta fuerza que me sangró.

El profesor me miró extrañado por encima del borde de sus gafas.

—¿Se encuentra bien, Srta. Harper? Está pálida de la cara.

—Sí, yo…

—Solo está nerviosa por nuestra misión. —Ash me ayudó.

El profesor LeBlanc asintió comprensivo y se volvió hacia su portapapeles, en el que tenía anotado nuestros nombres y tareas.

—Van a la calle Bourbon.

—¡Sí!

Ally y Joshua se chocaron los cinco. No sabía muy bien por qué estaban tan contentos. Bourbon Street era la milla de la fiesta por excelencia. No solo tendríamos que lidiar con retornados, sino también con un montón de turistas y fiesteros.

Ash gimió. Parecía tener el mismo pensamiento que yo.

—Muy bien, acabemos con esto —dijo, echando una mirada desmotivada alrededor de la habitación.

Miré las pequeñas gotas de sudor de su frente y recé para que todo saliera bien.

9

SOLO UN MONTÓN DE CENIZAS

Era asombroso lo poco que llamaba la atención en Bourbon Street un grupo de jóvenes vestidos con trajes negros. La gente quizá creía que éramos parte de alguna extraña despedida de solteros o que éramos un grupo de mimos, por la forma en la que nos veíamos.

Eso era algo que aprendí desde hacía mucho tiempo: la gente solo veía lo que quería ver, y una amenaza de seres sobrenaturales que podían lanzar fuego y resurgir de las cenizas no era una de ellas. Tampoco un grupo de magos y brujas fénix que corrían al rescate.

Ash guio a nuestro pequeño grupo. Pasamos por delante de los clubes y bares desde los que nos llegaban los rítmicos sonidos del jazz, el blues y el pop. El profesor LeBlanc le dio los datos del GPS del lugar donde se produjo el atentado. Era la primera vez que viajábamos sin un profesor a nuestro lado. Y justo hoy. El mismo día que tuve la grandiosa idea de mezclar alcohol con Ash .

Los demás no parecían darse cuenta de hasta qué punto Ash iba perdiendo el control. Seguía chocando con los transeúntes y cada vez que lo hacía parecía desorientado por unos segundos, antes de retomar el camino. El temblor de sus manos había aumentado y sus movimientos eran inquietos y erráticos.

Sentí una creciente inquietud en mi interior mientras le alcanzaba. Iba demasiado rápido a pesar de su maltrecho estado,

sus largas zancadas me obligaban casi a correr para seguirle el ritmo.

—Deberíamos volver —susurré, apenas audible por encima del ruido de la carretera.

Ash sonrió malhumorado.

—Demasiado tarde —dijo entre dientes y se detuvo tan de golpe que casi tropiezo con mis propios pies al intentar hacer lo mismo.

—¿Son parte del escuadrón de LeBlanc?

Una mujer de unos cuarenta años con rizos rojos y sombrero de vaquero se interpuso en nuestro camino. No tenía el aspecto que yo imaginaba de alguien de la Guardia de Phoenix —más bien parecía sacada de una canción country—, pero sus palabras así lo sugerían.

—Podría decirse que sí —respondió Ash, escrutando a la mujer con el ceño fruncido—. Somos sus alumnos.

—Me parece que sí.

Sacó un cigarrillo y lo encendió. Tuve que mirar dos veces para darme cuenta de que no usaba mechero. La llama salió directo de su dedo índice.

Una maga fénix entonces.

—Soy Trish —se presentó mientras daba una calada a su cigarrillo.

Ally empujó a Ash.

—Hola, soy Ally. Estos son Melanie, Joshua, Juniper y Ash.

Sonrió a Trish, pero su encanto pareció fallar en la maga. Se quedó mirando a Ally sin decir palabra y siguió fumando hasta que se le borró la sonrisa. Entonces dejó caer el cigarrillo al suelo.

—De todas formas, no me acuerdo. ¿Eres el mago fénix?

Ash asintió.

—Bueno, escucha, chico: el ataque tuvo lugar en *El Pantano*. Hemos evacuado el club. La gente cree que fue la rotura de una tubería de agua. Destruimos a cinco revenants. Dos escaparon. Pero nos las arreglamos para colocarles dispositivos de rastreo de antemano. Nos concentraremos en el primero, tú ve tras el segundo. ¿Entendido?

Ash quiso replicar, pero Trish le cortó.

—Dame tu móvil —ordenó impaciente y extendió la mano.

Ash se lo entregó y esperamos mientras la maga fénix lo utilizaba. Finalmente, se lo devolvió.

—He instalado la aplicación de localización. Ahora siempre sabrás dónde está el revenant. ¡Vayan! ¿Qué están esperando? Después de todo, no se atrapará solo.

Hizo un movimiento para espantar un enjambre de moscas antes de girar sobre el tacón de sus botas vaqueras con tachuelas. Sus rizos rojos se agitaron mientras caminaba por la concurrida calle, dejándonos en una nube de humo de cigarro y confusión.

—¿Qué fue? —preguntó Ally, desconcertada.

—Una campesina con unas botas muy chulas. Yo diría: *Estas botas están hechas para arrasar* —sugirió Ash y soltó una risita como si hubiera hecho un chiste genial.

Recibió miradas confusas. Después de todo, no todos los días el mago fénix más popular de la escuela hacía chistes malos y se reía con sonidos de una niña pequeña.

—Supongo que estamos solos —murmuré inquieta, mirando la calle iluminada por luces de neón.

El fuerte olor a alcohol, perfume barato y orina flotaba en el aire cálido y húmedo, mientras los diversos estilos musicales de los clubes y bares se fundían en una sinfonía caótica. La gente bullía por las calles, fumando, bebiendo y charlando como si nada. La ciudad vivía y respiraba a nuestro alrededor mientras nosotros, envueltos en negro, nos preparábamos para una lucha a muerte.

Supuse que lucharíamos codo con codo con la Guardia del Fénix. No que nos dejarían solos en este hervidero de ruido, luz y vitalidad. La idea de que nos abandonaran a nuestra suerte en medio de aquella multitud que no tenía ni idea de lo que se escondía en las sombras me hizo un nudo en la garganta.

—¡Entonces, andando!

Ash echó un vistazo a su teléfono móvil antes de echar a correr.

Está bien, me dije. *Ash puede manejarlo.*

Tenía que creer que podía hacerlo. Pero no me inspiró mucha confianza cuando se detuvo en la siguiente curva, se giró una vez y anunció:

—¡Camino equivocado!

Ally enarcó las cejas, irritada.

—¿Está todo bien, Ash?

—Sí —respondió, estirándose—. Pero ¿cómo se supone que vas a distinguir arriba de aquí abajo?

Joshua se aclaró la garganta. Parecía que quería decir algo, pero Ash ya estaba corriendo de nuevo, en dirección contraria, y nosotros le seguíamos.

Giramos por un callejón menos concurrido que nos alejaba de la vibrante vida nocturna de Bourbon Street. Las casas estaban más juntas y sus siluetas altas y oscuras creaban una sensación de confinamiento. Las escasas farolas proyectaban una luz pálida y tenue sobre el pavimento adoquinado, haciendo que cada sombra pareciera antinatural, grande y amenazadoras.

Los ruidos de los bares, discotecas y restaurantes de los alrededores ahora se amortiguaban. En lugar del colorido bullicio, nos rodeaban los sonidos de la noche: el aullido lejano de un perro, el susurro del papel movido por el viento sobre los adoquines y el traqueteo ocasional de una persiana. El olor a cloaca y basura flotaba en el aire, mezclado con el aroma a fritanga y tabaco dulce. Ally, que caminaba a mi lado, se llevó la manga del traje a la nariz.

—¿Por qué esos malditos retornados siempre huyen a los rincones más alejados? —refunfuñó, con la voz convertida en un murmullo apagado tras la tela.

Pensé en señalarles que muy difícilmente podríamos matar al retornado en plena calle Bourbon sin provocar el pánico. Pero antes de hacerlo, oí el tintineo de una botella que cortaba el silencio como un cuchillo afilado. Nos detuvimos y escuchamos en la oscuridad.

—¿Crees que sea él? —susurró Melanie.

—No tengo ni idea. Podría ser un borracho —respondió Ally, pero parecía tensa.

Ash, que se había adelantado, se detuvo y miró de un lado y a otro de la pantalla de su teléfono móvil y la carretera que tenía delante.

—¿Qué pasa? —le pregunté, poniéndome a su lado.

Sacudió la cabeza, confundido.

—Según la aplicación de localización, el revenant debería estar justo delante de nosotros.

Ash se guardó el móvil en el bolsillo y dio un paso adelante, adentrándose en el callejón. Su oscura silueta apenas se distinguía de las sombras que le rodeaban.

Ten cuidado, me hubiera gustado advertirle, pero me mordí el labio inferior. Puede que Ash se tambaleara un poco, pero mis palabras no le impedirían cazar al retornado. Su orgullo se lo prohibía.

—Pero aquí no hay nadie —dijo Melanie—. ¡Vamos!

Poco después, lanzó un grito agudo. El revenant parecía haber sincronizado su dramática entrada justo con sus palabras. Saltó desde uno de los tejados a un cubo de basura y se deslizó sin esfuerzo desde allí hasta el suelo. El tipo era alto y delgado; sus movimientos apenas parecían humanos, más bien los de un depredador.

Ash reaccionó de inmediato. Con un rápido movimiento, lanzó una bola de fuego a la criatura antes de que pudiera dar un solo paso en nuestra dirección. La bola de fuego siseó a través de la oscuridad, un orbe brillante que bañó el camino con una luz parpadeante y espeluznante. Aterrizó a un metro del retornado, en uno de los cubos de basura. No fue lo que se esperaba como el mejor lanzamiento de Ash. Pero dadas las circunstancias, me alegré de que pudiera luchar.

El retornado soltó un rugido profundo y furioso antes de abalanzarse sobre Melanie, que era la que tenía más cerca. Melanie abrió los ojos horrorizada, cerró los párpados y chilló como si nunca se hubiera enfrentado a un retornado. ¿Es en serio? ¿Para esto nos hemos entrenado todos estos años?

Ash se lanzó entre ellos. Él y la criatura lucharon entre sí. Por un momento aterrador, pareció que el retornado iba a ganar, como si fuera a enterrar a Ash bajo sus pies. Pero entonces, con un movimiento rápido y preciso, Ash le hizo una llave mortal en la cabeza. Un fuerte crujido que me apretó el estómago resonó en el callejón cuando le rompió el cuello a la criatura.

Eso fue… repugnante. No encontré otra palabra para describirlo.

El retornado se desintegró en un montón de ceniza que se mezcló con la tierra del suelo. Ash se levantó tambaleándose, con la respiración agitada y el rostro pálido bajo una fina capa de sudor y suciedad. Se quitó el polvo de las mangas de su camisa no tan blanca y nos miró.

—¡Vamos! —gruñó, con la mandíbula apretada—. Tomen posición de una vez.

Ash tenía razón, no teníamos mucho tiempo antes de que el retornado se levantara. Joshua, Ally, Melanie y yo nos comunicamos con miradas mientras formábamos un círculo alrededor del montón de ceniza, que ya empezaba a arder de nuevo. Intenté no prestarle atención, lo cual no era nada fácil. Pero ahora tenía que concentrarme en mi elemento.

—Deberíamos irnos —susurró Melanie. Tenía la cara blanca, pero también empezó a llamar a su elemento.

El resplandor en el centro de nuestro círculo se hizo más brillante, más intenso. Una llama parpadeó. Quería cerrar los ojos, concentrarme por completo en mí y en mi magia, pero no podía apartar la mirada. Solo había visto a un retornado volver de entre los muertos unas pocas veces y todas ellas fue algo espectacular.

El fuego crecía, se abría paso entre las cenizas y salían llamas. No eran llamas ordinarias, tenían el color de las puestas de sol, de las manzanas rojas y doradas, de la belleza salvaje de la naturaleza. Dentro del fuego se curvaba la silueta de un cuerpo. De su espalda sobresalían unas alas de color rojo anaranjado.

Alas de fénix.

Solo cuando estaban quemadas en su totalidad se completaba la resurrección del retornado. Sabía por Ash que este procedimiento era tan doloroso que quemaba hasta los huesos. El retornado lanzó un grito de agonía. Olía a carne quemada y plumas chamuscadas.

Concentración.

Eso era lo más importante en ese momento. Tenía que concentrarme en mi elemento. Tenía que dejar a un lado el miedo y la preocupación y confiar en lo que podía hacer. Inspiré y espiré profundo, sintiendo mi conexión con la tierra, con el mundo que me rodeaba. El poder crudo y ancestral que emanaba de ella recorrió mi

cuerpo, llenándome las venas y fortaleciéndome desde dentro. Extendí la mano, con los latidos de mi corazón sincronizados con el palpitar de la tierra, y dibujé el signo rúnico en el pesado aire nocturno frente a mí.

—¡*Terra*, te invoco!

Una llamada a la tierra, una súplica por su fuerza y su apoyo. Pero nada más pronunciar las palabras, el fuego que acababa de envolver al retornado se apagó. La repentina oscuridad era palpable, casi como si tuviera presencia propia. Y entonces el retornado se abalanzó sobre mí. Sus ojos brillaban rojos cual carbones incandescentes y aún le saltaban chispas, una réplica del proceso de resurrección.

—¡Mierda, June, sal de la línea de fuego! —gritó Ash, lanzándome a un lado. Me pareció oír miedo en su voz, y eso me asustó más que nada.

Ash no tenía la situación bajo control. Ninguno de nosotros lo tenía. Y si no teníamos cuidado, el retornado nos mataría a todos. Esto no era un entrenamiento como los que practicábamos incontables veces en el jardín de la Academia de Verano. No era un ejercicio de entrenamiento con un mago fénix experimentado a nuestro lado para intervenir si surgían complicaciones. Estábamos solos. Cinco adolescentes que no tenían ni idea de lo que estaban haciendo, y uno de ellos era un mago fénix que estaba a punto de perder la cabeza —o al menos la coordinación— gracias a unas gotas de alcohol.

Aterricé de golpe sobre mis rodillas y me levanté justo a tiempo para ver a Ash tambalearse bajo un puñetazo del retornado. Se tambaleó hacia mí como un borracho y abrí los brazos, atrapándolo instintivamente. Su cuerpo musculoso casi me tiró al suelo de nuevo. Esperaba que Ash volviera a ponerse en pie, pero colgaba de mis brazos demasiado desenfocado y no hacía ademán de moverse.

—¿Ash? ¡Ash!

Intenté sacudírmelo, lo que no fue tan fácil, ya que me colgaba pesado e inmóvil como un saco de harina.

—June —le oí susurrar cerca de mi oído.

—¿Sí?

—Hueles tan bien.

¡Estamos jodidos!

Apenas terminé de pensarlo cuando una bola de fuego se precipitó hacia nosotros, chocando contra la espalda de Ash con una fuerza implacable. Una sacudida recorrió su cuerpo y se incorporó. Sus labios formaron un grito que nunca llegó a su garganta. Sus brillantes ojos azul hielo se encontraron con los míos en un momento de quietud sin aliento antes de que su mirada se quebrara y sus ojos perdieran su luminosidad.

El mundo a mi alrededor empezó a temblar. Me tapé la boca con las manos, luchando contra un grito que se elevó en mi pecho mientras el musculoso cuerpo de Ash se deshacía en cenizas ante mis ojos.

Es un mago fénix, Juniper. El pensamiento, un faro en la oscuridad de mi pánico, latía en mi cabeza. Ayudó a calmar un poco mi corazón palpitante y mis manos temblorosas. *Ash volverá*, me dije. *Será doloroso para él, pero sobrevivirá. Pero tú no lo harás si no te recompones ahorita.*

Tuve que concentrarme en el aquí y ahora porque, a diferencia de mí, el retornado no necesitaba un respiro para procesar lo sucedido. Vino hacia mí, y lo único que nos separaba era un montón de cenizas a mis pies.

10

UN PLAN SUCIO

Me tambaleé hacia atrás, alejándome de donde Ash acababa de estar. El retornado me siguió con fría determinación. Pisoteó la ceniza como si fuera un trivial montón de tierra. Una amplia y siniestra sonrisa separó sus labios, revelando una hilera de dientes torcidos y amarillentos. Era evidente que el tipo no le daba mucha importancia a la higiene bucal.

—¡Pequeña bruja indefensa! —siseó con una voz que apenas sonaba humana.

Pero no estaba indefensa. No después de años de entrenamiento en artes marciales. Y aunque no tuviera los poderes de un mago fénix, no me rendiría, así como así. Solo tenía que aguantar lo suficiente para que Ash se levantara de nuevo.

No esperé a que el retornado formara otra bola de fuego. En lugar de eso, salí disparada hacia él, me agaché en el último momento y le di una patada en la espinilla. El retornado soltó un gruñido de rabia mientras la pierna le cedía. Se tambaleó un poco. Intenté asestarle un golpe en el plexo solar, pero interceptó mi brazo, me agarró por el cuello y apretó. Entré en pánico y jadeé. Mis uñas se clavaron en su mano en un intento desesperado por apartar sus dedos de mi garganta, pero el agarre del adversario era casi que de acero. Implacable. Inquebrantable.

Me levantó como a una muñeca. Me retorcí, pataleé, intenté golpearle de alguna manera, pero parecía estar luchando contra un

muro de piedra. Mi mundo empezó a tambalearse, manchas oscuras bailaban ante mis ojos. El pánico me inundó, frío y sofocante, pero me negué a rendirme. Ahora no. Aquí no.

—Oye, hijo de puta. ¡Suéltala!

Ally saltó a la espalda del retornado por detrás y le rodeó el cuello con los brazos. Él intentó quitársela de encima, pero ella se aferró a él con la terquedad de un pitbull. Ahora Joshua y Melanie también estaban cerca. Por fin, la criatura me soltó la garganta. El aire se precipitó en mis pulmones y tosí y me ahogué, cayendo con fuerza sobre los fríos adoquines. Mis dedos se aferraron a la áspera superficie mientras respiraba, y halaba lo máximo posible de aire.

—Maldita sea, ¿dónde está Ash? —jadeó Melanie mientras atrapaba la caída de Ally con su propio cuerpo al salir despedida de la espalda de la criatura en un arco elevado.

Mi mirada voló hacia el montón de ceniza que yacía en el suelo. Aún no empezaba a brillar.

Eso llevaría mucho tiempo. Demasiado. Cada respiración, cada latido de mi corazón parecía acentuar la agonizante espera. Y el retornado volvió a colocarse en posición, listo para continuar la lucha contra nosotros. Sus ojos brillaban amenazadores.

—Tenemos que hacerlo sin Ash —decidí.

Eso era casi imposible, y yo misma lo sabía. Esas criaturas eran fuertes. Mucho más fuertes que cualquier ser humano. Y para destruirlo por completo, teníamos que mantenerlo en el centro del círculo del hechizo el tiempo suficiente para que funcionara nuestra magia elemental. Eso solo funcionaría si lo reteníamos en algún lugar o lo pulverizábamos a cenizas también, y sin Ash…

Mis ojos vagaron alrededor, buscando cualquier cosa que pudiera darnos ventaja. Entonces vi los contenedores de basura cercanos. Eran enormes y robustos, lo bastante grandes como para contener a un retornado. Y lo más importante, tenían ruedas. En cuestión de segundos, se me ocurrió un plan. No era del todo elegante, nada que ver con lo aprendido en mi formación en la Academia de Verano. Pero era un plan. Y en ese momento, eso era todo lo que importaba.

—¡Melanie, Joshua, llamen a sus elementos! Ally, ¡ayúdame!

Mi orden atravesó la caótica escena, y casi pude oír a los demás respirar aliviados. Parecían aliviados de que yo tomara el mando, de que hubiera un plan al que pudieran aferrarse. Melanie y Joshua tomaron posiciones mientras Ally y yo luchábamos contra el retornado. Bueno, *luchar* era un eufemismo porque recibíamos más golpes de los que repartíamos.

—¿Qué pretendes? —gritó Ally mientras esquivaba una bola de fuego que se estrelló contra la sucia pared blanca de la casa a escasos centímetros de ella.

—Usar los basureros —gemí sin aliento.

Esperaba que lo entendiera más rápido que el retornado, porque no teníamos mucho tiempo para poner en marcha mi plan. Los elementos de Melanie y Joshua ya iluminaban el oscuro callejón. Azul resplandeciente y plata brillante se combinaban en una danza arremolinada de agua y aire. Solo faltaba el elemento fuego de Ally y mi elemento tierra para completar el círculo del hechizo. La energía del callejón oscuro era casi tangible. Podía sentirla tirando de mi piel, como si me instara a invocar mi elemento y cerrar la brecha.

—¡Eres una maldita genio! —exclamó Ally con una admiración en la voz que me hizo sonreír a pesar del peligro que corríamos. Se dio cuenta enseguida de lo que estaba tramando.

Con un movimiento de cabeza apenas perceptible, se comunicó conmigo. Su determinación se reflejaba en sus ojos verdes mientras se colocaba frente a uno de los enormes contenedores de basura gris y agitaba los brazos.

—¡Ey, plagio de fénix lanzallamas, estoy aquí!

Ally era como un faro en la oscuridad, una provocación que instaba al retornado a abalanzarse sobre ella. Y aceptó el desafío, embistiendo como un animal salvaje. En el último momento, Ally saltó a un lado y, antes de que la criatura pudiera darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, le dimos un poderoso empujón y la hicimos estrellarse contra el vientre de hierro del contenedor. Con un estruendo que resonó en el silencio de la noche, la pesada tapa se cerró de golpe, aprisionando al retornado en su interior.

—¡Rápido, empujémoslo al centro del círculo del hechizo! —ordené, jadeando—. El contenedor no lo detendrá por mucho

tiempo.

Con los dientes apretados y todas las fuerzas que nos quedaban, empujamos el contenedor sobre el duro pavimento. Era muy difícil moverlo, y no ayudaba el hecho de que el retornado adentro se lanzara de un lado a otro con fuerza. Cada bache hacía temblar el contenedor, haciéndonos tropezar, luchar y esforzarnos por mantener el rumbo.

Por fin llegamos al centro del círculo de hechizos. Con un último tirón colectivo, empujamos el contenedor hasta su posición. Ally y yo, empapadas de sudor y sin aliento, nos miramos: un pacto silencioso, una promesa de que acabaríamos juntas esta lucha.

Corrí hacia mi lugar en el círculo de hechizos. Mi respiración era intermitente y mi pulso se aceleraba. Concentré toda mi atención en la tierra firme bajo mis pies, la estabilidad y la constancia inquebrantables. Tenía que llamar a mi elemento tierra, tenía que conectar con él.

Dentro del contenedor, reinaba un caos salvaje. El retornado estaba atrapado, pero lejos de admitir la derrota. Con rabia, empujó contra las paredes metálicas, que gimieron y crujieron bajo su peso. El sonido era espeluznante: un silbido metálico que se mezclaba con los frenéticos latidos de mi corazón. Y entonces, de repente, un agujero del tamaño de un puño atravesó la pared del contenedor. Un agujero que brillaba tanto como el mismísimo infierno.

Melanie chilló, un sonido horrorizado que resonó en el estrecho callejón. Su elemento agua, que hasta entonces brillaba de forma constante y tranquila, ahora parpadeaba azotado por un viento violento. Luchó por mantenerlo.

—*¡Terra, te invoco*! —grité y dibujé el signo rúnico en el aire delante de mí.

El alivio me inundó cuando empezó a brillar el dorado. La pesadez familiar del elemento tierra empezó a extenderse por mí, llenándome y anclándome al mundo que me rodeaba. Podía sentir toda la vida, todo el crecimiento y todo el movimiento; el núcleo de la tierra misma corriendo por mis venas. Era una sensación de profunda conexión que me dejaba sin aliento una y otra vez.

¡A la derecha, June! ¡Pato a la derecha!

Las palabras aparecieron de repente en mi cabeza e instintivamente las seguí. Un instante después, una bola de fuego pasó zumbando a mi lado, tan cerca que pude sentir el calor en la piel. Silbó en el aire, dejó un rastro humeante y se estrelló contra la pared que estaba detrás de mí.

Estaba tan inmersa en la conexión con mi elemento que casi olvido el mundo exterior. Pero el retornado no estaba dispuesto a rendirse a su destino todavía. Fundió un agujero en el metal del contenedor con una bola de fuego, lo bastante grande para salir de él. Vi cómo una mano se agarraba al borde del agujero deshilachado y cómo el retornado salía lenta pero inexorablemente de su celda metálica.

Pero ya era demasiado tarde para él. Un rápido vistazo bastó para darme cuenta de que Ally invocó su elemento fuego a pesar del caos y el peligro que la rodeaban. La runa brilló en la oscuridad. Los elementos, una vez invocados, se elevaron hacia el cielo nocturno, se unieron y formaron una cúpula de luz sobre el retornado. El azul brillante, la plata resplandeciente, el rojo lambiscón y el oro cálido bañaron el callejón en un surrealista caleidoscopio de colores.

El retornado echó la cabeza hacia atrás y lanzó un grito espeluznante. Su cuerpo empezó a temblar, su silueta parpadeaba y se desdibujaba haciéndose de pura energía y no de carne y hueso. Luego, en un último destello de energía, se desintegró. Sin cenizas. Ningún cuerpo. Solo el pavimento vacío y el contenedor abandonado quedaron como testigos de su existencia.

Lo conseguimos. ¡Lo conseguimos!

Agotada, caí de rodillas. Pero el alivio no duró mucho. Ash aún no se levantaba, y yo no tenía ni idea de por qué.

Me acerqué al montón de cenizas, me arrodillé junto a él y extendí la mano temblorosa. La ceniza estaba fría. Sin calor, sin brillo, sin fuego.

Nada.

Ally, Melanie y Joshua se unieron a mí en silencio. Sus rostros reflejaban la misma confusión y preocupación que se agolpaban en mi pecho.

—¿No debería haber resucitado ya? —preguntó Melanie. Su voz sonaba pequeña y vulnerable en el silencio del callejón.

Solo pude asentir, tenía un nudo en la garganta.

—¿Y si no lo…? —dijo Ally, pero se detuvo a mitad de frase, se mordió el labio inferior y dejó que su mirada vagara entre nosotros.

No se atrevió a terminar la frase, pero todos estábamos pensando lo mismo. ¿Y si Ash no volvía? ¿Había ocurrido algo así antes?

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Joshua inseguro—. No podemos quedarnos aquí y esperar.

Solté un resoplido amargo.

—¿Qué más sugieres? ¿Deberíamos irnos y dejarlo aquí? ¿O coger una escoba y una pala, barrer sus cenizas y llevárnoslas con nosotros?

—Deberíamos contactar con el profesor LeBlanc. Él sabrá qué hacer —dijo Melanie en voz baja.

Asentí con la cabeza. Sonaba razonable. Aunque nunca antes escuché hablar de un caso similar en clase. El profesor LeBlanc sabría cómo traer de vuelta a Ash. Tal vez la resurrección solo necesitaba más tiempo. Tenía que ser así. Porque no podía ni quería considerar la otra posibilidad, la alternativa insoportable: que Ash estuviera muerto y que yo tuviera la culpa.

NO ERES REAL

—Srta. Harper, Srta. Delaware, ¿podrían ir a la calle Bourbon y preguntar a uno de los comerciantes locales si podría prestarnos amablemente una escoba, una pala y un cubo?

—¿Qué? ¡No!

Miré al profesor LeBlanc con incredulidad. No podía hablar en serio. No iba a barrer las cenizas de Ash como si fueran un montón de tierra… ¿o sí?

El profesor LeBlanc se acercó a mí, apoyándose en su bastón, y me puso una mano en el hombro. El gesto pretendía ser reconfortante, pero en vez de eso me atragantó.

—Las cenizas del señor Westwick están frías —empezó con un tono tranquilo y controlado que contrastaba horrible con el caos que reinaba en mi interior—. No hay residuos mágicos y no ha resucitado desde hace más de una hora. Debemos suponer que está muerto, señorita Harper.

—No. —Sacudí la cabeza con decisión—. Tenemos que esperar y ver. No podemos…

Me detuve en seco y me tapé la boca con la mano, luchando por controlar la respiración. Mi mundo parecía haberse puesto al revés. Nada era como debería ser. Lo único que quise fue ir al baile del colegio y no esconderme por una vez. Y, por una vez, quise repartirla en lugar de solo recibirla. ¿Y ahora? ¿Ahora se suponía que unas gotas de alcohol arrastraron a Ash a la muerte?

No podía ser. No puede ser.

Las palabras formaban un mantra en mi cabeza, una súplica desesperada al universo para que cambiara la realidad, para que invirtiera la verdad. Pero la ceniza fría a mis pies y el espacio vacío donde Ash debería haber estado contaban otra historia.



Me sentía entumecida mientras seguía a los demás de vuelta a la Academia de Verano. El profesor LeBlanc llevaba los restos de Ash en un cubo de plástico amarillo, que era tan grotesco que no sabía si reírme o llorar al verlo. Pero, en realidad, no había nada de lo que reírse. Nada de nada.

—Vayan a sus habitaciones e intenten descansar —ordenó el profesor mientras subíamos los escalones hasta la entrada y atravesábamos la pesada puerta de roble que daba acceso a la villa —. Mañana discutiremos cómo proceder. Y, por favor, ¡no hablen todavía con nadie de lo ocurrido!

Oí sollozos ahogados detrás de mí. Cuando me di la vuelta, vi a Melanie, que se rodeaba la parte superior del cuerpo con los brazos como si pudiera protegerse de la fría verdad. Sus lágrimas formaban senderos húmedos en sus mejillas.

—Pero está muerto —balbuceó, las palabras apenas audibles—. ¿Cómo se supone que…? ¿Cómo vamos a afrontarlo?

Miré las caras de sorpresa de mis compañeros. Todos y cada uno de ellos parecían haber pasado por un infierno esta noche. Pero yo era quizá la única que nunca volvería de allí. No después de lo que hice.

—Solo esta noche —nos instó el profesor LeBlanc—. Lo demás lo resolveremos mañana.

Le vi caminar por el pasillo con el cubo de plástico en la mano, hasta perderse en la oscuridad. Lo más seguro, dirigiéndose al despacho del director para darle la triste noticia.

—No podré dormir sola esta noche —sollozó Melanie—. No después de todo esto.

Ally le dio un abrazo reconfortante.

—Me quedo contigo. ¿Joshua?

Asintió con la cabeza.

—Claro. Podemos ir a mi habitación, es más grande. ¿Y tú, Juniper?

—No, yo… prefiero dormir sola.

No quería parecer fría, pero no soportaba seguir cerca de ellos. Ally, Melanie y Joshua no tenían ni idea de lo culpable que me sentía por la muerte de Ash, y no podía hablar con ellos de ello, no podía compartir las mil preguntas que bullían en mi cabeza. Como si Ash seguiría vivo si no lo hubiera mezclado con alcohol. O si su estado fue el culpable de que no resurgiera como un fénix de sus cenizas. ¿Podría el alcohol bloquear las habilidades de un mago fénix?

—Bien. —Ally se separó de Melanie y me estrechó entre sus brazos un momento—. ¡Pero prométeme que te cuidarás mucho, Juniper!

—Lo haré.

Le dediqué una leve sonrisa antes de subir las escaleras hasta el pasillo. Me detuve ante la puerta de Amber, sin saber si debía llamar. No sabía si ya había regresado de su misión o si ya estaba dormida. Lo que sí sabía era que aún no me sentía preparada para hablar con ella.

Así que fui a mi habitación, me quité el traje de combate y me metí en la cama. Aún tenía sangre en el pelo, y no estaba segura de si era de Ally, mía o del retornado. Me daba igual. Me sentía destrozada y lo único que quería era cerrar los ojos y dormir. Pero el sueño no llegaba.

Estuve despierta durante horas, envuelta en la oscuridad plomiza de mis propias cuatro paredes. Me pareció ver a Ash sentado en las sombras junto a mi cama, con las piernas dobladas y los brazos musculosos extendidos sobre ellas. Miraba por la ventana. La luz de la luna brillaba en su pelo rubio plateado. Tenía que ser una fantasía, una imagen engañosa que mi dolorida mente conjuró para bloquear la amarga realidad. Tal vez hacía tiempo que me quedé dormida.

Cuando parpadeé, ya no estaba y caí en un sueño agitado, plagado de pesadillas. Fue la peor noche de mi vida, pero estaba

segura de que despertar sería aún peor.



ESTABA de pie en mi habitación.

Cuando me desperté, Ash estaba apoyado despreocupadamente en el marco de la puerta, en vaqueros y camiseta, con el pelo alborotado como si acabara de levantarse de la cama, observándome.

—Ash. ¡Estás vivo! —exclamé, mis palabras una mezcla de sorpresa, puro alivio y asombro incrédulo.

Contrario a la sombría profecía del profesor LeBlanc, debía de haber resucitado. Me levanté de un salto, mis pies apenas tocaban las frías tablas del suelo mientras corría hacia él. Olvidé todo lo que se interponía entre nosotros. Solo quería rodearle con mis brazos y saber que estaba aquí de verdad. Pero en lugar de encontrarme con la dureza familiar de su cuerpo, mis brazos lo atravesaron, como si no fuera más que un velo de niebla, un fantasma, un producto ilusorio de mi imaginación.

—¿Qué demonios…?

Retrocedí hasta llegar al borde de la cama, perdí el equilibrio y caí sobre el colchón. Jadeando, me enderecé y me arrastré más lejos de Ash hasta que mi espalda chocó contra el cabecero de mi cama. ¿Seguía soñando? ¿Era una alucinación, producto de mi psique traumatizada? ¿O me golpeé demasiado fuerte en la cabeza durante la pelea con el retornado?

Con manos temblorosas, me palpé el cuero cabelludo, buscando una herida, pero lo único que encontré fue sangre seca que no sabía a quién pertenecía.

¡Qué asco!

Tenía que ducharme antes que cualquier cosa.

Volví a empujar vacilante los pies sobre el borde de la cama y me dirigí hacia la puerta del cuarto de baño. No aparté los ojos de mi alucinación ni un momento. Ash no se movió, solo me miró con la

cabeza ladeada y el ceño fruncido, como si me hubiera vuelto loca. Y tal vez sí fuera cierto.

Abrí de un tirón la puerta del cuarto de baño, entré corriendo y la cerré. Luego me apoyé en ella. El corazón se me aceleró desbocado, casi de la misma manera que en un enfrentamiento.

Necesitas calmarte, Juniper. No puedes volverte loca ahora porque te sientes culpable por la muerte de Ash.

Me ducharía, me vestiría y luego iría a ver a Amber. Juntas haríamos un plan, decidiríamos si debíamos ir a ver al director y contarle la verdad sobre lo que hicimos. Eso era exactamente lo que haríamos: ir paso a paso y superar el día de alguna manera.

Me temblaban las piernas cuando me quité la ropa interior, me metí en la ducha y abrí el grifo. No esperé a que se calentara. Quizá el frío me despertara de esta pesadilla y me devolvería la cordura.

El agua se volvió roja mientras me enjuagaba la sangre del pelo. Parecía tardar una eternidad. Cada gota que caía de la alcachofa de la ducha me recordaba lo ocurrido. Me enjaboné el cabello con champú, lo enjuagué, volví a enjabonarlo y volví a enjuagarlo. Una y otra vez, hasta que desaparecieron los últimos restos de la fatídica sangre y mi bote de fragante champú de melocotón estuvo casi vacío. Pero por mucho que me restregara la piel, era imposible eliminar el sentimiento de culpa y pérdida que se me metía hasta el fondo de los poros.

Ash estaba muerto.

Estas tres palabras resonaban en mi cabeza, cada vez más fuerte con cada latido. Era como si no me hubiera dado cuenta hasta ese momento, como si solo hubiera sido un hecho lejano y abstracto. Pero aquí, bajo el chapoteo del agua de la ducha, que pasó de tibia a casi hirviente, la verdad me golpeó con toda su fuerza. Se me escapó un sollozo, profundo y crudo, un sonido de dolor que salió de mi garganta y sacudió mi cuerpo. Mis rodillas cedieron y me encontré en el centro de la cabina de ducha mientras el agua seguía golpeándome sin cesar.

Tras unos minutos que me parecieron eternos, salí de la ducha. Me envolví en una toalla, cuya tela me rozaba la piel enrojecida por el agua caliente. Con piernas temblorosas, me dirigí al lavabo y

busqué mi cepillo para el pelo, un ritual familiar en medio de la realidad surrealista en la que me encontraba. Pero cuando levanté los ojos hacia el espejo, cualquier ilusión de normalidad se rompió en mil pedacitos.

Juno, estaba escrito allí en el vapor de agua. No había nada más. Solo mi nombre o, mejor dicho, el apodo que Ash me puso.

Se me escapó un grito agudo y me di la vuelta, asegurándome de que estaba sola. No había nadie. Pero tal vez…

Abrí la puerta y me asomé. Mi alucinación seguía allí. Y no solo eso: se paseaba por mi habitación, estudiaba las fotos de las paredes y acariciaba la cabeza del señor Puschel, el peluche de mi infancia, que estaba sentado en el sillón junto a mi cama.

Es suficiente. No voy a dejar que mi propia mente me asuste.

—No eres real —murmuré mientras volvía a mi habitación a coger ropa limpia de la cómoda.

Rebusqué entre los montones bien doblados hasta que encontré lo que buscaba: una falda verde pino y una blusa gris pizarra. Era la ropa más oscura que tenía, y me pareció apropiada teniendo en cuenta lo que sucedía. Dudé, dejé caer la toalla y me puse la ropa interior. Ash no era más que una alucinación, pero aun así me pareció sentir sus ojos clavados en mí, curiosos por ver qué haría a continuación.

—¿Debo darme la vuelta? —oí una voz familiar, que resonó con una suave carcajada.

Se me escapó un sonido de sobresalto y casi se me cae la toalla. Ahora esta maldita alucinación también me hablaba a mí. Pero no me involucraría. De ninguna manera iba a responder a *Fantasy Ash*.

Con los labios apretados y la cara roja, intenté agarrarme a la toalla y ponerme la ropa interior al mismo tiempo. Era una batalla que no podía ganar. *Fantasy Ash* observaba mis acrobacias con una sonrisa divertida.

—Tienes que decidirte.

—¿Para qué?

Sí, ahora decidía que lo mejor era contestarle. Mi cordura iba cuesta abajo demasiado rápido.

—Tanto si soy real como si no —respondió Ash el Fantástico con calma—. Si no, corres el riesgo de andar por los pasillos como una lunática, balbuceando y hablando sola todo el tiempo. Es decir, le viene bien a tu reputación, June, pero de todas formas no es lo mejor.

—¿Y de quién es la culpa? —le espeté.

¡Joder! Le contesté otra vez. Al parecer no era solo el verdadero Ash el que sabía qué botones apretarme. Tenía que hablar con Amber. ¡Ya! Y tenía que poner fin a esta locura antes de que el resto de mi cordura se fuera al carajo.

—No eres real. No eres más que una consecuencia enfermiza de mi mala conciencia —dije con firmeza, decidida a recuperar el control.

Fantasy Ash se agarró el corazón de forma dramática.

—¡Ay! Puedes ser muy cruel, June Harper.

Me abstuve de contestar. En lugar de eso, me sobrepuse, arrojé la toalla sobre la cama y me puse la ropa interior.

Fantasy Ash pareció enmudecer por primera vez. Vi cómo se le movía la laringe al tragar en seco, y luego me dio la espalda y miró por la ventana. Al parecer, mi mente dio a mi delirio cierta medida de decencia. Fue inesperado, pero me alegré un poco.

Me puse la ropa más rápido que nunca en mi vida. No me maquillé ni me puse joyas. Hoy no era día para eso. Todavía tenía el corazón agitado por el striptease que hice delante de Fantasy Ash mientras me recogía el cabello en una coleta rápida y desordenada y me dirigía a la puerta.

Todo seguía tranquilo en el pasillo. El reloj de pared marcaba poco más de las seis de la mañana. Lo más seguro sería que la mayoría de los alumnos aún durmieran, sobre todo porque era fin de semana y todos estuvimos de guardia la noche anterior. Caminé a grandes zancadas hasta la puerta de la habitación de Amber y la golpeé.

—¿Amber? Amber, soy yo. ¡Abre!

—Sí, sí, sí —llegó somnoliento desde el otro lado de la puerta después de unos momentos—. Ya voy.

El sonido del movimiento me llegó a través de la madera, el crujido de la tela y el chirrido de una cama. Por el rabillo del ojo vi a Fantasy Ash, que me siguió y ahora estaba de pie detrás de mí en el pasillo, con los brazos cruzados delante de su ancho pecho.

—¿Ahora vas a seguirme a todas partes? —siseé.

Se encogió de hombros, con una expresión de indiferencia en el rostro.

—Eso parece. Yo tampoco sé exactamente cómo funciona esto todavía. Es mi primera vez en tu cabeza, después de todo, y por alguna razón no hay menú de bienvenida aquí.

Puse los ojos en blanco con un gemido justo en el momento en que Amber abría la puerta. Me miró irritada, bostezó con ganas y se apartó un mechón de cabello de la cara.

—¿Dónde está el fuego? —preguntó por fin.

—Ash está muerto —solté sin filtro—. Y creo que estoy perdiendo la cabeza.

12

MORTALMENTE ARROGANTE

—Eso es... No puedo creer que...

La voz de Amber resonó en su habitación, envuelta en los pálidos colores de la madrugada. Caminaba de un lado a otro. Su rostro era un remolino de emociones, que iban desde la conmoción hasta la confusión más absoluta. Hacía cinco minutos que terminé mi inquietante historia, así que apenas podía estarse quieta. Sus frases empezaban y terminaban en el mismo suspiro, siempre entrecortadas, y se rascaba el labio inferior con nerviosismo, un hábito que solo afloraba en momentos de extrema preocupación. Todo podría haber sido divertido, sobre todo con sus tropiezos con el pijama de colores y las zapatillas azules del Monstruo de las Galletas, pero dadas las circunstancias, su comportamiento solo me puso más nerviosa.

Fantasy Ash se había acomodado en la silla rosa del escritorio de Amber y daba vueltas y vueltas, casi como si estuviera disfrutando de la situación. Es decir, en realidad no estaba girando. Sin duda, a Amber le habría dado un ataque si su querida silla de escritorio hubiera empezado a girar como por arte de magia de un momento a otro. Así que tenía que ser otra ilusión, otro truco que mi mente me estaba jugando.

—No teníamos ni idea de que algo así fuera a ocurrir —consiguió decir por fin con voz temblorosa y se detuvo en medio de la habitación.

Me miró con los ojos muy abiertos, esperando que le contestara. Pero mi atención fue desviada por Ash el Fantástico, que soltó un bufido medio divertido, medio molesto.

—No, quién iba a imaginar que algo saldría mal al mezclarme alcohol —dijo con sarcasmo.

—Eso no es justo —protesté—. No sabíamos que el baile se interrumpiría y tendríamos que ir a esa misión.

—¿Ah, sí? —Alzó las cejas—. ¿Sabes qué no es justo, June? Que ahora lleven mis cenizas en un cubo de plástico amarillo.

—Vale, lo siento.

Me froté la frente, detrás de la cual palpitaba un dolor sordo, y solo unos segundos después me di cuenta de que Amber me miraba asombrada.

—No estás exagerando, ¿verdad? En realidad, estás delirando.

¡Oh Dios, qué vergüenza! Ella escuchó toda la conversación. Bueno, al menos mi mitad. Después de todo, Fantasy Ash solo existía en mi cabeza.

—Quizá debería hablar con la orientadora —sugerí con timidez, pero Amber agitó sus rizos negros violentamente.

—Juniper, ¡no debes decirle a nadie sobre esto! Nos expulsarán si alguien se entera de lo que hicimos.

—Matamos a Ash. No podemos pretender que eso no sucedió.

Pronuncié las palabras que ambas intentábamos evitar, las palabras que flotaban en el aire entre nosotras, reflejando la oscuridad de nuestra realidad.

Amber se sentó a mi lado en su cama y se frotó la cara con un suave suspiro.

—No es como si lo hubiéramos matado nosotras mismas. Ni siquiera sabemos por qué no resucitó. Esta bien, estaba un poco descontrolado en la batalla, pero eso no explica por qué su magia de fénix no funcionó.

—Pero está muerto, Amber —insistí enfadada.

Pero mi mejor amiga no quería ni oír hablar de ello.

—No resucitará si vamos ahora al director y conseguimos que nos echen del colegio —me imploró.

Ash el Fantástico detuvo la silla del escritorio y se recostó en ella.

—Tu amiga está loca, June. No me sorprendería que escuchara podcasts de crímenes a la hora de dormir.

Solo me está cuidando, pensé.

Pero Fantasy Ash tenía razón, y por partida doble: Amber escuchaba podcasts de crímenes a la hora de dormir. Y esto de verdad se nos estaba yendo demasiado lejos. Teníamos que asumir la responsabilidad de lo que hicimos.

Pero, ¿y si de verdad nos sacaban de la escuela? Yo tenía dos madres maravillosas que me recibirían con los brazos abiertos y que incluso se alegrarían de tenerme con ellas cursando el último año de colegio. ¿Pero Amber? Su madre era alcohólica y su padre irascible. A menudo volvía de vacaciones con moratones, supuestamente por un accidente de bicicleta o alguna caída. Pero sabía que no era así. Y también sabía que ser expulsada de la escuela sería un desastre para ella.

—Está bien, esperemos a ver antes de hacer nada —dije, ganándome una pequeña sonrisa de agradecimiento.

—¿Crees que anunciarán lo ocurrido en el desayuno? —preguntó Amber con inseguridad.

—No lo sé.

No podía quitarme de la cabeza la imagen del profesor LeBlanc con el cubo de plástico amarillo en la mano. Era todo tan surrealista… y Fantasy Ash en la silla rosa del escritorio de Amber no lo hacía mejor.

Mi amiga hizo una mueca de agonía.

—Entonces supongo que nos sorprenderemos.



Todo era diferente cuando Amber y yo entramos en el comedor escolar y, al mismo tiempo, todo parecía igual que siempre. Olía a beicon, huevos fritos y tostadas quemadas. Los platos traqueteaban y los alumnos hablaban aún más alto que de costumbre. Los mayores hablaban de sus misiones nocturnas. Se subían a las sillas

mientras representaban sus movimientos de combate, una mezcla salvaje de fanfarronería y exageración teatral.

Solo Ally, Melanie y Joshua se sentaron en silencio en una esquina trasera de la sala, levantando la cabeza al verme. Evité sus miradas, intentando ignorar el rostro atormentado de Melanie, el pelo alborotado de Joshua y las ojeras de Ally mientras Amber se dirigía a una mesa justo al lado.

—¡Siéntate! —me dijo en voz baja—. Traeré algo de comer.

—Solo zumo, por favor —respondí.

Estaba segura de que no sería capaz de terminar, pero ni el primer bocado. No con el Ash de fantasía sentado frente a mí, cogiendo un palillo y masticándolo con aburrimiento. No sabiendo que el verdadero Ash estaba muerto y que yo tenía la culpa.

Amber se apresuró hacia la cola del bufé y su figura desapareció entre la multitud. Su ausencia me puso nerviosa. Hoy me sentía aún más a merced del comedor escolar que de costumbre, como si fuera un pequeño conejo que de repente hubiera aterrizado en un recinto lleno de depredadores hambrientos.

—June. —Drake se acercó por detrás y me puso las manos sobre los hombros. El olor a humo de cigarrillo frío me envolvió, dejando en segundo plano el aroma a beicon y huevos. Me tensé bajo el agarre de Drake, hundiéndome un poco más en la silla como si así pudiera escapar de él—. ¿Dónde dejaste a Ash? Se rumorea que te hizo el *favor* después de tu noche de pelea y se *acurrucó* sobre ti después de todo.

La risa de Drake resonó en la cafetería, un sonido estridente y repugnante que recorrió el recinto y me crispó los nervios. Miré a Ash el Fantástico, cuya mandíbula se endureció.

—¡Imbécil! —gruñó en un oscuro gruñido que se elevó contra el estridente brillo de la diversión de Drake.

—¿Y? —preguntó Drake, apretando más mis hombros.

Abrí la boca para responder, pero las palabras se me quedaron en la garganta. Un nudo se formó allí, grande y asfixiante. Drake era un idiota, pero él y Ash eran mejores amigos. Solo podía imaginar lo duro que le afectaría la noticia de la muerte de Ash.

—El profesor LeBlanc explicará todo —murmuré, con la voz apenas más que un susurro.

—¿Ah, sí? —se burló Drake—. ¿Estaba allí? No pensé que pudieras ser tan sucia, June.

—Eso es asqueroso… —Melanie se levantó de un salto de su asiento, con las manos cerradas en puños y miraba furiosa a Drake. Obviando el hecho de que escuchó todo—, e irrespetuoso.

Drake pareció divertido con sus palabras. Miró a su alrededor en busca de efecto y repitió:

—¿Irrespetuoso? Ya mero chillas como si hubieras perdido a alguien.

El nudo en mi garganta se hizo más grande. Drake no se dio cuenta de hasta qué punto sus palabras dieron en el blanco.

Melanie abrió la boca para replicar. Me preparé para que soltara la bomba, pero en ese mismo momento la puerta del comedor escolar se abrió con un chirrido. Entraron el profesor LeBlanc y el director, ambos vestidos de negro y con rostros severos y serios que no presagiaban nada bueno. El ambiente de la sala se enrareció notablemente, como si se hubiera accionado un interruptor invisible.

—Mierda, ¿de verdad alguien se murió? —preguntó Drake con una risa torpe, pero ni siquiera él pudo ocultar la leve nota de incertidumbre en su voz. Su broma flotaba en el aire, sofocada por la repentina tensión.

El director Wilkins carraspeó incómodo. Era evidente que al hombre, siempre seguro de sí mismo, le costaba pronunciar las siguientes palabras.

—Señoras y señores —empezó, y el tono formal me produjo un escalofrío—. Anoche hubo un trágico incidente. Su compañero Ash Westwick murió en combate. —Hizo una pausa, necesitando digerir incluso sus propias palabras. La habitación se quedó en completo silencio mientras continuaba—: Es un duro golpe para todos nosotros. Sin embargo, les pido que mantengan la calma. Si necesitan hablar, pónganse en contacto con nuestra orientadora, la señorita Barnes. Ella también puede escucharlos o consolarlos si lo necesitan.

El director cedió la palabra al profesor LeBlanc, que habló de un servicio funerario previsto. Pero su discurso quedó ahogado por el murmullo general de los alumnos. Miré a los rostros atónitos y sorprendidos, con lágrimas en los ojos. Drake para entonces me dio la espalada y regresó a su mesa. Su rostro estaba sombrío, pero tenía las manos cerradas en puños con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos. Una chica sollozaba abatida que todo su cuerpo se estremecía. Sus amigas, igual de afectadas, se turnaban para abrazarla.

—¡Oh, por favor! —comentó la Fantasy Ash con impaciencia, observando los acontecimientos con los brazos cruzados delante del pecho—. Ni siquiera me conocía. Salimos juntos una o dos veces.

—Tal vez estuviera enamorada de ti, aunque no sé por qué —le contesté. Me molestó que hablara de esa forma tan despectiva del dolor de la chica.

—¡Oh, vamos, June! Sabes muy bien por qué. —Ash se pasó el palillo por el labio inferior con una sonrisa—. Estoy dentro de tu cabeza. Puedo leer tu mente. Y la mitad de las veces giran en torno a mis musculosos brazos, que quedan condenadamente bien con esta camiseta ajustada.

Gemí.

—¿Cómo puedes estar muerto y ser tan, tan pendejo al mismo tiempo?

Levantó los hombros.

—Tal vez porque no estoy muerto.

—Sí, sí lo estás.

Era un hecho que no podía negar: Ash estaba muerto. Y eso significaba que estaba hablando sola, en voz alta y en medio del comedor escolar. Miré a Ally, Joshua y Melanie, cuyas sorprendidas miradas se posaron en mí. ¿Pero qué carajo acababa de hacer?

¿Cómo puedes estar muerto y tan, tan pendejo al mismo tiempo?

¡Oh, Dios mío!

—¡Ojo de buey, June! —resopló Ash—. No me necesitas para hacerte impopular.

Me levanté de mi asiento con un movimiento brusco, la silla se deslizó hacia atrás sobre las tablas del suelo de la cafetería con un

chirrido. Ignoré las miradas perplejas de mis compañeros y me dirigí hacia Amber, que estaba de pie junto al bufé. Llevaba una bandeja vacía en la mano y paseaba los ojos por el expositor, pero no hizo ademán de coger nada. No me parecía bien coger comida después de una noticia así.

—Vámonos de aquí —le pedí, cogiéndole la bandeja y volviéndola a poner sobre la pila.

Salimos del comedor, dejando atrás el murmullo de las voces y los sollozos ahogados. Ash nos siguió con expresión aburrida, como si nada de aquello le preocupara, con las manos enterradas en los bolsillos de los vaqueros.

—¿Cómo puedo demostrarte que no estoy muerto? —preguntó.

—Claro que no —respondí sin girarme para mirarle. Podía sentirlo, su presencia era tan tangible, como si de verdad estuviera allí.

Amber me miró de reojo, pero yo me limité a negar con la cabeza. Tal vez solo necesitaba dormir bien por la noche y entonces mis delirios desaparecerían por sí solos.

—¿Y si te digo algo que solo yo puedo saber? —sugirió *Ash el Fantástico*.

Me detuve, eché la cabeza hacia atrás y reprimí un gemido.

—¿Qué sentido tendría?

—Entonces sabrías que no soy solo un producto de tu mente que, para ser sinceros, está demasiado jodida.

—Claro.

Resoplé. Eso era ridículo.

—Annabel Lockhardt quería engañar a su novio conmigo —soltó *Fantasy Ash*, que a todas luces confundió mi *claridad* como consentimiento.

—¡Quien lo crea!

Annabel Lockhardt era la personificación de la moralidad y la decencia. Ella y Derrick eran la pareja modelo de la escuela. No pasaba un día de San Valentín sin que se confesaran su amor eterno en público y a bombo y platillo.

—Metió de contrabando un par de bragas blancas de encaje en mi mochila. Están en mi casillero —dijo *Fantasy Ash* con una sonrisa

que revelaba el placer ladrón que le producía compartir este secreto con alguien.

Arrugué la nariz con disgusto.

—Apuesto a que hay un montón de bragas allí, pervertido asqueroso.

—¿Juniper? ¿Seguro que estás bien? —Amber extendió una mano y me palpó la frente. La preocupación se reflejaba en su rostro—. Tal vez deberías acostarte un rato. Te excusaré en clases.

—Sí, quizá sea una buena idea —admití. Debí de asustar a Amber con mi soliloquio.

Me recompuse el resto del camino, apreté los labios y me obligué a ignorar a la fantasía de Ash. Amber me acompañó a mi habitación, me trajo un vaso de agua y me metió en la cama.

—Duérmete —ordenó—. Todo irá bien. Ya lo verás.

En ese momento, me habría encantado creerle.



—¿Y?

—¿Y qué? —pregunté, molesta.

Me dormí durante una media hora. Cuando me desperté, *Fantasy Ash* estaba sentada junto a mi cama, con la cabeza apoyada en el marco de madera.

—¿Vas a ir a echar un vistazo? —quiso saber.

—¿Que vaya a ver si de verdad hay un par de calzones en tu locker? —Mi boca se torció en una mezcla de asco e irritación—. Por supuesto que no.

—Pero entonces lo sabrás con seguridad.

—No necesito certeza. Sé que solo existes en mi cabeza.

—Entonces no tienes nada que perder si vas y echas un vistazo.

¡Argh!

El Ash de fantasía era casi peor que el Ash real. Ya no podía avergonzarme en público, pero me volvía loca. Y al final, todo se reducía a lo mismo.

Miré el despertador. Eran poco más de las nueve. La segunda clase acababa de empezar. Si iba a la taquilla de Ash ahora y miraba, no me encontraría con nadie. Eso era casi seguro.

—De acuerdo, lo haré —refunfuñé—. Pero solo si después te callas.

Fantasy Ash fingió sellar los labios con una cremallera imaginaria y yo me levanté de la cama. Cada músculo de mi cuerpo pedía descanso a gritos, pero sabía que no lo encontraría hasta que solucionara esto.

Me escabullí por el pasillo, bajé unas escaleras y atravesé otro pasillo que conducía a las aulas. Desde una de las aulas oí la voz apagada de la profesora Drew, por lo demás todo estaba tranquilo. Me detuve frente al casillero de Ash, delante del cual había rosas, fotos, cartas personales y velas de té. El fuerte y dulce aroma de las flores se mezclaba con el humo de una vela de té moribunda. Mis ojos se deslizaron sobre las fotos de Ash entrenando para luchar, con sus amigos y llevando una corona que ganó en el baile de graduación del año pasado.

Esto estaba mal. Muy mal.

Quería darme la vuelta y escapar de vuelta a mi habitación, pero *Fantasy Ash* se interpuso en mi camino.

—¿Te vas a acobardar? —me preguntó, mirándome burlón.

—No puedo… Siento que estoy profanando tu tumba.

—Pero no lo es. Es solo una locker.

—Ni siquiera sé cómo abrirlo —siseé, mirando en todas direcciones para ver si alguien escuchaba mis locuras.

Por fortuna, aún estaba sola.

—Ya conoces el código —respondió Ash el Fantástico, moviendo las cejas como si todo fuera una broma tonta—. Es el mismo que antes.

¡Claro que sí! Ash Westwick seguía usando mi cumpleaños como código numérico para su taquilla. Ahora sabía con certeza que solo estaba imaginando cosas.

—¡Vamos, inténtalo! —me instó.

Con un suspiro resignado, admití la derrota y cogí la cerradura de combinación. Después de todo, ya estaba aquí, así que podía dar un

paso más. *Fantasy Ash* me observó mientras giraba el engranaje. Y de repente, para mi sorpresa y horror, el armario se abrió con un clic.

—¿Qué te dije? —preguntó Ash el Fantástico, frotándose las manos con una sonrisa de satisfacción—. Nunca me molesté en cambiar el código.

Tenía que ser una estúpida coincidencia, intenté convencerme. Pero algo dentro de mí se tensó al ver la taquilla abierta. ¿Y si no me estaba imaginando a Ash? ¿Y si de verdad estaba atrapado en mi cabeza?

¡Qué tontería, Juniper!

Sacudí la cabeza como si pudiera deshacerme también de ese pensamiento. Con una combinación de miedo y determinación, rebusqué en el contenido de la taquilla de Ash. Una sudadera con capucha, pantalones de chándal, zapatillas, libros de texto, guantes de boxeo, una botella de agua y muchas barritas de proteínas. Nada especial, y desde luego ninguna braguita.

—Mira en el bolsillo de mi pantalón de chándal —me indicó Fantasy Ash. Pude ver el brillo en sus ojos, una mezcla de anticipación y triunfo.

—¿Es en serio?

Puse los ojos en blanco.

—¡Dale, adelante!

Era ridículo, pero lo hice de todos modos.

Mis manos palparon una tela suave. Al principio pensé que era un pañuelo, pero luego pasé el dedo por un delicado dibujo de encaje.

—¿Qué carajos…?

Sentí que perdía el equilibrio cuando saqué las bragas del pantalón de jogging. Las bragas de Annabel. Era tan real como Ash, que me observaba con una mirada satisfecha que parecía decir: *¿Te prometí demasiado*?

13

¿TE APETECE UN EXORCISMO?

—Eso no puede ser verdad. Esto no es real. *Tú* no eres real. ¿Cómo sería posible?

Ash estaba apoyado en el alféizar de la ventana y observaba divertido cómo yo gesticulaba arriba y abajo por mi habitación pareciendo una loca. Había cerrado su taquilla de un portazo y abandonado la escena del crimen a toda prisa. Ahora estaba luchando contra un ataque de pánico, que controlaba más mal que bien. Tantas locuras ocurrieron en las últimas horas que sentía que la cabeza me podía estallar en cualquier momento. La taquilla, las bragas, el fantasma de Ash… todo formaba un rompecabezas caótico que se negaba a tener sentido, al menos si no creías en lo incomprensible.

—Oh, dulce pequeña June, hay más entre el cielo y la tierra de lo que tu sabiduría escolar te hace soñar.

—No me vengas con Shakespeare —siseé, mirando con rabia a Ash.

—Ey, solo estoy tratando de ser útil.

—Pero tú no…

—¡Woah! —Ash levantó las manos en señal de defensa—. Ahora dame un respiro. *Tú* no eres el que está metido en la cabeza de otro con tus cenizas en un cubo de plástico amarillo.

—¿Cuánto tiempo más vas a dar vueltas en ese cubo de plástico?

—Créeme, cuando se trata de andar por ahí, un cubo de plástico no es mi primera opción.

En mi mente aparecieron imágenes involuntarias. Imágenes de Ash en el vestuario, su espalda desnuda y musculosa, sus caderas rodeadas por las piernas de Sara-Lynn, los gemidos de ella. Me invadió una oleada de calor. La sucia sonrisa de Ash me dijo que sabía exactamente en lo que estaba pensando: no en cubos de plástico amarillos.

—¿Cómo sabías lo del cubo? —pregunté, intentando que él y yo pensáramos de otra manera lo antes posible.

Ash ladeó la cabeza.

—¿No es obvio? Estuve contigo todo el tiempo, June. Desde el momento en que mi cuerpo se disolvió, he estado atrapado en tu mente.

La voz en mi cabeza. Alguien me estuvo gritando durante la pelea *¡A la derecha, June! ¡Agáchate a la derecha!* Yo asumí que era mi subconsciente, pero fue Ash. Ash, que estuvo conmigo en mi cabeza cuando volví a la Academia de Verano con los demás. El que se sentó junto a mi cama por la noche. Y que se paró frente a mí cuando salí del baño cubierta solo por una toalla. Una toalla que se me cayó.

¡Oh Dios, eso fue vergonzoso! Así. Maldita. Sea. Demasiado. Vergonzoso.

Me ardieron las mejillas de vergüenza al pensar en cómo me desnudé delante de él. No bastaba con que supiera cómo me quedé en ropa interior tras el desastre de *The Red Carpet*. Ahora conocía cada centímetro de mi cuerpo imperfecto.

—No te preocupes. Nada que no haya visto antes —dijo, sin intentar ocultar su risa.

Parecía divertirse mucho y no debería haberme sorprendido. Al fin y al cabo, ahora tenía una nueva forma de torturarme y exponerme.

—Debo decir que hay cierta fascinación en hurgar en tu mente —admitió, con sus ojos azules hielo centelleando con picardía.

—¡Sal de mis pensamientos! —le ladré con voz chillona.

La idea de no poder seguir ocultándole nada me hizo entrar en pánico. Pero Ash se limitó a encogerse de hombros impasible.

—Créeme, me encantaría hacerlo. Solo dime cómo.

No tenía respuesta. Y eso era lo más aterrador de todo el asunto.



Decidida, casi mecánicamente, me dirigí a clase. Tal vez fuera una locura reanudar mi rutina diaria, así como así, pero necesitaba tiempo para pensar, tiempo para ordenar los pensamientos fragmentados de mi cabeza. Y necesitaba tener la sensación de que mi vida no se desmoronaba por completo. Lo cual parecía absurdo, porque era justo eso lo que sucedía.

Amber me sonrió alentadora cuando entré en el aula, me senté a su lado y saqué mi carpeta.

—¿Te encuentras mejor? —quiso saber.

Asentí sin decir nada, sin tener la menor idea de qué responder. La clase de la profesora Chatterley no era, por decirlo de alguna manera, el ambiente adecuado para abrir la caja de Pandora. La profesora de *Magia Avanzada* tenía fama de castigar a sus alumnos.

—¿Qué pasa con…? —Amber miró a su alrededor para ver si alguien estaba escuchando antes de inclinarse hacia mí y continuó en voz baja—, ¿la voz?

—¡Shh! —Sacudí la cabeza en señal de advertencia. Esto no era un tema para discutir en medio del aula si no quería acabar con una camisa de fuerza—. Hablaremos más tarde.

—¿Así que sigue allí? —preguntó Amber, poco dispuesta a dejar el tema.

Antes de que pudiera replicar, la puerta se abrió de golpe y entró la profesora Chatterley. Llevaba una falda larga de flores de colores y una blusa de seda verde claro con mangas anchas. Las telas ondeaban detrás de ella simulando una túnica mientras daba largas zancadas hacia el escritorio.

—La reina del drama —comentó Ash escueto. Se sentó en la mesa vacía al lado mío y ahora dejaba las piernas colgando sin

importarle nada mientras se pasaba los dedos por el cabello rubio plateado—. ¿Crees que ensaya su actuación en casa frente al espejo? ¿June?… ¡June!

Saqué mis bolígrafos y los ordené por tamaño, solo para concentrarme en otra cosa que no fuera Ash. Lo cual era muy difícil, teniendo en cuenta que estaba haciendo todo lo posible por llamar mi atención. Se estaba levantando el dobladillo de la camiseta y pasándoselo por la frente, lo que me permitía ver su impresionante lavadero de seis piezas a la perfección.

—Uf, ¿hace calor aquí o soy yo? —preguntó con una sonrisa provocativa en mi dirección.

Apreté los dientes y hojeé mi carpeta, intentando mantener la mirada fija y no prestar atención al creciente cosquilleo en el estómago.

Ignóralo. Solo dedícate a ignorarlo.

La camiseta de Ash voló hasta mi mesa y se posó en medio de mi carpeta. Cuando fui a cogerla, desapareció ante mis ojos. Miré de reojo en su dirección, que ahora estaba sentado sin camiseta y me miraba desafiante.

—¿Hablas en serio? ¿Crees que con tu numerito de stripper barato me vas a distraer? —siseé enfadada.

—Obviamente —respondió con una sonrisa.

—Juniper, tal vez sería mejor que dejaras de hablar —sugirió Amber, poniendo una mano en mi brazo que debería haber puesto sobre mi boca a tiempo.

Levanté la vista y vi las caras en parte confusas y en parte divertidas de mis compañeros. Algunos empezaron a cuchichear. Oh joder, Ash sí que sabía de qué hilos tirar conmigo.

—¿Señorita Harper? —La insistente voz de la profesora Chatterley cortó el murmullo de voces en el aula casi en una cuchillada afilada a través del papel, silenciando a todo el mundo.

Genial, ahora me había ganado el disgusto de mi profesora. Le lancé una mirada furiosa a Ash antes de volverme hacia ella.

—¿Sí, profesora Chatterley?

—Como tú y tus compañeros están en estado de emergencia tras los sucesos de ayer, los dejaré impunes una vez más. Pero ahora,

por favor, levántate y resume lo que discutimos en la última lección sobre las cuatro piedras primigenias.

Las cuatro piedras primigenias. Se suponía que lo sabía, pero mi cerebro estaba como un algodón. Mis pensamientos se centraban solo en Ash y en las diversas formas en que lo mataría si alguna vez me lo quitaba de la cabeza. Miré la carpeta de Amber que estaba abierta delante de ella, los apuntes de la última lección abiertos, pero la profesora Chatterley me detuvo en seco.

—¡De memoria, si me hace el favor! —replicó mientras se acercaba a nosotras con pasos rápidos y decididos y cerraba la carpeta con un movimiento de muñeca.

—Sí, bueno… está el rubí solar, la piedra lunar, el oro otoñal y el cristal arcoíris —empecé titubeando.

Hasta aquí, todo bien. Miré a mi alrededor en busca de ayuda. Mis ojos se encontraron con los de Ash, que inspeccionaba la mesa en la que estaba sentado. Seguía sin llevar camiseta, como si sentarse así en una clase fuera lo más normal del mundo.

—Las piedras portan la magia del mundo que las creó. Una forma pura de magia que no es ni buena ni mala en su origen, pero que ha cambiado con el tiempo y se ha convertido en una amenaza —rezó aburrido, como si ya lo hubiera hecho mil veces. Su dedo índice arañó el tablero de la mesa—. Aquí dice: *D. + R. = Amor*. ¿Quién es *D.* y quién es *R.*? ¿Y por qué alguien pensó que eso era lo bastante interesante como para garabatear en una mesa?

Ignoré sus últimas palabras y repetí el resto, aliviada de no estar sola. La profesora Chatterley asintió con satisfacción.

—¿Y ahora qué? —me preguntó.

—Tal vez Drake y Ruby —reflexionó Ash en voz alta.

No me importaba lo que estaba escrito en esa maldita mesa. Pero Ash era el único que podía ayudarme.

—¿Y ahora qué? —murmuré, esperando que respondiera.

La profesora Chatterley enarcó las cejas. Me daba cuenta de que su paciencia se estaba agotando.

—O tal vez Regina —continuó Ash imperturbable—. ¿Qué opinas, June? ¿Regina o Ruby?

Reprimí un gemido. Ash no me respondería a menos que yo hiciera lo mismo.

—Ruby —dije a regañadientes. Y como recibí algunas miradas irritadas, continué—: Rubí. Me refería al rubí del sol.

—Buena salvada. —Ash se volvió hacia mí. Era evidente lo mucho que disfrutaba el haberme metido en esta situación—. Las piedras llegaron al mundo humano —me alivió por fin—. Quienes las encontraron fueron corrompidos por su poder y abrieron una puerta entre mundos. En el caso del rubí solar… Oh, ya sabes el resto.

Volví a repetir lo que dijo.

—En el caso del rubí solar, es un mundo inhóspito de calor en el que viven la sacerdotisa del sol y sus seguidores —añadí ahora yo.

Cuesta creer que me hubiera costado tanto estas pocas frases. Eran conocimientos básicos. Pero el hecho de que Ash se alojara en mi mente no ayudaba en nada a la hora de sobresalir en clase.

—Bien. —La profesora Chatterley asintió y luego, para mi alivio, se volvió hacia Nate, que estaba sentado en una de las últimas filas —. Señor Archer, ¿podría contarnos más sobre la historia de la sacerdotisa del sol?

Nate carraspeó antes de empezar a hablar con voz segura.

—La historia de la Sacerdotisa del Sol se remonta al siglo XVII. Seraphine LaCroix es la fundadora de la Academia de Verano. Cuando encontró la piedra hace tantos años y obtuvo sus poderes a través de ella, quiso utilizarlos para el bien. Pero la gente temía su magia. En 1691 fue declarada culpable de brujería y quemada en la hoguera. Pero Seraphine LaCroix no murió. La piedra le dio el poder del ave fénix y resurgió de las llamas. Como consecuencia de la quema de las brujas, la sacerdotisa del sol se volvió contra el pueblo. Encontró seguidores con los que compartió sus poderes: los revenants. Desde entonces, han sido una amenaza para el mundo humano.

—¡Excelente, Sr. Archer!

La profesora Chatterley asintió con aprobación. Incluso mostró una pequeña sonrisa en sus finos labios.

Me relajé un poco ahora que la atención ya no estaba centrada en mí. Ash siguió estudiando la mesa que tenía delante. Me

preguntaba cómo podía gustarle tanto a alguien una mesa llena de garabatos, pero al menos me dejó en paz. Y en serio necesitaba este respiro.



Cuando sonó el timbre de la academia, casi me dio un poco de pena que ya se hubiera acabado el tiempo. Al menos Ash no me volvió loca durante treinta y seis minutos. Amber y yo recogimos nuestras cosas y nos dirigimos al comedor escolar.

—No te perdiste gran cosa en las dos primeras clases —me informó mi mejor amiga—. El profesor LeBlanc estaba todo abrumado por toda la situación. Nos dio un trabajo silencioso sobre el tema de las *posiciones de defensa*, que olvidó recoger al final de la lección. Y en la segunda lección, hablamos con la profesora Drew sobre nuestros sentimientos acerca de la muerte de Ash. Algunos de los alumnos lloraban y Melanie estaba tan alterada que la profesora la envió a la orientadora. Por cierto, tienes que ir allí en cuanto te sientas con fuerzas.

¡Maravilloso! No me apetecía nada una visita al orientador. Pero el comedor de la escuela tampoco parecía muy apetecible. Demasiada gente viéndome «hablar sola», y poco después de la muerte de Ash. Desde luego, eso no sentaba nada bien.

—Creo que iré a ver a la señorita Barnes —dije con un suspiro—. Al menos así acabaré con esto; no te preocupes, no hablaré con ella del fantasma Ash ni de la bebida.

Amber negó con la cabeza.

—Eso no me preocupa. ¿Pero estás segura de que no quieres comer algo antes? No has desayunado, ¿vas a saltarte el almuerzo también?

—Voy a coger una barrita de muesli de la máquina expendedora.

Mi respuesta pareció tranquilizarla, aunque mi estómago dio un vuelco ante la idea de comer.

Nos despedimos y cogí mi barrita de cereales con mantequilla de cacahuete y chocolate. En lugar de comérmela, la escondí en algún

lugar recóndito de mi bandolera antes de caminar por el pasillo hasta el despacho de la señorita Barnes y llamar a la puerta.

—Adelante —oí la melódica voz de la orientadora desde el otro lado de la puerta.

Entré en la habitación un poco tímida, seguida de cerca por Ash, que dejó escapar un silbido mientras miraba a su alrededor. El despacho de la señorita Barnes era tan extraño como ella. Estaba en el invernadero de la mansión. La pequeña habitación estaba rodeada de ventanas por tres lados. En la única pared había una estantería llena de libros y en el centro un gran escritorio de madera repleto de papeles. El invernadero estaba lleno de plantas y era evidente que la señorita Barnes sentía pasión por la botánica. Las grandes ventanas estaban cubiertas de enredaderas y hojas, a través de las cuales la luz del sol brillaba cálida y acogedora.

Ya había estado aquí antes. Poco después del ataque del retornado y tras la muerte de Jake. Fue una conversación breve y apenas la recordaba.

Ash, en cambio, parecía entrar en el despacho por primera vez. Se inclinó sobre el escritorio de la señorita Barnes para inspeccionar la impresionante colección de cristales y piedras preciosas que se exhibían.

—¿Estás segura de que quieres seguir adelante con esto, June? —quiso saber—. Parece bastante esotérico, si me preguntas.

Bueno, dado que estaba siendo perseguida por el fantasma de Ash, un poco de esoterismo no habría estado de más. Podríamos intentar exorcizar un fantasma.

La señorita Barnes se quitó las gafas de leer y me sonrió de forma amistosa cuando me puse delante de su mesa. Aquella mujer de unos treinta años, con el cabello rubio hasta la barbilla y ropa hippy, no se parecía en nada a lo que uno se imaginaba de un orientador. No pude evitar devolverle la sonrisa, a pesar de que el día no me deparaba nada bueno hasta el momento.

—Juniper, ¿verdad? —preguntó la señorita Barnes—. La señorita Drew me avisó que vendrías. ¿Por qué no te sientas?

—Sí, yo…

Seguí la petición y saqué una de las pesadas sillas de madera, intentando no prestar atención a Ash, que seguía paseándose por la habitación y escudriñándolo todo.

—Lee novelas románticas cursis —se dio cuenta con una mirada desdeñosa a la estantería.

Sí, ¿y?, quise preguntar, pero me mordí el labio inferior en el último momento. Ash podía oír mis pensamientos de todos modos.

—¿Qué consejo esperas de una mujer que lee títulos como *La isla de los sueños sensuales*, *Verano de deseo* y *El semental en mi cama*?

«Eso último te lo has inventado tú», pensé, y me sentí un poco orgullosa porque por fin parecía que me estaba poniendo las pilas en esto de hablar con la mente.

Ash chasqueó la lengua.

—Touch. Pero podría haber estado en la estantería junto a los otros libros.

—Juniper, ¿cómo estás? —quiso saber la señorita Barnes, atrayendo de nuevo mi atención. Se inclinó hacia mí, con sus ojos verdes llenos de compasión.

—Bastante bien, la verdad. Es que antes me dolía un poco el estómago —respondí con evasivas—. Por eso no fui a clase.

La señorita Barnes asintió de un modo que me hizo darme cuenta de que interpretó más allá de lo que le dije.

—Estabas en la misión donde Ash Westwick fue asesinado, ¿verdad?

—Sí, yo era parte del equipo.

La señorita Barnes me miró en silencio. ¿Por qué esto parecía un interrogatorio? Me removí incómoda en la silla, preguntándome cómo llenar el silencio con palabras, pero no sabía qué decir.

—Ash y tú tenían una relación difícil —observó la señorita Barnes, y yo deseé haber dicho algo solo para adelantarme.

Apreté los labios.

—Podría llamarse así —admití a regañadientes.

—Te intimidó —continuó la señorita Barnes sin pelos en la lengua, poniendo el dedo justo en la llaga.

—Él…

¿Por qué volví aquí sin prepararme para esta conversación? Mis ojos revolotearon hacia la puerta, y estaba segura de que la señorita Barnes se dio cuenta. Nada escapaba a su atención.

—¿Puede ser que te sientas culpable, Juniper?

Un escalofrío me recorrió y me sacudió hasta la médula. ¿Sabía la orientadora lo que hicimos Amber y yo? ¿Sabía lo del alcohol? De repente, mis nervios estaban a flor de piel y los latidos de mi corazón retumbaron en mis oídos.

—Tranquila, June —aconsejó Ash con calma.

Se acercó al escritorio y cogió uno de los cristales. Una piedra púrpura del tamaño de una pelota de golf, en la que brillaba la luz. Ash la lanzó de una mano a la otra. Luego cogió una segunda y una tercera y empezó a hacer malabares con ellas.

—¡Basta! —siseé.

La señorita Barnes siguió mi mirada, pero lo único que vio fueron las piedras de cristal que yacían tan inmóviles como perfectas sobre su escritorio.

—¿Te gusta la piedra? —preguntó, cogiendo la morada que Ash sostuvo primero—. Es una charoita. Representa la autoaceptación y el amor propio.

Se levantó, cogió la piedra y me la puso en la palma de la mano, lo cual fue extraño porque al mismo tiempo desapareció de la mano de Ash, que abandonó los malabares y se apoyó en la estantería.

—Parece que la piedra te eligió a ti. Tal vez eso debería decirte algo.

—¿Decirme algo? —repetí confundida.

La señorita Barnes asintió enfática.

—Tienes que quererte a ti misma, Juniper. Y no puedes seguir castigándote por su culpa. Ash Westwick está muerto, y está bien si no te afliges o te sientes mal por ello. Le hizo algo terrible a tu alma. No dejes que eso te atormente.

—Sí… está bien —tartamudeé, un poco abrumada.

¿Así que no debería sentirme mal porque no me sentí mal? ¡Gran consejo!

—Esta doña esotérica —refunfuñó Ash mirándola despectivo, como si eso lo explicara todo.

Quise devolverle la piedra de cristal a la señorita Barnes, pero ella cerró mi mano en torno a la roca con suavidad, pero con firmeza.

—Quédatelo. Lo necesitas más que yo ahora.

—Exacto. Con un poco de amor propio y saldré de tu cabeza —se mofó Ash.

Por supuesto que era una tontería, pero la señorita Barnes intentaba ayudarme, a su manera un tanto excéntrica. Así que guardé el cristal en el bolsillo de mi falda verde pino y me levanté.

—Gracias.

La señorita Barnes hizo un gesto con la cabeza, negando con ella.

—No necesitas darme las gracias, Juniper. Solo espero que encuentres el amor por ti misma en tu corazón. Y por supuesto, si hay algo más, siempre puedes acudir a mí.

—Quiérete a ti misma —imitó Ash a la orientadora mientras salíamos de la oficina, y a mí me dieron ganas de tirarle el Charoit a la cabeza. Excepto que la piedra le habría atravesado volando.

—Tienes razón —refunfuñé una vez hube cerrado la puerta tras de mí y estuvimos fuera de su alcance—. No necesito una piedra de cristal, necesito un exorcismo.

14

UN PAR DE BRAGAS NO ES PRUEBA SUFICIENTE

—¿Juniper? Oye, ¿estás dormida?

La voz apagada de Amber entró por la puerta de mi habitación y me devolvió a la realidad de mi medio sueño. Debí quedarme dormida. Después de la pausa para comer, tuve una lección doble de *Krav Maga*, durante la cual Ash me lanzó un aluvión de consejos no deseados. Desde entonces, las sienes me latían sin cesar, como si el cerebro me martillease la parte superior del cráneo. Solo quise acostarme media hora, pero un vistazo al despertador me dijo que mi breve descanso se convirtió en una siesta de casi cuatro horas.

—Espera, ya voy —murmuré cansada y me levanté de la cama con dificultad.

Por fin cesaron los frenéticos golpes de Amber en la puerta de mi habitación. Respiré hondo, saboreando el silencio, antes de abrir la puerta y mi mejor amiga se deslizó junto a mí hacia la habitación a oscuras.

—¿También te vas a saltar la cena? —preguntó con reproche mientras miraba alrededor de la habitación—. ¿Y por qué está tan oscuro aquí?

Aparté la cortina, tras la cual el crepúsculo bañaba el cielo en los más bellos tonos rosa y naranja.

—Porque me duele la cabeza —respondí.

Y —prefería no contarle esta parte a Amber— porque no quise volver a ver a Ash. Hizo una broma montando una obra extraña con

el señor Puschel, que estaba perdiendo la cabeza porque oía una voz en su cabeza. Alusión entendida, ¡muchas gracias!

—¿Sigue siendo por tus alucinaciones? —preguntó Amber, sentándose en el borde de mi cama. La expresión de preocupación con la que me estuvo mirando todo el día volvió a su rostro.

Tenía que decírselo. Amber era mi mejor amiga, y probablemente la única que no me llamaría loca.

Esperaba…

—Ash está vivo —solté—. O quizás no. No lo sé. En cualquier caso, está atrapado en mi cabeza y me está volviendo loca.

La confesión tenía un regusto rancio, como una manzana demasiado madura que al principio parece dulce pero luego se deshace amarga en la boca.

Ash, que acababa de estar apoyado junto a la puerta, se acercó a Amber, se sentó a su lado en la cama y la observó con la cabeza ladeada y expresión tensa.

—Parece que no se cree ni una palabra de lo que dices, June —comentó divertido.

Amber tomó mis manos entre las suyas y las acarició con suavidad.

—Juniper… Tal vez te golpearon la cabeza ayer durante la pelea. ¿Podría ser eso? O tal vez es solo la culpa que…

Me aparté de ella y levanté las manos desesperada.

—¿Por qué es tan improbable que Ash de verdad esté aquí? Hay magia elemental y magia de fuego y todas esas cosas, ¿por qué no creer esto?

—¿Quieres decir que es su fantasma?

Amber frunció el ceño.

—No sé si es un fantasma. Todo lo que sé es que abrí la taquilla de Ash y encontré esto.

Decidida, cogí mi bandolera y saqué la ropa interior de Annabel.

—Son un par de bragas, Juniper —dijo Amber, y me di cuenta de que no estaba nada impresionada por mi hallazgo—. Apuesto a que Ash tiene un montón de bragas en su taquilla. Después de todo, tenía un par diferente cada pocas semanas.

—Son las bragas de Annabel —insistí—. Ash me dijo que ella quería algo de él y se las regaló. Me dijo exactamente dónde podía encontrarlas.

Amber resopló, poco convencida, y me lanzó esa mirada que decía *¿Te escuchas hablar?* Luego escondió una mano detrás de la espalda. Sus ojos marrones brillaron desafiantes.

—Bueno, si Ash está de verdad aquí, te garantizo que sabe cuántos dedos estoy levantando ahora mismo.

Miré implorante a Ash, pero se limitó a bostezar.

—No soy médium —refunfuñó.

—¡Mira! —le grité enojada.

Esto era importante. Amber tenía que creerme. No sabía qué iba a hacer sin ella a mi lado.

Ash pareció pensárselo un momento y luego, para mi alivio, cedió.

—De acuerdo.

Con un suspiro teatral, se dejó caer hacia atrás en la cama y cruzó los brazos detrás de la cabeza. Me di cuenta. Y por la forma en que Ash sonrió, se dio cuenta de que yo me di cuenta. No es tan fácil cuando compartes cerebro.

—¡Concéntrate! —siseé mientras intentaba apartar la mirada de su estómago.

Enarcó las cejas.

—No soy yo quien me desnuda con miradas.

—¡Ahora dime cuántos dedos levanta!

—Tres.

Me volví hacia Amber y repetí:

—Tres dedos.

Se tomó un momento para serenarse, me miró asombrada y luego preguntó:

—¿Y ahora?

—Cinco.

—Cinco —transmití la rápida respuesta de Ash. Podríamos haber hecho este número en el circo.

—¿Y ahora?

¿Cuánto tiempo quería Amber continuar este juego?

—Ahora me está enseñando el dedo corazón —refunfuñó Ash—. No es muy propio de una dama.

—Le estás sacando el dedo de medio.

—¿Cómo demonios haces eso?

Amber se dio la vuelta para asegurarse de que no había ningún espejo detrás de ella que pudiera haber reflejado los movimientos de sus manos.

—De todas formas, no soy clarividente —respondí irónica y crucé los brazos delante del pecho.

—Sí, pero…

Sacudió la cabeza, desconcertada.

—Pero sigues sin creer una palabra de lo que digo —dije resignada, y mis hombros se hundieron.

No me sorprendió demasiado. Yo tampoco me creería si estuviera en el lugar de Amber.

Mi amiga me miró con una expresión mezcla de lástima y arrepentimiento.

—Lo siento, Juniper.

—Ay joder, ¿podemos por favor acelerar esto? —Ash se quejó aburrido, poniendo los ojos en blanco—. Solo dile que sé lo de su beso con Nate.

—¿Con Nate? —pregunté.

—¿Qué?

Amber parecía confusa, pero la mera mención del nombre de Nate pareció desencadenar algo en ella. Se sentó de golpe y se apretó la mano contra el muslo.

—Ash dice que sabe lo de tu beso con Nate —dije despacio, todavía con un signo de interrogación en la cara sobre lo que significaba todo aquello.

Amber estaba ahora tan pálida, que parecía papel.

—¿Cómo sabe…? ¿Cómo sabe…? ¿Está de verdad aquí?

Sus ojos recorrieron mi habitación, inquietos.

—Está sentado a tu lado —respondí, señalando con la cabeza en dirección a Ash, lo que hizo que Amber saltara de la cama como si hubiera visto una araña—. ¿Qué es eso de Nate? —pregunté.

Amber no me contestó, pero Ash parecía haber descubierto de repente su entusiasmo por los cotilleos.

—El año pasado, en la fiesta de verano, los dos se liaron. Después se sintieron tan avergonzados que juraron que no se lo contarían a nadie. Pero Nate es mi mejor amigo y puede guardar secretos tan bien como un colador puede retener agua.

—¿En la fiesta de verano? —Pensé en cuándo perdí de vista a Amber allí, pero no lo recordaba—. Nunca mencionaste una palabra al respecto. ¿Por qué?

—Está aquí de verdad, ¿no? —repitió Amber ansiosa. Se apretó contra la pared de mi habitación como si quisiera poner el mayor espacio posible entre ella y Ash.

Era obvio que ambas teníamos cosas muy diferentes con las que lidiar: Amber con lo del Ash no muerto. Yo estaba lidiando con el hecho de que mi mejor amigo besó a su mejor amiga. Un mago fénix. Uno de los chicos que se quedaba riendo cuando Ash se burlaba de mí.

—Está aquí —dije, y mis palabras sonaron rígidas, de alguna extraña manera.

Ahora Amber por fin se centró en mí.

—Quería decírtelo —susurró—, pero pasó y me dio mucha vergüenza. No quería… no quería hacerte daño.

Lo sabía. Pero aún así lo sentí como una traición. No tanto el hecho de que hubiera besado a Nate como el hecho de que no me confesara después.

—Algunos secretos los guardamos por una razón, June —dijo Ash, y por una vez no sonó como si estuviera burlándose de mí. Sonaba un poco triste, lo que me irritó. Pero no me apetecía meterme en su vida personal ahora mismo.

—¿Qué está haciendo ahora mismo? —susurró Amber, fijando su mirada en la cama vacía donde Ash había estado tumbado tan solo unos segundos antes.

—Está junto a la ventana —le dije.

—De acuerdo.

Amber se relajó un poco. Pero seguía pareciendo que esperaba que Ash saltara hacia ella de la nada o hiciera flotar cosas delante de

sus ojos. Y conociéndolo, se habría divertido mucho con eso.

—¿Está contigo todo el tiempo? —quiso saber.

—Sí.

—¿Y puedes verle y oírle?

—Sí.

—¿Y él a ti?

Le lancé una mirada irónica que decía que era más que obvio y que no tenía ganas de repasarlo todo.

—De acuerdo. Bien.

Amber asintió mientras jugueteaba nerviosa con sus pendientes de aro de plata.

—¿Qué debo hacer ahora? —pregunté con impotencia. Mi voz sonaba débil, agotada por la montaña rusa emocional de las últimas horas—. ¿Ir a ver al profesor LeBlanc y contárselo todo?

—No.

—Absolutamente no.

Ash y Amber respondieron casi al mismo tiempo, y parecieron estar de acuerdo, para variar, aunque por motivos diferentes. Mientras Ash insistía obstinado en que, de todas formas, el profesor LeBlanc no tenía ni idea, Amber me recordó lo del alcohol, que podría meternos en un buen lío. Ambos argumentos más o menos convincentes.

—De acuerdo —admití la derrota a regañadientes—. Pero tenemos que hacer algo. Después de todo, Ash no puede quedarse en mi cabeza. Tiene que volver a su propio cuerpo.

—Podríamos ir a Madame Fontenot —sugirió Amber—. Recuerda lo que dijo: *dos almas, dos destinos.* Ella lo leyó en tus hojas de té. Tal vez también sepa cómo separar las dos almas de nuevo.

Ash gimió.

—¡Gran idea! Primero las piedras de cristal y ahora la *Vudúlady*. ¿No tienes nada mejor guardado?

—Tú tampoco —repliqué irritada.

Su ironía y cinismo constantes empezaban a crisparme los nervios. Reaccionó encogiéndose de hombros con indiferencia.

—Bueno, parece ser un problema de los Magos Fénix. Sugiero que busquemos ayuda.

—¿Con quién?

—Con alguien que sepa.

—Oh, vamos. Nadie sabe nada realmente sobre los magos fénix. Nadie excepto…

Me interrumpí a mitad de la frase cuando me di cuenta de a dónde quería llegar Ash. Los retornados que los magos fénix crearon eran los únicos que podrían saber más. Pero eso era una locura. Solté una carcajada.

—¿Qué sugieres? ¿Capturar a un revenant y preguntarle? Eso sería una locura.

—No tan loco como compartir un cerebro por el resto de nuestras vidas.

—¡Hola, Tierra a Juniper! —intervino Amber, agitando ambos brazos para que le devolviera la atención—. Solo oigo la mitad de la conversación que están teniendo, pero me basta para saber que esto va por mal camino. Cenemos y luego vayamos a casa de Madame Fontenot antes de que esa molesta voz en tu cabeza tenga más ideas borrachas.

La molesta voz de mi cabeza cruzó los brazos delante del pecho y puso un mohín que me recordó a Ash de pequeño cuando no conseguía lo que quería.

—Hablemos más tarde —dije en mis pensamientos y seguí a mi mejor amiga, que ya se dirigía a la puerta de la habitación.

~

En el comedor escolar reinaba un silencio inusual. Los platos sonaban más silenciosos que de costumbre y los alumnos hablaban en voz baja. Muchos de ellos ni siquiera se presentaron para comer. Todo el grupo de Ash no estaba. Quizá se reunieron para un funeral privado. Era extraño ver todo esto mientras Ash seguía vivito y coleando y era descaradamente sarcástico en mi cabeza.

Amber cogió dos de las brillantes bandejas de plástico del montón que había en la cabecera del bufé y me entregó una.

—Cazuela de judías —murmuró con una mirada un tanto despectiva a lo que ofrecían en la cafetería—. Creo que pediré una ensalada.

Me puse a la cola junto a Melanie, que me miró mal antes de volver a su bandeja. Probablemente todavía no olvidaba lo que le dije a Ash esta mañana: *¿cómo puedes estar muerto y ser tan, tan pendejo al mismo tiempo?* Debía de sonar bastante duro a sus oídos, pero ella no tenía que lidiar con un Ash no muerto que no paraba de quitarse la camiseta.

—De nada, cariño —susurró Ash con complacencia—. Solo intento que todo sea lo más agradable posible para ti.

—Claro, porque es lo único que has hecho en los dos últimos años —murmuré enfadada mientras cogía el plato de potaje de alubias del cocinero de la cafetería y me dirigía a una mesa libre.

—Oh, vamos. Solo fueron unas cuantas bromas inofensivas.

Una risa amarga se ahogó en mi garganta. Tenía tantas acusaciones y maldiciones en la punta de la lengua, pero me las tragué. Una vez que empezara a culpar a Ash, tal vez no podría parar. Y aquí, entre los estudiantes afligidos y confusos, no era el lugar adecuado para montar una escena. No ahora, no después de todo lo sucedido.

—Si tú lo dices —respondí en cambio, fingiendo una enfática indiferencia.

—¿Quién dice qué? —preguntó Amber con curiosidad, dejando su bandeja en la mesa antes de sentarse a mi lado.

—Ah, nada.

No quería hablar de ello, pero Amber no cejaba en su empeño.

—¿Juniper?

Suspiré.

—Ash dijo que solo eran unas bromas inofensivas entre nosotros —dije en voz baja, deseando al momento siguiente no haber contestado a Amber.

Mi amiga apretó los puños. Se notaba que iba a explotar en cualquier momento.

—¿Dónde está ese culo? —quiso saber.

Señalé con la cabeza la silla de enfrente, donde Ash estaba encorvado, mirándose las uñas con aparente desinterés.

Amber se encabritó frente a la silla y se quedó mirando el asiento con rabia, lo que resultaba extraño porque estaba mirando directo a la entrepierna de Ash.

—Escúchame, inútil, arrogante…

—Amber —la interrumpí y conseguí que bajara un poco la voz.

Pero no dejaría que Ash se librara así de fácil.

—Puede que Juniper nunca te lo diga a la cara, pero yo sí —continuó en voz más baja y con el dedo índice levantado, ignorando por completo el hecho de que no podía verle la cara—. Le has arruinado la vida. Durante los últimos dos años, has hecho de cada maldito día de ella un infierno. Estaba segura de sí misma y era feliz cuando la conocí. ¿Y ahora? Mírala: es una sombra de lo que fue. Teme constantemente que le hagan un comentario estúpido, que alguien le ponga la zancadilla o envíe fotos suyas en ropa interior. Está todo el tiempo agachando la cabeza en previsión de ser herida de nuevo por ti o por uno de tus amigos idiotas.

—¡Amber, déjalo! —le supliqué.

Mi amiga tenía razón: no le habría dicho algo así a Ash a la cara. Porque era doloroso y embarazoso. Porque no quería que supiera que tenía ese poder sobre mí. Me quedé mirando la bandeja, agarrando la cuchara como si fuera un ancla en medio de una tormenta.

—¿Y sabes qué es lo peor de todo esto? —continuó, en serio poniéndose frenética—. Que todavía está…

—¡Amber! —la interrumpí de golpe, y por fin dejó de hablar.

Algunos compañeros se habían vuelto para mirarnos, pero eso no era lo que más me molestaba. Ash me miraba directo a mí, y su mirada era tan molesta, tan agitada, que no sabía dónde mirar.

Tragué en seco. La última parte que Amber no dijo, resonó dentro de mí con fuerza. Pero no importaba. Yo sabía lo que ella quiso decir, y ahora Ash también lo sabía. Las palabras no dichas se interponían entre nosotros como un corazón palpitante. Resonaba en mi pecho y me desgarraba por dentro.

¿Sabes qué es lo peor de todo esto? Que todavía está enamorada de ti.

15

¡NO SOY UN MALDITO AGENTE DE VIAJES!

Ash no dijo ni una palabra. De camino a casa de Madame Fontenot, permaneció en un segundo plano, y si no hubiera mirado a mi alrededor de vez en cuando para asegurarme de que seguía allí, no me habría fijado en él en absoluto. Su silencio era inusual, casi un poco inquietante.

—Lo siento, tal vez no debería haber dicho todo eso —se disculpó Amber conmigo—. Pero me enfadó tanto que intentara desestimar lo que te hizo como una broma inofensiva.

Me encogí de hombros, queriendo parecer despreocupada.

—No pasa nada. —No estaba enfadada con mi amiga. Quiso defenderme, aunque tal vez sí se excedió un poco—. ¿Crees que encontremos a Madame Fontenot en su tienda?

Miré nerviosa el reloj. Ya eran más de las siete. Apenas si se veía actividad en las calles, las tiendas ya estaban cerradas y los bares se iban llenando poco a poco. Si teníamos mala suerte, la tendera ya se habría ido a casa con su cabra.

—Tenemos que intentarlo —replicó Amber—. No deberías tener que aguantar a ese idiota en tu cabeza ni un solo día más. Con uno es suficiente.

Esperaba que Ash tuviera preparada alguna réplica estúpida, pero incluso ahora permaneció en silencio. Al parecer, la bronca de Amber lo dejó sin palabras. O estaba pensando en cómo podría usar

en mi contra la información de que yo seguía enamorada de él. ¿Por qué demonios tuvo que soltarlo Amber?



Madame Fontenot estaba a punto de cerrar la tienda. Los últimos rayos del sol poniente se reflejaban en los polvorientos escaparates cuando nos acercamos. Al vernos, gimió un poco hosca. Su rostro se moldeó en un patrón de arrugas y líneas que denotaban incontables años de sonrisas y fruncimientos de ceño, estos últimos quizá mucho más frecuentes.

—Oh, niñas, ¿qué quieren a estas horas de la noche? Tengo que dar un descanso a mis cansados huesos en algún momento. Y Henri ya me está esperando.

Sus ojos vagaban entre nosotras y la carretera, como si estuviera evaluando si podría dejarnos atrás, pero con su pie de palo no tenía las mejores posibilidades.

—No tardaremos —le aseguró Amber con una sonrisa despampanante—. Pero ha ocurrido algo y necesitamos de tus consejos con urgencia.

—Soso. —Los ojos pequeños y oscuros de Madame Fontenot brillaron hacia mí—. Tiene que ver con las dos almas, ¿tengo razón? —quiso saber.

Asentí con la cabeza. A veces olvidaba lo perspicaz que podía ser la anciana debido a su extraño comportamiento.

—Hubo un accidente —dije—. Ash murió y se redujo a cenizas. Pero en lugar de volver a la vida, ahora está de alguna manera en mi cabeza.

No habría arrojado esto a los pies de nadie con tanta facilidad. Pero confiaba en que Madame Fontenot lo entendiera y creyera en esta increíble historia.

La anciana ladeó la cabeza y me escrutó durante largo rato.

—Dos almas, dos destinos —dijo por fin—. Y, sin embargo, inexplicablemente unidas.

Sus palabras me pusieron la piel de gallina.

—Ese es justo el problema —intervino Amber, que no parecía ponerse en su piel con esas palabras—. Queremos mantenerlos separados. Juniper puede prescindir de las divagaciones de Ash.

—¿Puede hacerlo? —preguntó Madame Fontenot, y en sus ojos apareció una expresión inexplicable, como si supiera algo que yo ignoraba.

—Un poco de intimidad estaría bien —admití con humildad.

—Muy bien, entonces. El pobre Henri tendrá que esperar. —Con un suspiro, Madame Fontenot levantó su manojo de llaves, en el que colgaba una pequeña calavera y multitud de cintas trenzadas de colores, y volvió a abrir su tienda—. ¡Entren y límpiense bien los zapatos! Acabo de barrer.

Asentimos obedientes y la seguimos hasta la penumbra de su tienda. Desapareció detrás del mostrador y no volvió a aparecer en un rato, dejándonos en medio de estanterías llenas de libros oscuros y artefactos misteriosos. Mis ojos recorrieron las hileras de libros de vudú. *Grimorio de los Loa: Los secretos de los dioses vudú*, *El libro verde de la brujería*, *El libro de las sombras: Rituales y conjuros vudú*, *Necronomicón de los vudú* leí en algunos de los lomos. ¿Podría ser útil alguno de ellos? Nunca incursioné en ninguna otra forma de magia que no fuera elemental. Sobre todo porque pensaba que todo lo demás era superstición. Pero hasta hacía poco, también me había parecido imposible que un mago fénix pudiera resucitar en mi cabeza.

Dicho mago fénix se paseó por la tienda y se detuvo junto a la lata de hojas de té. Me pareció ver una sonrisa en sus labios cuando puso la mano sobre ella. Tal vez estaba recordando las incontables horas que pasamos aquí de niños. Aunque Ash, tal y como lo conocía ahora, no era capaz de ser tan sentimental.

Nuestras miradas se cruzaron y por un momento creí reconocer un anhelo en ella. Un anhelo por algo que ya no estaba.

Madame Fontenot salió de detrás del mostrador con una sonrisa triunfal. En su mano sostenía un trozo de pergamino con algo escrito.

—Sabía que tenía esto en alguna parte.

—¿Qué es? —pregunté, apartando la mirada de Ash.

—Un nombre —explicó con claridad, como si acabara de encontrar la solución a un largo acertijo irresoluble.

—¿Un nombre? —Amber se inclinó sobre la nota con curiosidad —. Etienne Moreau —leyó y frunció el ceño—. Pensé que era solo una leyenda.

Etienne Moreau. Hijo de un sacerdote vudú, fue secuestrado muy joven y transformado por los retornados. La leyenda contaba que consiguió escapar de los retornados, pero nunca regresó al mundo humano.

—Está vivo —afirmó Madame Fontenot con una convicción indiferente, como si acabara de decirnos que el sol salió esta mañana.

—¿Al otro lado? —preguntó Amber, refiriéndose al reino de la sacerdotisa del sol.

—¿Dónde más?

—¿Y cómo se supone que eso nos va a ayudar?

Madame Fontenot suspiró molesta y buscó su llave, que estaba sobre el mostrador.

—Niñas, si no quieren mi ayuda, no deberían haber venido.

—No pasa nada. —Le puse una mano en el antebrazo—. Apreciamos tu apoyo. Pero, aunque Etienne Moreau pudiera ayudarnos a sacar a Ash de mi cabeza, ¿lo haría? ¿Y cómo se supone que vamos a llegar a él?

—¿Soy una agente de viajes? —Madame Fontenot sacudió la cabeza con fastidio, dejando muy claro que su paciencia se esfumó.

—No, pero aunque encontremos una forma de atravesar uno de los portales, no sabemos por dónde empezar a buscar. Etienne Moreau podría estar en cualquier parte, y el otro lado está plagado de retornados —intervino Amber.

—Por eso la nota —dijo Madame Fontenot, como si eso lo explicara todo.

Le quité el papel amarillento. Solo tenía un nombre, nada más. Ni dirección, ni cómo llegar.

—Pero… —quise protestar, pero la tendera metió la mano en el pequeño bote de cajas de cerillas que tenía en el mostrador y me puso una en la mano.

—Cuando estés al otro lado del portal, quema la nota. Las chispas te guiarán —explicó, dando la explicación más lógica del mundo.

Vale, eso al menos sonaba como el principio de un plan. Aunque no tenía ni idea de cómo íbamos a llegar al otro lado, y mucho menos sobrevivir allí.

Amber quiso decir algo más, pero Madame Fontenot dejó claro con un enérgico gesto de la mano que ya estaba harta. Nos echó literalmente de la tienda.

—¡Fuera!, ¡fuera! Ya me entretuvieron bastante. Mi Henri ya está esperando, y se pondrá incómodo si no recibe su comida a tiempo.

Salimos dando tumbos a la calle y buscamos a Madame Fontenot, que, tras cerrar la tienda, nos dejó allí paradas y desapareció en una de las callejuelas. Yo aún sostenía la nota con el nombre de Etienne Moreau en una mano y la caja de cerillas en la otra.

—No es una agente de viajes —repitió Amber, resoplando—. Bueno, nos fue de gran ayuda.

—Al menos nos dio una pista —defendí a Madame Fontenot.

—Sí, pero no nos servirá de mucho si no queremos meternos directo en la boca del lobo.

—Vamos a necesitar ayuda —dijo Ash.

Era la primera vez que volvía a abrir la boca desde el incidente del comedor escolar y, de alguna manera, me sentí aliviada de que volviera a encontrar su voz.

—¿El profesor LeBlanc? —le sugerí, pero negó con la cabeza.

—Necesitas más de un mago fénix a tu lado. Pregúntale a Nate y Jasper, pero no puedes dejar que nadie más se entere.

—¿Por qué? ¿Te da vergüenza estar metido en la cabeza de una colegiala? —me burlé a mi costa.

Ash dio un paso hacia mí, de modo que tuve que levantarle la vista. Me miró con urgencia.

—¡Prométemelo, June! Prométeme que solo les contarás a Nate y Jasper todo esto. A nadie más.

—Bueno, si es tan importante para ti.

Levanté las manos en señal de defensa. No me apetecía que Drake o Sara-Lynn se enteraran. Ya me odiaban bastante como para que les contara historias locas sobre Ash en mi cabeza.

—Vamos a formar equipo con Nate y Jasper. Pueden ayudarnos a atravesar uno de los portales —informé a Amber de lo que Ash y yo acabábamos de decidir.

Sus ojos se abrieron de par en par cuando mencioné el nombre de Nate, y me pregunté si acaso hubo algo más que un beso. ¿Amber sentía algo por Nate?

—Los chicos no creerán ni una palabra de lo que digamos —dijo.

No, quizá no lo harían. Los problemas que tuve para convencer a Amber fueron prueba de ello. Nate y Jasper eran harina de otro costal.

—Deja que yo me preocupe de eso —dijo Ash con una sonrisa de suficiencia—. Solo diles que la tía Celeste llamó y que necesita ayuda con la jardinería.

16

TÍA CELESTE TE MANDA SALUDOS

—No sabría decirlo —susurré mientras nos sentábamos en uno de los profundos sofás de cuero desgastado que había repartidos por la sala.

Amber y yo no perdimos el tiempo después de nuestra visita a Madame Fontenot y salimos de inmediato en busca de Nate y Jasper. Los encontramos —con la ayuda de Ash— en la sala común donde jugaban al ajedrez todas las noches. Estaban sentados frente al tablero de cuadros blancos y negros con la mirada perdida y parecían estar meditando sobre sus próximas jugadas. Quizá también pensaban en el amigo que acababan de perder. No me parecía bien apartarles de su dolor. Sobre todo porque estaba segura de que no se creerían nuestra absurda historia.

Nate y Jasper no eran los únicos en la sala común. Unos cuantos alumnos de los cursos inferiores estaban sentados alrededor de una mesita absortos en una animada partida de cartas. Junto a ellos, un cuenco de flips de cacahuete, cuyo aroma dulce y a frutos secos se mezclaba con el olor a cuero, café, libros viejos y zapatillas gastadas que daba a la sala su aroma característico. Sara-Lynn estaba sentada en un sillón en la esquina opuesta de la habitación. Llevaba el móvil en la mano y unos auriculares en los oídos, a través de los cuales se amortiguaba la inconfundible voz de Taylor Swift. Aún no se percataba de nuestra presencia, y recé para que siguiera así.

Amber y yo éramos cuerpos extraños en esta habitación. Durante los dos últimos años, me negué a venir aquí por miedo al ridículo y la humillación que sufría a diario. Mi mejor amiga cumplió mi deseo y pasaba las tardes conmigo en la habitación, lejos de los demás. Ahora, mientras observaba al bullicioso grupo de alumnos más jóvenes, me daba cuenta de lo que le hice. Me aislé y obligué a Amber a hacer lo mismo. Ella nunca se quejaba y yo nunca se lo agradecí.

—¿Hablo con Nate y Jasper? —ofreció, haciendo ademán de levantarse del sofá.

—No.

La detuve con un gesto de la mano y me tensé. Era mi cabeza la que Ash rondaba, no la suya. No dejaría que hiciera el ridículo en mi lugar. Demasiadas veces se había subido al ring por mí y librado mis batallas. Eso se acababa ahora.

De alguna manera, esperaba que todas las miradas se posaran en mí en cuanto me levanté del sofá y me acerqué a los chicos. Pero no fue así. Al contrario: Nate y Jasper ni siquiera repararon en mí cuando me planté justo delante de ellos, parecían demasiado absortos en sus propios y oscuros pensamientos.

Jasper tenía la cabeza apoyada en las manos mientras miraba el tablero de ajedrez con fijeza. Su afro negro ocultaba su llamativo rostro. Llevaba pantalones grises de jogging, zapatillas de deporte y una camiseta negra, y parecía que acababa de llegar de correr por la tarde.

Nate era todo lo contrario a su amigo. Con su camisa azul arrugada y sus pantalones negros de raya diplomática, parecía haberse quedado dormido en la biblioteca y haberse despertado hacía solo unos minutos. Sus rizos castaños sobresalían rebeldes en todas direcciones. Tenía la piel pálida, era un poco larguirucho y, mientras Jasper irradiaba pura confianza, Nate tenía un encanto peculiar, casi tímido, que me facilitó acercarme a él primero.

Me aclaré la garganta para atraer su atención.

—Hola.

Nate volvió a colocar en su sitio al alfil que acababa de levantar y me miró. Sus ojos gris verdosos, casi siempre tan despiertos y

vivaces, estaban llenos de tristeza.

—June —dijo. No se escuchaba en su tono el descaro y burla habitual, ni rastro de sorpresa. Lo único que oí fue un terrible vacío que me hizo tragar saliva.

—Amber y yo necesitamos hablar con ustedes —dije con dificultad—. En privado

Jasper levantó la cabeza y me miró, con los labios carnosos apretados en una fina línea.

—¿Por qué?

Sonaba reprobador… o tal vez me lo estaba imaginando porque me sentía culpable por la no muerte de Ash.

—Yo… —empecé titubeando y me interrumpí.

Era una tontería. Si ahora viniera con la tía Celeste, se reirían de mí o me gritarían y me echarían. O todo a la vez. Es decir, o la tía Celeste era una extraña palabra clave para algo o alguien a quien Ash se estuvo cachondeando. Suspicaz, volví a mirarlo, esperando ver una amplia sonrisa en su rostro, pero su expresión era inexpresiva mientras estudiaba el tablero de ajedrez entre Jasper y Nate. No podía interpretarlo, pero estaba segura de una cosa: Ash quería salir de mi cabeza tanto como yo quería que él saliera de allí.

—Es que… —empecé con ánimos renovados, pero Jasper me interrumpió.

—Sabemos lo que hiciste. Sabemos lo del alcohol.

De repente me di cuenta de que no había imaginado la acusación en su voz. No podía respirar, una sensación de ansiedad me ahogó la garganta. El espacio a mi alrededor parecía hacerse más pequeño, las paredes más cercanas. Instintivamente me giré para ver si alguien más escuchó nuestra conversación, pero solo Amber estaba inclinada hacia delante en el sofá en un intento de oírnos.

Ash esbozó una pequeña sonrisa.

—Jasper ganará —fanfarroneó.

Cuando le miré inquieta, señaló con la cabeza el tablero de ajedrez.

—Tomará la reina de Nate, luego amenazará al rey con el alfil y en tres movimientos Nate estará jaqueado.

Ajedrez. Como si eso me importara ahora. ¿Cómo podía Ash estar tan tranquilo?

—No se lo diremos a nadie —dijo Nate con firmeza y lanzó una mirada de advertencia a Jasper—. Ash no habría querido eso.

—No, no te traicionaremos —aceptó Jasper a regañadientes.

—O-okay…

Mi voz fue solo un ronco susurro. Tal vez debería haberme sentido aliviada de que los chicos no fueran a delatarnos, pero me avergonzaba de lo que hice. Una parte de mí solo quería escapar, quería dar media vuelta y salir de la sala común lo antes posible. Pero vine aquí por una razón y no podía echarme atrás ahora.

—Tía Celeste —solté—. Ella… necesita su ayuda en el jardín.

Contuve la respiración mientras esperaba que Nate o Jasper me respondieran algo. Cualquier cosa. Pero pasaron los segundos y no hubo respuesta de ninguno de los dos. Estaban congelados, sus caras heladas, sus ojos llenos de incredulidad.

—Lo siento —murmuré finalmente, porque no podía soportar más el silencio.

No me refería solo a mi comentario, a mi parecer estúpido, sobre la tía Celeste, que lo más probable era que Ash hizo como una broma de mal gusto. Aunque el amigo de Nate y Jasper no estuviera de verdad muerto, para ellos sí lo estaba… y yo tenía la culpa.

—Tía Celeste —repitió Jasper al cabo de un rato que pareció interminable. Las palabras salieron de sus labios con lentitud.

Nate y él se miraron y luego se levantaron casi que al instante. Me sentí como si estuviera viendo una coreografía ensayada que no entendía.

—Espera cinco minutos y luego ven a la habitación de Jasper —me susurró Nate al pasar sin volverse a mirarme.

Irritada, los vi salir de la habitación. ¿Qué acababa de pasar? ¿Y por qué Jasper y Nate actuaban como si fueran los protagonistas de una película de espías?

Amber se levantó del sofá y vino hacia mí.

—¿Qué dijeron? —quiso saber.

Sara-Lynn, que estaba recostada en su sillón junto a la chimenea, apartó los ojos de su móvil y nos observó con expresión recelosa.

—Más tarde —murmuré, porque de alguna manera parecía que esta reunión entre Nate, Jasper, Amber y yo tenía que seguir siendo un secreto.

Ash, que acababa de estar a mi lado y escuchaba en silencio, se sentó frente al tablero de ajedrez, cogió el rey y dejó que se deslizara de una mano a la otra.

—¿Te apetece una partida de ajedrez mientras esperamos? —sugirió.



Los amigos de Ash parecían tan nerviosos como Amber y yo cuando entramos en la habitación de Jasper. Nate incluso echó un vistazo rápido, casi paranoico, al pasillo antes de dejarnos entrar, como si estuviera abriendo una puerta secreta al cuartel general del MI6. Quizá le preocupaba su reputación si le veían con nosotras.

Decidí no tomármelo como algo personal y me senté en la silla de escritorio que Nate colocó junto a la cama. Jasper se tumbó en un puf azul. Lo único que quedaba para Nate y Amber era la cama. Se miraron avergonzados mientras se sentaban uno junto al otro en el borde. Ash se arrodilló junto a la colección de discos de Jasper y empezó a hojearlos.

—¿Neil Diamond? ¿En serio, Jasper? —preguntó, sacudiendo la cabeza—. El tipo tiene un gusto bien dudoso.

—¿Y? —Jasper me miró con las cejas levantadas—. ¿*Tía Celeste*?

Me habría encantado preguntarle de qué iba aquella extraña frase en clave, pero no teníamos mucho tiempo para convencer a los chicos de nuestro plan. Así que les hablé de la misión fallida de Ash y mía, de su aparente muerte y de cómo después reapareció de repente y me habló. Sobre nuestra visita a Madame Fontenot y la sugerencia que esa mujer nos hizo.

Nate y Jasper escucharon sin interrumpirme. Cuando terminé, se sentaron en silencio un momento. Jasper exhaló audiblemente, acariciándose con la mano su corto afro.

—Parece una locura —dijo.

—Lo sé —admití.

—¿Y dices que está aquí en la habitación con nosotros ahora?

—Se arrodilla junto a tu colección de discos y se queja de tu gusto musical.

Jasper resopló y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Se parece a él.

—¿Eso significa que me crees? —pregunté sorprendida.

Esperaba más resistencia. Mucha más. Pero Jasper se limitó a encogerse de hombros e inclinarse hacia delante.

—Sabes lo de la tía Celeste, así que supongo que tenemos que creerte. Y nadie podría inventarse una historia tan absurda.

—¿Quién es esa tía Celeste? —quiso saber Amber.

Jasper entrecerró los ojos.

—Al menos no uno de nuestros parientes.

Eso era seguro. Igual que el hecho de que Nate y Jasper no querían seguir hablando de ello.

—¿Puede oírnos? —preguntó Nate.

—Alto y claro —respondió Ash, y yo asentí en señal de confirmación.

—Bien. —Nate se levantó y se acercó a la colección de discos de Jasper. Levantó una mano como para colocarla sobre el hombro de Ash, que era invisible para él. Luego volvió a bajarla con torpeza—. Eh, colega, nos alegramos de que no estés muerto.

—Bueno, es agradable saber que mis amigos no me desean la muerte —refunfuñó Ash con sarcasmo, pero me di cuenta de lo mucho que significaba para él el comentario de Nate.

—Entonces —Amber miró a uno y otro lado de los chicos—, ¿cómo llegamos al otro lado?

No era tan difícil para un mago fénix atravesar un portal al otro lado. Pero Nate y Jasper nunca habían estado allí, ni ninguno de los otros magos fénix de nuestra escuela. Pero como tenían los mismos poderes que los retornados, en teoría eran capaces de abrir un portal. Cuando les hablé de nuestro plan y de Etienne Moreau, sus ojos se pusieron del tamaño de pelotas de tenis.

—Es una leyenda —exclamó Jasper con asombro—. ¿Y dices que sabes dónde encontrarlo?

—Sí —respondí.

Aunque la idea de confiar en este pequeño trozo de pergamino me hacía sentir un poco incómoda. Viajaríamos a un mundo que no conocíamos. Todo lo que sabíamos sobre él lo sabíamos por los libros de texto de la escuela, y una tierra pantanosa y estéril donde el sol te quemaba en todo su esplendor y los reptiles pululaban a tu alrededor sonaba de todo menos prometedor.

—¿Nos ayudarán? —preguntó Amber enérgica. No parecía tener miedo de lo que nos esperaba, o al menos no se le notaba en la voz.

A mí, por el contrario, se me revolvía el estómago de nervios. Hasta ahora, solo hablamos con Nate y Jasper sobre nuestro plan, pero todavía no hacíamos la pregunta más importante. Todo dependía de los dos magos fénix. Si se negaban a ayudarnos, volveríamos al principio. Y dudaba que encontráramos a alguien lo bastante loco para acompañarnos en este viaje peligroso.

Los amigos de Ash se miraron por largo rato, pensativos, y luego asintieron al mismo tiempo.

—Claro, no defraudaremos a Ash —dijo Nate, con voz firme y decidida.

Jasper añadió con una sonrisa:

—Esto va a ser divertido.

Su comentario que me hizo sonreír, aunque sabía que esta empresa sería, quizá, cualquier cosa menos divertida. Este viaje desde el infierno estaba tan lejos de ser divertido como un oso polar lo estaría en el Sáhara, pero no tuve que decírselo.

Amber asintió satisfecha.

—Bien, ¿cuándo empezamos?

—Deberíamos esperar al funeral de mañana por la tarde —dije—. Si no aparecemos, se darán cuenta enseguida. Y no queremos que nos busquen.

—¡Genial! Siempre he querido ir a mi propio funeral —comentó Ash con sequedad—. Más vale que no haya llantos. Oye, ¿sabías que Jasper tiene un disco de Lionel Richie? No pensé que el tipo pudiera ser tan cursi.

—¿Lionel Richie? —repetí en voz alta y un poco divertida, lo que hizo que Jasper cruzara los brazos delante del pecho.

—Es para las chicas. Y, además, el tipo tiene muy buena voz. ¿Podemos volver a lo básico ahora?

—Por supuesto.

Fruncí los labios mientras Ash y yo intercambiábamos una mirada divertida, que Amber comentó frunciendo el ceño.

—Juniper tiene razón —dijo—. Deberíamos presentarnos en el funeral e irnos después.

Nate asintió.

—Entonces está decidido. Empacaremos algunas cosas y nos reuniremos en la parte trasera de la villa después de la ceremonia.



Hablamos de algunos detalles más antes de que Amber y yo nos despidiéramos y nos dirigiéramos a nuestras habitaciones. Se me encogió el corazón al caminar por el pasillo junto a mi mejor amiga. Fue más fácil de lo que pensaba, gracias a la tía Celeste.

—Te lo dije, déjame hacerlo a mí —dijo Ash, caminando a mi lado con una sonrisa de satisfacción en su rostro—. Se lanzarán a cualquier aventura si es lo suficiente espeluznante, y esta es muy espeluznante.

—Oh, ¿eso crees? —me burlé de él—. Viajo a otros mundos todos los días para sacarme a tipos cualquiera de la cabeza.

Ash hizo una mueca teatral mientras se llevaba una mano al corazón.

—¿Hay otros además de mí? June, ¡me estás destruyendo!

Solté una risita.

—¿Va todo bien? —preguntó Amber, irritada.

Le di la espalda.

—Sí, Ash solo estaba bromeando.

—Una broma —repitió, y escuché una nota de reproche en su voz.

—Sí.

Ahora me tocaba a mí sonar irritada. ¿Amber estaba enfadada? ¿Algo la molestó?

Suspiró.

—No quiero que olvides quiénes son tus verdaderos amigos. ¿Ash hizo de tu vida un infierno y ahora de repente son un solo corazón y una sola alma? No dejes que te envuelva.

—No dejaré que me envuelva —protesté.

Pero Amber ladeó la cabeza y me lanzó una mirada que decía: *¿En serio? Te conozco, Juniper.*

Me molestó un poco que no confiara en mí para tratar con Ash Westwick. Sí, todavía estaba enamorada de él. Y sí, me reí de su broma. Pero eso no significaba que fuera a olvidar todo lo que me hizo y arrojarme a sus pies. Sería prudente. Sabía que no podía confiar en él al cien por cien, igual que en Jasper y Nate.

—Buenas noches, Amber —dije y me dirigí a la puerta de mi habitación.

—¿Juniper? —Parecía a punto de querer decir algo más, pero luego solo sacudió la cabeza—. Buenas noches.

NO PUEDO VERTE

No podía dormir. Y el hecho de que Ash estuviera sentado junto a mi cama con las piernas dobladas y la cabeza apoyada en el marco de madera fue un factor que contribuyó en gran medida.

—¿No es incómodo? —le pregunté después de que se hubiera sentado un rato y yo hubiera dado vueltas en la cama.

Resopló divertido.

—June, estoy en tu cabeza. *Cómodo* no es una palabra que pueda usar ahora mismo.

Rodé sobre un costado y metí las manos bajo la mejilla mientras observaba a Ash a la pálida luz de la luna que entraba por la ventana. Tenía los ojos cerrados. La suave luz resaltaba los contornos de su pronunciada mandíbula, la curva de sus finos labios y las curvadas pestañas que proyectaban sombras sobre sus altos pómulos.

—¿Entonces no sientes nada? —pregunté con curiosidad.

Habría sido una mentira si hubiera afirmado que no quería saber de qué iba esto de los fantasmas… o qué se sentía al estar en mi cabeza.

Ash dudó.

—Yo no lo diría así —respondió en voz baja.

—¿Entonces? —Mi voz era poco más que un eco susurrado de la suya, atrapada en la tensión que de pronto latía entre nosotros.

Con un movimiento lento, casi reverente, se enderezó y me miró con sus gélidos ojos azules. La intensidad de su mirada me hizo estremecer, un agradable cosquilleo recorrió mi espina dorsal.

Ash se aclaró la garganta.

—No puedo sentir el suelo en el que estoy parado, ni el marco de madera en el que me apoyo. Pero puedo sentir esto. —Su voz se redujo a un susurro y la tensión entre nosotros aumentó. Su mano se movió con lentitud, trazando un camino invisible por mi mejilla, bajando por mi cuello hasta la clavícula y desde allí por mi brazo desnudo.

Aunque Ash no me estaba tocando, yo estaba ardiendo. Los finos vellos de mi piel se erizaron y una sensación de hormigueo recorrió mi cuerpo. En ese momento, fue como si el mundo mismo contuviera el aliento. Estábamos solos, y esa energía electrizante y sensual que latía entre nosotros, era un faro que ardía en la oscuridad de nuestras almas.

Tragué con fuerza, luchando contra el torrente de emociones que la no caricia de Ash desencadenó en mí. ¿Era cierto lo que Amber me dijo antes? ¿Me estaba dejando envolver por él?

Me apresuré a coger el edredón y me lo puse sobre el brazo desnudo. Ash se mordió el labio inferior. Su mano, que antes creó una conexión invisible entre nosotros, volvió a hundirse en su regazo. El silencio se hizo pesado entre los dos antes de que por fin hiciera la pregunta que yo estuve temiendo en secreto todo el tiempo.

—¿Es verdad lo que dijo Amber? ¿Que destruí tu vida?

—Es melodramática —traté de quitar importancia a las palabras de mi mejor amiga.

Pero Ash tenía que leer la verdad en mi mente. Hasta hacía dos años, él fue todo mi mundo, y me lo arrancó cuando me dio la espalda.

—Lo siento, June —dijo, y la sinceridad de sus palabras hizo que mi corazón se apretara en mi pecho—. Siempre has sido tan fuerte. No creí que nada pudiera hacerte tambalear. *Que yo* pudiera hacerte tambalear.

Era demasiado. Todas las emociones que estuve reprimiendo en mi interior durante tanto tiempo estallaron. Las lágrimas, impetuosas y amargas, corrieron por mis mejillas. Tenía tantas preguntas: ¿cómo pudo hacerme todo esto? ¿Por qué lo hizo? ¿Y por qué se disculpaba ahora? Las tenía en la punta de la lengua, pero no estaba segura de poder soportar las respuestas. Me dolía demasiado. El dolor me taladraba el alma y amenazaba con consumirme.

—Demasiado tarde —dije en su lugar, con la voz quebrada—. Tu disculpa llega demasiado tarde.

—Lo sé —asintió—. No sabes cuánto me habría gustado decírtelo antes. Pero no pude.

¿Qué demonios se suponía que significaba eso? Ash sonaba como si le hubieran obligado a convertirme en el hazmerreír de toda la escuela. Sin embargo, decidió hacerlo, día tras día tras día.

Un sollozo ahogado escapó de mi garganta y sacudió mi cuerpo. Me tapé la cara con la manta porque no quería que me viera así. Pero era inútil. Él sabía lo que me pasaba por dentro. Estaba en mi cabeza, conocía mis sentimientos, mis pensamientos. Ya no había límites y yo estaba indefensa a su merced en toda mi vulnerabilidad.

—No es justo —solté.

—No, no lo es —confirmó en voz baja.

Y luego no dijo nada más. Soportó mi dolor y yo lloré hasta que mi almohada se mojó y el sueño me encontró.

~

—Al menos han sustituido el cubo de plástico amarillo —se dio cuenta Ash malhumorado mientras dejaba vagar su mirada por la habitación.

Fue una escena surrealista la que se nos presentó. La sala en la que nos encontrábamos —normalmente utilizada para conferencias escolares y pequeños actos— se preparó ahora con una solemnidad casi grotesca para un servicio funerario. La luz habitual del techo estaba atenuada, desplazada por docenas de velas de té. Filas de sillas, dispuestas con cuidadosa regularidad, aguardaban a los

afligidos estudiantes destinados a ocuparlas. Y entronizada sobre una mesa cubierta con un paño negro había una urna de plata, cuyo lustre realzaban las velas parpadeantes. A izquierda y derecha de la urna colocaron rosas rojas, tan oscuras que parecían casi negras. Un póster con una foto de Ash en el anuario fue colocado al lado de todo. Una foto espantosa y seria que debía de tener al menos dos años y que ahora miraba al espacio como una acusación silenciosa.

Podía entender el disgusto de Ash. Las rosas, las velas de té, la foto… todo era impersonal. Nada de eso le reflejaba. Por otro lado, no tenía ni idea de qué habría reflejado al Ash de hoy. Ya no le conocía.

—Tú me conoces, June —aseveró, que debía de haber oído mis pensamientos, y una tristeza desconocida resonó en sus palabras—. Me conoces mejor que nadie en esta habitación.

No me atreví a contradecirle por miedo a que alguien me oyera. Tal vez fuera el funeral lo que tenía a Ash tan melancólico, pero me negué a sentir lástima por él. Al contrario de lo que afirmaba Amber, yo no olvidaba que él hizo de los dos últimos años un infierno para mí.

—Bueno, no estás muerto. Así que acabemos de una vez con esta farsa —respondí, un poco brusca incluso para mí.

Empezó a sonar una música suave y sostenida mientras tomaba asiento con los demás alumnos. Elegí una silla en el borde, lejos de la urna. Amber se unió a mí. Llevaba un vestido negro y una americana. Nate y Jasper, que se sentaron varias filas delante de nosotras, también llevaban trajes negros y expresiones serias.

—Podrías haberte esforzado un poco más con la ropa —se enfurruñó Ash, que estaba apoyado en la pared de paneles de madera junto a mí con los brazos cruzados delante del pecho.

—Ya te dije que no tengo ropa negra —susurré—. ¿Debería haber comprado algo especial para este tonto evento?

—Demasiado alto —siseó Amber, haciéndome callar al instante, aunque un poco tarde. Las dos chicas de la fila de delante ya se habían girado hacia mí y me lanzaban miradas de enfado y disgusto.

—Lo siento —murmuré con mansedumbre y levanté las manos disculpándome.

—¡Zorra! —me espetó una de ellas, y luego volvió a girarse hacia delante tan deprisa que su coleta rubia, que se balanceó salvaje, casi me golpeó en la cara.

Ash rio por lo bajo.

—Oh, June, sabes cómo meter a propósito el pie en cada boca.

Me mordí el labio inferior con tanta fuerza que saboreé la sangre. Un mordisco, lo bastante fuerte como para contener el agudo comentario que tenía en la lengua. Todo esto era culpa de Ash. ¿Por qué siempre tenía que provocarme hasta el punto de hacerme sangrar?

Las tranquilas conversaciones de los alumnos se silenciaron cuando el director Wilkins entró en la sala y se aclaró la garganta, con su imponente figura en la media sombra de la tenue iluminación.

—Queridos estudiantes, queridos colegas —comenzó con voz solemne—. Nos hemos reunido hoy para despedir a Ash Westwick. Es una ocasión triste y nuestro dolor es profundo.

—¡Eh! —El grito de Ash resonó en la habitación, aunque yo era la única que podía oírle. Hizo un gesto salvaje con los brazos para llamar mi atención, pero esta vez no caería en la trampa. Era un maestro en humillarme delante de mis compañeros y no iba a volver a darle ese placer—. ¡Eh, June!

Me centré en las palabras del director Wilkin, que hablaba muy bien de Ash. Un estudiante excelente, un mago fénix dotado, un amigo querido… bla, bla, bla.

Amber me lanzó una mirada que dejaba claro que el discurso le parecía tan exagerado como a mí. Claro que no se hablaba mal de un muerto, pero el director Wilkins estaba a punto de canonizar a Ash. Pero en lugar de mirar a su alrededor con una sonrisa de suficiencia, el canonizado agitó las manos delante de mi cara como un director de orquesta con exceso de cafeína.

—¡Eh! ¿Tampoco puedes verme ahora? June, ¡háblame!

Ash sonaba aterrorizado. Demasiado pánico.

—Te veo demasiado bien —gemí entre dientes apretados sin mirarle. Estaba enfadada, pero no lo suficiente como para hacerle creer que había desaparecido por completo en el más allá.

Ash pareció relajarse un poco, sus manos bajaron con lentitud mientras se acuclillaba junto a mi silla. Su sonrisa, un atisbo de alivio, rozó su rostro.

—Bien. Eso está bien —aceptó y exhaló un audible suspiro de alivio—. Porque necesito que hagas algo por mí y no te va a gustar.

Resoplé irónica, mi cara reflejaba mi fastidio. Como si todo esto me gustara algo.

—¿Qué? —pregunté grosera.

Ash asintió hacia la urna que estaba en la mesa de enfrente, un contenedor mudo de sus restos.

Sus siguientes palabras me pillaron desprevenida:

—Tienes que robarme las cenizas.

LADRÓN DE CENIZA

—De ninguna manera voy a hacer eso.

Volví a hablar demasiado alto, pero la petición de Ash era tan absurda que no pude contenerme.

—¿Qué pasa? —susurró Amber.

Sacudí la cabeza.

—Más tarde.

El director Wilkins, que se dejó llevar por su profundo dolor en el escenario, nos lanzó una mirada de advertencia. El mensaje era claro: nada de cuchicheos, no en un servicio funerario. Incliné la cabeza, junté las manos sobre el regazo e intenté parecer lo más devota posible, dado el hecho de que el supuesto muerto acababa de pedirme que robara sus cenizas.

—¡Escúchame, June! —me imploró Ash—. No sabemos cómo traerme de vuelta. Pero es muy probable que necesite mis cenizas para la resurrección. Y sería una maldita estupidez que estuvieran en la repisa de la chimenea del señor Wilkin o en alguna tumba urna.

Vale, era un argumento difícil de negar. Miré la urna de plata que estaba a mi alcance y que, sin embargo, parecía inalcanzable. ¿Cómo iba a robar las cenizas de un muerto? Eso sonaba a algo por lo que se podía ir a la cárcel.

—O imagina que se les ocurre esparcir mis cenizas en el mar, ¿entonces qué? —continuó Ash, ahora dejándose llevar demasiado

por la idea—. Podría acabar como comida para gaviotas, June. ¡Comida para gaviota!

Se levantó de un salto y agitó los brazos, pareciendo menos una gaviota que un orgulloso pavo real que hubiera tropezado por accidente con un campo de cardos.

—Lo entiendo —lo tranquilicé en voz baja antes de que enloqueciera de verdad—. Pensaré en algo.

Ash bajó los brazos y sonrió satisfecho.

—Eso era justo lo que quería oír.



El discurso del director Wilkin pareció interminable. El reverente silencio que reinó al principio se fue convirtiendo poco a poco en un silencio aburrido. Algunos de los alumnos de primer curso, que apenas conocieron a Ash, parecían a punto de cerrar los ojos, y eso que se trataba de un funeral.

Cuando el director terminó, Sara-Lynn y Nate dieron un paso al frente. Pude ver lo incómodo que estaba Nate. Cuando escribió su discurso, pensó que se estaba despidiendo de una persona muerta. Ahora sabía que Ash estaba en la habitación con él, escuchándolo todo.

Miró un momento en mi dirección, con un silencioso grito de auxilio en los ojos, antes de enderezar los hombros. Su voz era grave y áspera, y perdió el hilo varias veces, pero el discurso que escribió era conmovedor y personal. Contó anécdotas sobre Ash y rememoró el tiempo que pasaron juntos.

Cuando concluyó con las palabras *¡Te echaremos de menos, amigo!*, Sara-Lynn perdió la compostura. Sus ojos empezaron a ponerse vidriosos y sus labios temblaban un poco más con cada nueva respiración. Finalmente, sollozando en voz alta, se arrojó contra el pecho de Nate, que le palmeó la espalda un tanto incómodo.

—Hipócrita —murmuró Ash—. Como si alguna vez hubiera sido algo más que un objeto de prestigio para ella.

«Quizá no deberías haberte comportado como un imbécil. Entonces habría más gente llorándote como es debido».

Esta vez solo pensé las palabras. Ya era suficiente con haber atraído una vez la atención no deseada, y había cosas que era mejor no decir en voz alta.

—Touché —respondió Ash, y percibí un tono amargo en ello.

Ambos permanecimos en silencio durante un rato. Quizá estaba pensando en lo que dije, o más bien cavilando.

El director pidió a los alumnos que se acercaran a despedirse. Los que lo desearon pudieron encender una vela de té para Ash, una pequeña llama de recuerdo de la vida que se apagó demasiado pronto.

Por mi parte decidí quedarme en un segundo plano, observando cómo mis compañeros se despedían en silencio. Algunos sollozaban. Sus hombros temblaban bajo el peso de la emoción. Drake se inclinó hacia la urna y susurró algo, como si quisiera dedicarle a su amigo unas palabras en su último viaje. Sara-Lynn se sonó la nariz en su pañuelo y la chica que rompió a llorar el día anterior en la cafetería de la escuela gimoteó de nuevo.

Con cada persona que se marchaba, la sala se vaciaba más y más hasta que solo quedaron Sara-Lynn, Nate, el profesor LeBlanc, la señorita Barnes y el director Wilkins.

—¿Vamos? —preguntó Amber.

Sacudí la cabeza.

—¡Adelántate! Estaré detrás de ti.

Amber frunció el ceño, pero no discrepó.

Esperé un momento hasta que desaparecieron los últimos alumnos. Nate me hizo un discreto gesto con la cabeza mientras salía de la habitación. Sara-Lynn me lanzó una mirada sarcástica antes de tirar su pañuelo a la papelera que estaba junto a la entrada y salir pavoneándose.

—¿Qué te dije? Todo es para aparentar —comentó Ash—. Pero, ¿qué te traes entre manos ahora?

—Espera y verás —dije y me acerqué a la señorita Barnes—. Señorita Barnes, ¿puedo hablar con usted?

—Sí, Juniper, ¿qué puedo hacer por ti?

La orientadora me puso una mano en el brazo y me sonrió de forma afectuosa. Tenía algo de sobreprotectora que me ponía un poco de los nervios, pero en aquel momento me pareció bien. Le devolví la sonrisa con timidez.

—He pensado en lo que me dijo durante mucho tiempo, y tiene razón: tengo que encontrar la manera de perdonarme y quererme. —Hice una pausa por un momento, dejando que las palabras quedaran suspendidas entre nosotras, antes de continuar—. Pero todavía hay algunas cosas que quiero decirle a Ash Westwick… en privado.

Los labios de la señorita Barnes formaron una *O*, luego asintió comprensiva.

—Si quieres hablar con él, díselo de verdad. —Agitó el puño con entusiasmo—. Lo entiendo.

—Sí —asentí—. ¿Cree que podría…?

—Por supuesto, Juniper, no te preocupes. —Se volvió hacia el director Wilkins y el profesor LeBlanc, que hablaban en voz baja—. Caballeros, la señorita Harper y el señor Westwick tienen algo que discutir, así que si me permiten les pido que se retiren. ¡Fuera, fuera!

Agitó las manos como si quisiera ahuyentar a una bandada de palomas. El director Wilkins y el profesor LeBlanc parecían irritados, pero empezaron a moverse mientras continuaban su conversación.

La señorita Barnes me guiñó un ojo conspiradoramente.

—Tómate todo el tiempo que necesites, Juniper.

—Gracias.

Funcionó. Funcionó de verdad. Apenas podía creer mi suerte.

Ash me miró apreciativo y a los profesores que salían de la sala.

—No está mal, June. No está nada mal.

Esperé a que cerraran la puerta antes de echar un vistazo a la habitación. Los latidos de mi corazón retumbaban en mis oídos y me sentía una ladrona mientras mis ojos recorrían la habitación que acababa de estar llena de gente afligida. Ahora sí, alcancé la papelera casi vacía que había junto a la puerta y, con los dedos en punta, arrojé al suelo el pañuelo manchado de lágrimas de Sara-Lynn.

—Espera un momento —empezó Ash, con un tono de inquietud en la voz—. ¿Qué piensas hacer con el cubo de la basura?

—Bueno, ¿qué te parece? No puedo salir a la calle con la urna bajo el brazo.

—¡Oh, no! No, no, no. No vas a tirar mis cenizas a la basura.

Ash seguía protestando mientras volcaba el contenido de la urna en la papelera. Llené el recipiente plateado con tierra que encontré en la maceta de una planta de interior que se estaba secando en el alféizar de la ventana. Al abrirlo, uno se daba cuenta de que contenía tierra y no cenizas, pero ¿quién iba a abrir una urna? Y al menos nadie sospechaba porque la cosa pesaba menos.

—Eso no está bien. Eso no está bien —murmuró Ash, revolviéndose el pelo rubio plateado.

—¡Oh, vamos! Arréglate. Encontraremos un contenedor adecuado para ti, pero por ahora tengo que sacarte de aquí.

Cogí la papelera y salí con ella con la misma naturalidad que si llevara mi bolso favorito bajo el brazo. La señorita Barnes, que estaba en la puerta con los dos hombres, volvió a saludarme con la cabeza. Mis nervios revolotearon como mariposas en mi estómago mientras pasaba junto a ellos. Esperé a que alguno me detuviera, pero no lo hicieron. Y sin más, llevé las cenizas de Ash Westwick a mi habitación.



—¿Qué te parece esto?

Amber sacó una caja de cartón de mi escritorio, que aún contenía un último buñuelo mordido del día anterior.

—Me estás matando —gimió Ash con dramatismo.

Al parecer, tenía algo en contra de que Amber quisiera guardar sus restos en una caja llena de azúcar glas y galletas. En este caso, tuve que darle la razón por una vez.

—La caja no está sellada. No quiero perder la mitad de sus cenizas por el camino. Además, es difícil de transportar. Quizá sería

mejor usar una bolsa de plástico o algo así —sugerí mientras me sentaba en la cama y respiraba aliviada.

Había conseguido robar las cenizas de Ash. Y para entonces el día ya parecía una montaña rusa salvaje, pero no importaba qué otros giros, vueltas y bucles tuviera preparados.

—¡Ja!

Amber levantó triunfante una bolsa de plástico que encontró debajo de mi cama. Llevaba el logotipo de *The Red Carpet* donde compré mi vestido de baile. ¡Qué ironía!

—Ahora mismo las odio un poco —suspiró Ash mientras se dejaba caer de espaldas en la cama junto a mí y se pasaba las manos por la cara.

—No es nada nuevo —respondí encogiéndome de hombros, me levanté y volqué el contenido de la papelera en la bolsa de plástico que Amber me tendía—. Pero no te preocupes, el sentimiento es mutuo.

—¿Qué está diciendo otra vez? —quiso saber Amber, frunciendo el ceño hacia la silla del escritorio en la que Ash ni siquiera estaba sentado.

—Se está quejando de lo horribles que somos —respondí, señalando la cama con la cabeza para que dejara de mirar agujeros en el aire.

—¡Eh, Westwick, te estamos salvando el culo ahora mismo, así que contrólate! —gritó Amber.

Ash se puso de lado y se apoyó en el antebrazo.

—Me gusta tu amiga —dijo con una sonrisa de suficiencia.

—Necesitamos provisiones para nuestro viaje —decidió Amber—. Iré a por algunas. Luego haré la maleta y me cambiaré. ¿Nos vemos abajo?

Asentí con la cabeza.

—Sí, hasta luego.

Amber se dirigió a la puerta, pero antes de salir de la habitación, se volvió hacia mí.

—Oh, y, Juniper, no puedo creer que robaras las cenizas de Ash. Eso es tan *kamikaze*.

—No sé si se supone que eso es un cumplido —respondí con las cejas levantadas.

Amber se lo pensó un momento y luego se encogió de hombros con una sonrisa.

—A mí tampoco. Pero estoy segura de que igual nos divertiremos.

MUY DIVERTIDO

Diversión no era la palabra adecuada. No era la palabra correcta.

Jasper, Nate y Amber ya nos estaban esperando cuando Ash y yo llegamos a la entrada lateral de la villa. Era última hora de la tarde y aún hacía tanto calor y humedad que mi top de tirantes se me pegaba a la piel nada más salir de la Academia. No me hacía ilusiones. El calor empeoraría en los pantanos. Y ni siquiera quería saber cómo sería al otro lado.

En clase a menudo se hablaba del inhóspito mundo de la sacerdotisa del sol y sus seguidores. Sobre el insoportable bochorno, los ríos que podían llegar a ser tan calientes como la lava y el sol que te quemaba implacablemente. Nada de esto sonaba muy prometedor.

—Muy bien —dijo Amber, cargándose la mochila al hombro—. ¡Cojamos las bicis y pongámonos en marcha!

—¿Qué pasa con…? —Nate se interrumpió y me dirigió una mirada significativa—. Ash —añadió en voz baja.

—¿Qué le pasa? —preguntó Amber.

—Bueno, tal vez no sepa montar en bici, ¿no? ¿Cómo le llevamos?

Le miré con incredulidad.

—Está en mi cabeza.

—Oh, sí… Claro.

Nate se rio avergonzado. Sus mejillas enrojecieron un poco al darse cuenta de lo ingenua que fue su pregunta. Reprimí un comentario burlón. Alguien no acababa de entender el concepto de Ash no muerto. No es que yo lo entendiera del todo.

—Conduce con cuidado. No quiero caerme del portaequipajes —bromeó Ash mientras sacábamos las bicis del cobertizo.

—Entonces no te pongas tan difícil —repliqué, lo que por supuesto era una completa tontería porque Ash solo existía en mi cabeza.

Sin embargo, me pareció verlo en mi portaequipajes cuando miré por encima del hombro. Una circunstancia b espeluznante.

Los alumnos de la Academia de Verano parecían haberse retirado a sus habitaciones después del funeral. No vimos a ninguno de ellos mientras empujábamos nuestras bicicletas a través de las puertas de hierro forjado de la villa y subíamos.

En medio del tráfico vespertino, salimos de la ciudad sorteando coches, autobuses y motos. Las carreteras se estrechaban cuanto más nos alejábamos del centro. Recorrimos durante un rato el Mississippi, cuya superficie brillaba y centelleaba a la luz del sol.

¿Hacíamos lo correcto con esto? La pregunta latía en mi cabeza mientras pedaleaba con fuerza. No sabíamos si podíamos fiarnos de Etienne Moreau, y mucho menos si podríamos encontrarlo. Y luego estaba el pequeño detalle de que el otro mundo estaba plagado de bichos raros. ¿Estaríamos a la altura?

Nos faltaban dos elementos para poder destruir a esas criaturas. Amber y yo habíamos hablado de reclutar a dos brujas más para nuestro proyecto, pero terminamos rechazando la idea. No queríamos poner en peligro a más gente de la que ya estábamos.

El plan era sencillo: entrar y salir, no encontrarnos con ningún miembro de la Resistencia y no involucrarnos en ninguna pelea. Pero, ¿seríamos capaces de cumplirlo?

Mientras seguía cavilando, dejamos atrás las zonas pobladas y cruzamos un puente de acero. Alcancé a Amber, que iba en cabeza, mientras Nate y Jasper iban en la retaguardia. Los chicos bromeaban y reían. Casi parecía una excursión: un paseo en bici con amigos en una calurosa tarde de verano. Pero cuanto más verde y densa se

volvía la vegetación, más se mezclaba una sensación de inquietud con la supuesta facilidad de nuestra empresa. A pesar de todo, nos adentramos en el pantano.

Pronto las bicicletas perdieron su utilidad, incapaces de llevarnos por el terreno accidentado. Las aparcamos y continuamos a pie. Estrechos cursos de agua serpenteaban por el paisaje. Ríos negros y lentos fluían por el pantano, bordeados de juncos y musgos. La tierra bajo nuestros pies estaba húmeda y resbaladiza, y Amber y yo nos aferramos la una a la otra para no caernos.

—¿Crees que estamos cometiendo un error? —pregunté en voz baja, mis palabras iban dirigidas solo a Amber.

—Todo irá bien —respondió con su típica despreocupación antes de volverse hacia Nate y Jasper—. Eh, ¿abrirán un portal o qué?

Los chicos nos alcanzaron. Jasper cruzó los brazos delante del pecho como diciendo: *aquí no pasa nada sin nosotros.*

Nate, siempre dispuesto a calmar la situación, hizo una broma incómoda:

—Están deseando llegar al otro lado, ¿no? ¿Tienen ahí un su amorcito o qué?

—Sí, con la sacerdotisa del sol tenemos una romántica cita para tomar el té —respondió Amber con ligereza—. ¡Ahora hagan lo que les toca!

En teoría, Nate y Jasper podrían haber abierto el portal en medio de Nueva Orleans, pero decidimos hacerlo en los pantanos. La magia aquí era más intensa, la barrera entre los mundos más fina y fácil de penetrar. Y había menos espectadores, lo que sin duda era una ventaja.

—¡Bien, prepárense! —ordenó Jasper, fingiendo arremangarse las mangas imaginarias.

Nate le guiñó un ojo un poco torpe a Amber para aliviar la tensión. Ella lo comentó con *fanfarronería*, pero yo no pude evitar fijarme en la forma en que hacía girar su pendiente, avergonzada. Estaba enamorada de Nate, quizá desde el beso de la fiesta de verano del año pasado, y me pregunté cómo no me di cuenta en todo este tiempo.

Nate y Jasper montaron una representación teatral mientras buscaban con exagerado cuidado el lugar perfecto para la apertura del portal. Inspeccionaron el lugar, recorrieron líneas imaginarias y mantuvieron intensas discusiones.

Ash observó a sus amigos, sacudiendo la cabeza.

—Si siguen así, nunca funcionará —suspiró.

Amber también parecía estar perdiendo la paciencia, pues bromeó:

—¿Van a empezar ya, o esto es solo un espectáculo de magia para magos aficionados?

—¡Silencio para la concentración! —ordenó Jasper.

Nate y él se adelantaron juntos, con la mirada concentrada y los ojos fijos en un punto invisible en el aire, como si estuvieran a punto de realizar el mayor truco de magia del mundo. Con un movimiento sincronizado, dibujaron la runa en el aire: una *F* torcida que parecía haber sacudido la tierra mientras la dibujaban. El conjunto resultaba un espectáculo un poco decepcionante hasta el momento en que la *F* en el aire se incendió de repente. Las llamas salieron disparadas y rodearon la runa como si hubieran aparecido de la nada.

Dejé escapar un sonido de sorpresa y de la impresión salté hacia atrás, chocando con Amber. Me clavó las manos en el brazo, no menos sorprendida. No era la primera vez que veíamos abrirse un portal. Pero sí era la primera vez que nos parábamos frente a uno, listas para atravesarlo.

—Entonces, ¿prometimos demasiado? —preguntó Nate mientras el aire empezaba a brillar ante nuestros ojos. Intentó parecer indiferente, pero noté un ligero temblor en su voz.

Un aire húmedo y sofocante salía del portal al abrirse en círculo, revelando el mundo que había más allá: un pantano similar al que acabábamos de pisar, pero mucho más amenazador. Un mundo de calor implacable y verano eterno, un páramo mortal a pesar de su belleza natural.

—De acuerdo. ¿Quién va primero? —preguntó Amber, mirando a su alrededor.

—Las damas primero. Tenemos que mantener el portal abierto —respondió Jasper.

Nate asintió con la cabeza. Pero las amplias sonrisas de sus rostros no podían ocultar su nerviosismo.

No mencioné que en realidad solo hacía falta uno de ellos. Era obvio que no tenían muchas ganas de ser los primeros en atravesar el portal. Y tuvimos suerte de que estuvieran dispuestos a acompañarnos.

Amber estaba a punto de zambullirse con ganas en el portal cuando me interpuse en su camino.

—Yo iré —dije antes de que pudiera poner en marcha su plan.

—¿En serio? —preguntó con un destello de sorpresa en los ojos.

Me encogí de hombros.

—Después de todo, estamos hablando de mi cabeza y de mi intruso.

—Juniper, no tienes que hacer esto —refutó Amber, sacudiendo la cabeza.

—Sí, tengo que hacerlo.

Empezó a responder, pero yo ya me había vuelto hacia el portal. Di un paso hacia él y extendí la mano hacia la brillante abertura.

—¡Espera! —oí gritar a Amber detrás de mí—. Tal vez esto no es tan buena idea después de todo.

¿En serio?

Ya estábamos aquí y no iba a echarme atrás. Cerré los ojos y me armé de valor. Cada músculo de mi cuerpo se tensó. La piel me hormigueaba de emoción y de miedo. Di un paso, luego otro y atravesé el portal.

Me invadió una oleada de calor insoportable. Era como si me hubiera metido en el centro de una tormenta de fuego que me abrasaba por dentro y por fuera. Un grito áspero, una expresión de sorpresa y dolor, escapó de mi garganta. El mundo a mi alrededor enmudeció, envuelto en un parpadeo brillante.

Pero, así de golpe como empezó, se acabó. El calor, el dolor y la luz desaparecieron. Me dejaron temblando por dentro, pero viva. Volví a oír el zumbido de los insectos y el sonido del viento y me quedé al otro lado del portal, con el cuerpo aún agitado por las secuelas del pasaje.

Mis pies se hundieron hasta los tobillos en el agua negra y pantanosa. Me rodeaba una hierba de un metro de altura. Jadeante, me abrí paso hasta la orilla seca, con mis Chucks haciendo ruido a cada paso y el murmullo del agua siguiéndome. Agotada, me dejé caer sobre un tronco caído al borde de la orilla.

—Esta es la June tal y como la conozco —animó Ash.

Cogió una piedra y la dejó rebotar exuberante sobre la superficie del agua. A diferencia de mí, no parecía haber tenido ninguna dificultad para atravesar el portal. O no sintió el calor o no le hizo ni cosquillas.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, confundida, mientras intentaba limpiar mis Chucks empapados de barro en la hierba.

—Intrépida —respondió, con sus ojos azules hielo brillando a la luz del sol—. Siempre eras tú quien abría el camino. Pero entonces llegó Amber, y de algún modo tomó la delantera.

—No fue culpa de Amber —aclaré. Sus palabras sonaron a una acusación que no podía aceptar.

—¿Ah, no? ¿Entonces de quién? —preguntó.

Le lancé a Ash una larga mirada que lo decía todo.

—¿De verdad tengo que explicártelo?

Pensé en todas las veces que preferí quedarme afuera de las clases, por miedo a lo que me esperaría al entrar. Cómo Amber se adelantó y me protegió cuando Ash y su pandilla volvieron a hacer de mi vida una miseria.

La cara de Ash se ensombreció, pero no dijo ni una palabra más. En lugar de eso, cogió otra piedra y la arrojó al agua, donde se hundió con un *ruido* sordo.

Miré atenta a mi alrededor en busca de algún retornado, mientras Amber, Nate y Jasper atravesaban el portal uno tras otro. Amber fue la primera en llegar al otro lado. Parecía estar bailando una danza caótica mientras intentaba luchar contra el golpe de calor. Su grito resonó en el silencio del pantano e hizo que los pájaros de las ramas cercanas levantaran el vuelo.

Nate y Jasper la siguieron poco después, ambos con una calma estoica que solo podía explicarse por su experiencia como magos

fénix. Estaban acostumbrados a estallar en llamas. Nate pasó junto a Amber y le tendió una mano para llevarla a la orilla.

Jadeó, se sacudió y soltó una sonora maldición.

—¡Qué viaje de mierda!

Sonriendo, me levanté y miré hacia la hierba alta. Todavía no nos habíamos puesto en marcha y mi amiga ya estaba despotricando a toda velocidad. Tendría que serenarse si no queríamos atraer la atención de todos los resistentes en un radio de tres kilómetros.

Jasper se acercó a mí. También dejó que su mirada recorriera el pantano antes de volverse hacia mi dirección.

—¿Tienes la nota que te dio Madame Fontenot? —quiso saber.

—Sí. —Saqué del bolsillo el pergamino con el nombre de Etienne Moreau y las cerillas—. ¿Empezamos?

Aquí el tiempo corría paralelo al nuestro, lo que significaba que aún nos quedaban unas dos horas y media hasta la puesta de sol. Y no tenía intención de pasar la noche en este espeluznante pantano.

—¡Sí, vamos! Acabemos con esto de una vez —instó Amber, que al parecer ya no sentía para nada el disfrute inicial de nuestra pequeña excursión.

No podía culparla. Era húmedo y opresivo, el agua gorgoteaba inquietante y el aire olía a humedad y tierra, a hierba, barro y musgo. Nada de esto me hacía querer quedarme aquí más tiempo del estrictamente necesario.

—Muy bien, entonces.

Encendí una cerilla y la acerqué al pergamino, esperando a que ardieran los bordes. Un chorro de llamas salió disparado y me estremecí, dejando que el trozo de papel resbalara de mis dedos. Pero antes de que llegara a tocar la hierba, se desintegró en incontables chispas diminutas que flotaban por el suelo húmedo y embarrado que teníamos delante.

—Parecen pequeñas luciérnagas —admiró Amber, que por fin dejó de refunfuñar y ahora se acercaba curiosa junto a Nate.

Extendió una mano para tocar las luces parpadeantes, pero estas se dispersaron y se alejaron de ella antes de reunirse de nuevo a unos pasos. Observamos fascinados cómo danzaban en el aire.

—Entonces esperemos que nos muestren el camino —arguyó un escueto Jasper.

Y que salgamos vivos de aquí, añadí en mi mente. Porque no estaba nada segura de ello.

Un escalofrío helado me subió por la columna vertebral y me hizo temblar, a pesar de que el calor sofocante seguía pegado a mi piel. Era como si el peligro inminente que acechaba en este mundo extraño reverberara en cada fibra de mi ser.

20

LA CRIATURA DEL PANTANO

—Está oscureciendo —se dio cuenta Nate.

Dijo en voz alta lo que todos pensábamos. Aun así, deseé que no lo hubiera hecho. Solo quería calmarme un poco más con la esperanza de que saldríamos de este espeluznante pantano antes de que se pusiera el sol. Pero ahora tenía que admitir que no iba a ser así. Tendríamos que acampar en alguna parte, y esa no era una idea nada tranquilizadora. ¿Habíamos empacado sacos de dormir?, sí. Pero ninguno de nosotros esperaba tener que usarlos.

—¿Cuánto más lejos puede estar? —preguntó Amber, mirando el estrecho sendero que bordeaba la orilla y que parecía extenderse hasta el infinito.

La vegetación que nos rodeaba se hacía más espesa y oscura a cada paso, y podía sentir cómo el pantano se enroscaba a nuestro alrededor con vida. Las únicas luces que se veían procedían de las chispas de pergamino que nos indicaban el camino. Sin embargo, aún no nos topábamos con ningún retornado. Tal vez las criaturas eran tan reacias a caminar por el pantano como nosotros.

—¿Estamos seguros de que estas pseudo-luciérnagas conocen el camino de verdad? No vaya a ser que su sistema de navegación sea defectuoso y estemos atravesando este pantano para nada —refunfuñó Jasper malhumorado.

—Me temo que son nuestra única guía —suspiré.

En ese momento, habría dado mi último par de calcetas secas por una conexión a Google Maps que funcionara.

—Bueno, a lo mejor son aventureras —comentó Ash divertido.

Era el único que no parecía estar de mal humor, pero no tenía que lidiar con pies doloridos, picaduras de mosquito y un calor húmedo y agobiante.

—Deberíamos buscar un lugar resguardado donde pasar la noche. No podemos seguir caminando en la oscuridad —sugerí.

Los demás asintieron, aunque con poco entusiasmo. Buscamos un árbol con ramas bajas y acampamos allí. Saqué mi cantimplora de la mochila y bebí unos tragos con avidez. Ya estaba vacía en sus dos terceras partes y no sabíamos cuánto nos quedaba de viaje. Había subestimado el calor. Solo me quedaba esperar que en algún lugar hubiera un río lo bastante caudaloso como para reabastecernos. Lo último que quería era envenenarme con el agua o morir de sed en agonía.

—¿Quieren?

Amber repartió un paquete de barritas de granola y todos nos servimos. La larga caminata nos dio hambre. Nos sentamos en silencio un rato y comimos. La oscuridad descendió sobre el pantano, agudizando mis sentidos; y ahora era mucho más consciente de los sonidos que me rodeaban. El canto de los grillos y el zumbido de los mosquitos que nos rondaban la cabeza. Las olas golpeando con suavidad contra el terraplén y el crujido de las ramas.

Nate parecía sentir lo mismo.

—¿Estamos seguros aquí a la intemperie? —preguntó con una mirada preocupada a nuestro alrededor.

—Tan seguro como se puede estar en medio del pantano, rodeado de potenciales revenants que pueden aparecer de la nada en cualquier momento —respondió Jasper, haciéndose eco de lo que todos estábamos pensando. Le dio a Nate una palmada amistosa en la espalda—. No te preocupes. Nos turnaremos para vigilar y no pasará nada.

—Tomaré el primero —anuncié.

De todos modos, aquí no iba a dormir nada y, si ya estaba despierta, más me valía vigilar a mi alrededor.

—Te haré compañía —se ofreció Jasper—. Cuatro ojos ven más que dos.

Era difícil discutir su lógica, aunque hubiera preferido que me dejaran en paz. Nos recostamos contra el grueso tronco del árbol mientras Nate y Amber se metían en sus sacos de dormir. Se tumbaron uno al lado del otro, un poco alejados de nosotros, y pude oírlos hablar en voz baja. Amber se rio de esa forma que solo hacía cuando le gustaba un chico. Me dio una pequeña punzada. Me había advertido encarecidamente que no confiara en Ash, pero ahora estaba flirteando con Nate, que al fin y al cabo formaba parte del grupo de Ash. Nate, a quien besó el año pasado sin decírmelo…

No es que no le envidiara su felicidad. La envidiaba. Pero tampoco podía olvidar lo que sucedió delante de *The Red Carpet*. Cómo me quedé medio desnuda en medio de la calle y cómo lloré mientras Sara-Lynn y los demás se tiraban la ropa de un lado a otro.

—Oye, estás mucho más tranquila de lo que Ash dijo que estabas —dijo Jasper, sacándome de mis recuerdos.

—Ah, ¿sí? —Crucé los brazos delante de mi pecho protegiéndome —. ¿Qué dijo Ash?

—Ni idea. Solo cosas así.

Se encogió de hombros, visiblemente avergonzado por haber abordado el tema.

—¿Cosas así? —pregunté.

—No hagas eso, June —suplicó Ash, sentándose en el suelo a mi lado.

Su expresión parecía dolida, como si temiera que la respuesta de Jasper clavara otra estaca entre nosotros. Pero tenía que saberlo.

—¿Qué cosas?

Jasper se revolvió incómodo.

—Ni idea. Que no eres nadie y lo único interesante de ti son tus dos mamás.

Una don nadie.

Me dolió oírlo. Sin embargo, seguí indagando:

—¿Qué más?

—Que eres demasiado estirada y podrías pasar por un chico con tus pechos planos. —La voz de Jasper casi se apagó y se pasó

nervioso los dedos por el afro—. Yo… lo siento, June. Solo repito lo que dijo.

Lo hizo. Y aunque sabía cómo Ash hablaba de mí a mis espaldas, cada palabra era una bofetada. Quizás era porque me descuidé con Ash en los últimos días y terminé por bajar la guardia. Tal vez porque estuve recordando demasiado la época en que fuimos amigos.

—June. —Ash me tendió una mano, pero la ignoré y la apreté.

—Me llamo Juniper, no June —dije con firmeza.

—Por supuesto. Lo siento, Juniper —replicó Jasper de recorrido, creyendo a todas luces que mis palabras iban dirigidas a él.

—Juniper, yo… —empezó Ash, pero le interrumpí con dureza.

—No. No quiero saber nada más de ti. Ni una palabra.

—De acuerdo.

—Claro.

Ash y Jasper lo dijeron casi al mismo tiempo, y ambos parecían arrepentidos. Pero yo no lo sentía. Ya me había escabullido lo suficiente, ahora era el momento de defenderme, y lo haría.



—Shh, Juniper. ¡Despierta!

La voz de Amber llegó a mí a través del velo brumoso del sueño. Por un momento, no supe dónde estaba. Excepto que no estaba tumbada en mi cama, sino en un fino saco de dormir que se me pegaba húmedo a los brazos y las piernas desnudos gracias al calor.

Parpadeé soñolienta. Era cierto. Estábamos en medio del pantano. Amber y Nate hicieron la segunda guardia, y Jasper y yo nos fuimos a dormir. Debí de dormitar unas cuantas horas, porque ya era de mañana. El horizonte estaba bañado por una difusa luz rosada.

—¡Juniper!

La hierba crujió bajo mis pies cuando me moví y levanté la cabeza. Amber estaba agachada a mi lado, con la mochila sobre los hombros y lista para partir. Parecía alarmada.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Revenants —susurró—, tenemos que salir de aquí ya.

Me desperté de golpe. Me incorporé y miré a mi alrededor.

—¿Dónde?

Asintió en la dirección que habíamos venido de la noche anterior.

—Oigo sus voces. Aún no nos han visto, pero vienen directos hacia nosotros.

¡Maldita sea!

Sin pensarlo dos veces, me salí del saco de dormir. Amber me ayudó a enrollarlo. Una rápida y tensa mirada a Jasper y Nate me confirmó que estaban listos y esperándonos.

—¡Vamos! —siseó Jasper y nos hizo señas hacia él con un gesto enérgico.

Nos arrastramos agachados por la hierba alta, que relucía húmeda por el rocío de la mañana. Jasper y Nate iban delante, con ojos vigilantes y pasos cautelosos, y Amber y yo les seguíamos de cerca. El corazón me martilleaba en el pecho, a un ritmo salvaje e impredecible. Y todo el tiempo sentía que respiraba demasiado alto, temiendo que los retornados me oyeran.

Las chispas de pergamino estaban a nuestro lado, bailando entre la hierba alta frente a nosotros, como si esperaran a que reanudáramos su persecución. Pero primero teníamos que escapar de los revenants.

—Están diagonalmente detrás de nosotros, a la derecha —susurró Amber cerca de mi oído, su voz apenas más alta que el suave susurro de la hierba.

Seguí su mirada y entonces los vi: dos hombres de rostro amenazador y hombros anchos y musculosos y una mujer con rizos de un rojo ardiente que resaltaban en llamas bajo el sol de la mañana. Se movían por el pantano con una facilidad fluida e instintiva.

—¡Joder! —siseó Jasper.

Se detuvo tan de repente que Nate rebotó contra él y dejó escapar un sonido de sorpresa antes de taparse la boca con la mano.

—¿Qué pasa? —susurró Amber.

—No podemos ir más lejos aquí, a menos que quieran nadar.

Amber y yo alcanzamos a los chicos y nuestros zapatos se hundieron en el fango húmedo. Jasper extendió la mano y apartó los altos juncos para que pudiéramos ver lo que teníamos delante. Un río serpenteaba por el centro del paisaje, el agua era tan negra que apenas se podía ver bajo la superficie.

—No voy a entrar ahí. —Amber sacudió la cabeza con decisión—. Lo más probable es que esté plagado de caimanes y serpientes.

Yo tampoco quería acabar siendo la merienda de un caimán, pero no teníamos más remedio que nadar. Sobre todo, si queríamos escapar de los bichos, y yo estaba totalmente a favor de ello.

—¿Y ahora qué? —preguntó Nate en voz baja—. ¿Nadar o escondernos y esperar un milagro?

No tuvimos tiempo de seguir discutiendo. Los revenants casi nos estaban alcanzando y solo los altos juncos nos protegían de ser descubiertos por ellos.

—Hailey —gruñó uno de los hombres—. ¡No vayas tan rápido!

—Tranquilo, grandullón. —La voz ahumada de la retornado sonaba divertida. Ahora estaba a solo unos pasos de nosotros. A través de los estrechos huecos entre las cañas, pude distinguir su rostro demacrado, con las mejillas hundidas y los ojos inyectados en sangre. Levantó la nariz e inhaló hondo—. Huelo a bruja.

Los dedos de Amber se clavaron en mi brazo mientras la retornado se estiraba para apartar las cañas.

—¡Corran! —siseó Jasper.

No hacía falta que nos lo dijera. Sin dudarlo, Amber y yo salimos corriendo, persiguiéndonos por la orilla del río, con el corazón palpitante y la respiración jadeante. El suelo bajo nuestros pies era traicionero, fangoso y desigual, lo que hacía que nos hundiéramos más en la tierra húmeda a cada paso. Los juncos nos azotaban en la cara.

—¡Que no se escapen! —oí gritar al retornado.

Una bola de fuego pasó volando a mi lado. Una segunda golpea el suelo justo detrás de mí. Una oleada de adrenalina me recorrió el cuerpo y me impulsó a correr aún más deprisa. No me atreví a girarme por miedo a tropezarme con una raíz y caerme.

Me llegaron los sonidos de una pelea. Jasper y Nate debían de haberse interpuesto en el camino de los revenants para darnos ventaja. Estaban arriesgando sus propias vidas para darnos una oportunidad de escapar. Pero nos superaban en número. ¿Cuánto tiempo podrían resistir?

—A través del río —insté a Amber—. Tenemos que llegar al otro lado.

Esta vez no discrepó.

Dejamos caer las mochilas y nos deslizamos por el barro hasta el agua, que apenas nos llegaba al pecho. Lo único que agarré con fuerza fue la bolsa de plástico que contenía las cenizas de Ash, con los dedos blancos por la tensión. El olor a plantas en descomposición, agua vieja y madera podrida me llenó la nariz. Lo bloqueé, al igual que el miedo a lo que acechaba bajo la superficie del agua. En lugar de eso, me lancé hacia delante, con la bolsa de plástico aún en la mano levantada, y nadé.

Amber me seguía de cerca. La oí resoplar mientras tragaba agua.

Más rápido, más rápido, más rápido.

Aunque nadaba tan rápido como podía, sentía que apenas avanzaba.

Algo me rozó el brazo y solté un suave grito al ver una sombra larga y estrecha en el agua junto a mí. Pero no era más que una rama flotando por el oscuro río.

—Ahora tienes que calmarte, Juniper —dijo Ash con tono apaciguador, pero eso solo hizo que me asustara más.

No había dicho ni una palabra durante toda la huida, pero ahora sonaba alarmado, y eso no era nada bueno. Antes de que pudiera convencerme de que estaba paranoica, apareció en la otra orilla y me tendió la mano.

—Sigue nadando despacio y con constancia —me imploró—. Y no hagas ningún movimiento rápido.

—¿Qué? —pregunté con voz aguda y chillona, mirando deprisa en todas direcciones en busca de lo que estaba viendo.

—Hay un caimán a tu izquierda.

Amber también debió notarlo, porque la oí gemir en voz baja.

—Despacio —repetí lo que Ash me dijo—. Muy despacio.

Oh Dios, vamos a terminar de comida para caimanes.

El pánico se apoderó de mí como un animal atrapado que choca contra los barrotes de su jaula. Resonaba en mi pecho, aceleraba mi respiración y enviaba ondas calientes sobre mi cuerpo tembloroso. Sin embargo, me obligué a seguir nadando. Cada vez más lejos. Hacia Ash, que me tendía la mano.

Sabía que no sería capaz de agarrarlo. Sabía que no estaba de verdad allí. Pero me tranquilizó verlo frente a mí, concentrarme en sus gélidos ojos azules y en las palabras que murmuraba.

—Puedes hacerlo, Juniper. Puedes hacerlo.

El agua se hizo menos profunda. Mis rodillas rozaban el suelo.

—De acuerdo —asintió—. ¡Ahora sal de ahí, pero rápido!

Con mis últimas fuerzas, arrojé la bolsa de plástico a la orilla, salí del agua y traté de ponerme en pie sobre el terraplén embarrado. Me clavaba las uñas en el barro, pero seguía resbalando. Por fin lo conseguí y le tendí la mano a Amber, que estaba justo detrás de mí. Tiré de ella hacia la orilla. Caímos a la orilla, cubiertas de barro, y nos quedamos tumbadas boca arriba. Mi pecho subía y bajaba bajo mi frenética respiración, que comenzó a calmarse con lentitud.

—¿Estás bien? —le pregunté a Amber sin aliento.

Levantó la cabeza y miró al agua.

—El caimán no nos siguió y aún tenemos todos nuestros miembros. Yo lo consideraría un éxito.

—Sin duda es un éxito —respondí.

Me miró y empezó a reírse.

—¿Qué pasa?

—Pareces un monstruo de barro. *La criatura que salió del pantano* —recitó Amber con una oscura voz de película de terror.

—Mejor monstruos de barro que comida para caimanes —dije, y luego ambas nos reímos.

Se nos fue la tensión y el alivio de haber sobrevivido nos envolvió. Pero no duró mucho.

—¿Y Nate y Jasper? —preguntó Amber.

Intentamos reconocer algo al otro lado de la orilla, entre los juncos y los árboles, escuchando los sonidos de la lucha. Pero lo

único que oía eran los mosquitos zumbando alrededor de mi cabeza. Era un silencio incómodo y duró demasiado.

¿ESTO ES LA COCINA DE UNA BRUJA O UN LABORATORIO DE QUÍMICA?

—¿Qué debemos hacer?

Amber sonaba igual de impotente a como yo me sentía. No podíamos dejar a Jasper y Nate a su suerte. Pero volver tampoco era una opción. No con el caimán todavía deslizándose por el agua relajado y los bichos esperando para hacernos antorchas de barbacoa.

Miré las chispas de fuego que bailaban en el aire junto a nosotras. Nos siguieron hasta aquí y esperaban pacientes a que reemprendiéramos la marcha para mostrarnos el camino hacia Etienne Moreau. ¿Todavía estaba lejos? Ya no teníamos nuestras mochilas, ni provisiones, ni siquiera agua. Sin eso, no duraríamos mucho en este calor infernal.

—¿Les llamamos? —pregunté a Amber con impotencia.

Sacudió la cabeza.

—Solo atraeremos la atención de los revenants.

—Pero…

Un fuerte crujido en la maleza me interrumpió. Los ojos de Amber y los míos se encontraron por un momento, llenos de una mezcla de miedo y esperanza. ¿Jasper y Nate nos encontraron? ¿O eran los retornados los que seguían cazándonos?

—Deberíamos escondernos —susurré, pero ya era demasiado tarde.

Una figura vestida con una oscura capa con capucha surgió de entre los árboles. Con un movimiento fluido, agarró a Amber por el cuello y la empujó contra el ancho tronco de un ciprés.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí? —siseó una voz masculina con acento francés.

—Nada —balbuceé—. Nosotras…

Maldita sea, ¿qué se suponía que debía decir? No podía revelar que estábamos buscando a Etienne Moreau. Estaría poniendo en peligro a la única persona que podría ayudarnos con Ash. Pensé desesperada qué hacer o decir mientras miraba la mano oscura con anillos de oro que se cerraba alrededor del cuello de Amber.

—Juniper, las chispas de fuego —dijo Ash.

—¿Qué?

Observé las chispas doradas que ahora se reunían alrededor de nuestro atacante. Bailaban alrededor de su forma oscura. ¿Era una coincidencia?

No lo creía.

—¿Etienne Moreau? —pregunté en voz baja, rezando por no equivocarme.

El atacante pareció vacilar un instante y luego soltó a Amber con un manotazo, que se agachó y jadeó.

—¿Quién quiere saberlo? —preguntó suspicaz, su acento más fuerte que antes.

—Soy Juniper, y ella es Amber. Somos amigas de Madame Fontenot. Ella nos dio su nombre.

Bueno, amigas era quizás una exageración. La anciana nos toleraba. Por otra parte, no creía que Madame Fontenot llamara amigo a nadie que no fuera su cabra Henri.

—Parece que la vieja bruja te ha dado algo más que mi nombre —gruñó Etienne Moreau con reproche—. Si no, no me habrían encontrado.

Se echó la capucha hacia atrás con un gesto teatral. Esperaba muchas cosas, pero no a un hombre de piel oscura con un corte de pelo rosa y tatuajes rúnicos en las mejillas. Llevaba pequeños pendientes redondos de plata, labios en forma de corazón con un toque de carmín rosa pálido, rostro delicado y pómulos altos. Parecía

un hombre culto, lo que le hacía parecer fuera de lugar en esta salvaje tierra pantanosa.

—¿Y bien? Madame Fontenot debe haber tenido una buena razón para enviarlas aquí y ponerme mí en peligro.

—Sí, bueno… —Busqué las palabras adecuadas. Ash asintió animándome—. Uno de nuestros compañeros murió y ahora puedo verle y oír su voz en mi cabeza.

—No soy responsable de las enfermedades mentales —zanjó Etienne, sacudiendo la cabeza y haciendo un esfuerzo por darse la vuelta, como si ese fuera el final de la conversación para él.

—¡Espere! —grité—. Ash está realmente allí. Sabe cosas que yo nunca podría saber y…

—Háblalo con tu orientadora, chica. Quizá pueda recetarte unas pastillas.

Agitó la mano en el aire como si quisiera asustarnos a Amber y a mí, pero no cedí. Era mi única oportunidad de convencer a Etienne y la aprovecharía.

—Madame Fontenot lo leyó en mis hojas de té. *Dos almas, dos destinos*, dijo. Dijo que usted era el único que podía ayudarnos. Porque usted también es un mago fénix y sabe mucho sobre eso.

—¿También? —Etienne enarcó las cejas, sorprendido. La curiosidad brillaba en su mirada—. No mencionaste que tu novio era un mago fénix.

—Lo fue —confirmó Amber—. Fue reducido a cenizas y nunca resucitó. Y no es el novio de Juniper. Solo un culo que la pone de los nervios con sus constantes divagaciones en la cabeza.

Etienne ladeó la cabeza.

—Interesante. Lo de culo no. Sus riñas de parvulario no me molestan lo más mínimo. Pero un mago fénix que no resucita… Eso es algo nuevo. ¿Usaste magia elemental con él?

—Claro que no —respondimos indignadas Amber y yo.

—Ash puede ser un idiota, pero es uno de los nuestros —añadió mi amiga.

—Es bueno saberlo —murmuró Ash, esforzándose por parecer ofendido, pero en realidad no tenía motivos para estarlo.

—¿Puede ayudarnos? —pregunté esperanzada.

—¿Ayudarlos? —Etienne se golpeó el labio con el dedo índice y se lo pensó—. Sígueme —dijo al fin.

—Pero nuestros amigos… —protestó Amber, pero el mago fénix ya se había dado la vuelta.

Nos miramos indecisas. Sentíamos que estábamos defraudando a Nate y Jasper, pero si queríamos la ayuda de Etienne, entonces no quedaban dudas de que no teníamos más remedio que seguirle. Además, los chicos tenían sus poderes de mago fénix para defenderse y podían abrir un portal de vuelta a nuestro mundo en cualquier momento.

—Volveremos y los encontraremos —le prometí a Amber.

Asintió vacilante, con una mezcla de preocupación y determinación en los ojos.

—De acuerdo.



Caminamos durante una media hora y, para cuando llegamos, la ropa de Amber y la mía ya se había vuelto a secar. Aun así, lo único que me apetecía era una ducha para quitarme el barro que todavía me cubría.

La cabaña de Etienne solo era discreta desde fuera. Pero, para ser sincera, no esperaba otra cosa. Las paredes interiores, sin embargo, estaban pintadas de un verde turquesa brillante. Innumerables plantas exóticas colgaban del techo como guirnaldas verdes, mientras las maderas tonales cantaban en un murmullo al viento. Las estanterías que llegaban hasta el techo estaban llenas de una caótica mezcla de libros, botellas y artefactos extraños. En el centro de la sala, sobre una gran mesa, se cocinaban a fuego lento coloridas pociones en frascos de laboratorio. El olor de la lavanda mezclada con menta y algo afrutado llegó hasta mí.

—Bienvenidas a mi humilde hogar.

El mago fénix extendió los brazos como si nos estuviera presentando su palacio y no el interior de una cabaña bastante desordenada.

Un pequeño gato negro estaba tumbado en un taburete en un rincón de la habitación y nos miraba con ojos amarillos y desconfiados. Cuando se dio cuenta de que lo observábamos, saltó en un santiamén y se escabulló bajo un sillón situado junto a una de las estanterías.

—¿Qué es todo esto?

Amber se acercó a la mesa con los frascos de laboratorio y, curiosa, alargó la mano hacia uno de ellos, pero Etienne la detuvo.

—Las manos fuera, pequeña bruja. Estos son mis experimentos.

—¿Qué tipo de experimentos? —pregunté.

No podía imaginar que Etienne fuera químico. Así que los líquidos de los frascos del laboratorio eran con toda seguridad pociones mágicas.

—Eso no es asunto tuyo. ¡Vamos, siéntense en la esquina!

Señaló una pequeña zona para sentarse y Amber y yo obedecimos su orden. Etienne se quitó la capa. Debajo llevaba unos vaqueros negros ajustados y una chaqueta entallada a cuadros blancos y negros. El tipo estaba bien vestido para la jungla; su atuendo gritaba hipster urbano a todas luces, más que chic de pantano.

Amber y yo intercambiamos miradas inseguras mientras Etienne se acercaba a la mesa con la cristalería de laboratorio, sacó un mortero y molió pequeños granos de color rojo anaranjado hasta convertirlos en polvo. Luego encendió un mechero Bunsen, llenó un matraz de laboratorio con un líquido transparente, lo colocó sobre una rejilla y empujó el mechero Bunsen por debajo. Vi cómo vertía primero el polvo rojo anaranjado y luego otros líquidos y polvos hasta que el agua adquirió un color púrpura plateado.

—Me recuerda a la clase de química —susurró Amber.

—¡Cállense! Tengo que concentrarme —ordenó sin apartar la vista de su trabajo.

Murmuró algunas palabras para sí mismo, que no estaba segura de si eran hechizos o maldiciones. Luego, con un gesto teatral, arrojó al brebaje una perla negra del tamaño de la punta de un dedo. Se disolvió con un fuerte *puf*, dejando tras de sí una nube de humo que se dispersó despacio por la habitación.

Cuando por fin se disipó el humo, Etienne apagó el mechero Bunsen con satisfacción. Su expresión era orgullosa y satisfecha, como si acabara de completar una obra maestra. Con mano firme, vertió un poco del líquido púrpura plateado en un tubo de ensayo y se acercó a mí.

—¡Bebe esto!

Me acercó tanto el vaso a la cara que me estremecí sin querer. Un olor rancio y terroso me llegó a la nariz y apenas pude controlarme para no tener arcadas.

Las protestas no se hicieron esperar.

—De ninguna manera se va a beber eso —gritó Amber, con la voz casi cargada de indignación. Al mismo tiempo, oí las palabras de advertencia de Ash en mi cabeza:

—No lo hagas, Juniper.

Así que, por una vez, los dos estaban de acuerdo.

Etienne se encogió de hombros como si de verdad no le importara si me lo bebía o no.

—Querían mi ayuda, eso es todo. Es todo lo que puedo hacer.

Aunque Amber negó enérgica con la cabeza, acepté el tubo de ensayo. Estaba sorprendentemente frío teniendo en cuenta que el líquido que contenía estaba hirviendo hasta hacía un momento.

—¿Qué es esto? —pregunté, pero Etienne se limitó a agitar la mano con impaciencia.

—Todo tipo de cosas

—¿Y qué va a pasar si bebo esto?

—Bueno, no vas a encogerte ni a convertirte en una giganta. No eres Alicia, y esto, a todas luces no es una madriguera de conejo.

Bueno, al menos algo.

—Gracias, pero no gracias —espetó Amber—. Será mejor que nos vayamos. ¡Vamos, Juniper!

Hizo ademán de levantarse y quitarme el tubo de ensayo de la mano, pero me lo llevé a los labios y me tragué el líquido. Al fin y al cabo, no llegamos hasta aquí, casi vueltas brochetas por unos retornados y devoradas por un caimán, solo para rendirnos ahora.

El líquido era viscoso y pegajoso, y sabía tan asqueroso que estuve a punto de escupirlo. Amber me miró con los ojos muy

abiertos, como si esperara que me convirtiera en un pájaro exótico o algo parecido.

Por un momento no sentí nada, pero un calor abrasador me recorrió el cuerpo. Jadeé de asombro cuando las venas azules bajo mi piel se volvieron moradas y luego negras.

—¿Qué está pasando? ¿Qué le está pasando? —chilló Amber alarmada.

—Justo lo que debería pasar —respondió Etienne.

El hecho de que sonara tan tranquilo me tranquilizó un poco, aunque el calor era casi insoportable. Sentía que se quemaba algo —o alguien— de mi cuerpo.

Y de repente se acabó. Un frío agradable se instaló sobre mí en una pesada manta. Me pesaban los párpados y seguro me habría desplomado si Amber no me hubiera sujetado.

¿Amber?

No. No eran sus manos las que me sujetaban. Dos brazos fuertes tiraban de mí contra un pecho duro.

—Te tengo, Juniper —la familiar voz de Ash susurró en mi oído—. No te preocupes, te tengo.

Agotada, cerré los ojos, me acurruqué contra él y respiré su aroma a madera de cedro y a cálidas noches de verano. Su mano viajó hasta mi sien y me apartó un mechón de cabello rojo de la cara. Dejé que se saliera con la suya.

Lo logramos. Lo logramos de verdad.

Me permití un momento para deleitarme con la cercanía de Ash, con lo que una vez tuvimos y nunca volveríamos a tener.

Solo unos segundos, me dije. *Unos pequeños momentos robados.*

Pero no lo conseguí. Porque Ash me soltó de golpe y me golpeé con un doloroso porrazo contra las duras tablas del suelo de madera.

ESO REALMENTE FUE SUFICIENTE BOLAS DE FUEGO

—¡Juniper! ¿Va todo bien?

La voz preocupada de Amber llegó a mí a través de un velo. Parpadeé aturdida, mirando al lugar donde Ash acababa de estar de pie.

Se había ido.

—¿Qué… qué pasó? —pregunté confusa, frotándome las doloridas rodillas, que sobrevivieron más mal que bien a mi inesperado impacto.

—No lo sé. —Amber sacudió la cabeza emocionada—. Ash estaba allí, y luego se desvaneció en el aire otra vez. Se ha ido, Juniper.

—Sigo aquí —oí la voz resignada de Ash detrás de mí. Estaba sentado en la mesa con las gafas de laboratorio y las piernas colgando—. Lo siento, no quería dejarte caer. Pero parece que ese *plonk* que bebiste no funcionó bien. ¡Qué asco! Parece que de verdad quieres deshacerte de mí.

—Volvió a mi cabeza —informé a Etienne y Amber con un suspiro frustrado, mirando a mi alrededor como si Ash pudiera reaparecer en la habitación en cualquier momento.

—¡Fascinante!

Los ojos de Etienne brillaron como si acabara de hacerle el mayor de los regalos con mis palabras. Dio largas zancadas hacia una de sus estanterías, sacó un libro tras otro y los hojeó mientras murmuraba en voz baja para sí mismo.

—¿Estás bien? —preguntó Amber.

Asentí, aunque no estaba del todo segura. La repentina cercanía de Ash me dejó desconcertada por completo. Mientras estuvo atrapado en mi cabeza, no lo sentí real, como si me lo estuviera imaginando. Era fácil pasar por alto el hecho de que hacía tiempo que no éramos amigos. Pero ahora me preguntaba qué pasaría si conseguíamos sacarlo de mi cabeza. ¿Volvería a burlarse de mí, a gastarme bromas y a convertir los meses que me quedaban en la Academia de Verano en un infierno?

Aunque Ash podía leer cada uno de mis pensamientos, no dijo nada. Seguía sentado en la mesa con las gafas de laboratorio, mirando delante de él.

Me puse en pie y me quité el polvo de los pantalones cortos de lino.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —pregunté, porque ya no quería jugar a *Tal vez sí, tal vez no…*

Etienne levantó el dedo índice para silenciarme con un *shh*, pero luego volvió a bajarlo. Sus ojos se desviaron hacia la puerta, atentos y cautelosos.

—Hay alguien ahí.

—¿Dónde?

Amber y yo le seguimos hasta la puerta, que abrió una rendija para asomarse. Escuché pasos, pero no eran ellos los que llamaron la atención de Etienne. El sonido de las varas sonoras que colgaban del techo entró lentamente en mi conciencia. Se movían al ritmo con el viento, a pesar de que no había ventanas abiertas.

—Un sistema de alerta temprana —explicó Etienne, que debió notar mi mirada—. He hecho mía la magia elemental.

Era impresionante, sin duda. Pero parecía que teníamos otros problemas en ese momento, porque Etienne no parecía que las visitas inesperadas fueran algo cotidiano para él.

—¿Quién crees que está ahí fuera? —susurré.

—No lo sé —respondió Amber tensa—. ¿No puede Ash salir y echar un vistazo?

—Hola, no soy un fantasma. Estoy atado a Juniper, y hasta que ella no quiera dar un paseo por ahí, no puedo hacer nada.

Me ahorré pasar del comentario de Ash. Estaba claro que no era el momento adecuado para discutirlo.

Etienne nos empujó a través de la puerta.

—Si atrajeron la atención de los revenants hacia mí, que Dios se apiade de ustedes —gruñó molesto mientras formaba una bola de fuego en su mano.

No me atreví a seguirle. En lugar de eso, me acerqué a la rendija de la puerta y fijé la mirada en la hierba y los árboles de alrededor, intentando distinguir una figura entre todo el verdor. El corazón me latía desbocado. ¿Etienne estaba equipado contra un ataque de retornados? ¿De verdad lo habían localizado? No podía imaginarme que hubiera pasado desapercibido todos estos años para ser atacado justo ahora.

—¡Mira!

Amber estiró el brazo y señaló un punto situado diagonalmente a nuestra izquierda. Las chispas bailaban bajo el sol de mediodía como pequeñas luciérnagas. Reconocí un afro negro entre las hierbas.

Jasper. Ese era Jasper.

—¡Etienne, para! —grité en un esfuerzo desesperado por evitar lo inevitable.

Pero ya era demasiado tarde. Había lanzado una bola de fuego en dirección a Jasper. El lanzamiento de Etienne fue preciso. Oí el grito horrorizado de Jasper y las maldiciones de Nate. Entonces un chorro de llamas salió disparado entre las hierbas.

—Retornados —Etienne comentó con gravedad, sus ojos brillaban con determinación—. Ya me lo imaginaba.

Ya estaba formando otra bola de fuego. Al parecer, era más del tipo de atacar primero y preguntar después. Me apresuré a empujar la puerta y le puse la mano en el brazo para impedir que lanzara la bola de fuego.

—Son nuestros amigos, Etienne. Son magos fénix.

—Y creo que acabas de convertir a uno de ellos en un montón de cenizas —comentó impasible Amber, que también me siguió.

Etienne nos miró un momento con el ceño fruncido, preguntándose si debía creernos. Luego se encogió de hombros y

dejó que la bola de fuego que tenía en la mano desapareciera con un crujido.

—Se lo merece por aparecer aquí sin avisar y escabullirse entre los arbustos.

Refunfuñando, desapareció en el interior de la cabaña.

Amber levantó los brazos y los agitó como si quisiera indicarle a un helicóptero dónde aterrizar.

—¡Pueden salir, chicos! No más bolas de fuego. Lo prometo.

—Bueno, yo no estaría tan segura de Etienne —murmuré mientras veía a Nate caminar hacia nosotros a través de la hierba alta.

Jasper le siguió a distancia. Tenía hollín en la mejilla y parecía muy cabreado.

—Es la segunda vez que ardo en llamas hoy. Gracias a ti también —se quejó mientras se limpiaba la mejilla con brusquedad, lo que no hizo más que empeorarla.

—¿Cómo nos encontraron? —quise saber y rebusqué en los bolsillos de mis pantalones cortos de lino un pañuelo, que entregué a Jasper.

Nate le dio una palmada en el hombro.

—Después de escapar de los revenants, las buscamos al otro lado del río. Pero aparte de un caimán y unas cuantas arañas bien feas y asquerosas, no había nada que encontrar. Entonces descubrimos las pseudo luciérnagas. Era como si nos hubieran estado esperando. Nos trajeron hasta aquí —relató.

—¡Qué suerte!

Amber se rio, pero Jasper la miró furibundo.

—Nos dejaron atrás.

—Creíamos que ya eran mayorcitos y podían cuidarse solos —me burlé de él, pero Jasper no parecía estar de humor para bromas. Obviamente, quemarse más de una vez al día era malo para el humor.

—¿Al menos tuvieron éxito o no? —refunfuñó, señalando con la cabeza la puerta tras la que Etienne desapareció.

—Solo casi —admití a regañadientes—. Etienne intentó mantenernos a Ash y a mí separados, pero no funcionó.

—¿Cómo que *no funcionó*? —preguntó Jasper mientras se frotaba el hollín de la mejilla con el pañuelo y lo miraba como si fuera su némesis personal.

—Estuvo fuera un rato, pero ahora está de nuevo dentro de ella —resumió Amber con pocas palabras—. Quiero decir, en su cabeza —añadió rápido, al notar las sonrisas lascivas que se dibujaron en los rostros de los chicos—. Está en su cabeza.

El hecho de que lo enfatizara así no lo mejoró. Se me calentaron las mejillas.

—¿Así que ahí está? —inquirió Jasper, estirándose, y Nate se rio con gana—. A lo mejor le gusta dentro de ella.

—Él no. Él… —tartamudeé, segura de que mis mejillas acababan de pasar del rosa pálido al rojo vivo.

—¿Sí? —preguntó Ash, su tono era pura provocación. Me rodeó con pasos lentos hasta que se detuvo frente a mí con los brazos cruzados y las cejas levantadas. La sonrisa de su cara era aún más amplia que la de sus amigos—. ¡Sigue hablando, Juniper!

—¡Dejen ya esa chachara hormonada y entren! —me rescató Etienne, asomando la cabeza por la puerta el tiempo suficiente para poner los ojos en blanco de esa forma teatral que tenía—. Esto es insoportable.

Le seguimos, los chicos aún riendo en voz baja.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jasper, después de mirar las gafas de laboratorio de Etienne con perspicacia—. ¿No hay forma de volver a separar a Juniper y Ash?

—Yo no he dicho eso —respondió Etienne con una expresión de profunda indignación—. Pero necesitaremos algo que tenga mucha magia.

—¿Qué? —quise saber.

Etienne se encogió de hombros, como si no fuera a hacer estallar una bomba en la sala con sus siguientes palabras.

—Un fragmento del rubí del sol.

—¿Un qué?

Mis amigos se quedaron literalmente boquiabiertos y yo tuve que controlarme para no mirar a Etienne como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Un fragmento? —repetí despacio, pronunciando cada una de las letras, y Etienne asintió—. ¿Del rubí del sol?

—¿Estoy bromeando o qué? Eso es lo que acabo de decir.

—Sí. Pero eso no lo hace menos absurdo.

Atónita, negué con la cabeza. El rubí solar fue quien le dio a la sacerdotisa del sol sus poderes. Por eso pudo abrir el portal entre los mundos. El rubí era el culpable de la existencia de los retornados. ¿Y le necesitábamos a él entre todos para sacarme a Ash de la cabeza?

—¿Qué sugieres? —le pregunté a Etienne, incapaz de contener mi sarcasmo—. ¿Deberíamos hacer una visita a la sacerdotisa del sol y robar su santuario?

Etienne me dedicó una sonrisa estrecha e inescrutable.

—No deberías robar la piedra entera, solo un pequeño fragmento o un poco de polvo de rubí. No recomendaría más que eso. El rubí solar es muy poderoso y puede corromper a su dueño con mucha facilidad. Y, créeme, la sacerdotisa te perseguiría hasta el fin del mundo si robaras la piedra entera. Pero tendrás que decidir por ti sola si lo haces y cómo.

—¿No hay otra manera? —pregunté, ignorando la sensación de un inminente ataque de pánico.

Etienne arrancó una pelusa imaginaria de su chaqueta a cuadros blancos y negros.

—Ninguna que yo conozca. Pero, por supuesto, eres libre de buscar a otro mago fénix que practique el vudú y tenga mis conocimientos.

Sonaba petulante, pero por desgracia Etienne tenía razón: era nuestra única esperanza.

Miré a mi alrededor, tratando de calibrar el estado de ánimo de mis amigos. Amber parecía querer dar media vuelta, pero Jasper y Nate parecían decididos. Ash estaba apoyado contra un árbol, mirándose las uñas con aparente interés, lo que me decía que toda su atención estaba en lo que estaba escuchando, pero quería dejar la decisión en nuestras manos.

Asentí con la cabeza.

—Muy bien. ¿Y qué hacemos cuando tengamos el fragmento? ¿Volvemos aquí?

Etienne levantó las manos en señal de defensa.

—Gran Dios, no. ¿Crees que quiero albergar a un par de ladrones fugitivos que se han llevado las posesiones más preciadas de la Sacerdotisa del Sol? Prepararé una poción que podrás llevar contigo. Tú, Juniper, llévatela junto con el Fragmento de Rubí Solar y sacaremos a Ash de tu bonita cabecita.

—Esta bien. —Me froté el muslo nerviosa, luego miré a mi alrededor—. ¿Cuándo nos vamos?

—No tan rápido —intervino Etienne antes de que nadie pudiera responder—. Primero tengo que preparar una nueva poción. Eso podría llevar unas horas. Me falta un ingrediente que tengo que restaurar primero.

Jasper suspiró, una mezcla de frustración e impaciencia.

—¿Y qué hacemos mientras tanto?

Etienne le dirigió una mirada indulgente.

—¿Qué tal si preparas un buen plan para sobrevivir a tu visita a la sacerdotisa del sol?



Etienne nos describió el camino hacia la sacerdotisa del sol y la mejor manera de llegar a ella sin ser vistos. Sin embargo, y ahí estaba el truco, no sabía dónde guardaba el rubí solar con exactitud. Esto cambió la perspectiva de su sugerencia de idear un plan y nos planteó un nuevo reto. Decidimos que tendríamos que improvisar.

—Así que nuestro plan es no tener un plan —comentó Jasper con un irónico encogimiento de hombros.

A él no parecía importarle, pero a mí me preocupaba que nuestros amigos se pusieran en un peligro casi incalculable por Ash y por mí. ¿Merecía la pena? ¿Deberíamos volver a la Academia de Verano y pedir ayuda? Pero, ¿y si no nos creían? A parte salimos de la academia sin autorización, y no nos dejarían salirnos con la nuestra por segunda vez. No, estábamos solos y teníamos que probar suerte.

Mientras Etienne volvía a desaparecer detrás de su mesa de laboratorio, nosotros pasamos el tiempo. Me di una larga ducha, que solo detuve cuando Etienne me advirtió en voz alta que no malgastara su agua. Amber, Nate y Jasper hicieron lo mismo. Lavamos la ropa y la colgamos para que se secara al sol de la tarde. Envuelta en una toalla, con el suave golpeteo de la ducha y el inquietante murmullo del pantano como música de fondo, ojeé la colección de libros de vudú y magia elemental que Etienne estaba acostumbrado a leer mientras intentaba prepararme internamente para nuestra próxima tarea.

El sol se deslizaba por el horizonte despacio, bañando la marisma circundante con largas sombras oblicuas que hacían que los nudosos árboles y la densa maleza parecieran aún más amenazadores. Etienne se movió de su mesa de laboratorio detrás de la estrecha barra de la cocina y puso una gran olla de gumbo. El aroma sabroso, picante y un tanto terroso pronto llenó la habitación y mi estómago gruñó impaciente mientras tomábamos asiento alrededor de la mesa de comedor, demasiado pequeña. Llenamos los platos con avidez y nos zampamos el guiso.

Etienne nos observó moviendo la cabeza.

—Ya va siendo hora como que se vayan. A este ritmo, se van a devorar todas mis provisiones.

En respuesta, Jasper se metió media rebanada de pan en la boca de una vez.

—¿Cómo se consiguen comestibles aquí? —preguntó, masticando —. Quiero decir, si habrá algún *Walmart*, ¿verdad?

—¡Respeta la mesa! —le reprendió Etienne mientras se limpiaba la boca con una servilleta de color lila—. Y es tan sencillo. Solo es de abrir un portal a tu mundo y conseguir lo que necesito. Y por si hay alguna duda: jamás iría a una tiendita de descuentos —añadió con un resoplido.

Me pregunté si algo de lo que tenía aquí para vivir las habría pagado —todas ellas sin duda muy caras—, pero no me atreví a preguntar.

En su lugar, le hice la otra pregunta que me rondaba por la cabeza:

—¿Por qué te quedaste en el pantano? ¿Nunca quisiste volver a nuestro mundo?

Etienne resopló. Un sonido despectivo que anticipaba la respuesta.

—¿Para ser esclavizado allí?

¿Esclavizado?

Le miré con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir?

Dejó la cuchara a un lado con un movimiento preciso antes de apartarse de la mesa y cruzar las piernas.

—Bueno, ¿sabes lo que les pasó a esos magos fénix que fueron liberados de las garras de los revenants?

—Vienen a la Academia de Verano —le contesté.

Asintió sombrío.

—Así es. Son entrenados como combatientes, les guste o no. La libertad me parece diferente.

Nunca lo pensé de esa manera, pero era cierto. Mientras que las brujas tienen la opción de dar la espalda a la eterna batalla contra la Sacerdotisa del Sol, los magos fénix no. Están atados a la Academia de Verano por el resto de sus vidas.

Recordaba a Ash llegando a la Academia por aquel entonces. Un chico perturbado que apenas sabía dónde estaba o cuáles eran sus poderes. Le encerraron en una jaula porque temían que pudiera hacer daño a alguien. En principio, él y los demás magos fénix seguían viviendo en esa jaula, aunque él ya no tenía varita.

—Es un honor poder luchar por la Academia de Verano —dijo Jasper con convicción. No había discusión en su voz.

Nate asintió con la cabeza.

Etienne parecía querer replicar, pero se limitó a sonreír con ironía.

—Bien, si es así como lo ven…



El ambiente se mantuvo tenso durante el resto de la velada. Aunque Jasper y Nate se mordieron la lengua antes que admitirlo, las palabras de Etienne surtieron efecto en ellos. Se retiraron temprano a una de las habitaciones laterales que Etienne les ofreció para dormir. Mientras el mago fénix volvía a su poción, Amber y yo nos sentamos un rato en la veranda a contemplar la puesta de sol.

—¿Alguna vez has pensado en dejar la Academia de Verano? ¿O abandonar después de graduarte y no unirte a la Guardia Fénix? —le pregunté.

Mi mejor amiga contemplaba pensativa el juego interminable de luces rojas y naranjas que cubrían los marrones y verdes terrosos del paisaje circundante.

—Puedo entender por qué Etienne se retiró del mundo humano. No todo el mundo nace para luchar.

—Bueno, esperemos que haya nacido para hacer la poción que me librará de Ash —respondí en un intento de aligerar el ambiente.

Amber asintió con confianza.

—Parece que sabe lo que hace. Y después de todo, ya los separó una vez, aunque solo fuera un momento. Eso fue bastante intenso, ¿no?

Pensé en cómo estuve entre los brazos de Ash y cómo me dejó caer de repente. Por un momento pensé que lo hizo a propósito y me vinieron a la mente todos los momentos en que me había humillado.

—Sí, fue intenso —admití en voz baja y agradecí que Ash me dejara en paz, aunque tal vez estuviera leyendo cada pensamiento que pasaba por mi cabeza.

Estaba sentado en la rama baja de un árbol, con la cabeza apoyada en el tronco y los ojos cerrados. La luz del sol poniente brillaba cálida sobre su cabello rubio plateado y trazaba las líneas de su prominente mandíbula.

—¿Estás bien, Juniper? —quiso saber Amber.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta antes de responder con voz tensa:

—No. Pero estaré bien cuando Ash y yo volvamos a estar separados al fin.

EL CINE DE MI CABEZA NECESITA UNA CLASIFICACIÓN POR EDADES

Me desperté al sentir los labios de Ash sobre los míos, sus dedos recorriendo mi piel desnuda, acariciándome. A la luz de la luna que caía por la ventana de la pequeña habitación sobre la cama de Amber y la mía para pasar la noche, me incorporé y respiré con dificultad. Fue un sueño, y desde luego no inocente.

No era la primera vez que tenía sueños así. Pero era la primera vez que Ash estaba en mi cabeza y se daba cuenta de todo.

La vergüenza se apoderó de mí y me arriesgué a echarle un vistazo con la esperanza de que estuviera dormido. Pero estaba apoyado en la puerta de la habitación, con las piernas dobladas, mirándome. No pude leer la expresión de su cara, pero me puso nerviosa. Tan nerviosa que me levanté sin más y salí no solo de la habitación, sino también de la cabaña de Etienne. Necesitaba un poco de aire fresco… y tanta distancia como pudiera conseguir con Ash en la cabeza.

Cuando salí, una brisa suave me envolvió las piernas desnudas. Los grillos cantaban y la luz de la luna bañaba el pantano con un resplandor plateado. Cansada, me desplomé en el porche con los brazos alrededor de las rodillas. Debido al calor, solo llevaba ropa interior y un top de lino verde oscuro. Ahora mismo, no me parecía suficiente. No porque tuviera frío, sino porque podía sentir los ojos de Ash clavados en mí. Me estaba siguiendo. Por supuesto que lo hacía. Apenas tenía otra opción.

—¿Sueñas así a menudo? —preguntó con una voz gutural que rompió el silencio entre nosotros.

El calor subió por mis mejillas. ¿Por qué no podía dejar mi sueño sin comentar? ¿Fingir que nunca lo vio? Pero tenía que avergonzarme. Probablemente le llenaba de satisfacción que la chica a la que le estaba haciendo la vida imposible aún quisiera arrancarle la ropa.

—No lo hace —dijo.

—¿Qué?

Confundida, levanté la vista hacia él. Sus ojos azules hielo se posaron en mí con una delicadeza inusual.

—No me llena de satisfacción.

Me aparté de él, con la mirada fija en el suelo de madera, mientras tragaba saliva.

—Es bueno saberlo.

¿Por qué demonios tenía que oír cada uno de mis pensamientos, cada emoción, cada sentimiento? Me sentía tan a su merced, tan vulnerable.

Ash se aclaró la garganta.

—No pensé que seguirías pensando en mí después de todo este tiempo —confesó en voz baja—. No me gusta.

Con ese *no me gusta*, quizá se refería a que estaba pensando en su lengua deslizándose por mi boca mientras sus manos recorrían mis pechos desnudos...

Dios mío, ¿no hay un interruptor de apagado para este cine en la cabeza?

Desesperada, enterré la cara caliente entre las manos e intenté no pensar en todo lo que acababa de hacer que mi sueño fuera mucho más excitante.

No lo logré.

En lugar de eso, las imágenes se hicieron más vívidas cuando Ash se sentó a mi lado en el porche, con las piernas dobladas y los musculosos brazos apoyados en los muslos. Sus vaqueros grises y sus Chucks negras entraron en mi campo de visión. Su brazo estaba tan cerca del mío que creí sentir el contacto de nuestras pieles, un

cosquilleo cálido que se extendía por todo mi cuerpo, aunque eso era imposible.

—No te avergüences —dijo, con la voz todavía extrañamente ronca.

—Claro. —Me reí con amargura—. Apuesto a que te lo estás pasando como nunca. La estúpida Juniper con las tetas de sultana se te antoja.

Ya está. Lo dije. Si Ash iba a leer todos mis pensamientos de todos modos, también podría decirlo en voz alta.

El silencio reinó por un momento.

—No eres estúpida, lo sabes de sobra —dijo entonces, y sonó como si se le estuvieran saltando las lágrimas por dentro al decir esas palabras—. Y me encantan tus senos. Son perfectos. Como todo en ti.

Decía la verdad. Lo sentía en lo más profundo de mi corazón. Y, sin embargo, después de todo lo que había pasado entre nosotros, no podía creerlo. Resoplando, acerqué un poco más las piernas a mi cuerpo, acurrucándome como si pudiera protegerme de los sentimientos que se abatían sobre mí.

Ash se pasó los dedos por el pelo rubio plateado en un gesto que parecía casi desesperado.

—¿Qué tengo que hacer para que me creas?

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. ¿Regresar el tiempo?

Suspiró por lo bajo.

—Créeme, ojalá pudiera. Ojalá pudiéramos volver al día en que nos tumbamos en el jardín de la Academia de Verano y miramos las estrellas. Ojalá pudiera besarte como tanto deseé y abrazarte tan fuerte que no pudiera soltarte.

Escuchaba tanto deseo en lo que decía que mi cuerpo empezó a temblar.

Era demasiado.

Lo que dijo. La forma en que me miraba. Quería creerle, pero no podía… no, *no me lo permitía*. Él solo rompería mi corazón de nuevo, y esta vez no estaba segura si podría recoger los pedazos.

—No podemos volver atrás —dije con voz temblorosa—. Y aunque pudiéramos, no somos los mismos de entonces.

—No, no lo somos.

Parecía triste. Pero, ¿por qué, si era él quien cambió todo entre nosotros?



Al amanecer, cuando los pájaros empezaron a piar y la oscuridad se retiró por los bordes del cielo, nos pusimos en marcha. Yo llevaba el frasco con la poción que Etienne me preparó y la bolsa de plástico con las cenizas de Ash. Ambas cosas las guardé con sumo cuidado en una bandolera. A Nate y Jasper les dio dos mochilas con provisiones para el viaje.

—Quiero asegurarme de que no vuelvan a aparecer por aquí —dijo Etienne cuando se las entregó, y conociéndole ya, no bromeaba.

Amber seguía sin estar convencida de nuestro plan. Se notaba por la forma en que se detenía y miraba a su alrededor, como si tuviera que obligarse a dar un paso delante de otro.

Ralenticé mis pasos y retrocedí un poco hasta caminar a su lado. Caminábamos codo con codo bajo la luz difusa de la mañana, que se reflejaba en la superficie del suelo musgoso. Volvía a hacer un calor agobiante y el sudor se me acumulaba en la frente. Me lo limpié con el dorso de la mano y miré de reojo a Amber.

—Oye, nos las arreglaremos —le dije, más confiada de lo que me sentía, y le dirigí una sonrisa alentadora.

No me respondió nada. Mi amiga, por lo general tan decidida, parecía tímida y eso me inquietó. Parecía haber intercambiado papeles conmigo. Ahora era yo quien seguía adelante con valentía y ella era la que dudaba.

—¿Qué ha sido de la chica que nunca evita una aventura? —le pregunté, dándole un codazo en el costado.

Suspiró.

—Supongo que nos hemos dado cuenta de que esto no es una aventura. Nos han perseguido unos bichos, un caimán ha intentado comernos, Etienne casi te envenena con esa poción y ahora

queremos hacer una visita a la sacerdotisa del sol. ¡Esto es una locura, Juniper!

Cuando lo dijo así, sonó algo más que una locura. Sonaba a que todos hubiéramos perdido la cabeza sin reservas y sin previo aviso.

—Tengo que hacer esto —dije, y casi sonó como una disculpa—. Si hay la más mínima posibilidad de sacarme a Ash de la cabeza, tengo que aprovecharla. Pero si no quieres venir, lo entiendo. Quizás Nate pueda acompañarte de vuelta.

Amber sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿De qué tonterías estás hablando? No te voy a dejar sola. Pero tienes que admitir que todo esto es una locura.

—Sin duda.

Solté una risita incontrolable y Amber me miró irritada de reojo.

—¿Qué pasa?

—Oh, nada. Solo sigo imaginándonos marchando hacia la casa de la sacerdotisa del sol y diciéndole que estoy poseída por un fantasma y que me gustaría tomar prestado su rubí del sol por un momento.

Lo absurdo de lo que estábamos planeando era tan abrumador que no pude evitar reírme de ello. Era mejor que entrar en pánico, que habría sido una opción.

—Bueno, al fin y al cabo, hace un par de siglos que lo tiene. Así que es justo que lo preste ahora —comentó Amber encogiéndose de hombros.

Nos miramos y nos echamos a reír.

—Eh, ¿qué es tan gracioso? —quiso saber Jasper y se volvió hacia nosotras—. Nosotros también queremos reír.

—Nada —gritó Amber—, será mejor que miren el camino que tienen por delante. Queremos llegar a la sacerdotisa del sol a tiempo para el té.

Las caras de confusión de los chicos nos hicieron reír aún más y, por un momento, olvidamos nuestras preocupaciones. No sabía si sobreviviríamos a esto de una pieza. No sabía si conseguiríamos robar el fragmento de rubí solar y sacar a Ash de mi cabeza. Pero tenía a mi mejor amiga a mi lado, y a Jasper y Nate, que en realidad no eran tan malos.

No te olvides de Ash, susurró una voz en mi cabeza que intenté ignorar. Ya me ocuparía de él cuando llegara el momento y lo tuviera delante en carne y hueso.

SALTO DE COCODRILO PARA USUARIOS AVANZADOS

—Parece que hemos alcanzado nuestro objetivo.

Jasper, que se había adelantado, se detuvo y señaló con la cabeza el enorme edificio que se alzaba en medio del pantano. Tenía dos plantas y un amplio porche de madera cubierto y sostenido por vigas. La hiedra trepaba salvaje e incontrolable por las paredes de la villa. La hierba que rodeaba la propiedad crecía en frondosos manojos que se mecían con el viento. Crecía tanto que casi ocultaba los escalones que conducían a la puerta principal de la villa.

Me agaché junto a los demás en los juncos, agotada por las seis horas de caminata que tuvimos. Me dolían los músculos, la ropa se me pegaba al cuerpo y tenía las manos ásperas y sucias de las innumerables veces que me tuve que agarrar a raíces y juncos ásperos para no caerme. La humedad del pantano flotaba en el aire y lo único que deseaba era refrescarme: una ducha o, al menos, una limonada helada.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró Amber mientras se sacudía un mosquito que se había acomodado en la parte superior de su brazo —. No podemos entrar ahí y preguntar si podemos coger un trozo de rubí solar.

Gemí y me sequé el sudor de la frente.

No, entrar no era una buena idea.

Colarse era más probable.

Etienne nos dio a Amber y a mí esta mañana un polvo que suprimía nuestro olor a bruja. Nos sirvió de camino hasta aquí. Varias veces pasamos junto a chozas habitadas por retornados. Viviendas destartaladas encaramadas sobre pilotes en el agua, sus puertas y ventanas adornadas con artefactos extraños: amuletos oxidados, plumas y huesos que soplaban y susurraban al viento. Eran casi tan espeluznantes como sus habitantes: monstruos de piel cenicienta y ojos muertos que parecían haberse despojado casi por completo de su humanidad con el paso del tiempo. La pólvora consiguió que no se fijaran en nosotros. Pero no estaba segura de querer probar los límites de sus efectos paseándome por la boca del lobo, sobre todo porque la poción no podía hacernos invisibles.

—¿Creen que guarda ahí el rubí del sol? —pregunté, tratando de distinguir algo detrás de las ventanas de la villa.

Jasper se encogió de hombros.

—Si no ha construido un altar para ella en algún lugar del pantano, asumiría que está allí. Si yo tuviera una piedra que me diera tanto poder, definitivamente la mantendría cerca de mí.

Nate asintió con la cabeza.

—Deberíamos esperar y vigilar la villa primero —sugirió—. De momento, no tenemos ni idea de quién entra y sale de allí.

Parecía un plan sensato, aunque no tuviera el menor deseo de acuclillarme aquí, entre los juncos, bajo un calor abrasador. Pero, ¿qué no harías para deshacerte de un compañero de piso no deseado?

—¿Qué piensan?, ¿deberíamos separarnos? —preguntó Nate—. Amber y yo podríamos vigilar la villa. Bueno, solo si tú quieres. También puedo ir con Jasper… o…

Tartamudeó y se ruborizó, provocando una sonora carcajada de Jasper.

—¡Ahora bésala para que podamos concentrarnos en las cosas importantes otra vez!

Nate se pasó las manos por los rizos castaños enmarañados, a todas luces avergonzado, con los ojos fijos en Amber y luego en el suelo, como si esperara que se abriera un agujero y se lo tragara.

—¡Vamos, Juniper, dejemos que los dos tortolitos resuelvan esto por su cuenta! Quiero tener una visión general del panorama.

Jasper soltó el bombazo y ahora salía corriendo; sigiloso pero eficaz, tenía que reconocerlo. Le dirigí a Amber una mirada medio sonriente, medio arrepentida, antes de seguirle.

Empezamos a explorar los alrededores de la villa, pero no llegamos muy lejos. La parte trasera estaba completamente rodeada de marismas, tan profundas que temías quedarte atascado en el barro a los pocos pasos.

—Parece que tendremos que llamar a la puerta principal después de todo —suspiré.

—O podríamos hacer como James Bond en *Vive y deja morir* y saltar sobre los cocodrilos —sugirió Ash, que caminaba a mi lado.

Llevaba las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros, parecía recién duchado y no le había afectado el calor, lo cual era injusto.

Miré a mi alrededor en busca de Jasper, que se adelantó y ahora examinaba la zona con la precisión de un botánico aficionado, antes de responder:

—Nunca he visto la película.

Ash enarcó las cejas.

—¿No has visto una de las mejores películas de James Bond de todos los tiempos? Entonces no solo tienes una laguna en tu educación, sino también una clara falta de formación en supervivencia —respondió.

—¿Ah, sí? No sabía que saltar cocodrilos era parte del entrenamiento de supervivencia.

—Debería formar parte de ello. Después de todo, esta habilidad ahora podría hacer o deshacer todas nuestras vidas.

Ash asintió con seriedad y yo me llevé el dedo a los labios en un gesto pensativo.

—Tienes razón. Deberíamos hablar con el director Wilkins sobre esto cuando volvamos. ¿Quién necesita *karate avanzado* cuando puedes aprender a saltar cocodrilos?

—¿Has encontrado algo? —preguntó Jasper, acallando al instante las bromas entre Ash y yo.

Volvió hacia nosotros, con un palo en la mano que debía de haber cogido en alguna parte, y con el que hurgaba en la maleza como si así pudiera encontrar el rubí del sol.

—No. —Miré a mi alrededor con culpabilidad, encubriendo el hecho de que apenas si presté atención a mi entorno durante mi conversación con Ash—. Parece que… ¡espera! ¿Qué pasa con esa ventana?

Señalé una ventana entreabierta en un lateral de la casa. Estaba oculta tras unos juncos, por eso no me di cuenta antes. Pero parecía que se podía llegar con los pies razonablemente secos, sin saltar por encima de los cocodrilos.

Jasper y yo nos acercamos para examinarla más de cerca. El marco estaba marcado por la intemperie y la pintura se había desconchado.

—Podría ser una manera de entrar en la casa —se dio cuenta—. Pero está muy oscuro ahí dentro. No puedo ver nada. Podríamos caer justo a los pies de la sacerdotisa del sol o de uno de los revenants si entramos por ahí.

Eso sí que era un problema, al igual que el sol, que parecía más implacable a cada minuto que pasaba. No podríamos quedarnos aquí mucho más tiempo. Suspirando, me aparté un mechón de cabello sudoroso de la cara.

—¡Volvamos con Amber y Nate y veamos si han descubierto algo!



Amber y Nate parecían estar fuera de sí mientras observaban la mansión. Cuando Jasper y yo volvimos, se encogieron de hombros y Amber se mordió el labio inferior —podría jurar que estaba hinchado y enrojecido—.

—Había unas cuantas mujeres con uniforme de criadas, pero no vimos a nadie más —informó Nate mientras trataba de domar sus rizos, que estaban aún más despeinados que de costumbre—. Ni guardias ni nada.

Bueno, al parecer la mujer más poderosa del mundo no necesitaba eso. Hacía siglos que las brujas y los magos fénix no luchaban juntos contra la sacerdotisa del sol. Las bajas fueron tan numerosas que en el futuro solo se limitaba a luchar contra los retornados que cruzaban al mundo humano. Un punto muerto con el que, al parecer, ambas partes estaban satisfechas.

—Hay una zona en la veranda que no se ve desde fuera —dijo Amber, señalando una especie de invernadero con vidrieras opacas —. Las criadas han estado viniendo y yendo a cada rato. Sospechamos que la sacerdotisa del sol se aloja allí.

—Puede ser que sí. —Jasper asintió con satisfacción—. Juniper encontró una buena ventana por la que podemos entrar en el edificio. Aunque no pudimos ver dentro.

Bueno era la exageración del siglo. Me froté las sienes.

—Seamos claros: no estamos seguros de quién está en la casa, aparte de algunas criadas. Tenemos una ventana que no sabemos a dónde conduce. Y no tenemos ni idea de dónde está el rubí solar. ¿Me he olvidado de algo más?

Los demás negaron con la cabeza.

—Bien —continué—. Entrar ahí es, tal vez, el plan más estúpido y menos pensado que se nos pudo ocurrir. Pero, ¿hay otro?

Se volvieron a agitar las cabezas.

—¿Quién se apunta? —pregunté levantando la mano.

Jasper siguió mi ejemplo sin vacilar, luego Nate y finalmente Amber se unió con un suspiro.

—De acuerdo, bien. Me apunto.

—¿Soy el único que sigue en sus cabales aquí? —protestó Ash—. No puedes entrar ahí y esperar que todo salga a tu favor, así de milagro.

—¿Tienes una idea mejor? —le pregunté, ganándome unas cuantas miradas de incomprensión hasta que los demás se dieron cuenta de que estaba hablando con el mago fénix en mi cabeza.

—No, no tengo ninguna —admitió Ash a regañadientes—. Pero…

—Sin peros. Es cuatro a uno. Eso lo decide.

—¡Eh, amigo! No deberías haber empezado con la tía Celeste si no querías nuestra ayuda —intervino Jasper en nuestra

conversación.

Ash cruzó los brazos frente a su pecho mostrándose hosco.

—Si hubiera sabido que ibas a convertir esto en una misión suicida, no habría mencionado a la tía Celeste en absoluto.

—¿Nos vamos ya o qué? —interrumpió Amber, que ya estaba harta de la acalorada discusión, de la que solo era consciente a medias.

Jasper asintió e hizo un gesto de invitación. Me sentí aliviada de que aquello fuera el final del asunto. Pero mientras abandonábamos nuestra cobertura para escabullirnos hacia la ventana abierta de la villa, yo también empecé a tener dudas. Estaba poniendo a mis amigos en grave peligro. ¿De verdad merecía la pena?

—Tal vez debería entrar sola primero y ver qué tal está todo ahí dentro —sugerí.

Al menos así solo ponía en peligro mi propia vida.

—De ninguna manera. —Amber negó con la cabeza, indignada—. ¿Y si te encuentras con un retornado ahí dentro, o con la mismísima sacerdotisa del sol? Es poco probable que les impresiones solo con tus movimientos de kárate. O vamos todos o no va ninguno.

Estaba a punto de echarme atrás y decir que *ninguno de nosotros iba.* Pero Jasper ya estaba en la ventana y la empujó hacia arriba.

—No hay nadie —anunció—. Parece un comedor.

Me puse a su lado para echar también un vistazo al interior. La habitación era grande. En el centro había una enorme mesa de comedor y sillas de madera de caoba pulida. Encima colgaba una enorme lámpara de araña con forma de sol. El papel pintado de color burdeos parecía de seda. A lo largo de las paredes de la sala había vitrinas con valiosos artefactos y objetos antiguos.

—¿Está el rubí del sol entre ellos? —preguntó Jasper en voz baja.

—¿Quieres decir que lo guarda en el comedor entre máscaras de vudú y jarrones de oro?

Nate sacudió la cabeza con incredulidad. Tampoco podía imaginarlo. Al fin y al cabo, el rubí solar era el santuario de la sacerdotisa del sol y no solo un bonito artefacto.

—Deberíamos entrar antes de que nos vean —sugirió Amber, echando una mirada incómoda por encima del hombro.

—No, no deberíamos —protestó Ash, pero Jasper ya estaba trepado por la ventana.

Las tablas del suelo crujieron bajo sus pies y se detuvo, sobresaltado. Pero nada se movió en la casa.

—¡Vamos!

Mi corazón dio un vuelco mientras lo seguía, y no ayudó que Ash murmurara:

—Esto es estúpido. Demasiado estúpido —para sí mismo como si pudiera detenernos con magia.

¿Estaba segura de que era una buena idea? Por supuesto que no. ¿Podría echarme atrás ahora? Lo dudaba.

Amber examinó las vitrinas del comedor mientras Jasper se acercaba a la puerta de nuestra derecha y echaba un vistazo al exterior.

—La cocina —informó en un susurro.

—Bueno, desde luego no va a guardar el rubí del sol en el horno —comentó Nate con una sonrisa nerviosa.

—¿Qué hay detrás de la otra puerta?

Jasper señaló con la cabeza la puerta del otro lado de la habitación. Como estaba más cerca, giré con cuidado el pomo y la abrí un poco. Detrás había un pasillo con una escalera de madera oscura y sinuosa que conducía al piso superior.

—Parece que…

El chirrido de una puerta me interrumpió. Me agaché de golpe al reconocer la silueta de una mujer que caminaba por el pasillo con pasos apresurados. Una criada. Llevaba en las manos una bandeja de plata con un servicio de té. La observé con la respiración contenida y el corazón palpitante, rezando para que no quisiera entrar en esta habitación.

Jasper había dado un paso silencioso detrás de mí. Sin girarme para mirarlo pude notar su tensión, cómo se preparaba para atacar a la mujer y abatirla si entraba aquí. Teníamos que ser rápidos si no queríamos llamar la atención.

Durante unos segundos, estuve segura de que el infierno se desataría en cualquier momento. Pero la criada pasó junto a nosotros hacia la puerta principal y salió. Sus pasos resonaron en el porche cuando la puerta se cerró tras ella.

—Estuvo cerca.

Exhalé un suspiro de alivio y me volví hacia los demás. Nate estaba colocado frente a Amber, dispuesto a protegerla. Tenía la cara pálida.

—Será mejor que volvamos a ponernos en marcha —sugirió con voz apagada.

Amber asintió con la cabeza. El pánico se reflejaba en su rostro.

Tenían razón: este lugar era demasiado peligroso. Quise cerrar la puerta del pasillo tras de mí, pero algo me detuvo. Había una suave vibración en el aire. Un poder que me llamaba con un susurro.

—¿Oyen eso? —pregunté.

—¿Qué quieres que oigamos?

Amber me miró interrogante. Los demás también podía ver que no tenían ni idea de lo que estaba hablando. Pero yo lo sabía: era el rubí del sol.

—¡Espérenme aquí! —ordené y me escabullí por la puerta hacia el oscuro pasillo.

Dejé atrás la callada protesta de Amber. No había tiempo para discutir. No si podía conseguir una esquirla del rubí solar y salir de aquí antes de que nadie se diera cuenta.

Seguí las escaleras hasta el primer piso, intentando ignorar las espeluznantes caras talladas en la madera de la barandilla. Nada en esta casa gritaba *bruja malvada* como las bocas abiertas para gritar y las llamas de madera enmarcando los rostros distorsionados.

Los escalones gimieron y crujieron bajo mis pies, pero todo en la casa permaneció en silencio. Tal vez tuve suerte y la sacerdotisa del sol y sus sirvientes estaban fuera, en el porche acristalado.

La extraña vibración se intensificó cada vez más cuando llegué al final de la escalera. Parecía provenir de mi interior, como si una fuerza poderosa hiciera vibrar mis huesos. Una poderosa energía fluía por mi cuerpo y aceleraba mi pulso.

A la izquierda. Por la puerta de la izquierda.

Hice una pausa. La voz en mi cabeza no sonaba como Ash. Era un silbido suave, parecida a cuando enciendía una cerilla. ¿Era el rubí solar o me estaba volviendo loca?

—Lo primero. Yo también lo escuché —comentó Ash sobre mis pensamientos.

Caminaba en diagonal detrás de mí, vigilando nuestro entorno. Era bueno tenerlo a mi lado, aunque no pudiera hacer nada para protegerme en caso de ataque.

Con una inhalación nerviosa, me volví hacia la izquierda, con los ojos fijos en la oscuridad del pasillo que tenía delante. Esta parte de la casa era más estrecha, casi opresiva, con las paredes cubiertas de papel pintado de seda verde esmeralda. De las paredes colgaban máscaras emplumadas y figuras de mimbre, cuyas grotescas formas parecían crisparse en la penumbra, y me miraban con fijeza mientras me acercaba a la puerta y rodeaba el pomo con la mano. Me invadió el calor. No era el calor de un caluroso día de verano, sino algo más antiguo y primitivo. Algo que parecía venir directo del infierno.

—No tienes que hacer esto, Juniper —me dijo Ash, con voz urgente—. Vuelve con los demás. Todavía puedes salir de aquí antes de que alguien se fije en ti.

—¿Y entonces vivirás en mi cabeza para siempre? Eso no suena muy atractivo —respondí en voz baja.

—Encontraremos otra manera.

Pero no lo haríamos, de eso estaba segura. Y por eso tenía que abrir esa maldita puerta ahora, aunque cada célula de mi cuerpo se resistiera y mi mente me gritara que no lo hiciera.

La habitación que había detrás era un estudio con un enorme escritorio y una silla intimidantemente grande detrás que parecía más bien un trono. En la pared de al lado se encontraba una vitrina con un solo objeto: un collar de oro con una gran piedra engarzada en un colgante que brillaba en tonos rojos, naranjas y amarillos. El aire a su alrededor parecía palpitar.

El rubí del sol. Tenía que ser él.

Me aventuré unos pasos dentro de la habitación para ver más de cerca la piedra. Era hermosa y su poder llenaba la habitación, fluyendo a través de mí hasta la punta de los dedos de los pies y

atrayéndome mágicamente. Era como caminar hacia un precipicio, sabiendo que iba a caer, pero incapaz de resistirme. Y en el centro de esta experiencia, al borde de este abismo metafórico, se sentía una sensación increíble: una mezcla de miedo y asombro, belleza y terror. Un trozo de sol, dorado, a pocos centímetros de mí.

—¡Ten cuidado, Juniper! —advirtió Ash—. Ya sabes lo que dijo Etienne.

Asentí con la cabeza.

Solo una esquirla. Solo me llevaría un fragmento. No quería que la sacerdotisa del sol y sus seguidores me persiguieran, ni que el poder de la piedra me corrompiera. Ya tenía bastantes problemas. Podía prescindir de un viaje de poder.

En mi bandolera estaba la poción y una lima de uñas que Etienne me dio. Una herramienta sencilla, pero bastaría para conseguir una minúscula astilla… o al menos un poco de polvo de rubí. Con mano temblorosa, alcancé la lima mientras con la otra abrí la vitrina.

—Es único, ¿verdad?

La voz que provenía de la oscuridad a mis espaldas me hizo estremecer. Era profunda y melódica, y cada una de sus palabras estaba teñida por un rico acento sureño que añadía una dimensión extra de intensidad y amenaza a lo que decía. Mis hombros se tensaron, los músculos de mi espalda también, listos para huir. Pero no había escapatoria.

Sin darme la vuelta, ya sabía quién estaba detrás de mí. Sentí su presencia abrumadora, la fuerza bruta que emanaba de ella, el fuego que ardía en su interior. No cabía duda: entré en la guarida de la leona y ahora me enfrentaba a ella.

25

CAFÉ CON LA SACERDOTISA DEL SOL

—Yo... yo no... —balbuceé mientras todo mi cuerpo temblaba.

Cada músculo, cada tendón se tensó hasta el límite. El miedo se apoderó de mí con una mano helada e implacable y me oprimió la garganta. El martilleo de mi corazón resonaba salvaje e implacable en mis oídos. Era una presa, atrapada y a merced de otros, y la parte racional de mi cerebro obviamente se quedó muda en ese momento. Solo me quedaba un pensamiento incesante: *ifuera, vete, sal de aquí!*

—¿No pensabas profanar mi precioso rubí solar con una lima de uñas? —terminó mi frase la sacerdotisa del sol, y había una diversión en su voz que no encajaba en absoluto con la situación. Pero entonces me dirigió una mirada aguda que me atravesó como una flecha—. ¿Quién eres? —exigió saber. Sus palabras se clavaron en mi piel en pequeños fragmentos de cristal, cortantes e implacables.

—Juniper… Juniper Harper —pronunció con dificultad.

—¿Por qué no le das tu dirección también? —gruñó Ash indignado, como si mi nombre pudiera decirle algo a la sacerdotisa del sol que aún no hubiera adivinado. Yo era una bruja, así que lo más probable era que perteneciera a la Academia de Verano, ella también lo sabía.

—Junípero Herper —repitió despacio la sacerdotisa del sol, cambiándome el nombre—. ¿Y qué haces en mi casa, Junípero Herper?

Con una respiración profunda y temblorosa, me obligué a girarme hacia ella y mirarla directamente. Era una figura impresionante. Alta y esbelta, con el cabello negro y brillante y la piel oscura con un brillo dorado. Llevaba el cabello a lo afro, recogido con una diadema del mismo color rojo anaranjado que su largo vestido de cuello alto.

Pero no fue su pelo ni su vestido lo que me hipnotizó, sino los tatuajes que adornaban su cuerpo. Marcas rúnicas del color del fuego que parpadeaban en llamas vivas. Una danza casi hipnótica que me asustó y fascinó a partes iguales.

El mismo fuego vivía en sus ojos. Irradiaban un calor que danzaba alrededor de sus pupilas oscuras y me produjo un escalofrío. Con un estremecimiento di un paso atrás y choqué con la vitrina que tenía detrás de mí.

—Cuidado, hija mía. Sería una pena que te hicieras daño.

Los ojos de la sacerdotisa del sol brillaron un poco más y me habría quedado ciega de no haber reconocido la advertencia en ellos. Su preocupación no era por mí, sino por su piedra preciosa.

El miedo rugía en mi interior como un animal salvaje, pero lo enjaulé e intenté concentrarme solo en lo esencial. La sacerdotisa del sol se interponía entre la única salida y yo. Tenía que encontrar la forma de distraerla.

Metí la mano en la vitrina en un santiamén. Mis dedos temblorosos agarraron el collar con el rubí solar y lo arrojé con todas mis fuerzas a un rincón del estudio.

—¿Qué haces? —chilló la sacerdotisa del sol y corrió hacia el rubí, que cogió con la devoción de una madre que salva a su hijo de una caída.

Aproveché los segundos de distracción y eché a correr. Corrí tan rápido como me permitieron mis pies, pasé junto a la sacerdotisa del sol, atravesé el lúgubre pasillo y bajé las escaleras. Era mi única oportunidad de escapar de esta pesadilla y no iba a desaprovecharla.

—¡Huyan! ¡Huyan! —grité con todas mis fuerzas. Mi voz resonó por toda la casa: una advertencia, una súplica desesperada.

Esperaba que Amber, Jasper y Nate pudieran escuchar mi llamada y ya estuvieran escapando, pero no podía estar segura. ¿Y

si reaccionaban demasiado tarde? ¿Y si la sacerdotisa del sol los atrapaba?

Resbalé en el último peldaño de la escalera y caí de rodillas. Un dolor agudo me recorrió el cuerpo, pero lo ignoré. Ash estaba a mi lado mientras luchaba por ponerme en pie.

—Más rápido, Juniper. ¡Maldita sea, date prisa! —me instó.

Corrí hacia delante, atravesé la puerta principal de la villa y salí al exterior. El resplandor del sol me cegó, bañando mi mundo en un destello de blanco y dorado mientras saltaba los escalones del porche y corría, corría y huía. La hierba y los juncos me azotaban las piernas desnudas, y el aire estaba tan caliente que cada respiración era una agonía. Pero lo ignoré. Ignoré el dolor punzante de mis pulmones, ignoré el ardor de mis músculos.

Lejos. Lejos de aquí.

Pero no llegué lejos. El fuego bloqueó mi camino. Sin previo aviso, me vi atrapada en un círculo de llamas abrasadoras que saltaban metros hacia el cielo. El calor era insoportable: una bestia viva y hambrienta que se abalanzara sobre mí. Sentía que podía abrasarme la piel en cualquier momento, reducirme a cenizas.

—¿De verdad creíste que podías escapar de mí? —La voz melódica y casi burlona de la sacerdotisa del sol se abrió paso entre el crepitar ensordecedor y el siseo de las llamas.

Me recorrió un escalofrío de miedo. Volví la cabeza y miré a través del parpadeante muro de fuego. La silueta de la sacerdotisa del sol era más que reconocible, oscura y amenazadora. Cruzó el porche con una lentitud deliberada, como si estuviera dando un relajado paseo dominical, imperturbable ante el caos y la destrucción que la rodeaban. No tenía prisa. Las llamas no me daban la oportunidad de moverme ni un milímetro, y ella lo sabía.

Se detuvo unos metros delante de mí. Su mano acarició el collar con el rubí solar. Se lo había vuelto a poner con calma, a pesar de mis intentos desesperados por alejarme de ella. Nunca tuve oportunidad.

—¡Por favor! —susurré sofocada—. Por favor…

No quiero morir. No aquí, no ahora, no así.

Con un gesto despreocupado, la sacerdotisa del sol levantó la mano y chasqueó los dedos… y así, sin más, se acabó. Las llamas se apagaron como si su fuerza vital se hubiera extinguido, y ya no sentí que me quemaba viva. Pero el recuerdo del calor, el dolor y el miedo permanecieron en un testimonio ardiente de su poder.

—Bueno, ¿qué tal una taza de té? Así podremos charlar.

La sugerencia de la sacerdotisa del sol fue tan inesperada que me quedé mirándola. Pero no parecía esperar respuesta. En lugar de eso, se apartó de mí con la falda arremolinada, segura de que la seguiría. Y la seguí. De todos modos, otro intento de escapar sería inútil, como acababa de demostrar de forma impresionante la sacerdotisa del sol.

Resultaba irónico: al fin y al cabo, ahora me iban a chismorrear el café, algo sobre lo que Amber y yo estuvimos bromeando durante todo el trayecto. Pero ya no le encontraba la gracia. En su lugar, mis pensamientos desesperados se centraron en cómo iba a salir viva de esta.

De mala gana, seguí a la sacerdotisa del sol hasta el colorido invernadero de cristal donde debía de estar sentada antes. Olía a plantas exóticas. La luz del sol se reflejaba en mil colores brillantes en las gruesas ventanas y una pequeña fuente chapoteaba con suavidad. Era un oasis de paz y belleza, un contraste chillón con la amenaza latente que flotaba en el aire.

—Por favor, siéntate.

La sacerdotisa del sol señaló un sillón de ratán junto a una mesita con una taza de porcelana humeante. Al parecer, había perturbado su merienda con mi robo inacabado. El aroma agridulce del limón y la bergamota me llegó a la nariz cuando accedí a su petición y me senté en el sillón. Mis ojos vagaron inquietos por la taza de té medio llena, con una rodaja de limón flotando en ella y un pequeño cuenco de plata con azúcar.

—¿Y bien? ¿Qué te trae por aquí? —quiso saber la sacerdotisa mientras tomaba asiento frente a mí en un segundo sillón de ratán.

Parecía una pregunta inofensiva. Una charla entre amigos que hacía tiempo que no se veían y que ahora se encontraban por casualidad. Pero no éramos amigas, éramos enemigas mortales, y

por eso esta hora del té parecía el encuentro más extraño de todos los tiempos. Alicia en el País de las Maravillas habría sentido envidia.

—Yo… —empecé, pero luego me callé y miré impotente alrededor del magnífico invernadero.

Si hablaba de Ash ahora, podría ponernos a ambos en mayor peligro. Después de todo, era un mago fénix. ¿Qué haría la sacerdotisa del sol para poner sus manos sobre alguien como él? La idea me hizo estremecer, aunque el aire que nos rodeaba era cálido y pesado.

—Hija mía, la única razón por la que sigues viva es mi curiosidad. Así que harías bien en satisfacerla —señaló la mujer mientras cogía la taza de porcelana.

Se lo llevó a los labios y bebió un sorbo, la calma en persona, mientras me escrutaba con sus ojos brillantes.

Una sombra apareció por el rabillo del ojo. Una figura que llevaba una bandeja de plata con una sola taza de porcelana que tintineaba con cada uno de sus pasos arrastrados. Me estremecí cuando una mujer vestida de criada entró en mi campo de visión. Su rostro estaba pálido y demacrado, su cuello extrañamente delgado y sus ojos negros vacíos, como si miraran a un abismo interminable. Un fino hilo de saliva le colgaba de la comisura de los labios, y cuando se inclinó hacia delante para dejar la taza frente a mí, su cabeza se inclinó hacia un lado de un modo tan extraño que temí que rodara por sus hombros.

—Es espantosa a la vista, ¿verdad? —La sacerdotisa del sol, que se percató de mi horror, hizo la pregunta con una sonrisa burlona que hizo la escena aún más horripilante—. Pero Mathilde ya tiene más de trescientos años y, como todos mis hijos, la quiero a pesar de sus defectos.

Se levantó y acarició casi con cariño el apagado pelo gris de la retornado. Una estrecha sonrisa de agradecimiento apareció en el rostro de la criada antes de alejarse arrastrando los pies.

Sabía que los revenants podían envejecer mucho. Igual que sabía que perdían su humanidad con el paso de los años. Pero verlo con mis propios ojos era otra cosa. Sentí como si me arrancaran el suelo de debajo de los pies.

Ash también se puso pálido.

—Dios me libre de llegar a ser tan viejo —murmuró, antes de pasarse los dedos temblorosos por el pelo rubio plateado, en un intento de desterrar de su mente el horror de aquel encuentro.

—Bueno, ¿qué me hace el honor de tu visita, Junípero Herper? —preguntó la sacerdotisa cuando Mathilde hubo desaparecido y ella volvió a sentarse.

Parpadeé, intentando desterrar la perturbadora imagen de la retornado que se había grabado a fuego en mi memoria. Mi mente trabajaba a toda carrera. ¿Qué mentira podría decirle a la sacerdotisa del sol que no me enviara directo a la tumba?

—¡Háblale de mí! —instó Ash—. Tienes que hablarle de mí, solo así te dejará vivir. Puede que incluso te ayude a mantenernos separados. Ya has visto su comedor: la sacerdotisa del sol es una coleccionista. ¿Y qué posesión más valiosa podría tener que un mago fénix?

Y esa era exactamente la razón por la que no diría una palabra. Así que ignoré a Ash.

La sacerdotisa del sol se recostó en su sillón.

—¡Échate una mano, hija mía! ¿Por qué no debería matarte justo ahora, mejor?

La pregunta quedó suspendida en el aire. Sus ojos brillaban amenazadores con la silenciosa seguridad de que sería una muerte lenta y dolorosa.

—Juniper, no te hagas la heroína ahora —me imploró Ash—. Si ella te mata, ambos estamos muertos.

Era un buen argumento. Sin embargo, apreté los labios con fuerza.

—Está bien. —Con cierta resignación, la sacerdotisa del sol cogió la cucharilla de plata que estaba junto a su taza y la sumergió en el delicado cuenco de azúcar blanca y granulada.

La observé mientras mezclaba el azúcar con el té, con un movimiento preciso, pero demasiado lento. Sabía que yo esperaba su juicio y se estaba tomando su tiempo para emitirlo. Fijé los ojos en sus pendientes en forma de lágrima, intentando mirar a la sacerdotisa del sol sin tener que devolverle la mirada, a las

pequeñas piedras engarzadas en ellos, que brillaban rojas, naranjas y amarillas a la luz. No, no hablaría. Y no me dejaría intimidar por sus juegos mentales. Como mucho un poco…

—Como imaginarás, no me gusta encontrar huéspedes no invitados en mi villa —comenzó la sacerdotisa tras dar otro sabroso sorbo a su té—. Y puesto que no puedes o no quieres dar una respuesta, no veo razón para perdonarte la vida.

Una bola de fuego apareció en su mano, una amenaza tan tangible que ya no pude ignorarla.

—¡Juniper! —gritó Ash.

Percibí su pánico, una ansiedad desesperada que no hizo sino intensificar la mía. Si no hacía nada ahora, pronto no sería más que un montón de cenizas, una incómoda mancha en el conservatorio de la sacerdotisa del sol que Matilde tendría que barrer.

Es una coleccionista, oí a Ash en mi mente y luego la voz de la sacerdotisa del sol: *Mathilde ya tiene más de trescientos años y, como todos mis hijos, la quiero.*

Esto era: el salvavidas que estaba buscando. Le ofrecería a la sacerdotisa del sol algo que ella deseaba más que cualquier otra cosa.

—¡Para! ¡Espera! —gemí, cada sílaba entrecortada e insegura. Esto podía salir muy mal, pero no tenía otra opción. Así que pronuncié las únicas palabras que podían salvarme—: Sé dónde está Etienne Moreau.

—¿Tú?

La sacerdotisa del sol entrecerró los ojos. La bola de fuego seguía bailando en su mano, pero logré despertar su interés, podía sentirlo. Etienne era una leyenda entre los magos fénix, y para una coleccionista como ella, tenía un valor incalculable. Por no mencionar que también era uno de sus *hijos*, el *hijo pródigo*, por así decirlo.

—¿Y cómo voy a saber que dices la verdad? —me preguntó la sacerdotisa del sol con una mezcla de curiosidad y suspicacia.

—Esto es de él.

Saqué de la bandolera el pequeño bote de polvos rosas que Etienne nos regaló a Amber y a mí. Me sentí una traidora cuando lo

puse en manos de la sacerdotisa del sol. Abrió la lata con una mirada escéptica y la olió.

—Interesante. Una mezcla de vudú y magia elemental. En realidad solo conozco a un mago que podría crear algo así. ¿Dónde está?

—Si tienes un mapa del barrio, te lo enseño —le dije.

—¿Qué estás haciendo? —Ash sonaba horrorizado, pero ya no había vuelta atrás.

Tú también has visto sus pendientes. Ya sabes lo que me traigo entre manos, respondí en mi mente.

—Pero eso no significa que apruebe tu plan, Juniper. ¡Esto es pura locura!

El genio y la locura van de la mano.

—Ni para tanto.

Piensa.

Ash empezó a despotricar, pero bloqueé su voz en mi cabeza. Tenía que concentrarme si quería sobrevivir a esto. La sacerdotisa del sol no se dejaría llevar tan, así como así.

—Bien, entremos en la casa —dijo—, luego me enseñas dónde puedo encontrar a Etienne Moreau.

Su voz no admitía objeciones. Asentí obediente.

—De acuerdo.

Nos levantamos. Me temblaban las piernas mientras seguía a la sacerdotisa por el porche. Por fortuna, no se volvió para mirarme. Parecía segura de que no intentaría escapar de nuevo, y no iba a hacerlo. La sensación de las llamas abrasándome la piel seguía demasiado presente. Pero la falta de atención de la sacerdotisa del sol me daba otra ventaja. Con el pulso acelerado, metí la mano en mi bandolera y saqué la bolsa de plástico que contenía las cenizas de Ash.

—¡No hagas eso! —le oí gritar, pero para entonces ya había volcado la ceniza por encima de la barandilla de madera que rodeaba la veranda. Se arremolinó con el viento y finalmente se posó entre las hierbas altas.

Era un plan imprudente el que hice, pero si salía bien, liberaría al menos a uno de nosotros de esta pesadilla.

Me preguntaba dónde estarían ya Amber, Nate y Jasper. La sacerdotisa del sol no los mencionó en absoluto, así que suponía que consiguieron salir de la villa a tiempo.

Mi mirada recorrió la salvaje marisma que se extendía ante mí: los verdes cipreses musgosos, los altos juncos y el suelo fangoso. Por un momento, me permití albergar la esperanza de no estar sola. Que mis amigos estuvieran haciendo planes para liberarme de las garras de la sacerdotisa. Luego volví a concentrarme en la tarea que tenía por delante: los pendientes en forma de gota de la sacerdotisa del sol, con pequeñas piedras engarzadas en el centro.

No eran piedras cualquiera: los pendientes brillaban en los mismos tonos de rojo, naranja y amarillo que el rubí solar. No necesitaba robar un collar, no una piedra centenaria cuyo poder se corrompiera y de algún modo fuera capaz de hablarme. Todo lo que necesitaba era uno de los pendientes que llevaba la sacerdotisa del sol. Y encontraría la forma de conseguirlo.

QUEMA PEOR QUE CUALQUIER CHILE

No tenía intención de traicionar a Etienne. Todo lo que necesitaba era tiempo. Y lo conseguiría cuando la Sacerdotisa del Sol enviara a alguien a buscar a Etienne Moreau… en el lugar equivocado, por supuesto.

Ash parecía tenso. No le parecía muy bien mi plan, ya lo había dejado claro. Pero para ahorita ya sabía que sus protestas no me impedirían llevarlo a cabo.

Seguí a la sacerdotisa del sol por la escalera de caracol con espeluznantes tallas de madera hasta su estudio. La vitrina que contenía el collar con el rubí solar estaba cerrada, presumiblemente por un sirviente. No quedaba nada que me recordara mi fallido intento de fuga. Sin embargo, me sentí incómoda al volver a estar aquí. La habitación me recordaba mi fracaso. Había seguido la llamada del rubí solar por impulso y nos puse a todos en peligro.

La sacerdotisa del sol se acercó a un antiguo armario de madera de caoba pulida, sacó un mapa enrollado y lo extendió sobre el escritorio.

—¡Muéstrame! —ordenó—, ¡Muéstrame dónde se esconde Etienne Moreau!

Era un mapa de las marismas, dibujado a mano y ya un poco amarillento. Me incliné sobre él y fingí estudiarlo con detalle. La sacerdotisa del sol esperaba, con los brazos cruzados delante del

pecho, impaciente y calculadora. Sentía su mirada penetrante sobre mí. Me quemaba peor que un chile ardiendo en el fuego.

—¿Para qué querías mi rubí solar? —exigió saber, y percibí sospecha en su voz.

La pregunta estaba justificada, pero me pilló desprevenida.

—Te convirtió en la mujer más poderosa del mundo —murmuré sin mirarla—. Yo solo quería un pedacito de ese poder.

No era del todo mentira. Solo me callé para qué quería usar este poder: para sacarme de la cabeza a Ash, que ahora estaba apoyado en la pared junto a la puerta y vigilando nuestra conversación.

La sacerdotisa del sol soltó una carcajada.

—No pareces alguien que ansíe el poder —objetó con sorna.

Ahora la miraba después de todo, dejando que mi mirada se deslizara sobre ella con una aparente calma que no poseía. Un torbellino de emociones se desataba en mi interior. Mi estómago se rebelaba y mi pulso había alcanzado cotas insospechadas.

—Y tú no pareces una bruja de trescientos años que haría cualquier cosa por tener un mago fénix en su poder —contraataqué, sin que mi voz fuera más que un suspiro.

—*¿Un mago fénix*? —La sacerdotisa del sol soltó una risita—. ¿Crees que eso es todo lo que es Etienne Moreau? Querida niña, no sé qué pretendías hacer en realidad con mi rubí solar, pero de una cosa estoy segura: eres aún más ingenua de lo que pensaba.

Intenté que no se notara mi confusión, pero fue inútil. Era evidente que no tenía ni idea de lo que hablaba la sacerdotisa del sol.

—Deja que te ilumine —continuó, rodeando el escritorio en el que me encontraba como un depredador rodea a su presa—. En la Academia de Verano te enseñan magia elemental, pero ¿te dicen quién te dio esos poderes?

Asentí con la cabeza. Nunca nos ocultaban este conocimiento, aunque planteara algunas preguntas incómodas.

—Fueron *ellos.* Antes de ser quemados en la hoguera en el siglo XVII, tenían magia elemental y pudieron transmitirla a sus seguidores. Nosotros somos los descendientes de esos seguidores.

—Sí. —Hizo una mueca despectiva—. Y todos ustedes son una decepción. Tus poderes ni los de tus compañeros ya no son lo que eran antes. Todo lo que son capaces de hacer es crear algunas runas y rogar a los elementos que los ayuden a destruir a los retornados. Eran capaces de someter a los elementos. Pero mira en lo que se han convertido ahora.

Todo bien, fuimos una decepción para la sacerdotisa del sol. Podría vivir con eso. ¿Pero qué tenía eso que ver con Etienne?

Volví a mirar el mapa mientras esperaba a que la sacerdotisa del sol siguiera hablando. Dio otra vuelta alrededor del escritorio con una lentitud angustiosa antes de continuar.

—Perdí mi don en el fuego, pero la piedra me dio uno nuevo: el poder del fénix. Volví a resurgir de las cenizas y desde entonces puedo crear revenants. Pero no es nada comparado con el poder que me arrebataron. Durante años, intenté acceder a mi magia elemental, para transmitirla a mis seguidores… pero no funcionó. Hasta el día en que transformé a Etienne Moreau.

Las palabras que dijo Etienne volvieron a mí: *hice mía la magia elemental.* Habló de un sistema de alerta temprana que creó y no le presté mucha atención. Ahora sí, porque aquella frase me decía más cosas sobre Etienne de las que me había imaginado.

—Es un mago fénix que puede utilizar la magia de los elementos —susurré asombrada, y la sacerdotisa del sol asintió con la cabeza.

—Así es él. Etienne es único. Y tú me lo vas a devolver. Entonces, ¿dónde está?

Las llamas de sus ojos parecieron encenderse, una advertencia que no tenía por qué decir en voz alta y que me hizo pasar los dedos sobre el mapa con dedos temblorosos y movimientos inquietos.

—Yo… no estoy segura. Todo parece igual. ¿Puedes mostrarme dónde estamos ahora?

La sacerdotisa del sol soltó un sonido de desgana antes de inclinarse también sobre el mapa. Este era el momento que estaba esperando, la oportunidad perfecta para el siguiente paso de mi plan.

Nunca había robado nada. Bueno, tal vez unas cuantas pinzas para el pelo de la habitación de mi mejor amiga cuando tenía ocho

años, pero eso dudaba de tomarse en cuenta para convertirme en una experta en robar. Y robar un pendiente de la oreja de otra persona me parecía más que atrevido. Pero también era mi única oportunidad. Por suerte, no veía ningún cierre complicado que tuviera que abrir.

—Ten cuidado —me advirtió Ash—. Si te pilla…

No tuvo que terminar la frase. Me imaginaba lo que pasaría entonces. En ese entonces me prohibieron ver la tele durante un día entero por las pinzas para el cabello que robé, así que estaba más que segura que esto no acabaría tan a la ligera si esta señora me cachaba.

—Estamos aquí.

La sacerdotisa del sol señaló un punto en el centro del mapa. Me agaché a su lado, tan cerca que mi pelo rozó su hombro. Si le pareció extraño que de repente la abrazara, no lo dijo. Recé para que no sospechara nada, y recé para que de alguna manera saliera de todo esto de una pieza.

—Si esta es la villa… ¿Es ahí donde está el gran río?

Señalé una masa de agua marcada mientras levantaba la otra mano hacia su oreja con mucho cuidado. Mis dedos rozaron el pendiente y, con dedos temblorosos y el corazón palpitante, conseguí quitárselo. Sin que nadie se diera cuenta, lo metí en mi bandolera.

—Sé lo que te traes entre manos —dijo la sacerdotisa del sol, enderezándose con tal brusquedad que me estremecí.

Todo en mi interior se congeló. Se dio cuenta de que le robé el arete. Claro que se dio cuenta. ¿Cómo podía pensar que había nacido para ser una maestra en el hurto? Un estremecimiento me recorrió de pies a cabeza ante la idea tan estúpida que tuve. Una idea bien estúpida. Y ahora Ash y yo pagaríamos el precio.

—¡Cálmate, Juniper! —escuché la voz de Ash en mi cabeza como una influencia calmante en medio de la furiosa tormenta de mis pensamientos.

—Lo siento… —empecé, pero me interrumpió la sacerdotisa del sol.

—Estás tratando de ganar tiempo.

Ok, definitivamente no era la acusación que esperaba, pero hizo que mis acelerados latidos se calmaran un poco.

—Sí… no, yo… solo necesitaba un momento para orientarme en el mapa, pero ya lo he encontrado. ¡Mira, aquí! Ahí es donde tienes que buscarlo.

Señalé al azar un punto del mapa. Quizá demasiado al azar. Los ojos de la sacerdotisa del sol se entrecerraron.

—Esta es la tierra pantanosa más profunda.

¡Joder!

—Por eso es un buen escondite —intenté disimular mi error—. Nadie lo buscaría allí.

A la sacerdotisa del sol le costó rebatirlo. Sus ojos se clavaron en los míos por un momento y resistí su mirada ardiente.

—De acuerdo —aceptó al fin—. Pero mientras no sepa con certeza si Etienne Moreau está allí, eres mi nueva invitada.

Asentí con la cabeza, aunque tenía un nudo en la garganta. Era eso lo que esperaba. Y esto lo que más temía. No era una victoria, solo un respiro. Un respiro en la calma que precedía a la tormenta.



La habitación a la que me llevaron era la más lujosa que hubiera visto nunca, con su opulento mobiliario, sus gruesas alfombras y su papel pintado de seda azul claro. Pero también podría haber sido una prisión. Cuando la sacerdotisa del sol cerró y atrancó la puerta tras de sí, esperé unos segundos antes de arrojar mi bandolera sobre la cama y rebuscar con frenesí dentro de ella.

No tenía tiempo que perder. La sacerdotisa del sol podía darse cuenta en cualquier momento de que le faltaba un pendiente, y entonces sospecharía de mí sin rechistar.

Mis dedos temblaron cuando mis manos se cerraron alrededor de la poción de Etienne y finalmente tocaron el pendiente. Sentí un ligero hormigueo en las yemas de los dedos. Tenía que ser la magia del rubí, pero no era ni de lejos tan fuerte como la que sentí antes en presencia de la piedra. Era la diferencia entre la descarga

eléctrica que recibes cuando tocas una valla de sauce y el suave crepitar cuando tu cabello se carga de electricidad.

Con un poco de habilidad, conseguí aflojar la piedra de su engaste. Busqué la lima de uñas, pero no estaba allí. ¿La dejé perdida durante mi desafortunado intento de fuga? Mi memoria era un caos, pero era más que probable. Nerviosa, miré alrededor de la habitación, buscando algo que pudiera ayudarme. ¿Debería romper la piedra?

Unos pasos se acercaron a la puerta de mi habitación.

¡Joder, joder, joder!

¡Haz algo, Juniper! Lo que sea.

Sin pensármelo dos veces, abrí el frasco de poción, me puse la piedra en la lengua y me la lavé con el brebaje mágico. Luego guardé el frasco vacío y el resto del pendiente en mi bandolera.

—¿Qué demonios, Juniper? —siseó Ash, mirando alarmado a un lado y a otro de la puerta de la habitación y a mí.

Se abrió y Matilde entró arrastrando los pies. La criada llevaba en las manos una bandeja con un gran vaso de agua y un bocadillo.

—Por si a la señorita le entra hambre —exhaló con voz delgada y dejó la bandeja sobre una cómoda que estaba junto a la puerta.

Gracias, pero acabo de comerme un trozo de rubí del sol y me pesa mucho en el estómago.

Le dediqué una sonrisa cortés, pero ella no me la devolvió. Con un giro torpe, giró sobre sus talones y cerró la puerta tras de sí.

Justo a tiempo, porque la mezcla de poción y rubí solar empezó a hacer efecto. Ardía como el fuego —no, más bien como el pinche infierno— en mi estómago. Caí de rodillas, con las manos cerradas en puños y mordiéndome la palma de la mano para contener el grito.

—¡Juniper!

Ash sonaba preocupado, casi con pánico. A través de un velo de lágrimas, lo vi agacharse frente a mí y colocar sus manos sobre mis rodillas con suavidad, o al menos intentarlo. La insinuación de un toque que debía darme fuerzas.

Me preguntaba si él podía sentir mi dolor como yo. ¿También estaba muerto de miedo? ¿Y por qué demonios seguía aquí? ¿No

funcionaba la poción? ¿Etienne hizo algo mal al prepararla?

—¡Juniper!

Arqueé la espalda cuando otra oleada de dolor me recorrió el cuerpo e introduje el puño más profundó en la boca. La sangre fluía entre mis dedos mientras mis dientes se clavaban cada vez más en la carne. Era como si mi cuerpo ardiera desde dentro. Como si todas mis terminaciones nerviosas ardieran al mismo tiempo.

Y de repente se acabó.

Lo que quedaba era un vacío tan abismal que me desplomé sin fuerzas. Me quedé tumbada con los ojos muy abiertos, mirando al techo e intentando concentrarme en mi respiración.

Adentro, afuera.

Adentro y afuera.

Con cada respiración, mis pensamientos parecían regresar, abriéndose paso a través del denso mar de niebla de mi conciencia. Llegaban lentamente, viscosos como la miel, pero llegaban. Seguía viva.

¿Y Ash?

—¿Ash? —pregunté en voz baja.

No hubo respuesta. Un pesado silencio flotaba en el aire, como una oscura cortina que se hubiera corrido entre nosotros.

—¿Ash?

El silencio continuó. Se fue. Lo intuí. El hecho de que no contestara lo convertía en una certeza.

Me incorporé con cuidado y me palpé el cuerpo. Todos mis miembros seguían en su sitio. Era algo inesperado después de haber estado segura de que iba a morir en cualquier momento, pero no iba a quejarme por ello.

Lo conseguí. Logré sacar a Ash de mi cabeza. De alguna manera tuve la esperanza de que me sintiera bien al estar finalmente a solas con mis pensamientos de nuevo, pero no fue así. Me sentía vacía. Solitaria.

Si todo hubiera ido bien, Ash habría resucitado junto al porche. Donde esparcí sus cenizas en secreto. Esperaba que no hubiera corrido directo a los brazos de la sacerdotisa del sol o de uno de sus

retornados. Y que encontrara a los otros. Tal vez juntos podrían sacarme de aquí.

Miré las marcas de los mordiscos que me dejé en la mano. Me escocían un poco, pero el dolor que me recorría el cuerpo consiguió remitir. Ahora lo único que podía hacer era esperar.

Esperar y desear.

¡UN HÉROE DE BRILLANTE ARMADURA, POR FAVOR!

Ash no vino.

Un vacío opresivo se extendió por mi pecho mientras miraba impotente por la ventana. El sol ya se inclinaba hacia el horizonte. Hacía que los colores del cielo brillaran como fuego líquido. Observé cómo los rayos de luz se abrían paso a través de las copas de los árboles circundantes y ponían acentos brillantes en la suave superficie de las aguas tranquilas.

Si no hacía nada, tal vez sería mi última puesta de sol. En cuanto la sacerdotisa del sol se diera cuenta de que la había traicionado, no tardaría en acabar conmigo. Esperaba que me rescataran, pero quizá había llegado el momento de tomar las riendas de mi destino.

Decidida, abrí la ventana y miré hacia abajo. Estaba en el primer piso. No era demasiado alto, pero sí lo suficiente como para romperme una pierna si aterrizaba mal. E incluso si conseguía sobrevivir a la caída, no sabía si algún retornado o algún círculo de fuego mágico estaría esperándome en los alrededores de la villa.

Pero aun así tenía que intentarlo.

Me armé de valor y balanceé una pierna a través del marco de la ventana, luego la segunda. Ya estaba hecho. Ahora solo tenía que bajar. Miré a mi alrededor en busca de un zarcillo de hiedra o un saliente, cualquier cosa a la que pudiera agarrarme, pero no había nada. Así que solo me quedaba una opción: bajar todo lo posible y luego saltar, antes de que alguien me descubriera.

No pienses en ello, Juniper. No pienses en ello.

Respiré hondo y reprimí la esperanza de que Ash apareciera después de todo. Era demasiado arriesgado esperar más. Mi héroe de deslumbrante armadura no llegaría, así que ahora tenía que hacer yo misma de heroína. De hecho, era cuestionable si alguna vez permitiría a Ash interpretar este papel después de todo lo que me hizo.

Me temblaban los brazos mientras me dejaba deslizar hacia abajo lo más despacio posible. Mis manos arañaban la áspera madera del marco de la ventana, reacias a soltarme.

Puedes hacerlo, Juniper, me dije a mí misma, aunque todo en mi interior me gritaba que volviera arriba, de vuelta a la engañosa seguridad de la habitación de invitados.

Lo conté.

Uno… dos… tres.

Luego me solté, reprimiendo un grito que quería salir de mi garganta.

Aterricé con los pies por delante y me doblé. Un dolor agudo me atravesó el tobillo e instintivamente, me encorvé, queriendo esperar a que el dolor remitiera, pero no tenía tiempo. Me puse en pie y avancé cojeando, alejándome de la villa y de la sacerdotisa del sol. A cada paso que daba, aumentaba mi esperanza de escapar de esta pesadilla. Solo tenía que llegar a los juncos. Me servirían de refugio.

Una bola de fuego.

Salió disparado por encima de mi cabeza por un pelo. Su siseo sonó en mis oídos e hizo que se me erizaran los pelos de la nuca.

Alguien reía como un niño. Cuando miré por encima del hombro, vi a Mathilde de pie junto al porche con su uniforme de criada, formando ya otra bola. Ladeó la cabeza de esa extraña manera que me hizo temer de nuevo que rodara por sus hombros y me saludó con la mano.

—¡Deja de jugar, Mathilde! —gruñó una voz masculina, y un gigante de anchos hombros emergió de entre las sombras de los árboles—. ¡Será mejor que me ayudes a atraparla de nuevo!

Por supuesto, la sacerdotisa del sol no se arriesgaría a dejarme sin vigilancia. ¿Cómo pude pensar eso por un momento?

Mathilde y el gigante empezaron a moverse, viniendo en mi dirección, los pasos de Mathilde arrastrando los pies, los de él pesados pero imparables.

¡Mierda!

El pánico se apoderó de mí mientras avanzaba cojeando, tambaleándome, directo hacia los espesos juncos. Los tallos me azotaron la cara y tiraban de mi ropa. Una bola de fuego se estrelló contra el suelo a menos de un metro de mí. El intenso olor a caña quemada me llenó la nariz. Intenté por todos los medios adentrarme en los juncos, pero el miedo y el dolor de tobillo me impedían coordinar mis movimientos.

—¡Sal, brujita! De todos modos, no tienes ninguna posibilidad —gritó el gigante. Su voz retumbó sobre los juncos.

Me detuve, sin apenas atreverme a respirar. Pude distinguir las siluetas de los dos retornados a través de los tallos. Caminaban un poco a mi derecha, escudriñando los alrededores. Si me movía ahora, los juncos empezarían a moverse y entonces me encontrarían.

—¡Ay! —Mathilde gritó como si hubiera recibido una de las bolas de fuego que iban dirigidas a mí.

La vi llevarse un dedo a sus finos labios y lamerse la sangre. Se cortó con un tallo. Se lo merecía. Pero esperar una muerte por corte de caña habría sido un poco prematuro.

—Podríamos incendiar los juncos y ella saldrá —sugirió el gigante, y aunque no podía verle la cara, oía la sonrisa cruel en su voz. Le gustaba la idea de fumigarme igual a una alimaña. Al parecer, tenía una vena especialmente sádica.

—¿Llamar a la sacerdotisa? —preguntó Mathilde, sus ojos se desviaron hacia la villa.

—¿Y decirle que nosotros mismos no estamos a la altura? Qué vergüenza. —El gigante escupió al suelo—. Atraparemos a esa maldita bruja. Y lo haremos a nuestra manera.

—La sacerdotisa la quiere viva —protestó Mathilde en voz baja, pero el gigante le hizo un gesto con la mano.

—Unas ampollas no la matarán —respondió con indiferencia, antes de lanzar una bola llameante por los aires con un movimiento

demasiado rápido.

Con un silbido espeluznante, la bola de fuego voló justo por encima de los juncos, lo bastante cerca como para que algunos de los tallos cercanos a mí se incendiaran. Siguieron dos bolas de fuego más, cada una con más potencia y precisión que la anterior. Las chispas bailaban a mi alrededor y los juncos ardían horrorosos.

Me tapé la boca con el dobladillo de la blusa para no inhalar demasiado el humo y los vapores. Las ganas de toser me dominaban. El sudor me caía por la frente y se me acumulaba en los ojos hasta nublarme la vista. Hasta que no pude seguir aguantando más. Me tambaleé hacia delante, alejándome de las llamas.

—¡Por ahí! —oí gritar al gigante.

Se puso en marcha con pasos fuertes, abriéndose paso entre los juncos. Mathilde lo siguió, con una bola de fuego en la mano extendida.

El puro instinto de supervivencia me obligó a ignorar el dolor en el tobillo y el ardor en la garganta. Corrí, a ciegas y sin dirección alguna. Tropecé entre los juncos hasta que, de repente, dos fuertes brazos me agarraron y tiraron de mí contra un pecho musculoso. Una mano me tapó la boca mientras me arrastraban al abrigo de los juncos. El fuego aún no llegaba hasta aquí.

Asustada intenté resistirme, pero el agarre alrededor de mi cintura no hizo más que aumentar.

—¡Quédate quieta, Juniper! Soy yo

¡Ay, Dios!

Mis piernas cedieron aliviadas y me hundí contra él. Me quitó la mano de la boca y me giró para que le mirara; me pasó los dedos por el pelo sudoroso y me lo apartó de la cara.

—¿Estás bien?

—Ahora sí.

Una sonrisa agotada se deslizó por mis labios. Ash vino. Y aunque tenía que admitirme a mí misma que no era mi héroe de brillante armadura, agradecía infinitamente su presencia en aquel momento.

—Nate y Jasper también están aquí. Están intentando detener a los revenants —me informó, con sus ojos azules hielo fijos en un

punto detrás de mí.

Me enderecé y seguí su mirada. Aún veía borroso, pero podía distinguir las rayas rojas y anaranjadas de las bolas de fuego que volaban en la penumbra.

—Tenemos que ayudarles —insté, pero Ash negó con la cabeza.

—Estarán bien. Tenemos que asegurarnos de sacarte de la línea de fuego. ¡Vamos!

Me cogió la mano, sus dedos cálidos y firmes sobre mi piel. Quise seguirle, pero mi tobillo cedió. Con un grito ahogado, caí de rodillas. Ash estuvo conmigo en un instante. Se agachó a mi lado. Su mirada inspeccionó mi cuerpo en busca de heridas.

—¿Tu pierna? —preguntó mirando en esa dirección.

—Mi tobillo —confirmé, apretando los dientes para reprimir el dolor.

—Así que no estás bien, joder. Entonces, ¿por qué dijiste que lo estabas? —Su voz era ronca por la preocupación y la rabia, y lo miré interrogante.

Ash se pasó una mano por el pelo rubio plateado.

—Lo siento… Es tan duro no saber de repente lo que piensas o sientes.

Sentía un vacío desde que Ash ya no estaba en mi cabeza. ¿Lo sentía él también? ¿Echaba de menos la cercanía que creció entre nosotros tanto como yo?

¡Contrólate, Juniper! Solo está siendo amable contigo porque estás herida y ambos están en peligro.

Tragué saliva y me concentré en el camino que teníamos por delante.

—Para ser sincera, no estoy segura de hasta dónde puedo caminar con el tobillo —admití a regañadientes.

Ash resopló.

—Yo diría que ni siquiera es seguro que camines con él. Súbete. Te llevaré a caballito.

—Pero…

—Sin peros. No tenemos tiempo para discutir esto. Si no quieres que te tire por encima del hombro como un saco de harina, será mejor que hagas lo que te digo.

Ash sonaba tan decidido que cedí. Con dificultad, me subí a su espalda y le rodeé el cuello con los brazos. Era extraño sentirlo tan cerca después de que solo hubiera vivido en mi mente durante tanto tiempo. Sentí el calor de su cuerpo contra el mío, respiré su aroma a cedro y a noches templadas de verano, sentí los músculos duros tensarse y relajarse mientras nos guiaba hacia un lugar seguro.

Las llamas ahora saltaban más alto. Formaban un muro abrasador entre nosotros y Jasper y Nate, que seguían luchando contra los retornados. El olor a tierra quemada y ceniza llenaba el aire, resplandeciente de calor, y casi parecía como si el fuego quisiera devorar todo el pantano.

—Tenemos que tomar un camino diferente —gritó Ash por encima del rugido de las llamas.

Fijó el camino delante de nosotros con dura determinación, abriéndose paso a través del terreno pantanoso. Caminamos por el pantano durante un rato, lejos de las llamas, lejos del peligro inminente; eso significaba que Ash corría y yo me aferraba a su espalda. No corría, pero era lo bastante rápido para tener que llevarme a cuestas por aquel terreno tan abrupto.

—¿Qué pasa con Amber? —quise saber.

En el calor del momento, no pensé en mi mejor amiga, pero ahora me preocupaba que pudiera haberle pasado algo.

—Está esperando en un escondite seguro —me tranquilizó Ash—. En cuanto Nate y Jasper se deshagan de los dos retornados, volverán con ella.

Suspiré aliviada. Por lo que parecía, nuestra misión estaba siendo un éxito. Habíamos escapado de la Sacerdotisa del Sol, conseguí sacarme a Ash de la cabeza, y no me cabía duda de que Jasper y Nate eran rivales para los dos retornados.

Poco a poco, los sonidos de la batalla se hicieron más silenciosos. Los últimos rayos del sol se retiraron al desaparecer tras el horizonte. Los colores del cielo cambiaron, los tonos anaranjados y violetas se fundieron para por fin desvanecerse en un azul intenso y profundo.

—¿Puedes abrir un portal y llevarnos de vuelta a nuestro mundo? —le pregunté a Ash, pero negó con la cabeza.

—Hay una especie de círculo de hechizos alrededor del territorio de la sacerdotisa del sol. Es imposible crear un portal en esta zona.

—¿Y hasta dónde llega este hechizo?

—Demasiado lejos.

Suspiré. Parecía que tendríamos que pasar otra noche en el pantano, y yo estaba deseando tener mi propia cama y una cena en condiciones. ¿Cuándo fue la última vez que comí algo?

—Aquí.

Ash metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros, sacó una barrita de muesli y me la dio.

—¿Puedes leerme la mente? —pregunté mientras agarraba la barrita y rompía el papel.

—Ya no —respondió.

—Deberíamos encontrar algún sitio donde escondernos —sugerí, masticando.

Ash miró por encima de su hombro con una sonrisa.

—Ya estoy un paso por delante de ti. —Señaló con la cabeza una cabaña de madera en ruinas en medio del pantano. La naturaleza la había recuperado. Las ramas cubiertas de líquenes y la hiedra salvaje crecían entre las frágiles tablas y las desgastadas tejas del tejado, envolviendo con sus zarcillos las inclinadas paredes—. Después de que la poción de Etienne me sacara de tu cabeza, fui en busca de los demás y descubrí esta cabaña. No es el Hilton, pero servirá para una noche.

No respondí nada. De repente estaba demasiado nerviosa para decir nada. Cuando Ash estaba en mi cabeza, era real y no real al mismo tiempo. A veces me parecía habérmelo estado imaginando. Pero ahora estaba aquí, conmigo. Estábamos solos. Sin Amber, Nate y Jasper a nuestro lado, y todavía me trataba como si le importara. ¿Pero por cuánto tiempo más? ¿Cuándo se daría cuenta de que yo era la misma Juniper que había humillado en cada oportunidad? ¿Y cuánto tiempo pasaría antes de que volviera a hacerlo?

NO ES EL HILTON

Ash me dejó con cuidado en el suelo musgoso frente a la cabaña. Sus manos dudaron un momento antes de retirarlas de mi cintura. Luego se volvió hacia las enredaderas de hiedra que bloqueaban la entrada y tiró de ellas. La puerta de madera podrida se resistió un poco cuando intentó abrirla, pero al fin cedió con un crujido. Un aire pesado y húmedo con olor a tierra y madera mohosa nos golpeó y me hizo contener la respiración por un momento. Ash cruzó el umbral y entró en el oscuro interior.

—Hay que airearlo, pero por lo demás sin duda podríamos haberlo hecho peor —dijo.

Le seguí con piernas temblorosas, curiosa por ver lo que me esperaba. El interior estaba a penas amueblado. Había una cama, una mesilla de noche, dos sillas y una mesa redonda a la que le faltaba una pata. También había una cocina sencilla, compuesta por una cocina de gas oxidada, un fregadero y un armario de madera cuyas puertas colgaban de las bisagras. Los muebles estaban cubiertos de polvo y telarañas.

Sobre una mesita de noche se veía una lámpara de aceite maltrecha que, a todas luces, no se había utilizado en años. Ash la manipuló, con las llamas bailando en su mano. Saltaron a la mecha de la lámpara y pronto una cálida luz llenó la habitación.

—Así está mejor. —Abrió la mesilla de noche, sacó una manta gris, para mi sorpresa en buen estado, y la extendió sobre el colchón

—. Con esto debería bastar. ¿Quieres acostarte?

Eché un vistazo a la habitación. Solo había una cama, lo justo para una persona, y el suelo no parecía que alguien quisiera dormir en él. Las ásperas tablas del suelo estaban cubiertas de innumerables arañazos y mellas, por no mencionar la gruesa capa de polvo.

Ash pareció intuir la dirección que tomaban mis pensamientos porque asintió con la cabeza hacia una de las sillas.

—Puedo ponerme cómodo allí. De todas formas, uno de nosotros debería vigilar la puerta. Dormir unas horas.

—Pero me has traído hasta aquí. Debes de estar agotado —protesté.

Se rio.

—Eres un peso mosca, Juniper.

Odiaba la forma en que lo decía. Como si yo fuera una niña pequeña y no una mujer joven. Pensé en las innumerables bromas maliciosas que ya hizo sobre mi cuerpo.

Pecho estrecho.

Con la figura de un niño pequeño.

Plana igual que una tabla.

—De acuerdo —murmuré.

Me senté en el duro colchón, me quité el zapato con cuidado e inspeccioné mi tobillo torcido. Estaba un poco hinchado, pero aún podía mover el pie. Tal vez era buena señal.

—¿Duele mucho?

Ash estuvo a mi lado en un parpadeo y me ayudó a quitarme el calcetín.

—Funciona.

No me atreví a mirarle mientras su mano acariciaba mi pierna desnuda con suavidad. Un hormigueo recorrió mi cuerpo y cerré los ojos, intentando organizar mis confusos sentimientos.

—No hagas eso —dije, mi voz un susurro apenas audible.

—¿Qué?

—Fingir que te importo cuando no es así.

Las palabras salieron de mi boca más rápido de lo que pretendía. Estaban empapadas de la amargura de los muchos sentimientos no

expresados que se habían acumulado en mi interior. Sentimientos que ya no le eran ajenos desde que estaba en mi cabeza.

Ash pareció dudar un momento.

—Juniper… —empezó, pero le interrumpí.

—No, Ash. —Abrí los ojos y aparté la pierna. Mi piel extrañó la calidez de su tacto en el instante—. Has dejado muy claro lo que piensas de mí en los últimos dos años. Y fui tan estúpida como para pensar que volverías a cambiar… o que había una explicación para todo esto.

—La hay —insistió.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

Le miré con las cejas levantadas, esperando una explicación. Pero Ash miraba las tablas de madera desgastadas del suelo. Parecía estar librando una batalla interior.

—Yo… no puedo decirlo —admitió al fin.

Percibí dolor en su voz. Un dolor que parecía llevar arrastrando desde hacía mucho tiempo y me pregunté por qué no me di cuenta antes. Quizá porque estaba tan concentrada en mis propias heridas que no me percaté de las suyas. Ahora lo hacía con un puñetazo en el estómago.

—¿Qué nos pasó, Ash? —susurré. Mi voz sonaba débil, rota y, sin embargo, llena de un anhelo que no podía ocultar, aunque lo intentara.

Me miró. Sus gélidos ojos azules eran tan intensos que no podía apartar la mirada, aunque mi mente me pedía a gritos que lo hiciera. No era inmune a Ash Westwick, nunca lo fui, y sabía que me rompería el corazón una vez más si se lo permitía.

Pero había algo en su mirada. Algo crudo y vulnerable que me estremeció y me dio esperanza al mismo tiempo. Una esperanza que temblaba tanto como las manos de Ash cuando se inclinó hacia mí y me las puso en la nuca.

—Juniper —susurró—. June.

Había tanto deseo reprimido en él que sentí un escalofrío. Quería apartarme de Ash, sacudir la cabeza, impedirle de algún modo que hiciera lo que estaba a punto de hacer. Pero mi cuerpo no me obedeció.

Me acercó y apretó sus labios contra los míos. Su beso fue salvaje y desesperado. Transmitía la amargura de la pérdida y la intensidad de un deseo reprimido durante mucho tiempo. Era como si temiera que lo apartara y ahora quisiera tomar todo lo que pudiera.

Me sentí atrapada en una tormenta furiosa de emociones, donde las olas se abalanzaban sobre mí y lo único a lo que podía aferrarme eran los anchos hombros de Ash. Me acurruqué contra él y sentí el calor de su cuerpo, la fuerza de sus brazos y la fuerza con que me ahogaba en él.

Interrumpimos nuestro beso el tiempo suficiente para tomar aire. No me atrevía a mirarle. Ni siquiera me atrevía a tener un pensamiento claro. Sabía que si lo hacía, tendría que dejarlo ir de nuevo. Estaba mal. Jodidamente mal. Pero mi cuerpo ansiaba tanto su cercanía que me dolía.

Las manos de Ash se deslizaron bajo mi camiseta, bailando sobre mi espalda desnuda. Con dedos temblorosos, agarré el dobladillo de la suya y tiré de ella por encima de la cabeza. Mis manos recorrieron los músculos duros y definidos de su pecho y sus tensos bíceps. Inhaló con fuerza, como si mi suave contacto encendiera en él un fuego difícil de controlar.

Un gemido profundo y áspero escapó de su garganta y yo atrapé el sonido con mis labios, devorándolo con avidez, como si pudiera satisfacer su lujuria y su deseo con mi boca. Mi lengua invadió su cavidad, jugando con la suya. Nunca había besado así a un chico. Me resultaba nuevo, desconocido y a la vez familiar, como si llevara años esperándolo. Era embriagador. Quería más. Quería sentirle, su piel, su calor y los latidos de su corazón. Quería saber si era tal como lo imaginé en mis sueños.

Mis manos se deslizaron por la cintura de Ash, hasta la cinturilla de sus vaqueros, recorriéndola hasta encontrar el botón. Intenté desabrocharlo, pero él me apartó y jadeó.

—¿June? —preguntó. Mantuve la mirada fija en su pecho desnudo, sin querer mirarle a los ojos—. June, ¡mírame!

Ash puso un índice bajo mi barbilla para levantarla, pero lo eludí.

¿Qué estaba haciendo? Lo estaba destrozando todo. Tiré del botón de sus vaqueros, queriendo continuar donde lo dejamos, pero él puso su mano sobre la mía, obligándome a parar con suavidad, pero con firmeza.

—No quiero esto. Así no —dijo con voz tensa.

—¿Por qué? —respiré, temblando.

—Porque ni siquiera puedes mirarme.

Sonaba triste y eso me enfureció. Mi cuerpo se tensó y apreté los puños para deshacerme de la energía de alguna manera.

—¿Por qué tendría que mirarte? —pregunté con una risa amarga que intentaba disimular mi vulnerabilidad—. Cuando volvamos a la Academia, probablemente todo volverá a la normalidad. Tú estarás haciendo bromas a mi costa y follando a tu antojo, y yo andaré por los pasillos con la cabeza gacha, esperando que nadie se fije en mí.

—June… —susurró con agonía.

—¿Estoy en lo cierto?

—Yo…

—¡Dilo!

Lo miré con toda la frialdad que pude reunir en mis ojos. Me temblaban los puños de tanto apretarlos.

Ash por su parte apretó los labios. Parecía que algo se estuviera rompiendo en su interior.

—Tienes razón —admitió sin ton ni son—. Pero eso no cambia nada.

—¿Sobre qué?

Tragó saliva con fuerza.

—Sobre que te amo.

Sus palabras me golpearon de golpe. Había esperado cualquier cosa, pero no esto. Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero parpadeé con decisión.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad.

No encajaba. Nada de lo que Ash hizo y dijo encajaba. ¿Era todo un juego macabro para él? ¿Intentaba ver hasta dónde podía llevarme? Pero fue él quien me detuvo cuando manipulé sus pantalones. Me habría acostado con él. Habría pasado la noche con

él, sabiendo que volvería a hacerme la vida imposible en cuanto volviéramos a la Academia. Era vergonzoso y quizá nunca podría volver a mirarme en el espejo. Pero no era ni de lejos tan confuso como lo que Ash me estaba diciendo.

Eso no cambia el hecho de que te amo.

Lo dijo en serio, lo sentí con cada fibra de mi ser. Quizás siempre lo supe, en el fondo. Y tal vez por eso nunca fui capaz de dejarlo ir.

ASPIRADORA MÁGICA

—¡Despierta, Juniper! ¡Despierta, June, por favor despierta!

Los gritos de Ash me llegaban a través de un velo, amortiguados y distantes. Un extraño calor me recorrió las yemas de los dedos de las manos. Subió latente por mis brazos y acabó anidando en lo más profundo de mi corazón.

¿Qué demonios era esto?

Parpadeé, abrí los ojos y solté un grito de horror. Mis manos brillaban con un color rojo anaranjado. Parecía que por mis venas corría fuego líquido.

—¿Qué… qué es eso? ¿Qué me está pasando? —Mi voz no era más que un suave susurro que se atascaba en mi garganta mientras el pánico envolvía mi corazón con sus dedos helados.

Me senté en la cama. Busqué a Ash y lo encontré agachado en el suelo, junto a la silla en la que había estado durmiendo. Tenía la mano apretada contra el pecho, como si pudiera dominar el dolor que parecía apoderarse de su cuerpo. Su rostro se contorsionaba en una máscara de agonía. Las chispas chisporroteaban entre nosotros, bañando la oscura cabaña con un resplandor fantasmal.

—¡Tienes que parar, June! —gimió, con las palabras tan entrecortadas que apenas pude entenderle.

¿Parar qué? No me daba cuenta de lo que estaba pasando, y mucho menos de cómo podía detenerlo. La desesperación se apoderó de mí, una abrumadora sensación de impotencia. Quería

correr hacia Ash y ayudarle de alguna manera, pero el miedo a empeorar las cosas me contuvo.

Tómalo.

Las palabras estaban en mi cabeza como si alguien las hubiera implantado allí. Palpitaban con fuerza y, de repente, con terrible claridad, lo comprendí: estaba a punto de tomar algo. Algo que no me pertenecía. Algo tan poderoso que su magia hizo temblar la habitación que nos rodeaba.

Los poderes de fénix de Ash.

—No —jadeé incrédula al darme cuenta de todo lo que estaba haciendo.

Yo no quería eso. Para nada.

Con creciente pánico, agité las manos intentando deshacerme de la magia y el resplandor, pero ¡sorpresa! No funcionó. El calor de mis manos permaneció inalterable e incontrolable, una terrible señal de mi impotencia ante las fuerzas desconocidas que se agitaban en mi interior.

¡Concéntrate, Juniper!

Cerré los ojos e intenté relajarme, lo cual era casi imposible dados los gritos de dolor reprimidos de Ash. Pero esto era magia, y yo sabía un poco de ella. Tenía que darle una dirección, guiarla hacia donde quería que fuera.

Así que busqué en mi interior, agarré toda la magia de fénix de color rojo anaranjado y la forcé a cambiar de dirección. Fue una ardua tarea. Los poderes de Ash querían venir hacia mí, pero yo luchaba contra ellos con tenacidad, desviándolos. Cuando sentí que el calor en mis brazos y manos se desvanecía, la dejé ir.

Consumida, me hundí de nuevo en la cama y luché por respirar.

—¿Estás bien? —preguntó Ash con ansiedad. Sonaba sin aliento, pero ya no había dolor en su voz.

—Tengo la sensación de que me lo has preguntado demasiadas veces en las últimas horas —respondí con un gemido—. ¿Cómo te encuentras? Tú eres el que ha estado tirado en el suelo gritando.

Ash resopló.

—Estás exagerando. Solo estaba un poco sorprendido por tus nuevas habilidades. Eso es todo.

Abrí los ojos y pude ver a Ash luchando por levantarse del suelo y sentarse en su silla. Le temblaban los brazos y las piernas. Parecía debilitado.

—¿Te refieres a los que usé para chupar la magia de tu cuerpo?

—Por supuesto que a ellos.

—Impresionante, ¿verdad? —bromeé, intentando disimular el miedo que me invadía como una enorme ola.

—Yo diría que espeluznante —respondió con seriedad.

Sí, acojonante. ¿Qué demonios acababa de pasar? ¿Por qué de repente era capaz de hacer eso?

Rebusqué en mi cerebro, tratando de encontrar respuestas a preguntas que acababan de resultarme extrañas. ¿Se había hablado alguna vez de tales poderes en la Academia de Verano? ¿Leí sobre ellos en alguno de mis libros?

La respuesta fue un *no* claro e inequívoco.

—¿Crees que el rubí solar tiene algo que ver? —le pregunté.

Dejó escapar una risa corta y seca que sonó de todo menos divertida.

—Sí, maldita sea. Incluso estoy seguro de eso. En lugar de una pequeña astilla, te la tragaste entera. Eso fue más que descuidado.

—No sabía cuánto tiempo tenía —me justifiqué, levantando los brazos en un gesto de *no puedo hacer nada por eso*—. Y, por cierto: de nada.

Después de todo, Ash seguiría en mi mente si no lo hubiera hecho.

Ash sacudió la cabeza, con una mezcla de admiración y preocupación en su mirada.

—Fue un descuido —insistió.

—Sí, pero funcionó.

—Sí —admitió de mala gana. Sus ojos se dirigieron a mis manos, que aún temblaban un poco—. Pero ahora tienes unos extraños superpoderes con los que de verdad no me siento cómodo.

Dormir ya no era una opción. Ash y yo esperamos a que la oscuridad diera paso al primer suave crepúsculo del día antes de levantarnos. En el desvencijado armario de la cocina, cuyas puertas colgaban de las bisagras, encontramos una lata de judías en salsa de tomate que aún no caducaba. Ash la calentó con una llama de su fuego de fénix y juntos nos zampamos el escaso y algo desconocido desayuno. Luego nos pusimos en marcha. Mi tobillo se sentía un poco mejor e insistí en caminar yo misma, a pesar de que Ash observaba cada uno de mis movimientos con ojos suspicaces.

—¡Me avisas si ya no puedes más! Puedo cargarte de nuevo en cualquier momento —me aseguró.

—Sé que puedes hacerlo.

Ash era fuerte y muy capaz de llevarme a la espalda durante horas. Tampoco es que mi orgullo me prohibiera pedirle ayuda. Cielos, no, le habría dejado llevarme hasta el fin del mundo. Pero su cercanía no haría más fácil la despedida que inevitablemente nos esperaba en cuanto llegáramos a la Academia de Verano. Así que apreté los dientes e intenté que no se me notara la ligera cojera.

Con la primera luz del sol, el pantano cobró vida poco a poco. La bruma que había permanecido sobre las tranquilas aguas durante la noche se disipó, revelando el agua verde esmeralda, bañada en un dorado resplandeciente por los rayos de luz. El piar de los pájaros y el zumbido de los mosquitos nos acompañaron en nuestro camino.

Mis pensamientos se dirigieron a Amber, Nate y Jasper. ¿Habrían encontrado ya el camino de vuelta a nuestro mundo? Y allí, ¿nos echaban de menos? ¿Cómo sería el reencuentro si apareciéramos con Ash a nuestro lado? Todo el mundo le daba por muerto. Le celebramos un funeral y ahora estaba a mi lado, vivito y coleando.

Pero esa no era la única sorpresa: ¿qué dirían de mis nuevas habilidades en la Academia de Verano? Necesitaba hablar con el profesor LeBlanc sobre ello cuanto antes. No me sentía del todo cómoda con todo esto, pero si era capaz de drenar los poderes de otros magos fénix —y puede que incluso de los retornados—, lo más seguro era que alguien debería saberlo.

—Por esa historia de la aspiradora mágica —dijo Ash vacilante, obviando el hecho de que sus pensamientos también iban en la

misma dirección—. Deberías pensar a quién se lo cuentas.

Era un consejo extraño. Alcé las cejas, irritada.

—No te preocupes, no se lo diré a toda la escuela de inmediato.

Ash se pasó los dedos por el pelo rubio plateado. Parecía estar eligiendo sus siguientes palabras con mucho cuidado:

—Quizá nadie debería enterarse de esto por ahora.

¿Nadie? Eso me pareció un poco exagerado.

—¿Qué quieres decir? No puedo guardarme esto para mí. ¿Y si vuelve a pasar y esta vez no puedo pararlo? No tengo control sobre ello mientras duermo.

—Solo digo que aún no sabemos demasiado sobre tus nuevas habilidades. En las manos equivocadas, podrían…

Se interrumpió como si las consecuencias fueran tan inimaginables que no quisiera ni imaginarlas.

Sacudí la cabeza sin comprender. Mis nuevos poderes daban miedo, sí, pero yo no era una bomba atómica.

—Ash, estamos hablando de la Academia de Verano. Si me pueden ayudar en algo, es allí.

Resopló resignado porque me desentendí de su advertencia así como vino, pero no tenía nada que decir en respuesta. Caminamos un rato en silencio. Una sensación de opresión y ansiedad se instaló en mi pecho y no sabía si se debía al calor o a lo que nos esperaba. Todo había cambiado y, sin embargo, el espectro del pasado se cernía sobre nosotros. Recordándonos que algunas cosas serían iguales cuando volviéramos a la Academia.



—¿Prefieres tomar el té con la sacerdotisa del sol o una de las pociones caseras de Etienne?

—¿Qué?

Ash me miró con las cejas fruncidas, como preguntándose si el calor terminó por derretir mi mente.

Era última hora de la tarde y acabábamos de hacer uno de los muchos descansos necesarios. El sol era implacable y nos obligaba a

descansar una y otra vez. Tenía sudor en la frente y me ardía la garganta. Habían pasado horas desde la última vez que bebí agua. Ash tomó una olla de la cabaña y cuando encontramos un arroyo, no dudamos en hervir parte del agua, pero hacía tiempo que se terminó. Ahora solo podíamos esperar. Que encontráramos más agua pronto. O que Ash consiguiera abrir un portal y nuestra marcha llegara por fin a su fin. Ya lo había intentado varias veces, pero el círculo de hechizos alrededor del territorio de la Sacerdotisa del Sol parecía más grande de lo que creímos en un principio. Después de todo, apenas si nos topamos con ningún retornado en nuestro camino; por suerte, cada vez estábamos más lejos como para que se hubiesen percatado de nuestra presencia.

—¿Entonces? —pregunté mientras me abría paso entre la maleza —. ¿Prefieres tomar el té con la sacerdotisa del sol o exponerte a Etienne y sus pociones dudosas?

—¿En serio, June? *¿Prefieres* jugar*?* —preguntó, que por fin hizo clic.

Me encogí de hombros.

—Solíamos jugar mucho a esto cuando éramos niños. Además, ¿de qué otra forma podemos pasar el tiempo? Ahora, ¡a jugar!

Ash puso los ojos en blanco, pero contestó:

—Si esas son mis únicas opciones, supongo que me decantaré por el té con la sacerdotisa del sol. Con Etienne, no puedes estar seguro de que tendrás todo tu pelo después de su infusión.

Me reí.

—¡Buena elección! Quedarías muy raro como mago fénix calvo.

—Admítelo, June: te seguiría pareciendo muy sexy aunque fuera calvo —me pulló.

—Yo no estaría tan seguro de eso.

—De acuerdo. —Dejó escapar una carcajada—. Mi turno: ¿preferirías besarme calvo o al macho cabrío de Madame Fontenot?

Me di un golpecito en el labio inferior.

—Difícil pregunta. Apuesto a que Henri besa muy bien.

—¿Quieres decir que porque tiene una lengua *muy* larga?

Solté una risita y Ash me pasó un brazo por los hombros, acercándome. Por un momento, fue como si volviéramos a tener

catorce años y todo siguiera bien en el mundo que nos rodeaba.



HACIA EL ATARDECER, llegamos a un lugar desde el que Ash podía abrir un portal a nuestro mundo. Parecía que íbamos un poco más despacio, como si tuviéramos miedo de volver. Pero ahora no podíamos posponerlo más.

—¿Estás lista? —preguntó Ash, y yo asentí.

No hizo un gran espectáculo abriendo el portal como Jasper y Nate hicieron. Ambos estábamos demasiado agotados. Ambos queríamos dejar atrás el horrible mundo de la Sacerdotisa del Sol, aunque eso significara enfrentarnos a una nueva y vieja serie de problemas.

Mientras atravesaba el portal, soportando el calor, el resplandor y el dolor, deseé que hubiera un lugar entre los mundos. Un lugar donde Ash y yo pudiéramos olvidar todo lo que se interponía entre nosotros. Pero no lo había, así que salí a un oscuro patio trasero en una calle lateral de Bourbon Street.

Los sonidos del pantano que nos estuvieron acompañando durante el viaje cesaron de golpe, como si alguien hubiera pulsado un interruptor. Lo sustituyó una mezcla de música apagada y conversaciones que nos llegaban de los bares y restaurantes vecinos. De vez en cuando oía el tintineo de las copas y las risas de los clientes. Desde las ventanas abiertas llegaba el sonido del piano y el canto de una banda de jazz, mezclados con el ritmo de un violín cajún y los graves profundos de una tuba. Sonidos familiares y, sin embargo, extrañamente extraños después de los últimos días.

Miré a Ash, que apareció a mi lado. Parecía sentir lo mismo. Se acariciaba el pelo rubio plateado con un gesto casi nervioso. Parecía agotado, marcado por las últimas horas que nos exigió todo este viaje.

—De momento, todo va bien. Al menos nadie parece habernos visto —comentó con una sonrisa forzada mientras se apartaba del portal que acababa de cerrar.

Temblando, crucé los brazos delante del pecho. Hacía frío, al menos comparado con el calor implacable que reinaba en el pantano. Pero ese no era el único motivo de mis escalofríos. Era la realidad que se nos venía encima demasiado de repente y que sin lugar a dudas abriría una brecha entre él y yo.

—¿Así que ahora volvemos a la Academia? —pregunté vacilante.

Era una pregunta superflua. La Academia era nuestro hogar. ¿A qué otro lugar iríamos?

—Supongo que tendremos que hacerlo —contestó, pero sonaba tan infeliz como me sentía yo, y no hizo ningún movimiento para moverse.

Saqué el móvil y lo encendí, esperé hasta que se iluminó la pantalla y pude introducir el pin. Fue un salto, como un gato que se lame las patas porque no sabe qué hacer a continuación. Pero lo que vi me sacó de mi letargo: tenía doce llamadas perdidas. Dos de mis madres, que probablemente solo querían saber cómo estaba, tres de un número que no podía localizar y otras siete de Amber. Mi mejor amiga también me dejó un mensaje de texto. Tenía menos de dos horas. Y lo que decía hizo saltar todas mis alarmas:

¡Ven rápido a la Academia!
Algo va mal.

30

SAL, SAL DONDEQUIERA QUE ESTÉS

Algo va mal.

Le mostré a Asher el mensaje de Amber, que lo leyó con expresión pensativo.

—¿Qué crees que significa eso? —le pregunté mientras marcaba el número de móvil de Amber.

Dejé que sonara un buen rato, y con cada tono de llamada me sentía más inquieta. Amber no contestó.

—No lo sé —respondió Ash—. Pero deberíamos tener mucho, mucho cuidado.

Tenía el ceño fruncido, la mirada alerta y toda su actitud irradiaba una tensión que me preocupaba. Tenía la vaga sensación de que sabía más de lo que decía. Volví a acordarme de la *tía Celeste*, la palabra clave secreta que tenían los chicos. ¿Una palabra clave para qué? Pensé en preguntárselo, pero estaba segura de que no me lo diría.

—Tenemos que volver a la Academia lo antes posible —decidí, con mis pensamientos puestos en Amber, Nate y Jasper, que con suerte no cayeron de una peligrosa aventura a otra.

Ash asintió sombrío.

—¡Adelante entonces!

Salimos con paso rápido. El sol ya estaba puesto. Los farolillos bañaban las irregulares aceras adoquinadas con una luz tenue. Las

sombras danzaban por las fachadas de las casas y, aunque esta era mi Nueva Orleans familiar, de repente parecía amenazador.

Mientras yo intentaba contactar de nuevo con Amber, Ash marcó los números de Nate y Jasper. El tono de llamada constante y no correspondido llenó el silencio con un sonido ominoso. Ninguno de los dos lo cogió.

Cuando pasamos por delante de un pequeño quiosco, Ash me obligó a parar. A pesar de mi agitación interior, compró dos botellas de agua y bocadillos. Insistió en que me bebiera una botella entera y me comiera el bocadillo antes de continuar nuestro camino. Me dejé llevar por la preocupación, apenas consciente de lo que me rodeaba. Ni siquiera podía distinguir de qué sabor era la comida. Solo podía pensar en el extraño mensaje de Amber.

Al menos han conseguido salir del pantano, intenté tranquilizarme. Pero el malestar persistía y aumentaba a cada paso que dábamos hacia la Academia.



Una ligera llovizna empezó a caer cuando llegamos a la escuela. El olor a asfalto húmedo y a lluvia fresca se mezclaba con el aire fresco de la noche mientras pequeñas gotas mojaban nuestra piel. Empecé a correr hacia la gran puerta de hierro forjado, pero Ash me detuvo con un gesto brusco de la mano.

—No hay vigilancia nocturna en la entrada. Eso es extraño. —Sonaba alarmado.

Miré el pequeño refugio de madera clara, donde siempre se sentaba un anciano a vigilar. Hoy estaba vacío.

—Quizá solo esté de patrulla —supuse, pero Ash señaló la pequeña linterna que colgaba abandonada de uno de los postes de madera del refugio, en la que no ardía fuego alguno.

—Se la habría llevado con él.

Se me revolvió el estómago.

—¿Crees que hubo un ataque o algo así?

Escudriñé la fachada empapada por la lluvia de la villa. Por lo que podía ver desde fuera, seguía habiendo una piedra sobre otra, las ventanas estaban intactas y no se veían rastros de destrucción ni de lucha. Eso era tranquilizador. Pero no significaba que todo dentro estuviera en orden.

—Entraré a ver si averiguo algo —susurró Ash—. ¡Quédate aquí!

—¿Qué? ¡De ninguna manera!

Negué con la cabeza, indignada. No sé si Ash solo no quería que le vieran conmigo o si de verdad estaba preocupado por mí, pero desde luego no iba a quedarme aquí afuera esperándole. Decidida, di un paso hacia la puerta principal de la Academia, pero Ash me puso una mano en el hombro, su agarre firme y cálido sobre mi camiseta mojada.

—June, si pasa algo ahí dentro… —empezó, pero le corté.

—Entonces yo también quiero saberlo.

Respiró hondo, exhalando despacio para intentar calmarse. En sus ojos azules hielo se reflejaba la preocupación.

—Podría ser peligroso. Y solo tienes tu magia elemental. No quiero…

—Has olvidado mi nueva habilidad mágica para aspirar. Voy contigo —respondí con firmeza.

Ash me miró con dolor.

—Aún no sabes usar tu nuevo poder. Y no puedo concentrarme cuando tengo que cuidarte. Además…

Ash pareció a punto de enloquecer de preocupación. Era una visión desconocida, e hizo que mi determinación se desmoronara como un castillo de naipes. Puse mi mano sobre la suya, que seguía apoyada en mi hombro, y la apreté con ligereza.

—Muy bien. ¡Vamos!

Podía entenderle. Si algo me pasara, no resurgiría de las cenizas como él. Aún así, no me convenía sentarme bajo la lluvia mientras Ash se sumergía en lo desconocido.

Aliviado, bajó la mano.

—¿Recuerdas nuestro escondite en el jardín donde mirábamos las estrellas? Espérame allí.

Un dolor sordo recorrió mi cuerpo al mencionar ese lugar, pero asentí. Era el escondite perfecto. Nadie me encontraría allí a corto plazo.

Mientras Ash atravesaba la verja y desaparecía en la oscuridad de la entrada lateral, yo me escabullí por el jardín hasta nuestro antiguo escondite y trepé por el agujero del seto. Estaba casi cubierto de maleza. Las ramas me pinchaban y me arranqué toda una armada de hojas mojadas del pelo cuando por fin llegué al otro lado.

Mantuve la vista fija en la villa, conté las ventanas tras las que aún había luz —eran once— y traté de reconocer algo en su interior. Una sombra se movió en una de las ventanas superiores y creí reconocer la silueta y el pelo blanco nieve del profesor LeBlanc. Se asomó, corrió la pesada cortina y desapareció de mi vista.

Un ruido me distrajo y miré hacia la puerta lateral por la que Ash se perdió antes. Al principio pensé que volvía, pero era Drake quien empujaba la pesada puerta y se apoyaba en el marco. La punta de su cigarrillo brillaba en la oscuridad.

Eso era un descaro, porque fumar estaba estrictamente prohibido en la Academia de Verano. Pero Drake siempre era un rebelde, alguien que prefería atenerse a las consecuencias antes que someterse a las normas.

Mientras observaba el inconfundible resplandor de su cigarrillo, saboreé una pizca de rebeldía en mis labios. Ash me dijo que esperara en nuestro escondite, pero esta era mi oportunidad de averiguar algo. Y aunque Drake fuera un imbécil, estaba segura de que no había peligro por su parte.

Salí de mi escondite y me arrastré por el prado hacia Drake. Mis sentidos se agudizaron, listos para reaccionar a cada pequeño movimiento, a cada sonido sospechoso.

—Drake —susurré apenas—. ¡Ey, Drake!

Levantó la cabeza, sorprendido, y sus ojos se iluminaron un momento con el resplandor de las brasas anaranjadas de su cigarrillo. Tras una larga calada y una exhalación prolongada, apartó la ceniza con indiferencia.

—Juniper Harper —dijo. Con una sonrisa de suficiencia repugnante en la cara, me escrutó, mi forma empapada por la lluvia, sudorosa, agotado y cansado por los esfuerzos de los últimos días—. Desapareciste. Me preguntaba en qué agujero te habrías metido.

Puse los ojos en blanco, molesta.

—En ninguno en absoluto. —Estaba claro que ahora no era el momento para los estúpidos comentarios de Drake—. ¿Va todo bien en la mansión? Amber me mandó un mensaje para decirme que algo iba mal. Ash acaba de entrar a…

—¿Ash? —Drake me interrumpió brusco. Sus ojos se entrecerraron y su mirada se volvió fría y vigilante.

—Sí, quería ver qué pasaba —respondí desprevenida. Solo entonces me di cuenta de cuál era la verdadera noticia de esta información que tan a la ligera arrojé a los pies de Drake—. Ash está vivo —informé—. Estuvo atrapado en mi cabeza todo el tiempo. Nos las arreglamos para liberarlo.

—¿Eso es todo? —La voz de Drake sonaba suave e inexpresiva. No sabría decir si me creía—. Vamos dentro, June —ordenó, dejando caer su cigarrillo a medio fumar sobre la hierba húmeda, donde se apagó con un suave silbido.

—¿Eso significa que todo va bien en la Academia? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Todo está exactamente como debe estar.

Sus palabras deberían haberme tranquilizado, pero no lo hicieron. Algo resonaba en ellas. Un peligro oculto que me hizo dar un paso atrás y cruzar los brazos delante del pecho.

—Creo que prefiero esperar aquí a que Ash regrese.

La mirada de Drake volvió a deslizarse sobre mí, con una curiosidad depredadora.

—No me había dado cuenta de que estaban tan unidos.

—No lo estamos.

Aparte del hecho de que nos besamos hacía menos de veinticuatro horas, pero desde luego no se lo restregaría a Drake por las narices.

El mago fénix resopló como si no creyera ni una palabra de lo que dije. Entonces, sin previo aviso, me agarró de la muñeca.

—Bueno, vamos a ver eso.

Me tiró hacia él de un tirón, obligándome a atravesar la puerta de la villa.

—¡Deja de jugar! —Mis palabras resonaron en el alto pasillo.

Intenté zafarme de su agarre, pero sus dedos me aprisionaban la muñeca y antes de que pudiera liberarme, una bola de fuego surgió de su otra mano. El calor repentino me golpeó en la cara y pude sentir la energía crepitante de las llamas. Iluminaron el rostro de Drake desde abajo y dieron a sus ojos un brillo peligroso.

—¿Qué haces? —pregunté sin aliento.

Drake me había humillado muchas veces antes, pero esto era diferente. Era una amenaza abierta. Y yo no entendía lo que estaba pasando.

Drake me empujó delante de él hacia el vestíbulo. Nos detuvimos bajo la cúpula de cristal. La luz de la luna caía sobre el suelo de mármol del vestíbulo, iluminando la amplia escalera de madera. Nos rodeaba un silencio inquietante. Miré nerviosa a mi alrededor. No se veía ni un solo alumno. ¿Dónde estaban todos? ¿Sí ocurrió un ataque a la Academia? ¿Y Drake tenía algo que ver? Siempre creí que solo era un cretino, pero ¿y si era el próximo Darth Vader, listo para pasarse al lado oscuro?

Drake ladeó la cabeza y rio tranquilo.

—No te lo dijo, ¿verdad?

—¿Quién? ¿Qué?

Le miré sin comprender. Drake sonrió. Cada línea de su boca parecía haber sido dibujada por el calor titilante de las llamas.

—Lo que en verdad pasó en el jardín de la Academia en aquel entonces. Nunca estuve seguro de si Ash confió en ti. Si solo eras una maldita buena actriz. Pero te mantuvo en la oscuridad todo el tiempo, ¿a que sí?

—No lo entiendo… —balbuceé.

Tenía que estar hablando de la noche en que Jake murió. ¿Qué sucedió en el jardín de la Academia? ¿Qué no me dijo Ash?

—No, de verdad que no lo entiendes. —Me acercó a su cuerpo, tanto que respiré el olor del humo del cigarrillo y pude sentir el calor

de su piel a través de la fina tela de mi ropa. Luego susurró—: Y no te imaginas lo terriblemente divertido que me parece.

Drake me dio un empujón y tropecé. Se me escapó un grito de sorpresa al caer de rodillas sobre el frío suelo de mármol.

—¡Ash! —gritó Drake, con la cabeza apoyada en el cuello. Su voz resonó en las paredes, un sonido despiadado que me hizo estremecer—. Sal, sal, dondequiera que estés. Tengo a tu noviecita aquí. Y se muere por saber qué le has estado ocultando todo este tiempo.

Contuve la respiración mientras esperaba una señal de Ash. ¿Estaba cerca? ¿Escuchó a Drake? ¿Y vendría?

Nada se movió durante unos segundos angustiosos, hasta que oí unos pasos y la figura de Ash apareció en lo alto de las escaleras. Las llamas salían disparadas de sus palmas, ardiendo incontrolablemente como si luchara por controlar el poder bruto de su magia. Su postura era tensa, listo para abalanzarse sobre Drake en cualquier momento.

—¡Déjala ir, Drake! —amenazó entre dientes apretados. Podía sentir su ira, era una tormenta eléctrica suspendida en el aire.

Drake no parecía impresionado por la aparición de Ash. Con indiferente arrogancia, se paseó en semicírculo a mi alrededor, jugando despreocupado con la bola de fuego que tenía en la mano como si solo fuera un juguete inofensivo y no un arma mortal.

Evalué mis posibilidades de levantarme y escapar por las escaleras hacia Ash. Pero Drake era rápido, sus movimientos suaves y precisos. Me miraba como un depredador a su presa, listo para hincarme el diente si daba un paso en falso.

—¡Díselo! —le exigió a Ash, que apretó los labios con fuerza, como si prefiriera morir antes que salir con la suya.

—¿Ash? —pregunté insegura.

¿Qué sucedía? ¿De qué demonios estaba hablando Drake? ¿Qué era tan malo que Ash no podía decírmelo?

Tragó saliva. Las llamas de sus manos retrocedieron, sabiendo que había perdido el combate.

—Yo luché contra el retornado y tú corriste a la villa a por refuerzos —empezó titubeando. Su voz sonaba distante y turbia,

reviviendo una escena pasada que preferiría olvidar. Y de repente estaba allí de nuevo, aquella horrible noche de hacía dos años—. Te encontraste con Drake en el pasillo y me lo enviaste.

Las palabras de Ash eran sencillas, no contenían ningún reproche, pero todo se me apretó en el estómago. Sí, lo recordaba.

—Se suponía que te ayudaría.

Ash asintió. Su rostro estaba cincelado en piedra, cada expresión cuidadosamente borrada.

—Pero no lo hizo.

Miré a Drake, cuya comisura derecha de la boca se torció en una sonrisa irónica.

—Estabas en el lugar equivocado en el momento equivocado —dijo encogiéndose de hombros—. Igual que Jake. Escuchó algo que no debía. Teníamos que quitarlo de en medio. Así que dejamos que un retornado entrara en la Academia para matarlo. Pero entonces apareciste tú y casi frustraste nuestro plan.

El aire se me escapó de los pulmones mientras intentaba organizar mis pensamientos, navegar por mi mente a través de la niebla de confusión y horror.

—¿Como que nuestro plan? —pregunté, aun intentando reconstruir los acontecimientos de aquella fatídica noche.

—Los magos fénix —Drake respondió sin rodeos—. Bueno, algunos de ellos. Los que ya no quieren ser esclavos de una Academia dedicada al supuesto bien.

Sacó un cigarrillo nuevo del abultado paquete de su chaqueta de cuero negro, se lo puso entre los labios y lo encendió. Sopló el humo en mi dirección y tuve que toser.

—¿Y cuál es tu plan? —grazné mientras esperaba a que se me pasara el escozor de la garganta.

—Derrocar a la Academia y devolver a la Sacerdotisa del Sol al poder. —Drake habló con una despreocupación casi casual, como si estuviera hablando del tiempo o del contenido de su última comida.

Las palabras fueron una bomba, colocada tan ligera entre nosotros y luego detonada, y sin embargo la explosión fue ensordecedora, la conmoción que me recorrió casi física. Apoyé las manos en el frío suelo de mármol, sentí los bordes ásperos bajo las

yemas de los dedos mientras el mundo parecía girar a mi alrededor. Era como si cayera en un abismo sin fondo y sin esperanza de rescate.

—June —dijo Ash en voz baja.

Quiso bajar las escaleras hacia mí, pero Drake levantó la mano y lo detuvo con un solo movimiento.

—Si das un paso más, Westwick, estará muerta más rápido de lo que puedes decir *bola de fuego*.

—Estabas en esto —jadeé mientras el significado de esto se filtraba en mi conciencia de manera gradual.

Eso era lo que Ash no quiso decirme: él y Drake estaban confabulados. Habían estado trabajando juntos entre bastidores para derribar la Academia. Y la Sacerdotisa del Sol, con Ash en mi cabeza, se había jugado el todo por el todo para protegerle. Todo el tiempo, él fue su aliado silencioso.

Drake hizo un ruido que sonó como *Tststs*. El eco de su diversión pareció quedar suspendido en la silenciosa sala.

—Ella de verdad ya no tiene ninguna fe en ti, ¿verdad, Ash? Pero quién podría culparla después de dos años de hacer todo lo posible para alejarla.

—Drake vino a verme esa noche —continuó Ash sin voz, con la mirada fija en el suelo de la sala. Sus hombros estaban caídos, toda su postura era una expresión de la culpa que pesaba sobre él—. Me lo contó todo. Me obligó a soltar al retornado.

—¿Te obligó? —Negué con la cabeza, desconcertada—. ¿Qué demonios pudo haber hecho para obligarte a hacer algo como eso?

—Tú. —Ash levantó la vista. Sus gélidos ojos azules se encontraron con los míos, y la angustia en ellos era tan pesada, tan palpable, que parecía que nos estaba enterrando a los dos bajo ella —. Amenazó con hacerte daño. Dijo que la conspiración era tan profunda, sus raíces tan ramificadas, que nunca podría averiguar quién estaba implicado. Y que, si abría la boca, te matarían.

—Dios mío, Ash…

Quise replicar, pero Ash siguió hablando. Era como si las palabras tuvieran que salir de él. Como si hubiera estado esperando mucho tiempo para contármelo todo.

—Así que estuve tratando de averiguar más sobre el plan y quién está involucrado. Le aseguré a Drake y a los demás que yo estaba de su lado y que tú, una bruja, no tenías importancia para mí. No me creyeron, así que empecé a hacerte pasar un mal rato. Te hablé con desprecio y te herí, tan profundo y tan a menudo como pude. Esperaba que dejaras la escuela para que estuvieras a salvo. Lejos de todo esto.

Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando empecé a comprender. Ash nunca me tuvo odio en realidad. Solo quiso protegerme durante todo este tiempo.

—Podrías haberme dejado participar —presioné superando el nudo en la garganta.

Ash sacudió la cabeza. Sus ojos brillaban húmedos, podía verlo incluso desde esta distancia. Estaban llenos de arrepentimiento, de anhelo y de lágrimas: un espejo de mis propios sentimientos.

—Tenía que parecer real —explicó—. Y los dos sabemos lo miserable actriz que eres. Ni siquiera conseguiste hacer de cadáver en la presentación teatral de hace cuatro años.

A pesar de las lágrimas, a pesar de todo lo que Ash acababa de decirme, me reí al recordarlo. Me había dado un ataque de tos en mitad de la actuación y Ash se había despistado tanto que se terminó olvidando de sus líneas. La actuación tuvo que cancelarse entre las risas del público.

—Tienes razón —solté—. Soy una actriz miserable.

—Eso es conmovedor. —Drake hizo desaparecer su bola de fuego para aplaudirnos con una sonrisa burlona—. Pero ahora que ustedes dos, preciosidades, han intercambiado ideas, me hace preguntarme: ¿qué voy a hacer con ustedes? —Su tono era tranquilo, pero sus ojos contaban una historia completamente distinta.

—¿Nos vamos? —sugirió Ash.

Algo en su postura cambió. Se estaba preparando para atacar, podía sentirlo. Nuestras miradas se cruzaron y asentí despacio mientras una nueva esperanza brotaba en mi interior. Éramos dos contra uno. Podríamos dominar a Drake.

—¿Dejarlos ir? —Drake sonrió—. Lo siento, amigo, pero ese barco ya zarpó.

Ash dio un paso hacia abajo. Parecía casual, casi involuntario, pero sabía que no lo era.

—¡Quieto! —ordenó Drake, y la bola de fuego reapareció en su mano, crepitando amenazadora.

—¿O qué? —preguntó Ash desafiante y puso el pie en el siguiente escalón.

—Te lo dije, voy a ser tu amiguito…

No llegó más lejos, porque aproveché el momento en que Drake estaba distraído y le arranqué las piernas de cuajo con una patada potente y bien dirigida. Ash lanzó una bola de fuego en su dirección, pero Drake reaccionó a tiempo y rodó hacia un lado. Lanzó un grito de rabia cuando la bola de fuego se estrelló contra el suelo a su lado. El mármol se hizo astillas.

—¡Corre, June! ¡Ponte a salvo! —gritó Ash mientras saltaba varios escalones a la vez y se lanzaba sobre Drake.

Sentía un déjà vu, el recuerdo de aquella noche de hacía dos años en la que Ash me echó una vez. Entonces, todo lo que fue importante para mí se volvió añicos. No dejaría que eso ocurriera esta vez.

Intenté concentrarme en mis nuevos poderes, intenté canalizarlos hacia Drake de algún modo. El aire a mi alrededor crepitaba de magia, pero no conseguía captarla y canalizarla.

Ash y Drake luchaban entre sí, un torbellino de brazos y piernas, de fuerza bruta y brutalidad implacable. Parecía que Ash iba a imponerse. Sus brazos agarraron el cuello de Drake y lo inmovilizó contra el frío y duro suelo de mármol con una fuerza sobrehumana. Drake luchó furioso contra él, con los ojos desorbitados por la rabia, los músculos crispados y tensos bajo la presión del agarre de Ash.

—June, ¡vete! —Ash lanzó una mirada apresurada en mi dirección —. Tienes que encontrar a Amber, Nate y Jasper. Ellos…

—¿Qué está pasando?

La voz autoritaria del profesor LeBlanc resonó en el vestíbulo mientras bajaba las escaleras hacia nosotros apoyándose en su bastón. Sentí alivio. Ya no estábamos solos. El profesor se ocuparía de Drake y de quienquiera que estuviera implicado en esta maldita conspiración. Todo volvería a estar bien.

—¿Es ese su cigarrillo, señor Longham? —preguntó el profesor LeBlanc, pinchando con la punta pulida de su zapato la colilla que Drake perdió durante la pelea.

¿Hablaba en serio? Ahora mismo había cosas mucho más importantes que ese cigarrillo.

—Sí, señor —dijo Drake, teniendo el valor de parecer culpable, lo que quizá no era tan fácil teniendo en cuenta que Ash seguía sujetándolo con una llave en la cabeza.

El profesor LeBlanc sacudió la cabeza y lanzó una mirada de desaprobación por encima del borde de sus gafas de níquel.

—¿Qué te he dicho sobre fumar en el recinto escolar? Está prohibido. Y señor Westwick —suspiró—, por favor, suelte al señor Longham o me veré obligado a matarle.

¿Cómo?

Mis pensamientos se precipitaron, tropezaron y rebotaron unos contra otros mientras intentaba procesar lo que escuchaba. El profesor pronunció las palabras tan a la ligera, con tanta indiferencia, que no estaba segura de haberle oído bien.

Ash se congeló. No parecía tan sorprendido como yo por las palabras del profesor, pero tampoco estaba dispuesto a dejar marchar a Drake. Su cuerpo se tensó con una tensión creciente.

—¡Por favor, Sr. Westwick! No se lo ponga más difícil de lo necesario.

Una bola de fuego apareció en la mano del profesor LeBlanc.

«Drake dijo que la conspiración era tan profunda, sus raíces tan ramificadas, que nunca podría averiguar quién estaba involucrado», escuché las palabras de Ash en mi cabeza.

Ahora sabía lo profundas que eran esas raíces. El profesor LeBlanc era uno de ellos.

Ash aflojó de mala gana su agarre en el cuello de Drake. Cada centímetro que cedía parecía una concesión a su pérdida de control.

Drake reaccionó con la velocidad del rayo. Con una fuerza inflexible, inmovilizó los brazos de Ash detrás de su espalda, retorciéndolos en un ángulo doloroso. Una breve mueca de dolor, casi imperceptible, cruzó el rostro de Ash mientras el dolor recorría sus nervios, pero luego recuperó la compostura. Los ojos de Drake

brillaban con un fuego de satisfacción y rabia triunfante. Su placer por el sufrimiento de Ash era difícil de pasar por alto.

El profesor LeBlanc asintió satisfecho.

—Ahora que hemos resuelto eso… —Se volvió hacia mí, con toda su atención centrada ahora solo en mí. Su mirada era impenetrable detrás de la superficie brillante de sus gafas—. Vamos con usted, señorita Harper.

¿QUIÉN NECESITA UN PERRO GUARDIÁN CUANDO TIENES UNA CABRA?

Me alejé del profesor LeBlanc con el pánico de un animal acorralado. Sentí la fría piedra de la pared detrás de mí, implacable e inflexible: un eco físico de mi creciente horror. El profesor me dedicó una sonrisa que me pareció grotescamente inofensiva a la luz del hecho de que acababa de revelarse como parte de una conspiración contra la Academia de Verano.

Una conspiración que aún no podía entender del todo. Comprendí que los magos fénix querían poder elegir. Que no todos estaban hechos para luchar y estaban contentos con el destino que les tocaba. ¿Pero la sacerdotisa del sol? ¿Cómo podía siquiera uno de ellos pensar que ella era la solución a este problema? ¿Y cómo se formó sin darse cuenta un grupo entero que sostenía esta opinión?

—¿Dónde están todos? —pregunté, y el horror se adentró más en mis extremidades.

Porque si el profesor andaba por aquí tan campante y haciéndose el malo, eso solo podía significar una cosa: los magos fénix lograron apoderarse de la Academia en nuestra ausencia. Y los alumnos y profesores estaban muertos o encerrados en alguna parte.

¡Por favor, que sea lo segundo! ¡Por favor!

—Oh, no se preocupe, señorita Harper. —El profesor LeBlanc hizo un gesto con la mano. Había algo indulgente en su sonrisa, como si fuera un profesor tranquilizando a un alumno demasiado ansioso—. La mayoría sobrevivió.

¿La mayoría?

Me sentí tan mal que tuve ganas de vomitar. Pensé en Melanie, Joshua y Ally, que lucharon a mi lado. En el director Wilkins, que haría todo lo que estuviera en su mano para proteger la Academia. En la señorita Barnes, la entusiasta orientadora, que se preocupaba de verdad por los alumnos y se desvivía por todos y cada uno de nosotros.

—¿Quiénes? —quise saber, pero el profesor LeBlanc se limitó a ignorar mi pregunta.

—¡Escolta a la Srta. Harper a sus nuevos aposentos! —ordenó a Drake—. Yo llevaré al señor Westwick con los otros magos fénix renegados. —Se volvió hacia Ash, que lo miró con enfado—. Y por el camino, ¡debes contarme cómo te las arreglaste para volver de entre los muertos! Lo encuentro muy fascinante.

Drake se acercó a mí con largas y rápidas zancadas y me agarró por la parte superior del brazo, grosero.

—Será un placer —me murmuró al oído.

La piel de gallina cubrió mi cuerpo. Drake estaba disfrutando de mi incomodidad. Y disfrutaba provocando a Ash, que temblaba de rabia con cada una de sus palabras.

—¡Quita tus sucias zarpas de ella, Longham! —La voz de Ash se volvió un gruñido crudo.

Luchó contra el agarre del profesor LeBlanc, pero el resplandor rojo que emanaba de sus manos le hizo caer de rodillas. El profesor utilizó la magia del fénix para mantenerlo a raya. Jadeando de dolor, Ash cayó hacia delante mientras el profesor LeBlanc sacudía la cabeza, decepcionado.

—Por favor, Sr. Westwick, esto no va a ninguna parte.

Drake me agarró y me empujó delante de él, lejos del profesor LeBlanc y de Ash, hacia el largo y oscuro pasillo que llevaba a la cafetería de la escuela. Las yemas de sus dedos se clavaron con fuerza en la parte superior de mi brazo, prueba del control que tenía sobre la situación. Intenté apartarme, desesperada por volver con Ash, pero Drake me empujó sin ningún remordimiento hacia delante. Me agarró de la muñeca y me hizo girar hacia él. Su impulso me empujó contra la fría pared de piedra, cuya áspera superficie me

rozó los brazos desnudos. Su mano me sujetó por encima de la cabeza. Estaba indefensa, atrapada en sus garras, incapaz de moverme y mucho menos de escapar.

—Sabes que soy más fuerte que tú —alardeó con una sonrisa enfermiza, sus ojos brillando con un oscuro triunfo—. Y ahora que Ash ya no está cuidando de ti, puedo hacer esto sin obstáculos.

En un movimiento tan brusco que apenas tuve tiempo de reaccionar, metió la rodilla entre mis piernas y las separó a la fuerza. Se apretó contra mí con brusquedad, sus labios en mi boca. La sorpresa y el asco me inundaron y reaccioné por instinto. Lo mordí. Mordí tan fuerte su labio inferior que saboreé la sangre.

Drake jadeó de dolor y echó la cabeza hacia atrás.

—Maldita hija de…

Me soltó para formar una bola de fuego. Pero la magia que había estado intentando aprovechar todo este tiempo sin éxito encontró de repente una salida. Se descargó entre nosotros como un rayo. Mis manos empezaron a brillar, como lo hicieron la noche anterior cuando comencé a drenar la magia de Ash por accidente. Con sombría satisfacción, sentí el fuego de Drake fluir a través de mí, su magia recorriendo mi cuerpo.

—¿Qué demonios…? —Drake se apartó de mí, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y la conmoción. Se llevó una mano al pecho, como si intentara aferrarse a algo que se le escapaba inexorablemente de las manos—. ¿Qué estás haciendo? —jadeó, y pude oír el pánico creciente en su voz mientras caía de rodillas y se encorvaba.

No esperé a ver si mi magia se extendía o retrocedía. Si tenía algo muy en claro, era que no tenía ningún control sobre esta situación. Tenía que salir de aquí. Tenía que encontrar a alguien que pudiera ayudarme a liberar a Ash y a los demás.

Me aparté de la pared y corrí junto a Drake hacia la entrada lateral de la villa. Aún podía sentir su magia dentro de mí, pero ya no fluía de él hacia mí. Contuve la respiración y escuché pasos, una señal de que Drake me seguía. Pero lo único que oía era el latido de mi propio corazón. ¿Lo maté? La idea me llenó de un horror indescriptible.

Por fin llegué a la entrada lateral de la villa y salí a trompicones a la fresca llovizna. Eché un rápido vistazo por encima del hombro para ver si alguien me seguía, pero no había nadie. Estaba sola, y solo se me ocurría un lugar al que ir.



Madame Fontenot vivía a las afueras de la ciudad. Robé una bicicleta del cobertizo de la Academia —la mía seguía en el pantano con las demás, donde la dejé al atravesar el portal— y me puse en marcha. Solo cuando la villa dejó de estar a la vista, mis latidos se calmaron un poco. Logré escapar. Y encontraría la forma de liberar a Ash y a los demás.

La llovizna se posó sobre mí como un fino velo mientras pedaleaba con fuerza. Intenté apartar todos mis pensamientos sobre la confesión de Ash, concentrarme solo en la carretera, pero no lo conseguí. ¿Cómo iba a poder? ¿Cómo podía aceptar de repente la idea de que Ash hizo y dijo todas esas cosas horribles para protegerme? Tenía sentido. En retrospectiva, tenía mucho más sentido que mi mejor amigo decidiera odiarme de un día para otro. ¿Pero cómo podía saberlo? Pensé que la Academia era un lugar seguro, y ahora me enteraba de que la mitad del alumnado y de los profesores estaban dispuestos a desbocarse.

El balido de una cabra interrumpió mis pensamientos, señal inequívoca de que llegaba a mi destino. Salté de la bicicleta y la apoyé en la valla de madera que rodeaba el jardín delantero de la pequeña casa adosada donde vivía Madame Fontenot. Me apresuré a abrir la verja del jardín y corrí por el césped, en gran parte desnudo y plagado de pezuñas de cabra. Henri, el macho cabrío blanco, negro y gris de Madame Fontenot, me observaba con desconfianza.

—¡Eh, Henri! ¿Te acuerdas de mí? Ya te he visitado aquí antes —le dije en tono tranquilizaron al animal, que bajó la cabeza y me mostró sus cuernos curvados por casualidad.

Henri respondió con un fuerte gruñido. Parecía dispuesto a atacarme en cualquier momento.

Miré a un lado y a otro entre él y la casa de fachada amarilla desconchada, intentando calibrar si llegaría a la entrada. La luz seguía encendida detrás de las ventanas. Madame Fontenot debía de estar despierta. ¿La llamaba?

Henri se rascó la pezuña y resopló. Ahora tenía más de toro bravo que de cabra.

—Somos amigos, Henri —intenté de nuevo.

Pero el macho cabrío parecía tener otra opinión. Justo cuando pensaba que iba a cargar contra mí y empalarme con sus cuernos, oí una suave risita detrás de la puerta principal. Madame Fontenot la había abierto de un empujón y asomaba la cabeza.

—Mejor que cualquier perro guardián, ¿eh? —preguntó. Luego llamó a Henri—: Eh, vieja cabra, búscate otra cosa que hacer.

El animal reaccionó de inmediato. Se apartó de mí con una mirada majestuosa que decía *no vales mi tiempo* y empezó a pastar como si nada.

—Gracias —dije, aliviada de que Madame Fontenot tranquilizara su guardia cabra.

Asintió con la cabeza e hizo una mueca irónica mientras me abría la puerta.

—Bueno, ¡entra! Uno más no importa ahora.

Le miré con el ceño fruncido.

—¿Uno más?

—Sí, parece que tus amigos han decidido que a mi edad no necesitas dormir por la noche de todos modos.

—¿Mis amigos? ¿Te refieres a Amber, Nate y Jasper? —pregunté esperanzada.

Madame Fontenot asintió.

—Si es que se llaman así. Un grupo incómodo. Acaban de acomodarse en la mesa de mi cocina y están devorando la nevera.

La expresión de desaprobación de su cara me hizo reír. Comprendía a mis amigos. También me rugió el estómago. Los bocadillos no duraron mucho.

Seguí a Madame Fontenot al interior de la casa. El pasillo era tan estrecho que apenas se podía caminar de lado a lado. De las paredes colgaba una extraña mezcolanza de manteles individuales de ganchillo, máscaras africanas y fotos enmarcadas de Henri. Madame Fontenot me condujo a la pequeña y desordenada cocina, donde mis amigos estaban sentados a la mesa a la luz parpadeante de una lámpara colgante.

—¡Juniper!

Amber me vio primero y saltó con tanto entusiasmo que chocó con la lámpara colgante, que se balanceó de un lado a otro. Madame Fontenot me regañó en voz baja, pero yo la ignoré y caí en brazos de mi amiga.

—Estás bien. Gracias a Dios, estás bien —suspiré aliviada—. Y ustedes también.

Mi mirada se desvió hacia Nate y Jasper, que estaban sentados a la mesa de la cocina comiendo bocadillos con mantequilla de cacahuete y mermelada. Delante de ellos había varias tazas humeantes, el olor a té negro y miel dulce llenaba la habitación y creaba un ambiente acogedor.

—¿Cómo acabaron aquí? —pregunté—. Después de recibir el mensaje de Amber, Ash y yo corrimos a la Academia a buscarlos.

Amber, Nate y Jasper se lanzaron miradas de culpabilidad.

—No quisimos seguir esperándolos bajo la lluvia —admitió Amber —. Así que vinimos a casa de Madame Fontenot. Quería avisarte, pero me quedé sin batería.

—¿Y ustedes? —pregunté a los chicos.

Después de todo, Amber no era la única que tenía un teléfono móvil. Ash estuvo intentando contactar con Jasper y Nate varias veces.

Jasper sacó un objeto carbonizado del bolsillo de su pantalón con aire compungido y lo señaló con el dedo.

—Bola de fuego —explicó con simpleza—. Tuvo la heroica muerte de las llamas.

—Por eso no me llevé el mío —dijo Nate encogiéndose de hombros—. Además, odio estar de guardia todo el tiempo.

Vaya, alguien debería decir que nuestra generación no sería capaz de sobrevivir sin un teléfono móvil. Me froté la cara aún mojada con un gemido.

—¿Y Ash? ¿Dónde está? —preguntó Jasper, mirando por encima de mi hombro como si esperara que su amigo apareciera detrás de mí en cualquier momento.

Sacudí la cabeza.

—En la Academia. Fue capturado. Yo…

—¿Lo capturaron? —me interrumpió Jasper, sorprendido.

Nate, que seguía comiéndose el bocadillo, lo dejó caer en su plato y se me quedó mirando.

—Mierda —murmuró con la boca llena.

—Sí, él… Me encontré a Drake fuera de la Academia. Obligó a Ash a contármelo todo. Luego pelearon, y el Profesor LeBlanc…

Me detuve porque mi respiración era tan frenética que apenas podía respirar. La señora Fontenot me empujó a una silla.

—¡Tómatelo con calma, amor! Siéntate y tómate algo primero. Y luego puedes empezar desde el principio.

Amber, más que confundida por la avalancha de información desorganizada, me sirvió un poco de té. La taza humeante se sintió reconfortante en mis manos temblorosas y bebí un sorbo con cautela. El calor de la bebida me invadió. Rechacé con agradecimiento el bocadillo que Nate me ofrecía. Tenía un hambre terrible, pero la idea de comer me revolvía el estómago de nerviosismo. Además, era casi imposible masticar y hablar al mismo tiempo, y estaba claro que lo segundo tenía prioridad.

Después de desahogarme, me desplomé en la silla, exhausta, y dejé que los esfuerzos de las últimas horas me invadieran. Esperaba que mis amigos se asustaran, pero Jasper y Nate estaban extrañamente tranquilos.

—Así que por fin te lo contó —dijo Jasper en voz baja, dirigiendo a Nate una mirada inescrutable—. Nos preguntábamos cuánto tiempo iba a guardárselo.

Me levanté de mi asiento.

—Esperen, ¿sabían de esto? ¿Sobre la conspiración y que Ash solo intentaba protegerme?

Nate y Jasper asintieron. Al menos tuvieron la decencia de parecer culpables por ello.

—Drake intentó reclutarnos para su causa —explicó Nate—. Le seguimos la corriente, pero ninguno de nosotros se pondría del lado de la Sacerdotisa del Sol. La mujer es *espeluznante como la mierda*.

Sí, también era una forma de expresarlo…

—Su palabra clave, *tía Celeste*, ¿tenía que ver con la conspiración? —pregunté, porque la reacción de Jasper y Nate y todo el secretismo de repente tenían sentido.

—Claro que sí —confirmó Jasper—. Celeste es la tía de Nate. Incluso mata cactus porque se olvida de regarlos. Por eso le vendría bien algo de ayuda con la jardinería. Pero claro, esa era solo nuestra palabra clave secreta por si necesitábamos hablar entre nosotros sin que nos molestaran. Cuando de repente se te ocurrió, supimos que algo iba mal.

Amber negó con la cabeza.

—No puedo creer que hayan estado ocultando esto durante tanto tiempo. ¿Saben cuánto ha sufrido Juniper por todo esto?

Nate levantó las manos en señal de aplacamiento e iba a decir algo, pero Jasper lo interrumpió con un bufido.

—¿Crees que Ash no sufrió? Cada mala palabra, cada herida mental que le infligió a ella, se la infligió a sí mismo. Era una sombra de sí mismo. Le imploramos que se detuviera, le rogamos que confiara en el director o en el profesor LeBlanc, pero tenía demasiado miedo de que le pasara algo a Juniper.

Y tuvo razón. Pensé en el profesor LeBlanc, en quien había confiado y de quien nunca esperé que traicionara a la Academia. Todos confiamos en él. Era el profesor *de Magia Elemental Aplicada*, por el amor de Dios.

Madame Fontenot se aclaró la garganta.

—Bueno, están metidos en un buen lío —dijo, y casi sonó como si fuera culpa nuestra que esto estuviera sucediendo.

La anciana estaba sentada en la silla de la cocina a mi lado, con las manos arrugadas entrelazadas en el regazo y la pierna con el pie zambo estirada. Hasta ese momento había escuchado mi informe sin hacer ningún comentario, pero ahora parecía cobrar vida. Se levantó

y cojeó hasta el salón contiguo. Poco después regresó con un collar con un colgante de turquesa que me tendió.

—Toma.

Lo cogí antes de que cayera al suelo. Irritada, acaricié la piedra alargada, que se sentía suave y fría en mi mano.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto?

Madame Fontenot resopló.

—Te lo pones, por supuesto.

—De acuerdo.

No creía que fuera el momento adecuado para lucir joyas bonitas, pero lo hice de todos modos. Un cosquilleo recorrió mi cuerpo cuando me coloqué la piedra en el pecho y Madame Fontenot asintió satisfecha.

—El collar te ayudará a canalizar mejor tus nuevos poderes. Lo necesitarás ahora que eres un Guardián del Fuego.

—¿Un qué?

Madame Fontenot respondió a mi confusión con un gesto impaciente de la mano.

—Un guardián del fuego. Alguien que porta magia elemental y de fénix en igual medida. Etienne posee estos poderes, y al parecer tú también ahora.

—Pero Etienne es único —tartamudeé.

Esas fueron las palabras de la sacerdotisa del sol, pero no parecieron impresionar a Madame Fontenot. Se encogió de hombros con indiferencia.

—Ya no. Se enfadará mucho. Le encanta ser único.

—¿Por qué no hemos oído nada antes sobre esto *del Guardián del Fuego*? —intervino Amber en la conversación.

Había apoyado los antebrazos en la mesa y se inclinaba hacia delante como si quisiera asegurarse de no perderse ninguna de las palabras de Madame Fontenot.

—Porque en lugar de sumergirse en el mundo de los libros y los escritos antiguos, prefieren correr por el pantano y tragarse fragmentos de rubí solar como si fueran chocolates —replicó la anciana con sorna—. Los Guardianes del Fuego son ante todo una leyenda. Algunos creen que pueden ayudar a que triunfe el bien y

liberar al mundo de la tiranía de la Sacerdotisa del Sol. Otros los ven como precursores del Apocalipsis. Afirman que su don viene directo de las profundidades del infierno y podría destruir a la humanidad.

—¿Y qué te parece? —Mi corazón latía con fuerza mientras esperaba su respuesta.

—¡Son tonterías! Quien tiene estos poderes no es ni bueno ni malo, el mundo no funciona así. Siempre podemos elegir por lo que luchamos o contra lo que nos oponemos. Tú igual.

Madame Fontenot me dirigió una mirada significativa, pero levanté las manos para defenderme.

—¿Quieres que luchemos? Solo somos cuatro.

Miré a mi alrededor. Nate y Jasper eran fuertes, pero difícilmente serían rivales para una horda de magos fénix. Sobre todo, porque no sabíamos si contaban con el apoyo de los retornados o incluso de la sacerdotisa del sol. Y, desde luego, no quería contar con mi nueva habilidad de aspiradora mágica, con Guardián del Fuego o sin él.

—Tienes razón. Son un grupo patético —asintió Madame Fontenot con su habitual actitud inflexible—. Necesitan refuerzos.

—Podemos llevarnos a Henri con nosotros —comentó Nate escueto.

—¡Nadie toca a mi macho cabrío! —dijo indignada Madame Fontenot, como si hubiese sido una sugerencia seria.

—¿Y la guardia del fénix? —preguntó Amber, pero Jasper negó con la cabeza.

—Demasiado arriesgado. No podemos decir con seguridad cuál de ellos está de nuestro lado. Si el profesor LeBlanc es parte de la conspiración, podría ser cualquiera.

Amber, Nate y Jasper empezaron a discutir entre sí, peleando sobre en quién se podía confiar y en quién no. Era terrible lo pequeño que se había vuelto nuestro mundo en el espacio de unas pocas respiraciones, las pocas personas en las que podíamos depositar toda nuestra confianza. Estaba nuestro pequeño grupo, Madame Fontenot, Etienne, que sin duda se negaría a ayudar, nuestros padres, que eran incapaces de hacerlo y…

—¿Y los alumnos de la Academia de Otoño? —sugerí—. Tal vez puedan apoyarnos.

La conversación se detuvo de inmediato y todas las miradas se volvieron hacia mí.

—Tienes una prima allí, ¿verdad? —preguntó Amber.

—Sí. Se llama Eris y es la hija de la directora. Podría ponerme en contacto con ella. Tal vez puedan enviarnos algunos luchadores.

—¿Son capaces de enfrentarse a los magos fénix? —preguntó Jasper con escepticismo.

Levantó la vista no muy convencido.

—¿Porque son mujeres? —le preguntó Amber con mordacidad. Sus ojos brillaron desafiantes.

—No —respondió Jasper con calma—, porque no tienen habilidades mágicas en comparación con los magos fénix. Son excepcionalmente fuertes, sí, pero no pueden resurgir de las cenizas como nosotros si las matan.

—Entonces solo hay una solución —respondí.

—¿Y esa sería? —preguntó Jasper.

—No puedes morir.

EL ENEMIGO ACECHA EN TODAS PARTES, INCLUSO EN EL CAFÉ

Llamé a la Academia de Otoño y dejé un mensaje para Eris. La Academia, enclavada en la remota naturaleza canadiense, era famosa por su falta de cobertura en los teléfonos móviles. Así que me vi obligada a esperar una respuesta por teléfono fijo.

Pasaron veinte angustiosos minutos hasta que sonó mi móvil. Mientras hablaba con Eris, describiéndole los detalles de nuestra situación, podía sentir las miradas ansiosas de los demás. Solo Madame Fontenot salió de la cocina para cuidar de su cabra. Por fuera, parecía como si todo aquello no fuera de su incumbencia, pero era más que probable que estuviese tan tensa como el resto de nosotros. Cuando regresó quince minutos más tarde, llevaba un montón de mantas, que depositó en una de las sillas de la cocina sin hacer ningún comentario, y Eris prometió hablar con su madre.

—¿Crees que nos ayudarán? —preguntó Amber cuando terminé la llamada, mordisqueándose nerviosa el labio inferior.

—Eris sonaba confiada —dije, obligándome a sonreír—. Pero tardarán en llegar. No podemos esperarlos hasta mañana por la tarde como muy pronto.

Era mucho el tiempo que transcurriría y en el que podrían suceder muchas cosas. Pero no teníamos más remedio que esperar.

—Hagan lo que quieran, pero me voy a dormir —anunció Madame Fontenot con inconfundible finalidad en la voz—. Ya me han tenido despierta bastante tiempo con sus susceptibilidades.

—¿Y dónde *deberíamos* dormir?

Jasper miró alrededor de la pequeña cocina como si esperara que la encimera se transformara mágicamente en una cama plegable gigante. No le hizo el favor.

—Has entrado en mi casa sin avisar, no esperes que sea hospitalaria —respondió Madame Fontenot, sin esforzarse en absoluto por disimular su indiferencia—. ¡Hay mantas, busca un sitio para dormir!

Aquello era, en efecto, más hospitalidad de la que habría esperado de la anciana. Amber y yo nos miramos y sonreímos. Ya estábamos acostumbradas a su brusquedad. Nate y Jasper, en cambio, se quedaron boquiabiertos, mientras Madame Fontenot se limitaba a dar media vuelta e irse cojeando a su dormitorio.

—Quizá Henri aún tenga un sitio para ti en su jardín delantero —se burló Amber de Nate mientras cogía una de las mantas.

—¡Mantengan tus manos fuera de mi macho cabrío! —retumbó la voz de Madame Fontenot desde afuera antes de cerrar la puerta de la sala con un fuerte golpe.

—Una anciana encantadora —comentó Jasper.

Me encogí de hombros.

—Al menos nos dio refugio, aunque no fuera del todo voluntario.

Y me dio este colgante, que tenía que averiguar cómo funcionaba.

Cuando cogí la última manta, debajo apareció un libro que Madame Fontenot debió de poner allí. Leí *Los principios de la magia del fénix y de los elementos*. Sonaba bastante sobrio y como algo que teníamos que leer en las clases del colegio, pero hojeé las páginas con curiosidad. Madame Fontenot había marcado una página con una nota. Mientras Amber, Nate y Jasper se ocupaban de ponerse cómodos en el salón contiguo, yo me sumergí en mi lectura a la luz titilante de la lámpara de la cocina.

EXISTEN DOS RAMAS PRINCIPALES: la magia del fénix y la magia elemental. La magia del fénix, como su nombre indica, está

estrechamente relacionada con el poder y el simbolismo del fénix. Sus practicantes son capaces de resucitar de entre las llamas y lanzar bolas de fuego. La magia elemental, por su parte, es la capacidad de dominar los cuatro elementos clásicos: tierra, agua, fuego y aire. En la historia y la tradición mágica, siempre se ha dado por sentado que un individuo solo puede dominar una de estas dos formas de magia. Sin embargo, existe una excepción, anclada en la leyenda de los llamados Guardianes del Fuego*. En ella se afirma que unos pocos practicantes son capaces de dominar ambas formas de magia simultáneamente. Esta simbiosis única les permite absorber el fuego de otros magos fénix y utilizarlo como energía propia, mientras que la magia elemental les proporciona el control y la manipulación de los elementos necesarios para guiar y dominar el proceso. Esta dualidad de magias crea un fenómeno mágico extraordinario que es a la vez fascinante y aterrador.*

AHÍ LO TENÍA. En blanco y negro y bastante confuso. Mi habilidad mágica para aspirar estaba registrada en un libro científico.

Leí el párrafo varias veces, hojeando las páginas con la esperanza de averiguar algo más sobre los *Guardianes del Fuego*. Pero no había nada. Ninguna instrucción sobre cómo aprovechar mis poderes mágicos. Ninguna indicación de si era capaz de hacer algo más que pudiera ser útil en la lucha contra la Sacerdotisa del Sol. Si hubiera tenido más tiempo, podría haber visitado a Etienne y hacerle preguntas. Pero con las cosas así, tendría que averiguar por mí misma de qué era capaz. Acaricié el colgante de turquesa, pensativa.

—¿Va todo bien? —Amber se paró en la puerta y me miró con preocupación—. Nate y Jasper nos dejaron los dos sillones. Van a dormir en el suelo. Tú también deberías descansar.

Asentí, incapaz de apartar los ojos de las últimas líneas del libro.

—Todo va bien. Enseguida voy.

Todo en mí se resistía a seguir a Amber hasta el salón y acurrucarme en uno de los sillones de Madame Fontenot. Cada minuto que pasábamos aquí me parecía demasiado largo, y una voz

en mi interior gritaba que teníamos que hacer algo, actuar, luchar. Pero también sabía que el accionismo ciego no nos llevaría a ninguna parte ahora. Todos estábamos agotados, mental y físicamente, y teníamos que reunir nuevas fuerzas.

Con un suave suspiro de resignación, cerré el libro que Madame Fontenot eligió para mí y me levanté, rindiéndome al cansancio plomizo que palpitaba en mis miembros. Mañana seguiríamos luchando y encontraríamos la forma de liberarlos a todos.



No dormí. Por supuesto que no. La Academia de Verano estaba en las garras del enemigo, Ash atrapado, y después de todo lo que me confesó, había muchas cosas en las que tenía que pensar. Perdida en mis recuerdos, repasé los últimos dos años en mi cabeza, pensando en cada encuentro que tuve con Ash. ¿Cómo no me di cuenta de que todas sus poses no eran más que una fachada? ¿Cómo pude pensar que cambió de la noche a la mañana? Un chico que me odiaba y que hacía todo lo posible por hacerme la vida imposible.

—¡Shh! —susurró Amber. Giré la cara hacia ella. Estaba acurrucada en el sillón a mi lado. La luz plateada de la luna que caía por la amplia ventana brillaba sobre su piel oscura—. ¿Tú tampoco puedes dormir?

—No —admití y ahogué un bostezo.

—Bastante para asimilar, ¿no?

—Puedes repetirlo. —Me tapé con la manta y me quedé mirando la oscuridad—. Entonces, ¿tú y Nate? —pregunté antes de que Amber se me adelantara e hiciera alguna pregunta incómoda sobre Ash para la que no tenía respuesta.

—Nate y yo —confirmó—. Una locura, ¿eh?

—No tan loco como el hecho de que se besaran en la fiesta de verano del año pasado —respondí. Lo dije en broma, pero no podía ignorar el silencioso reproche que contenía.

—Lo sé, lo siento, Juniper. —Amber sonaba arrepentida.

—No pasa nada. Es un buen tipo. Y ahora sabemos que todo esto de *hacerle la vida imposible a Juniper* era por algo.

—¿Así que perdonas a Nate y Jasper? —preguntó en voz baja.

—Sí, me gusta.

—¿Y Ash?

Ahí estaba: el campo de minas que había intentado evitar y con el que terminé tropezando. No sabía si podría perdonar a Ash. Era más fácil cuando se trataba de Nate y Jasper. Sus palabras y acciones me lastimaron, pero no me rompieron el corazón.

—Me mintió —respondí con rigidez.

—Sí —admitió Amber—. Pero lo hizo para protegerte.

Resoplé.

—¿Desde cuándo eres del Equipo Ash? Había veces que querías enterrar su cuerpo en algún sitio.

—Por supuesto que quería eso. Hirió a mi mejor amiga. Dijo e hizo todas esas cosas, pero ahora sabemos que no quiso decir nada de eso. Y para ser justos: no enterramos su cuerpo, pero arrastramos sus cenizas por el pantano en una bolsa de plástico. Eso está bastante cerca. Yo diría que Ash y yo estamos a mano. Pero entiendo si es diferente para ti, si no te es fácil perdonarlo.

—Quiero hacerlo —susurré—. Pero me da miedo.

Cada una de las palabras de Ash, cada acción dejó cicatrices. Aprendí a vivir con ello, pero no sabía si podría ignorarlo todo y empezar de nuevo.

Amber me tendió la mano y tiró de mí. Nos quedamos colgadas entre los sillones en un incómodo abrazo.

—No importa lo que decidas. Estoy aquí para ti.

Siempre fue así, y yo estaba increíblemente agradecida por ello.

—Eres la mejor —susurré sin poder evitar que se me llenaran los ojos de lágrimas.

—Vale, basta de sentimentalismos —decidió Amber y se separó de mí—. ¿Crees que podremos recuperar la Academia de Verano?

—Tenemos que tener éxito —dije con rotundidad.

Cualquier otra cosa era impensable. La Academia de Verano protegía al resto del mundo de la Sacerdotisa del Sol y los retornados. Si ella caía, no habría nadie que se interpusiera entre el

mundo humano y su mundo. La puerta del infierno estaría abierta de par en par y no habría nadie que la protegiera.

—¿Y si los luchadores de la Academia de Otoño no son suficientes? —preguntó, y pude ver la duda en sus ojos—. Sé que todos piensan que no podemos confiar en la Guardia del Fénix, pero con ellos de nuestro lado…

Sacudí la cabeza.

—Si dejamos que se enteren y hay traidores entre ellos, informarán al profesor LeBlanc y a los demás de nuestra operación de rescate. No podemos arriesgarnos a eso.

—Pero eso significa que los magos fénix de la Academia de Verano no son los únicos de los que tenemos que preocuparnos —objetó Amber.

Suspiré. Ella tenía razón. Hasta ahora, nuestros enemigos fueron fáciles de reconocer. Estaba la sacerdotisa del sol y los revenants, nada más. Pero ahora nos enfrentábamos a un grupo traicionero de magos fénix que eran nuestros compañeros, profesores o protectores. Gente en la que una vez confiamos.

—Paso a paso —respondí—. Primero la Academia de Verano, luego nos ocuparemos del resto.



Cuando la oscuridad fue dejando paso a un cielo color pastel, me arrastré hasta la cocina y cerré la puerta en silencio para no despertar a los demás. Al menos esperaba no despertarlos, aunque sospechaba que estaban igual de atormentados por preocupaciones y temores y quizá habían perdido tanto sueño como yo. Pero en aquel momento, necesitaba el silencio. Un momento de soledad para respirar hondo.

Puse una cafetera, dejé que el familiar sonido del agua goteando llenara mis pensamientos y tomé asiento en la vieja mesa de madera que ocupaba el centro de la cocina. Mientras miraba por la ventana y observaba el amanecer, pensé en todas las preocupaciones que tuve hace quince días. Qué pequeñas me parecían ahora. El miedo a no

poder caminar por un pasillo de la escuela sin tropezarme no era nada comparado con el miedo a ser asesinada por un mago fénix nada más entrar en la Academia.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por el suave chirrido de la puerta. Jasper entró trotando y bostezando. Parecía que pasó la noche tan en vela como yo. Su afro sobresalía en todas direcciones y tenía los ojos enrojecidos.

—¿Has hecho café? —preguntó esperanzado, apoyándose en la mesa de la cocina.

Señalé la anticuada cafetera, que en ese momento gorgoteaba mientras apretaba el último sorbo de café a través del tamiz.

—Debería estar listo en cualquier momento.

Jasper olfateó.

—Huele raro. Como si alguien hubiera mezclado lavanda con el café en polvo.

—Tal vez una mezcla especial de Madame Fontenot —supuse.

Jasper esperó a que se acabara la última gota de café antes de sacar la cafetera de la máquina, servirnos una taza a los dos y sentarse a la mesa frente a mí. Miró la infusión negra con cierto escepticismo.

—¿Estás segura de que puedo beber esto y no caeré muerto?

Balanceé la cabeza de un lado a otro.

—El enemigo acecha por todas partes.

—Hmm… —dijo pensativo, y pude ver que estaba relacionando mis palabras con la Academia y nuestra situación actual. Ninguno de los dos podíamos separarnos de esos pensamientos, por mucho que lo intentáramos.

—Deberíamos observar la Academia y hacernos una idea general de la situación —expresé lo que llevaba un rato pensando—. Así estaremos preparados cuando lleguen los refuerzos.

Jasper frunció el ceño y yo estaba segura de que rechazaría mi sugerencia. Pero luego asintió.

—¡Buena idea! Pero… ¿Juniper?

—¿Sí?

—Nada de ir sola, ¿de acuerdo? Ash no querría que te pusieras en peligro para salvarle.

—Claro que no. —Resoplé como si la petición de Jasper me pareciera por completo absurda—. ¿Por qué iba a hacer algo tan estúpido?

—Porque le quieres.

Bajé los ojos a mi taza de café, esperando que Jasper no viera el delator color rojo de mis mejillas. Que no se diera cuenta de hasta qué punto pegó en el blanco. Porque por mucho que me costara perdonar a Ash, había un hecho irrefutable: le quería, siempre lo quise.

—Y él te ama —dijo Jasper con calma—. Más de lo que puedas imaginar ahora mismo.

Mis manos se apretaron alrededor de la taza de café mientras intentaba luchar contra todas las emociones que intentaban salir: el miedo por Ash. El amor que sentía por él. Las dudas que albergaba. Y el cálido sentimiento de esperanza que me dieron las palabras de Jasper.

—Tenemos que sacarlo de ahí, Jasper —susurré, con la voz temblorosa.

Cruzó la mesa con el brazo y puso su mano sobre la mía para tranquilizarme.

—Lo haremos, Juniper. Te lo prometo.

¿QUIÉN QUIERE HACERSE EL HÉROE AQUÍ?

Dos horas después de nuestra sesión de café y estrategia, me encontraba con Jasper en el antiguo escondite de Ash y mío en el jardín de la Academia. Nos separamos. Amber y Nate vigilaban la entrada principal de la mansión desde la distancia, mientras que nosotros teníamos una mejor vista de la entrada lateral desde aquí. Los terrenos estaban desiertos. El silencio matutino solo se veía interrumpido por el suave susurro de las hojas.

—¿Por qué crees que no pusieron guardias fuera de la villa? —pregunté en voz baja.

Jasper, que no apartaba los ojos de la Academia, se encogió de hombros.

—Quizá estén muy seguros de sí mismos. O quizá no quieren llamar la atención. Nunca hay guardias fuera de la Academia durante el día, ¿por qué iba a haberlos ahora?

Sus palabras sonaban lógicas, tranquilizadoras en su sencillez, y sin embargo no podía deshacerme de la sensación de incertidumbre. ¿Y si habíamos pasado por alto a un guardia y el profesor LeBlanc y los demás sabían desde hacía tiempo que estábamos aquí? Saqué el móvil y enfoqué la Academia con la cámara, esperando encontrar alguna pista que pudiera ayudarnos. Pero las ventanas seguían oscuras e insondables.

—Deben de haber encerrado a las brujas y brujos en el comedor escolar —le conté a Jasper mis sospechas—. Drake quería llevarme

allí. A Ash y los otros magos fénix que no forman parte de la conspiración probablemente los pusieron en algún lugar del ala derecha de la Academia.

—¿Crees que los meten en las jaulas? —preguntó Jasper con un ligero estremecimiento. Se daba cuenta de que aquella idea lo perturbaba.

Al igual que Ash, Jasper fue llevado al sótano de la Academia cuando llegó de pequeño. Como los jóvenes magos fénix no tenían sus poderes bajo control en los primeros tiempos, los mantenían allí en una de las jaulas. La experiencia sin duda fue traumática.

—Es lo más seguro —respondí, tratando de no pensar en Ash, que podría estar sentado en una de esas jaulas ahora mismo.

En el silencio de nuestro escondite, mi teléfono móvil vibró de repente, un sonido brusco que hizo que mi pulso se disparara de golpe. Eris, mi prima, prometió mantenerse en contacto y solo podía esperar que aquel mensaje fuera de ella. Con dedos temblorosos, metí la mano en el bolsillo de la chaqueta y saqué el aparato. Se me cortó la respiración cuando vi el remitente.

Era Ash.

Me dio un vuelco el corazón y me invadió una oleada de incredulidad. Tragué saliva antes de pulsar la pantalla para abrir el mensaje.

Era una foto. Tardé un momento en darme cuenta de lo que estaba viendo. La exposición era mala, pero bastaba para reconocer la espantosa escena. Ash estaba encadenado a una viga de madera. Sus manos colgaban de pesadas cadenas por encima de su cabeza. La parte superior de su cuerpo estaba desnuda y cubierta de quemaduras.

—¡Mierda!

El teléfono móvil resbaló de mi mano temblorosa y cayó en la hierba con un ruido sordo.

—¿Qué pasa? —preguntó Jasper alarmado y me lo recogió.

Juntos nos quedamos mirando la pantalla, leyendo las palabras que aparecían bajo la imagen:

Sé que estás ahí fuera en alguna parte, pequeña June. Sal, sal, donde quiera que estés, o tu amado Ash lo pagará.

—Drake —susurré con voz ronca—. Debe haber cogido el móvil de Ash.

Jasper respiró desencajado y su rostro se tensó al contemplar la imagen del cuerpo maltratado de Ash.

Pasaron largos segundos antes de que volviera a exhalar y encontrara palabras:

—No debemos dejar que esto nos despiste.

—¿Dejando que se le vaya de las manos? —repetí, atónita—. Lo está torturando, Jasper. ¿Viste las ampollas en su piel?

—Ash puede soportarlo —respondió con una mirada firme.

—¿Cómo puedes decir tal cosa?

El pánico me subió por la espalda. Podía sentir cómo me abrumaba. Cómo paralizaba todo mi pensamiento racional. Tenía que llegar a Ash. Tenía que ayudarle de alguna manera.

—¡Juniper, escúchame! —Jasper me miró con urgencia—. Ash es un mago fénix. Sobrevivirá a esto. A lo que no sobrevivirá es si te pones en peligro por él y consigues que te maten. Ya hemos hablado de esto: ninguna operación de rescate por tu cuenta. Esperamos el apoyo de la Academia de Otoño.

—Pero debe haber algo que podamos hacer.

Mi protesta fue impotente. Se me llenaron los ojos de lágrimas de rabia e impotencia. Nunca me había sentido tan impotente.

Pero entonces recordé. No estaba indefensa. Mi mano se cerró en torno al colgante de turquesa que Madame Fontenot me regaló. Jasper pensaba que solo teníamos el poder de dos magos fénix y dos brujas. Pero mis habilidades iban mucho más allá. Robé los poderes de Drake una vez, y podía hacerlo de nuevo. Y si tenía que hacerlo, le quitaría todo lo que tenía.

—June, ¿qué haces? —siseó Jasper cuando hice ademán de abandonar nuestro escondite.

—Lo que debería haber estado haciendo todo el tiempo.

Intentó sujetarme, pero me solté, me escabullí por el espeso seto y corrí hacia la entrada lateral de la villa. Al parecer, Jasper no había esperado tanta resistencia, porque tardó un momento en agarrarse y venir tras de mí.

—¡Juniper! Juniper, ¡para! —La voz de Jasper retumbó en mis oídos, pero mi determinación no dejaba lugar a su preocupación.

—No.

Eso era todo lo que tenía que decir al respecto. Apreciaba el cuidado de Jasper, de verdad. Pero él no me detendría.

La puerta de la entrada lateral se abrió de un empujón antes de que yo llegara. Reconocí a Greg, un mago fénix de la escuela inferior.

Podía haber adivinado que estaría en primera fila de una conspiración, pensé sombría mientras caminaba hacia él a grandes zancadas.

Greg era un imbécil. Alguien que complicaba la vida a sus compañeros, hacía que otros hicieran sus tareas por él y presumía del número de alumnos a los que ya había dado una paliza. Pero si pensaba que podía interponerse en mi camino, se equivocaba.

—Quiero ver a Ash Westwick —le ladré.

—¡Claro! —Greg sonrió igual al Gato Sonriente. Al parecer, estaba preparado para que yo apareciera—. Carry, Steve. —Se volvió hacia sus compañeros, que aparecieron detrás de él en la puerta—, ¡encárguense del mago fénix!

Asintió en dirección a Jasper, que se quedó a unos metros de nosotros, indeciso sobre qué hacer. Era evidente que no le parecía muy bien mi plan de meterme en la boca del lobo, pero tampoco quería dejarme sola.

—No lo necesitas —dije con dureza.

Era una orden, no una afirmación, pero Greg no cedió. Me miró con condescendencia.

—Puedes dejar que nos preocupemos de a quién necesitamos o no, cariño —respondió.

—No. Lo. Necesitan —repetí, enfatizando cada palabra, buscando la magia de mi interior.

Con el colgante al cuello, de repente me resultaba muy fácil canalizarla. Ya lo había intentado en la noche en el salón de Madame Fontenot, pero no me atreví por miedo a reclamar la magia de Nate y Jasper. Pero ahora no tenía nada que me detuviera.

Greg dio un grito ahogado cuando la magia empezó a fluir entre nosotros. Su magia de fénix abandonó su cuerpo y fluyó hacia mí. Era como un torrente de energía salvaje y desenfrenada que me atravesaba. Las rodillas de Greg cedieron. Se tambaleó y cayó al suelo, rodeándose el cuerpo con los brazos como si pudiera detener lo que le estaba ocurriendo.

Los otros dos magos fénix, Carry y Steve, se quedaron clavados en el sitio cuando vieron a su compañero desplomarse delante de ellos. Sus ojos iban y venían entre nosotros, con una expresión de horror en sus rostros. Pero entonces salieron de su estupor y corrieron al lado de Greg para ayudarle. Se arrodillaron a su lado, tanteando su cuerpo con las manos, buscando una herida que no podían ver, porque era mucho más profunda y personal que cualquier herida física. Sus ojos se cruzaron con los míos y pude ver cómo crecía el miedo en ellos.

—¿Qué haces? —preguntó Carry, con la voz temblorosa por el pánico.

Apenas me di cuenta de su pregunta, tan concentrada estaba en controlar la nueva energía que se arremolinaba en mis venas.

—¿Dónde está Ash? —No me hacía ilusiones: este don era jodidamente útil, pero en cuanto tuviera que lidiar con más de tres alumnos de clase inferior, llegaría a mis límites. Así que tenía que actuar rápido—. ¿Dónde está? —le exigí.

Carry se estremeció, pareciendo recibir un golpe con mis palabras. Levantó el brazo y señaló el pasillo detrás de ella.

—En el sótano… Está en el sótano donde están las jaulas.

Empecé a correr. Cada segundo podía decidir si Ash y yo salíamos de aquí.

Detrás de mí, oí el gemido gutural de Greg cuando liberé su magia de fénix y volvió a fluir en su cuerpo.

—Maldita sea, ¿qué fue eso?

Nadie me siguió mientras me apresuraba por los pasillos vacíos de la Academia de Verano hacia la escalera que conducía a la cámara acorazada del sótano. Mi pequeña demostración de fuerza parecía haber bastado para ahuyentar a los alumnos de los cursos inferiores. Pero dudaba que fuera tan fácil con Drake o del profesor LeBlanc.



Al bajar los primeros escalones de la bóveda del sótano, sopló hacia mí una brisa fresca, un claro contraste con la opresiva calentura de Nueva Orleans. Hizo que se me erizaran los pelillos de los brazos. Escuché ruidos, pero lo único que oía eran mis pasos sobre los escalones de piedra.

La cámara acorazada del sótano de la Academia de Verano era un lugar poco frecuentado. Los jóvenes magos fénix eran llevados allí cuando llegaban si aún no tenían sus poderes bajo control. También trasladaban allí parte de la biblioteca de la escuela, que había crecido tanto con los años que apenas cabían todos los libros. Era un lugar extraño: a un lado de la bóveda estaban las jaulas, al otro incontables estanterías, en las que yacía latente el conocimiento mágico de siglos.

Cogí el colgante que llevaba en el pecho y lo rodeé con las manos, nerviosa, mientras avanzaba paso a paso hasta llegar al final de la escalera. El pasillo que tenía delante conducía a la cámara acorazada con las jaulas. Un olor acre, algo dulce, que no podía distinguir, y una luz tenue se dirigían hacia mí desde allí. Me detuve, solté el colgante y apoyé las palmas de las manos en la fría piedra de la pared de al lado, como si quisiera sentir el pulso del edificio bajo las yemas de los dedos. Mi respiración era superficial. Necesitaba un momento para serenarme, para calmar el miedo que atenazaba mis pensamientos. Entonces respiré hondo, reuní todo mi valor y entré en la bóveda del sótano iluminada por antorchas.

Parecía vacío, al menos a primera vista. No había nadie en las dos jaulas delanteras. O bien todos los magos fénix estaban del lado

de la sacerdotisa del sol o los metieron en otro sitio.

Cuando llegué a la tercera jaula, lo encontré. Ash estaba agachado en el suelo de piedra helada, con las piernas dobladas y los brazos apoyados en ellas. Tenía la cabeza hundida entre los hombros y el torso desnudo cubierto de ampollas. Las marcas de color rojo sangre se entrecruzaban en su piel en un patrón salvaje, y aunque estaba preparada para esto, fue un shock. Sin querer, inspiré con fuerza, atrayendo la atención de Ash hacia mí. Levantó la cabeza.

—¿June? ¿Qué haces aquí?

El pánico se apoderó de sus ojos azules hielo. Pensé en lo que Jasper dijo: *Ash es un mago fénix. Sobrevivirá a esto. A lo que no sobrevivirá es si te pones en peligro por él y consigues que te maten.*

Tragué saliva, reprimí la sensación de que acababa de cometer un gran error y me obligué a sonreír.

—Salvarte. ¿Qué más?

Quería sonar alegre, pero mi voz era áspera y delgada. Tuve que ensayar de nuevo mi heroica interpretación del gran salvador.

Ash luchó por ponerse en pie. No había duda de que sus músculos se rebelaban y cada movimiento que hacía le dolía.

—¡Esto es una locura, June!

Temblaba por el esfuerzo de mantenerse erguido mientras se tambaleaba hacia los barrotes de la jaula y cerraba las manos en torno a ellos.

—¿Locura? —pregunté—. ¿Quieres decir que sería una locura unirte a un grupo de magos fénix hambrientos de poder y mentirle a tu mejor amiga solo para protegerla?

Ash apretó los labios y me di cuenta de que había tocado una fibra sensible con mi comentario.

—Eso es otra cosa —respondió de mala gana.

—Oh sí, ¿por qué?

—Porque… —Vaciló un momento, mirándome con firmeza—. Hice lo necesario para protegerte.

Me encogí de hombros, un gesto de indiferencia que en realidad no sentía.

—Y ahora haré lo que haga falta para sacarte de aquí. No eres el único que se hace el héroe.

Dejó escapar una risa amarga que no llevaba ningún atisbo de alegría.

—Soy cualquier cosa menos un héroe, June. —Su voz era tranquila, su mirada seria y clara, y yo sabía que hablaba en serio. Cada palabra y el mundo de dolor y arrepentimiento que tenía detrás.

Tendríamos que hablar de lo que hizo. Pero no aquí y no ahora.

—¿Cómo te sacamos de aquí? —pregunté, sacudiendo la puerta de la jaula con determinación.

Las manos de Ash apretaron las mías. Me echó una mirada apresurada por encima del hombro y sus ojos parpadearon.

—Drake, tiene la llave. Él…

Un relámpago parpadeó en la sombría bóveda del sótano y me hizo parpadear sobresaltada. El pánico se apoderó de mí al instante, recorriéndome las venas en un hormigueo. Miré a mi alrededor, buscando la fuente del resplandor. Tardé un latido, quizá dos, en darme cuenta de que procedía de la cámara de un teléfono móvil que sostenía nada menos que Drake.

—Lo siento. —Nos dedicó una sonrisa tan asquerosa y autocomplaciente—. Solo tenía que capturar esta conmovedora escena para la posteridad.

Ash, a mi lado, se congeló, sus músculos se tensaron y una chispa de pura furia se encendió en sus ojos azules.

—Te lo advierto, Drake. Déjala ir, o…

—Oh, pero ¿cuál es la prisa, Ash? —preguntó este mientras paseaba tranquilo hacia nosotros—. Nuestra pequeña June acaba de llegar. Y estoy seguro de que le encantará hacerte compañía en tu jaula. —Hizo una breve pausa, y la burla que acababa de brillar en sus ojos se convirtió en fría vigilancia—. ¿Sabes cuándo me di cuenta de que nunca te pondrías de nuestro lado, Ash? Cuando vi la foto que Sara-Lynn le hizo a June y luego envió. Nuestra pequeña June en ropa interior, y no tuviste ni una sola risa para sus pequeñas tetas. En lugar de eso, la miraste como si quisieras estrecharla entre

tus brazos y protegerla del resto del mundo. Fue entonces cuando supe que no estabas hecho para ser uno de nosotros.

Drake resopló con sorna mientras escupía en el suelo polvoriento. Ahora estaba a pocos pasos de mí, y lo único en lo que podía concentrarme era en la llave que colgaba de una cadena en su cuello.

La llave de la jaula de Ash.

La vi antes. Cuando Ash era un niño pequeño y por fin lo dejaron salir después de días sin que su magia estallara de forma incontrolable. Había anhelado este momento de liberación de forma muy parecida a como lo hacía ahora. Solo que esta vez tendría que luchar por ello.

—¿Qué es esto? —pregunté a Drake, logrando ocultar el temblor de mi voz—. ¿Tu pequeña venganza personal? Ash no puede ser el único que se ha vuelto contra ti. —Por no hablar de Jasper y Nate, pero mejor no tocarle las narices a Drake por su ausencia—. Entonces, ¿por qué las otras jaulas están vacías?

Drake rio con suavidad, un sonido áspero y satisfecho de sí mismo.

—Bien atenta, pequeña June. Los otros magos fénix están arriba, esperando que llegue la sacerdotisa del sol. Tendrán una última oportunidad de unirse a nosotros. ¡Pero nuestro Ash ha sido un niño travieso! Supongo que no se ha ganado esa oportunidad. —Su mano se disparó hacia delante y me agarró por la garganta, cerrando los dedos con fuerza alrededor de mi cuello mientras se inclinaba hacia mi oído—. En lugar de una última oportunidad, tendrá un último espectáculo. Verte morir —siseó amenazando por lo bajo.

Luché contra el miedo que quería invadirme en una ola salvaje.

—Te equivocas —grazné.

—¿Ah, sí? —Los ojos de Drake brillaron de peligro, mientras se inclinaba aún más hacia mí—. ¿En qué?

—Ya no soy la pequeña June.

Con un movimiento brusco, levanté la rodilla y la introduje entre sus piernas. Lanzó un grito de dolor. Sus manos alrededor de mi cuello se aflojaron un poco, lo suficiente para que pudiera liberarme de su férreo agarre. Aspiré con avidez el aire frío del sótano.

Pero Drake se había agarrado demasiado rápido. Me dio un fuerte empujón y me tambaleé hacia atrás. Mis omóplatos chocaron contra los barrotes metálicos de la jaula de Ash y una bola de fuego apareció en la mano de Drake.

—June, ¡cuidado!

Ash no estaba ni a un metro de mí, pero no podía ayudarme. Los barrotes estaban cubiertos de complicados hechizos elementales que bloqueaban su magia. La bola de fuego me golpeó en el hombro, quemándome la piel y la carne con una precisión brutal. Quería alcanzar la magia de mi interior, pero el dolor era tan agudo y repentino que no podía concentrarme en él. Drake se acercó a mi hombro herido y hundió el pulgar en la quemadura de una forma vengativa. Aplastante. Grité con el recorriéndome por dentro con sus lenguas cegadoras. Las piernas se me doblaron y por un segundo se me nublaron los ojos.

—¡Juniper! —La voz de Ash estaba ahora enloquecida por el pánico.

Le oía hacer sonar los barrotes detrás de mí. Drake se alzaba triunfante sobre mí, con su risa resonando en la bóveda del sótano, un eco extraño y maníaco que habría rivalizado incluso con el Joker de Heath Ledger.

—¡Vamos, June! Tienes que levantarte —me imploró Ash.

Y maldita sea, sí, iba a hacerlo, pero habría sido mucho más fácil si el dolor no me hubiera atenazado tan apabullante.

Ash extendió su mano a través de los barrotes y la entrelazó con la mía, en un intento desesperado de darme fuerzas. Pero era mucho más que eso: podía sentir cómo la magia empezaba a fluir entre nosotros. Esta vez se sentía diferente. Era como si Ash me estuviera dando su magia de fénix sin ningún impedimento. No tuve que concentrarme en nada, no tuve que dirigir la magia. Encontró su camino hacia mí y sentí que el fuego se encendía en mi interior, más caliente y poderoso que nunca.

Drake, que no se había dado cuenta, me miró y sonrió malicioso.

—¿Y bien? —preguntó burlándose—. ¿No hay más trucos en la tienda?

Le dediqué una fina sonrisa, a pesar del punzante dolor que sentía en el hombro.

—Sí —murmuré.

Levanté lentamente la mano al rojo vivo y, antes de que pudiera darme cuenta de lo que hacía, le lancé una bola de fuego.

LA CHICA ESTÁ LLENA DE SORPRESAS

Absorbí la magia del fénix de Ash. Y de algún modo conseguí usarla. Aturdida, miré mi mano, luego a Drake, y viceversa. La bola de fuego solo le rozó y chamuscó la manga de su camiseta. Pero bueno, para ser la primera vez que lanzaba una bola de fuego, el resultado no estaba nada mal.

—¿Qué demonios? —jadeó Drake, su expresión una paleta de colores de la sorpresa y el shock mientras se tambaleaba hacia atrás lejos de mí—. ¿Qué te pasa?

Su asombro parecía deberse menos al hecho de que pretendiera atacarle que a que fuera capaz de hacerlo con una bola de fuego. Y podía simpatizar con él. Yo tampoco lo vi venir.

Con los miembros temblorosos, pero con una nueva determinación, me puse en pie. Los dedos de Ash seguían entrelazados con los míos, sosteniéndome. Esperaba que Drake atacara de nuevo, pero siguió retrocediendo. Por miedo, pensé al principio, pero entonces una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡Qué valiente luchaste, pequeña June! Pero también te tengo reservada una sorpresa.

En un instante, formó una bola de fuego. Cada músculo de mi cuerpo se tensó, listo para cubrirme del calor mortal. Pero en lugar de lanzar la bola de fuego en contra mí, como esperaba, Drake la lanzó contra una vieja viga podrida del techo.

Se incendió en un instante. Las llamas consumieron la madera seca y vieja en segundos y se extendieron con rapidez, arrastrándose por el techo como criaturas vivas y hambrientas. Con un estruendo ensordecedor, la viga en llamas se vino abajo, formando una barrera entre Drake, la salida y yo.

Eso es demasiado rápido. Demasiado rápido.

Drake convirtió la bóveda del sótano en un infierno en llamas de un solo soplo. El fuego se abrió paso a lo largo de las vigas, alcanzó las estanterías y prendió fuego a siglos de conocimiento. Intenté comprender cómo pudo ocurrir. Entonces recordé el olor acre y ligeramente dulzón que me había llegado a la nariz al entrar en la cámara acorazada. Al principio no fui capaz de localizarlo, pero ahora sabía lo que era: alcohol. Drake debía de haberlo planeado todo. Nos había atrapado entre las llamas con un acelerante que avivaría el fuego.

El humo se introducía en mis pulmones y me hacía toser. El calor del fuego era insoportable. Ash y yo teníamos que salir de aquí ya.

Solo pude reconocer a penas a Drake a través de las llamas. Su silueta era borrosa, poco más que un borrón oscuro que se recortaba contra la luz parpadeante. Pero podía sentir que me observaba, podía sentir sus ojos clavados en mí, siguiendo cada una de mis reacciones. Quizá esperaba que cayera de rodillas y suplicara clemencia. Quizá quería regodearse en nuestro sufrimiento. Pero no le daría esa satisfacción.

Con rabia, cerré las manos en puños. Intenté concentrarme en la magia, en el poder del fénix de Drake, que ya había absorbido una vez. Pero no ocurrió nada. Mi cuerpo temblaba por el esfuerzo, gotas de sudor resaltaban en mi frente, pero no sentía magia, ni chispa, nada. Drake estaba demasiado lejos y yo estaba agotada. Necesité demasiada fuerza para absorber la magia del fénix de Ash.

Mi grito de frustración fue sustituido por otro ataque de tos que me obligó a tirarme al suelo. Cuando la tos por fin se calmó, Drake ya no estaba. El cobarde se fue, abandonándonos a nuestro cruel destino, encerrados en esta ardiente trampa mortal. Con un dolor punzante en el pecho, me volví para mirar a Ash, que miraba sombrío a las llamas.

—¡Tienes que salir de aquí! —me instó—. Intenta encontrar un camino a través del fuego.

Sacudí la cabeza.

—No sin ti.

—June, ¡escúchame!

Pero no quería escuchar. No quería oír que Ash estaba atrapado en esa maldita celda. Que no había salida para él. Desesperada, golpeé la puerta de su jaula, invocando mi magia elemental, esperando que pudiera hacer algo. Lancé una bola de fuego a la cerradura, luego otra, como si pudiera obligar a la dura e inamovible barrera a rendirse por pura fuerza de voluntad.

Tenía que haber algo que pudiera hacer. Cualquier cosa. ¿Para qué tenía mis nuevos poderes si no me ayudaban a salvar a Ash ahora?

—¡Basta, June! ¡Detente! Tienes que ponerte a salvo… Puede que consigas ayuda.

Ambos sabíamos que eso no era cierto. Tal vez pudiera atravesar las llamas con vida, pero no podría buscar ayuda después. El lugar estaba plagado de malvados magos fénix. Todo lo que tenía que hacer era toparme con uno de ellos y se acababa.

Pero había algo que podía hacer: podía devolverle a Ash sus poderes de Fénix, podía asegurarme de que sobreviviera a esto. Moriría entre las llamas, una y otra vez, pero se levantaría de nuevo, aguantaría hasta que el fuego se extinguiera para siempre. Era una idea cruel, pero era todo lo que nos quedaba.

Agarré la mano de Ash y me concentré en la magia de mi interior, intentando mostrarle el camino. Pero era como intentar atrapar un enjambre de mariposas con las manos desnudas: un movimiento y salían volando en todas direcciones.

—No funciona. ¿Por qué no funciona? —Mi voz estaba llena de pánico mientras buscaba dentro de mí y agarraba la magia que se me escapaba.

Una y otra vez.

—¡June, por favor! Quiero que te vayas ahora.

Ash se apartó de mi mano y dio un paso atrás de los barrotes. Se rendía. Podía verlo en sus ojos, su mirada blanda y resignada. No

creía que sobreviviría a esto. Lo único que le importaba ahora era salvarme la vida. Siempre fue así. Solo que yo no fui capaz de reconocerlo.

—Lo siento —susurré con la voz entrecortada.

—¿Qué?

—Que no miré detrás de la fachada. Que creí que todo lo que teníamos podía desmoronarse.

Tal vez las cosas habrían resultado diferentes si hubiera visto la intención detrás de la crueldad de Ash. Tal vez habríamos encontrado una manera de luchar contra Drake y los demás juntos. Tal vez…

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Una sola corrió por mi mejilla. Ash levantó la mano como si fuera a secármela, pero volvió a bajarla.

—¿Qué tengo que hacer para que te vayas? —preguntó con voz áspera y quebradiza, sin responder a mis palabras.

Sus ojos iban y venían entre las llamas y yo, que saltaban cada vez más alto. Pude ver el miedo en ellos. Miedo por mí.

—¿Hola? —Una extraña voz femenina. Al principio pensé que lo estaba imaginando, pero luego—: ¿Hay alguien aquí abajo?

Me di la vuelta. Una esperanza desesperada brotó dentro de mí, pero no me atreví a ceder a ella. Todavía no. Miré a través del humo acre con ojos ardientes. Dos figuras asomaban tenuemente a través del velo de llamas. Sus formas se balanceaban y temblaban en la danza salvaje del fuego, apenas distinguibles entre el infierno incandescente.

—¡Aquí! Estamos aquí —gritó Ash, agitando los brazos por lo alto.

—¡Ayúdennos! —Me uní a él y tuve que toser porque el humo me arañaba la garganta.

—Vamos, tenemos que hacer algo —instó a su compañero la mujer que estaba detrás de la cortina de fuego. Parecía joven, casi una niña, pero su determinación era inconfundible.

—¿Qué crees que intento hacer? —respondió una voz oscura, masculina y extrañamente tranquila en medio del caos. Era el sonido

de una persona que mantiene una visión de conjunto en una situación peligrosa.

Ash se acercó de nuevo a la puerta de la jaula. Vi en sus ojos el mismo brillo de esperanza que yo también sentía.

La mujer suspiró:

—No lo sé. Me parece que te quedas ahí parado. ¿No tienes algún tipo de hechizo que puedas usar?

—Si hubiese prestado más atención en mis lecciones, *señorita Goodwin*, sabría que nuestra magia sigue ciertas reglas. Puedo cambiar la consistencia del agua, no apagar incendios.

—Cuando lo dices así, suena de verdad patético.

Ash y yo nos miramos incrédulos. ¿En serio estaban discutiendo sobre sus poderes mágicos mientras nos asaban aquí dentro?

—¡Ey! Se está poniendo jodidamente caluroso aquí. ¿Qué tal si dejan su disputa marital para más tarde? —gritó Ash.

—Lo tendremos en un minuto —respondió la mujer. Luego la oí murmurar algo sobre que*, de todos modos, si el profesor…*

Los pasos se alejaron y, por un momento, solo oí el crepitar y rugir del fuego. Luego oí un rugido, el silbido del viento. Las llamas parpadearon salvajes y me apreté contra los barrotes de la jaula de Ash para escapar de ellas. Ash me rodeó con sus brazos como pudo y me abrazó con fuerza. Sus dedos se clavaron en mi piel, una promesa silenciosa de que no me soltaría. Cerré los ojos mientras rezaba para que no me devoraran las llamas.

Entonces algo frío tocó mi hombro desnudo con suavidad.

—¡June, mira!

Ash me soltó de su abrazo. Abrí los ojos con incredulidad, levanté la cabeza y miré los copos de nieve que bailaban a mi alrededor. Eran incontables. Se arremolinaban, desafiando al fuego y sofocando las llamas. Era un espectáculo surrealista. Una tormenta de nieve en pleno sótano de la Academia de Verano, sepultando el incendio que acababa de producirse.

Una chica de mi edad, con el cabello largo y castaño, caminaba hacia nosotros por la espesa capa de nieve. Estaba cubierta de nieve, como si acabara de revolcarse en ella. A su lado caminaba un hombre alto, de unos veinte años, con el cabello negro recogido en

una trenza. No hacían juego. Mientras que todo en él parecía inmaculado, ella parecía puro caos. Y mientras ella nos sonreía abierta y amistosamente, él parecía estar analizándonos con una mirada severa y vigilante, preparado para reaccionar ante cualquier amenaza.

—¡Siento haber tardado tanto! Primero tuvimos que buscar agua. Menos mal que tu sótano abovedado tiene un lavadero. Una bendición disfrazada, diría yo. Soy Mina y él es Ethan —explicó con una desenvoltura que la hizo simpática al instante.

Mina me tendió la mano y yo la cogí, un poco por sorpresa.

—Juniper —respondí y miré a su compañero, que se detuvo detrás de ella.

Ethan cruzó los brazos delante del pecho y se limitó a saludarme con la cabeza. Era evidente que no le importaban mucho los saludos amistosos.

—¿Por qué está tu amigo en una jaula, Juniper? —preguntó en su lugar, con un deje de sospecha en la voz.

—Larga historia —respondió Ash en mi lugar.

Se encogió de hombros con indiferencia y cruzó los brazos delante del pecho. Sus ojos se entrecerraron. Ethan y él mantuvieron un largo duelo de miradas hasta que Mina suspiró.

—Es muy difícil respirar en este aire cargado de testosterona. Sugiero que subamos y me cuentes qué ha pasado aquí. ¿Qué piensas, Juniper?

—Yo…

Insegura, miro a un lado y a otro entre Mina y las escaleras que llevaban arriba. ¿No había un enjambre de magos fénix ahí arriba? ¿Cómo consiguieron Mina y Ethan entrar aquí? ¿Y quiénes eran ellos?

—No son de la Academia de Otoño —dije. Eso era seguro.

—La nieve debería delatarnos —gruñó Ethan un poco impaciente, como si le estuviera haciendo perder el tiempo con mi observación.

Mina puso los ojos en blanco.

—No dejes que te inquiete. Le gusta jugar el papel del oscuro, melancólico…

—Academia de Invierno —la interrumpió Ethan, enarcando una ceja con Mina y una leve sonrisa en sus finos labios—. Somos de la Academia de Invierno. Y buscábamos al director Wilkins cuando olimos el humo.

—¿Así que no se encontraron con ningún mago fénix cuando llegaron? —pregunté incrédula.

¿Dónde estaban Drake y el profesor LeBlanc? ¿Dónde estaban los demás magos fénix implicados en la conspiración?

Mina sacudió la cabeza, con su largo cabello castaño revoloteando en el aire helado.

—La Academia está vacía, completamente desierta. Por eso nos imaginamos que algo debía haber pasado.

—La sacerdotisa del sol —me recordó Ash—. Drake dijo que estaban dando a los otros magos fénix una última oportunidad para unirse a ella. Tal vez la llevaron a algún lugar para reunirse con ellos.

Mina miró a Ash con el ceño fruncido y luego volvió a mirarme a mí.

—Ok, ¿qué está pasando aquí? —quiso saber.

SIEMPRE ESTOS INFLUENCERS

—Lo que necesitamos ahora es la llave de la celda de Ash —terminé mi informe—. Sin ella, no podemos salvar a los otros.

Mina y Ethan se miraron pensativos. Era evidente que se estaban dando cuenta poco a poco de la peligrosa y abstrusa historia en la que se metieron.

Contuve la respiración, esperando a que alguno de ellos dijera algo. ¿Nos ayudarían? Nos salvaron de un incendio bastante mortífero, sí, pero eso no significaba que estuvieran preparados para enfrentarse a una horda de magos fénix enloquecidos.

—De acuerdo —dijo Mina después de un rato—. Ya veo por qué deberíamos darles una patada en el culo a esos magos fénix. Y la sacerdotisa del sol tampoco parece una mujer muy agradable. ¿Pero por qué necesitamos a Ash para eso? No te ofendas, pero sacarte de esa jaula parece una tarea gigantesca ahora mismo —dijo, dirigiéndose ahora a Ash—. ¿Qué tal si te pones cómodo aquí un rato y…?

—Le necesitamos —insistí—. Ash es un mago fénix y un maldito buen luchador.

Ambas cosas eran ciertas, pero no eran las únicas razones. No podía soportar la idea de que Ash pasara más tiempo en la jaula que tantas pesadillas le provocó en su infancia.

Ash me cogió la mano a través de los barrotes y entrelazó sus dedos con los míos. Su pulgar acarició el dorso de mi mano con

ternura.

—Está bien, June. No me necesitas. Nunca me has necesitado —dijo con suavidad—. ¡Toma mis poderes y úsalos! Y luego dale una patada en el culo a Drake y a los demás.

—Yo diría que es un buen plan —coincidió Mina con un gesto de satisfacción—. Además, deberíamos liberar a las brujas y brujos. Necesitan algunos elementos más para hacer su magia, ¿verdad?

—Sí, pero solo somos tres —señalé.

Estaba muy bien que todos tuvieran tanta fe en mis nuevos poderes, pero si la Sacerdotisa del Sol de verdad viajaba hasta aquí, nuestras posibilidades no eran lo que dijéramos las mejores. Tampoco había oído nada sobre Eris y los luchadores de la Academia de Otoño. Podían aparecer en cualquier momento, pero hasta entonces solo quedábamos Mina, Ethan y yo.

—Eso no es cierto, somos seis —me corrigió una voz familiar.

Solté un grito de alivio cuando Amber apareció en la puerta de la cámara acorazada del sótano, Jasper y Nate a remolque.

—Siento haber tardado tanto —se disculpó—. Jasper tardó en encontrarnos. ¿Qué demonios…? ¿Han estado renovándose?

Los ojos de Amber se abrieron de par en par cuando vio la bóveda calcinada y el suelo cubierto de nieve. Del techo colgaban carámbanos que ya se estaban descongelando. Una gota de agua cayó sobre la punta de la nariz de Amber y puso tal cara de asombro que me reí sin querer. La abracé con fuerza, feliz de tener a mi mejor amiga de vuelta, antes de contarle todo lo que había pasado.

—¡Maldita sea! De haber sabido en qué lío te ibas a meter, nos habríamos venido enseguida en vez de seguir a Drake —dijo Jasper cuando terminé, con la conciencia culpable escrita en la cara.

—¿Siguieron a Drake? —pregunté sorprendida.

Amber asintió.

—Sí, cuando salió de la Academia. Supimos que encerraron a Ash en una de las jaulas. Y cuando le vimos con la llave alrededor del cuello…

—…pensamos que esto podría ser útil —Nate terminó su frase y levantó la llave triunfante.

—¡Son increíbles! —exclamé, y Amber sonrió satisfecha.

—Puedes decirlo en voz alta.

—Lo hice.

Así que ahora no tenía que ir a la batalla sin Ash a mi lado, después de todo.

Nate caminó hacia la jaula con la llave en la mano y la abrió. Ash salió, visiblemente aliviado por poder abandonar por fin su prisión. Los dos chicos se dieron palmaditas en la espalda en señal de camaradería.

—Me alegro de tenerte de vuelta, amigo —dijo Nate—. Espero que te hayas recuperado bien.

—¿Recuperado? —repetí con las cejas levantadas, preguntándome si Nate pasó por alto las ampollas de las quemaduras en el cuerpo de Ash. No eran discretas.

Pero Nate sonrió.

—Bueno, estuvo encerrado en tu cabeza durante días, lo que sin duda es mejor para el melancólico que estar atrapado en la suya. Así que yo llamaría a eso recuperación.

Ash puso los ojos en blanco.

—Claro. ¿Podemos volver a lo básico ahora? Tenemos una lista de tareas bastante larga.

Oh sí, teníamos eso y había alguien en la parte superior.

—¿Qué hicieron con Drake? —pregunté.

Jasper se acunó la cabeza.

—Digamos que recibió un golpe bastante fuerte en el cráneo y ahora está descansando un poco.

Bueno, un punto menos.

—No puedo decir que lo sienta —dije con desgana.

Amber me guiñó un ojo.

—No creo que ninguno de nosotros pueda.



Nos separamos. Amber, Mina y Ethan partieron a liberar a las brujas y hechiceros que creíamos que estaban en el comedor escolar. Ash, Nate, Jasper y yo fuimos en busca del profesor LeBlanc y los demás

magos fénix. Recorrimos la Academia, pero estaba —tal como Mina y Ethan dijeron— desierta. Se podría haber oído caer un alfiler en el silencio de los largos pasillos inundados por la luz del sol matutino.

Ash caminaba cerca de mí. Intentaba que no se le notara, pero las ampollas le estaban afectando. A veces, cuando pensaba que yo no me daría cuenta, se agarraba a la pared y respiraba hondo unas cuantas veces antes de continuar su camino. Yo sentía lo mismo. La herida del hombro me palpitaba de forma aguda y dolorosa, y nada me habría gustado más que ir a la sala de urgencias más cercana. Tenía que admitir que no era una buena señal cuando el enfrentamiento ni siquiera había empezado y ya estábamos luchando por mantenernos en pie. Pero, oye, nadie dijo que salvar el mundo fuera un paseo por el parque.

—¿Y el jardín? —sugirió Nate.

Se acercó a una de las ventanas y miró hacia el laberinto de árboles centenarios y densos arbustos que rodeaba la Academia.

Jasper asintió pensativo.

—¡Buena idea! Vamos a mirar allí.

Salimos de la villa y entramos en el jardín por la puerta de hierro forjado cubierta de hiedra. El alegre piar de los pájaros contrastaba de forma extraña con la tensión que sentía mientras caminábamos por el estrecho sendero de piedra.

—¿Y si…? —empecé, pero Ash me tendió el brazo, impidiéndome seguir hablando.

Sacudió la cabeza en tono de advertencia.

—Ya está —susurró.

Seguí su mirada hasta uno de los grandes magnolios. A la sombra de su denso follaje, a penas oculto por los arbustos circundantes y el espeso verde de los árboles, distinguí las siluetas del profesor LeBlanc y de un grupo de magos fénix. Estaban en cuatro filas. En la primera fila, algunos de los alumnos estaban arrodillados en el suelo, con las manos atadas a la espalda y la cabeza inclinada.

—¿Qué demonios?

Jasper se puso a cubierto detrás de un arbusto de rododendros y nos arrastró con él. Observamos juntos la escena.

—¿Qué crees que está pasando? —preguntó Nate.

—Parece que están esperando a que llegue la sacerdotisa del sol —conjeturó Ash. Se inclinó hacia delante para ver mejor—. Creo que abrirá un portal entre los mundos.

¿Un portal en medio del jardín de la Academia de Verano? La sola idea era aterradora. Como lo era el hecho de que tendría que enfrentarme de nuevo a esa mujer aterradora, de la que acababa de escapar. Y esta vez, escapar no era una opción. Esperaba no tener que volver a enfrentarme a la sacerdotisa del sol. Pero parecía que el destino tenía decidido otra cosa.

—Pensé que sería imposible abrir un portal en los terrenos de la Academia —susurré, luchando contra el pánico que crecía en mi interior.

—Porque hay hechizos que lo impiden —explicó Ash—. El profesor LeBlanc debe haberlos anulado.

Miré al profesor de *Magia elemental aplicada* en el que una vez creí. Iba de un lado a otro, revisando la ropa de sus alumnos como si estuviera preparando una visita de estado en lugar de enfrentarse al mal supremo. Se detuvo junto a Sara-Lynn y le puso la mano en el hombro. Me sorprendió encontrar a la ex de Ash entre los magos fénix atados. ¿Quién iba a pensar que ella, de todas las personas, resultaría ser la moralmente superior al final?

—¿Qué vamos a hacer ahora? —quise saber y miré nerviosa a mi alrededor.

—Espera y verás —dijo Ash—. Mientras la sacerdotisa del sol no aparezca, Sara-Lynn y los demás están a salvo por ahora. Y necesitamos refuerzos de las brujas y los hechiceros para destruir a los magos fénix.

Destruir.

La palabra me revolvió el estómago. Comprendí que teníamos que luchar y que algunos podrían morir en el proceso. Pero eran nuestros compañeros de clase. Vivimos juntos codo con codo durante años. Temblamos juntos durante las épocas de exámenes complicados; con quienes nos quejábamos entre todos de la comida insípida del comedor escolar, con quienes compartíamos la alegría de un periodo libre y con quienes permanecíamos unidos cuando

alguna que otra travesura salía mal y el profesor buscaba al culpable. No siempre fue fácil. Siempre hubo uno que otro problema entre magos y brujas fénix. Pero al final, logramos confiar los unos en los otros. O al menos eso creíamos…

—Tiene que haber otra forma —murmuré—. No podemos destruirlos a todos.

Ash me cogió la mano.

—*Tú* eres la otra opción, June. Puedes usar tu nuevo don y quitarles sus poderes.

—Pero son muchos —protesté.

Mi mirada se deslizó por todos los magos fénix que se habían vuelto contra la Academia. Eran al menos veinte o treinta. Demasiados. Muchos.

—Puedes hacerlo. Sé que puedes hacerlo.

Ash me apretó la mano. Su confianza en mí hizo que mi corazón latiera un poco más rápido. ¿De verdad podía hacerlo? ¿Era capaz de quitarles sus poderes? Y si era así, ¿por cuánto tiempo? ¿Volvería la magia a sus dueños? ¿Podría conservarlos o me destruiría? Aún sabía muy poco sobre mi nuevo poder.

Un suave silbido me sacó de mis pensamientos. Chispas crepitaron en el cielo mientras el aire empezaba a brillar ante nuestros ojos. Entonces se abrió un portal como una herida entre los mundos.

Observé cómo la sacerdotisa del sol entraba en el jardín de la Academia. Se movía con la gracia y la calma de un depredador, su piel dorada igual al olivo centelleaba a la luz del sol mientras sus tatuajes ardientes parecían parpadear en una hipnotizante danza de luces y sombras. Verla aquí, en nuestro mundo, sentir su poder extendiéndose en todas direcciones, fue un shock.

El profesor LeBlanc se inclinó reverente, y los demás magos fénix hicieron lo mismo. Incluso los prisioneros bajaron la mirada, incapaces de soportar el fuego que brillaba en los ojos de la sacerdotisa del sol. Le di crédito a Sara-Lynn por al menos intentarlo, antes de que inclinara también la cabeza.

La sacerdotisa del sol dio un paso adelante. Entrecerró los ojos y miró a los magos fénix atados.

—¿Los prisioneros, supongo? —preguntó sin saludar al profesor LeBlanc, con su voz grave y melódica teñida por el acento sureño que hacía que cada sílaba sonara amenazadora.

—Sí, mi sacerdotisa. —La confirmación del profesor LeBlanc no fue más que un eco susurrado en el aire de la mañana.

Abrió la boca para decir algo más, pero ella lo interrumpió con un gesto duro y se volvió hacia los prisioneros. Había una autoridad inquebrantable en su postura mientras recorría con vileza la hilera de magos fénix atados. Al final, se detuvo frente a una estudiante de secundaria y colocó sus delgados dedos bajo la temblorosa barbilla de la muchacha, obligándola a mirarla a los ojos.

—¿Cómo te llamas, hija mía?

Fue una silenciosa prueba de fuerza entre ellas que duró solo unos segundos, pero pareció una eternidad. Finalmente, la chica rompió el silencio.

—Aria —susurró con voz entrecortada.

—¿Y estás lista para unirte a nosotros, Aria?

El cuerpo de Aria se sacudía del miedo. Incluso desde nuestro escondido punto de observación, podía ver cómo sus hombros se crispaban por la tensión, podía sentir la batalla que se libraba en su interior. No quería unirse a la sacerdotisa del sol, pero tampoco quería morir. ¿Cómo decidiría yo en su lugar? ¿Defender mis creencias o hacer todo lo posible por escapar con vida? Era una elección terrible, una de la que habría preferido salvar a Aria.

—Sí —exhaló por fin, sonando tan rota que mi corazón sangró.

—Esa zorra hará lo que sea para conseguir más seguidores, ¿verdad? —gruñó Ash con amargura.

Parecía a punto de salir furioso y retorcerle el cuello a la sacerdotisa del sol. Pero teníamos que controlarnos y esperar refuerzos.

—Así son las cosas con los *influencers* —respondí con ligereza, aunque no me apetecía nada bromear.

Con un gesto casual de indiferencia, la sacerdotisa del sol soltó la barbilla de Aria. La muchacha se desplomó hacia delante. Los sollozos sacudieron su esbelto cuerpo y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Pero la sacerdotisa del sol no le prestó atención. Se

puso delante de la siguiente prisionera con la dignidad de una reina y la crueldad de un verdugo. Dos discípulos más fueron interrogados de la misma manera, y se unieron, sus voces apenas audibles mientras confirmaban su rendición.

Entonces le llegó el turno a Sara-Lynn. Levantó los ojos antes de que la sacerdotisa del sol pudiera adelantársele. Sentí que Ash se tensaba a mi lado y le puse la mano en el antebrazo con suavidad para calmarlo. No podía hacer nada precipitado ahora. No en esta situación. No cuando nos superaban en número.

—¿Cómo te llamas, hija mía?

El silencio siguió a la pregunta de la sacerdotisa del sol. El aire pareció temblar cuando Sara-Lynn se puso en pie a pesar de tener las manos atadas. Levantó la barbilla con orgullo, la mirada desafiante y retadora.

—Me llamo Sara-Lynn —anunció, con voz cortante y clara—, y no haré el diablo por unirme a usted.

UNA AUTÉNTICA FIESTA APOCALÍPTICA EN EL JARDÍN

Mi nombre es Sara-Lynn, y no haré el diablo para unirme a usted.

¿Esas fueron sus palabras? ¿De verdad lo dijo?

—Mierda, esa chica tiene cojones —gimió Jasper con una mezcla de agradecimiento y exasperación, expresando lo que todos pensábamos.

Ash tenía las manos cerradas en puños. Estaba listo para luchar. Listo para atacar y salvar a Sara-Lynn si la Sacerdotisa del Sol daba un paso en falso. Me concentré en mis nuevos poderes. La magia de la Sacerdotisa del Sol era palpable, irradiaba como el calor de un fuego abrasador. Pero, ¿era yo capaz de arrebatársela? ¿Podría controlarla? Una y otra vez intenté alcanzarla, pero se me escapaba, rápida y hábil.

Había un brillo fascinado en los ojos de la sacerdotisa del sol cuando su mirada se deslizó sobre Sara-Lynn.

—Me gustas, chica —dijo, y sonó casi aprobatorio—. Hay un fuego ardiendo dentro de ti. Lástima que tenga que apagarlo.

Sucedió muy deprisa. En un momento Sara-Lynn estaba erguida, orgullosa y valiente, símbolo de la resistencia, y al siguiente una bola de fuego le golpeó el pecho. Un chorro de llamas parpadeó en el cielo y donde antes estuvo Sara-Lynn, ahora solo había un montón de cenizas, cruel prueba del brutal poder que poseía la Sacerdotisa del Sol.

Un grito se agolpó en el fondo de mi garganta, pero antes de que pudiera soltarlo, la mano de Ash bajó sobre mi boca.

—Mago Fénix, ¿recuerdas? —susurró—. Ella se restaurará de nuevo. A menos que…

No terminó la frase, pero yo sabía lo que quiso decir: *A menos que la Sacerdotisa del Sol convoque a los elementos.* Ella era muy capaz de matar a Sara-Lynn.

—¡Tenemos que hacer algo! —urgí, incapaz de apartar los ojos del montón de ceniza que ya comenzaban a brillar de nuevo.

Con una respiración profunda que llenó mis pulmones hasta reventar, alcancé una vez más la magia de la sacerdotisa del sol. Fue como alcanzar un carbón incandescente, como tocar el mismísimo sol. Esta vez lo agarré, lo sentí palpitar en las yemas de mis dedos: un latido, firme e implacable. Su calor me abrasó la piel y me quemó hasta la médula. Apreté los labios para no gritar.

Su poder te destruirá.

El pensamiento me asaltó con repentina claridad. Me solté sin querer, dejando que la magia ardiente y salvaje de la sacerdotisa del sol se me escapara de las manos, como soltar un trozo de madera ardiendo que amenaza con abrasarte la piel.

La sacerdotisa del sol movió la cabeza en mi dirección. El corazón me dio un vuelco, latiendo salvaje e incontrolable en mi pecho, casi que intentando encontrar una salida. Por reflejo, me agaché tras el arbusto de rododendro, al abrigo de las flores púrpuras y las frondosas hojas verdes. Me ocultaban por completo, pero la sacerdotisa del sol parecía mirar a través de ellas.

—¿Crees que no puedo sentir la magia de mi piedra cuando la usas? Sal de ahí —exigió con un duro tono de mando.

Ash me agarró de la muñeca y sacudió la cabeza con violencia. No quería que me fuera, y estaba dispuesto a proteger mi vida con la suya, lo sabía. Pero esta era mi lucha. Y si Sara-Lynn era capaz de defender sus creencias, yo también podía.

Con suavidad, pero con firmeza, me separé de Ash y salí del refugio del arbusto de rododendros. Los ojos de la sacerdotisa del sol se clavaron en los míos con fuego. Le sostuve la mirada mientras caminaba hacia ella.

Paso a paso, paso a paso.

Ash estaba justo detrás de mí, su presencia era una sombra cálida a mi espalda, que no quería separarse de mi lado. Su cercanía me daba fuerzas.

La sacerdotisa del sol esperó a que me acercara. Toda su concentración estaba puesta en mí, a pesar de que Sara-Lynn volvía a levantarse con gritos agónicos y una llamarada que habría dado envidia a cualquier pirotécnico. La sacerdotisa del sol ni siquiera pestañeó: el resto del mundo no existiera en ese momento para ella, y eso era impresionante y aterrador al mismo tiempo.

—Tienes un poder del que no eres digna, muchacha. Pero, ¿cómo lo adquiriste? —preguntó acechante.

—Me tragué tu pendiente —respondí, encogiéndome de hombros como si todos los días desayunara rubí solar.

Los ojos de la sacerdotisa del sol se entrecerraron y sus pupilas se convirtieron en oscuras rendijas en un mar de oro llameante.

—El poder de la piedra debería haberte cambiado. Más que eso. Ya deberías estar muerta. Nadie excepto yo es rival para esta magia.

Bueno, ¡sorpresa! Al parecer era yo, le gustara o no.

Amasé las manos con nerviosismo y miré por el rabillo del ojo a mi izquierda, donde Sara-Lynn acababa de ponerse a salvo. Aún le saltaban chispas, las secuelas del proceso de resurrección.

—¿No tienes nada que decir? —tronó la sacerdotisa con tal arrebato de ira que me estremecí en respuesta.

—No lo sé —tartamudeé—. ¿Sientes que no esté muerta?

—Creo que la estás haciendo enfadar —susurró Ash detrás de mí. Parecía tenso, pero podía oír la leve sonrisa que se dibujaba en la comisura de sus labios.

—Pero yo no tengo la culpa de que la piedra no me matara —repliqué, dándome cuenta de que solo estaba empeorando las cosas.

La sacerdotisa del sol me miró con rabia y pude sentir el enorme poder que emanaba de ella, acumulándose sobre mí como una ominosa tormenta de calor. Respiré hondo, intentando ocultar mi miedo. No era el momento de ceder al temor que llevaba dentro. Ahora tenía que ser fuerte, por mí, por Ash y por todos mis amigos y

compañeros que se habían resistido con valentía a la tiranía de la Sacerdotisa del Sol.

—Aprenderás a conocer tu lugar, niña —amenazó la Sacerdotisa, y cada sílaba parecía imbuida de su poder puro—. Pero primero, recuperaré lo que es mío.

Sentí que se aferraba al poder del rubí solar dentro de mí con una voluntad de hierro. Era como si una mano invisible intentara llegar hasta mi pecho y sofocar la luz que latía en mi interior. Pero había conseguido controlar mi propia magia lo suficiente como para hacer retroceder la de la sacerdotisa del sol. Era una lucha de fuerza de voluntad contra fuerza de voluntad, un tira y afloja en el que cada centímetro se disputaba feroz.

Sus ojos se abrieron de sorpresa y furia al darse cuenta de que mi magia la desafiaba. Fue un triunfo que celebré en mi corazón, una victoria en una batalla que estaba lejos de ganarse.

—De una manera diferente entonces. —Las palabras de la sacerdotisa rasgaron el aire cálido como el ominoso siseo de una cobra real justo antes de su mordedura mortal.

Una bola de fuego apareció en su mano. Pero Ash reaccionó al instante, con su cuerpo como un relámpago de tendones, músculos y pura determinación. Me empujó a un lado y la bola de fuego pasó a toda velocidad junto a mí, tan cerca que pude sentir el calor. Aterrizamos en la hierba, él encima de mí, y por un breve instante recordé aquella fatídica pelea de entrenamiento en el jardín de la Academia donde Sara-Lynn envió la foto mía.

—¿Estás bien? —El aliento de Ash estalló cálido en mi mejilla, su torso desnudo a centímetros del mío, como para formar una barrera viviente entre yo y el peligro inminente.

—Creo que te olvidas de algo —respondí sin aliento y lo aparté de mí con suavidad, pero con firmeza—. Ahora soy yo quien tiene los poderes del fénix. Así que lárgate de aquí.

Ash me dio sus poderes cuando luché contra Drake en el sótano de la Academia, y era hora de usarlos por fin.

Mi decisión no se hizo esperar. Nate y Jasper corrieron hacia allí, seguidos de cerca por las brujas y hechiceros que habían sido liberados por Amber y los demás. Divisé a Ally entre ellos, que se

dispuso a deshacer los grilletes de los magos fénix atrapados. Algunos de los mayores la ayudaban mientras el profesor LeBlanc y el director Wilkins gritaban órdenes. Siempre los vi a los dos codo a codo, ahora se enfrentaban en una batalla que podía decidir entre la vida y la muerte.

El caos estalló, transformando el idílico jardín de la Academia en un campo de batalla. Las bolas de fuego volaban y el aire crepitaba con calor y magia pura mientras los magos fénix se lanzaban a la batalla. Lucharon con todo lo que tenían, mientras las brujas se angustiaban cada vez más. Ninguna quería invocar a los elementos, ninguna estaba dispuesta a matar a sus propios compañeros. Así que se abrieron paso sin su magia, con cruda determinación e implacable tenacidad. Era una batalla desigual, una batalla que quise evitar y en la que ahora estaba atrapada.

Mina y Ethan, que poco después se unieron a Amber en la refriega, hicieron todo lo posible por ayudar a los estudiantes de la Academia, pero estaba claro que estaban fuera de su elemento. No había agua que pudieran convertir en nieve, e incluso así habrían tenido pocas posibilidades contra los magos fénix.

—Si hubiera sabido que iba a hacer tanto calor en la Academia de Verano, habría metido en la maleta un extintor —oí gritar a Mina a Ethan mientras esquivaba una bola de fuego en el último momento, gracias a su ayuda.

—La falta de habilidad no excusa la falta de concentración —replicó en tono de reproche.

—Sí, profesor.

Le sacó la lengua y no pude evitar pensar en lo extraña que era su pareja. Pero quizás Ash y yo en las mismas.

Ash se había enfrentado a tres magos fénix al mismo tiempo. El maldito tipo simplemente arrojó la cautela al viento. A pesar de sus quemaduras y su falta de poderes de fénix, se movía con sorprendente rapidez y habilidad. Lancé una bola de fuego contra uno de sus atacantes, que intentaba acercarse a él por la espalda. Durante un breve instante que pareció una eternidad, los ojos de Ash y los míos se cruzaron en el campo de batalla, y él me asintió agradecido.

—Esto es por mi mala nota en el último examen. Y esto es por el castigo. —Jasper y Nate hicieron trabajar al profesor LeBlanc con bolas de fuego. Ante los vítores de la señorita Barnes, que parecía más estar viendo un partido de béisbol que una batalla, lo empujaron cada vez más a la defensiva. Pero era claro que subestimaron al profesor de *Magia elemental aplicada*. Con un movimiento rápido y preciso, lanzó una bola de fuego. Cuando Nate recibió el impacto en el pecho y quedó reducido a cenizas, me tapé la boca con las manos para no gritar. El dulce aroma de los magnolios se mezclaba con el olor a carne quemada.

Mago Fénix, me recordé a mí misma. *Se levantará de nuevo.*

Pero la visión de las cenizas de Nate uniéndose al viento y arremolinándose en el aire seguía siendo impactante. Y no fue el único. Vi a Sara-Lynn estallar en llamas una vez más, con su mirada de rabia orgullosa justo antes de convertirse en cenizas. Algunas de las brujas se agachaban heridas en el suelo, con los rostros contorsionados por el dolor y los cuerpos marcados por la sangre y la suciedad. La voz sonora del director Wilkins resonó en el campo de batalla, gritando órdenes para poner a salvo a los heridos. ¿Cuánto tiempo más aguantaríamos? ¿Y cuánto nos costaría? ¿Cuántas vidas? ¿Cuántas lágrimas?

Con los labios apretados, mi mirada vagó por el campo de batalla, buscando la causa de todo este sufrimiento. La mujer que dividió la Academia en dos bandos hostiles, que había sumido nuestro mundo en el caos. La Sacerdotisa del Sol estaba de pie en medio de la lucha, con su cuerpo como un pilar de fuerza y firmeza. Tenía los ojos cerrados y murmuraba palabras que me resultaban familiares.

¡Terra, te invoco!

¡Aqua, te invoco!

¡Aire, te invoco!

¡Ignis, te invoco!

Me invadió el horror. La sacerdotisa del sol estaba invocando a los elementos. Y si lo lograba, todos los magos fénix que no se pusieran a salvo a tiempo morirían. La horrible visión de cuerpos calcinados por la violencia que desataba pasó por mi mente. Tal vez

ni siquiera le importaba matar a sus nuevos seguidores en el proceso. Esta mujer estaba loca. Haría cualquier cosa para asegurar su poder. Y si tenía que matar a un grupo de magos fénix para conquistar la Academia, lo haría. Sin dudarlo y sin piedad.

Eso no podía pasar. Tenía que detenerlos. Sin importar el costo.

Cerré los ojos y volví a concentrarme en el calor de su magia. Esta vez estaba preparada para el dolor abrasador que sentiría cuando la agarrara. Arañé con fuerza, forzando mi voluntad sobre la energía salvaje y bruta, obligándola a darme lo que quería: un fuego que ardía con más intensidad que cualquier otra cosa. Un poder centenario que nada ni nadie había conquistado jamás.

Ven a mí, formé las palabras en mi mente. *¡Ven!*

Funcionó. Podía sentir la magia respondiendo a mi llamada. Un chillido furioso que apenas sonaba humano rasgó el campo de batalla. Parpadeando, vi a la sacerdotisa del sol arrodillada en el suelo. Se retorcía mientras una luz dorada emanaba de ella. Jadeé cuando la luz irrumpió en mí con la fuerza de la explosión de un sol. El poder me recorrió las venas y el calor de la magia hizo arder mi cuerpo.

El agotamiento amenazaba con tirarme al suelo, las piernas me temblaban bajo el dolor abrasador. Pero Ash estaba de repente a mi lado, rodeándome la cintura con un brazo, su cuerpo cálido y familiar contra el mío, un ancla en medio del caos.

—¡June! —gimió, respirando con dificultad—. Juniper.

Mi cuerpo se arqueó hacia atrás y grité mientras el dolor atravesaba cada fibra de mi ser. El poder del rubí solar me penetró. Estaba en todas partes y yo no era rival para él. Mi cuerpo empezó a retorcerse de forma incontrolable. Me aferré a Ash, intentando encontrar algún lugar al que aferrarme, mientras el mundo a mi alrededor se veía envuelto en brillantes destellos de luz.

—¡Tienes que dejarlo ir, June! —oí decir a Ash, con voz desesperada y áspera—. Es demasiado. Te va a matar.

Vagamente sentí que se hundía en el suelo conmigo. Que sus dedos acariciaban mis mejillas húmedas. ¿Estaba llorando o eran sus lágrimas?

Solo un poco más. Solo tengo que aguantar un poco más, intenté decirme a mí misma, aunque me daba cuenta de que Ash tenía razón: era demasiado. La magia me mataría.

—¡Debes cortar la conexión entre tú y la sacerdotisa! ¡Ahora! ¡Hazlo! —Ash suplicó.

Su pánico me penetró a través de un velo. El dolor que me abrasaba el cuerpo era tan envolvente que no podía pensar en otra cosa.

Me dolió. Dolió horrores.

—June, estoy contigo. Puedes hacerlo.

Por última vez, me obligué a abrir los ojos. Me obligué a mirar a Ash a través del velo de dolor y lágrimas. Para decirle lo que siempre quise decirle, pero que nunca tuve el valor para hacerlo.

—Te amo.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, con sabor a sal y a verdad, antes de ser engullidas por la luz blanca, centelleante y deslumbrante que lo envolvía todo a mi alrededor.

NO HAY NADA QUE EL CHOCOLATE NO PUEDA CURAR

—Yo también te amo.

—¿Qué?

Aturdida, parpadeé, abrí los ojos y miré a mi alrededor. Estaba en la enfermería de la Academia, como me indicaban las paredes con paneles, el estrecho catre y el antiguo botiquín. El olor a madera vieja se mezclaba con el penetrante olor a desinfectante que flotaba en el aire y que casi podía saborear.

Ash estaba sentado junto a mi cama, con una expresión de preocupación y alivio. Se puso una camiseta gris que solo dejaba entrever lo que había debajo: las horribles quemaduras que Drake le infringió. Pero incluso ahora parecía bastante maltrecho. Su cabello rubio plateado caía enmarañado y sus muñecas mostraban las marcas rojas de las cadenas que Drake utilizó para atarlo durante su tortura. Las últimas horas dejaron su huella. Pero estaba vivo, estábamos vivos, y eso era lo único que importaba.

—Yo también te amo —repitió Ash con una leve sonrisa—. Y he estado esperando seis horas y media para poder decírtelo por fin. Bueno, si queremos ser precisos, desde hace dos años.

El calor subió por mis mejillas ante sus palabras. Siempre había soñado con ellas, pero nunca creí que llegaría a oírlas de su boca. Avergonzada, bajé los ojos a mi edredón y ordené las sábanas.

—¿Entonces no estoy muerta? —pregunté medio en broma, con una leve sonrisa en los labios que ocultaba mi incertidumbre ante

sus palabras.

Ash resopló divertido e hizo un gesto de barrido con la mano que incluyó el suelo de linóleo gris y las descoloridas cortinas, antes amarillas.

—¿Esto te parece el cielo?

Bueno, Ash estaba allí y acababa de decirme que me quería. Pero mi estómago gruñía de hambre y lo tomé como una señal inequívoca de que seguía viva.

—¿Hemos derrotado a la sacerdotisa del sol? —quise saber.

Escuché mi interior para ver si aún sentía su poder, pero parecía haberse retirado de mi cuerpo. El calor abrasador ya no estaba, aunque aún sentía las entrañas doloridas y en carne viva. La quemadura que Drake me infringió en el hombro palpitaba a un ritmo regular y sordo.

Ash me miró pensativo, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—Yo diría que conseguiste ponerla en fuga. Cuando perdiste el conocimiento, la conexión entre las dos se cortó y ella escapó a través de un portal. Por cierto, también me devolviste mis poderes de fénix al mismo tiempo.

Ser puesto en fuga no era tan bueno como *ser derrotada*, pero dadas las circunstancias no iba a quejarme. Después de todo, la ahuyentamos. Y en cuanto a los poderes de fénix de Ash: eran útiles, pero estaban mejor con él. Lo de la bola de fuego y la resurrección no era lo mío.

—¿Y la Academia? —pregunté.

—Nos pertenece de nuevo —confirmó, con un rastro de alivio en la voz—. Algunos de los magos fénix escaparon por el portal con la sacerdotisa del sol, y hemos encerrado al resto en las jaulas del sótano. Drake y el profesor LeBlanc están entre ellos. El director Wilkins aún está pensando qué hacer con ellos ahora.

Era una buena pregunta y me alegré de no tener que responderla.

—Hemos salvado la Academia —murmuré, todavía un poco incrédula.

—Nosotros no. Tú —me corrigió, mirándome, con sus ojos azul hielo llenos de orgullo—. ¡Lo que hiciste fue impresionante!

—¡Oh, estuviste fenomenal! —Amber entró por la puerta, con toda una colección de dulces en las manos. Estaba radiante—. Y deberías haber visto a la sacerdotisa del sol huyendo. Se tambaleó como un pavo bolo.

—¿Un pavo qué…?

Me reí ante la idea y Amber asintió con entusiasmo.

—Sí. Es una pena que te perdieras todo el espectáculo. Pero en serio necesitas recuperarte pronto y disfrutar de tu gloria. Los otros estudiantes te están celebrando como a una heroína.

—Ahí está ella también.

Ash me cogió la mano y entrelazó sus dedos con los míos. Su pulgar acarició el dorso de mi mano. El tacto era nuevo y excitante, aunque familiar. Sentí un suave cosquilleo en todo el cuerpo.

La mirada de Amber iba y venía entre Ash y yo. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en la comisura de sus labios.

—En realidad, no quería molestarte. Pensé que te vendrían bien. —Descargó la pila de dulces a los pies de mi cama y me guiñó un ojo—. No hay nada que el chocolate no pueda curar.

—¡Tú eres mi salvación!

Solté la mano de Ash y me abalancé con avidez sobre un paquete de galletas *Oreo* que había encima.

Ash me observó divertido.

—Yo tampoco quiero interrumpir. Parece que los *Oreo* y tú necesitan un poco de tiempo para ustedes.

Mi protesta quedó amortiguada por la cantidad de galletas que me metí en la boca. Ash se inclinó y me dio un beso en la sien.

—¡Descansa un poco! —susurró.

—Pero…

—Tenemos planes, así que asegúrate de ponerte en forma cuanto antes.

—¿Planes? —repetí curiosa.

—Una cita. —Sonrió y en sus ojos brilló una promesa que me hizo sentir un agradable escalofrío.

Antes de que pudiera preguntarle a Ash de qué estaba hablando, ya había salido por la puerta. Amber seguía de pie a los pies de mi

cama. Me miraba con una sonrisa que no podía ser más pícara, con los brazos cruzados delante del pecho.

—Ash Westwick, entonces —dijo, estirándose y moviendo las cejas.

Abrí un paquete de *M&M* y me metí media docena en la boca para evitar responder. Pero la mirada curiosa de Amber seguía clavada en mí.

—Déjame adivinar: estás en contra —murmuré.

Amber vaciló, luego se sentó a mi lado en la cama y metió la mano en *mi* bolsa de *M*&M.

—No me malinterpretes: si ese tipo vuelve a romperte el corazón, le romperé las piernas. Pero tenía sus razones para hacer lo que hizo. Y ha estado sentado junto a tu cama las últimas horas, velando por ti. Dudo que hubiera hecho eso si no se preocupara por ti. Además, es *el maldito Ash Westwick*. ¡No puedo creer que ahora vayas con el enamorado de la escuela, Juniper!

Me retorcí un poco incómoda.

—No estamos saliendo. Solo vamos a tener una cita.

—Claro —resopló—. Y los unicornios no son más que caballos rosas con cuernos y pelo de arco iris.

—No sabía que fueras una experta en criaturas míticas —respondí con una sonrisa.

Mi amiga asintió con entusiasmo.

—¡Oh, pero claro que sí! Tengo mucha experiencia con los magos fénix en particular, y puedo decirte que ese en especial está loco por ti.

Sacudí la cabeza, riendo.

—Tonta.

—Sí. Pero te traje chocolate.

—Lo hiciste, y por eso eres la mejor amiga del mundo.

~

—Shh. ¡June!

Abrí los ojos y vi a Ash de pie junto a mi cama. Su silueta destacaba oscura contra la luz plateada de la luna que brillaba a través de la ventana de mi habitación de hospital. Debía de ser bien entrada la noche. Levanté la cabeza soñolienta.

—¿Qué haces aquí?

—Te recojo. —Aunque su cara estaba en la sombra, pude ver la sonrisa—. Tenemos una cita, ¿recuerdas?

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

Me levanté con un gemido. La pelea solo me había causado algunas heridas, pero aún así me sentía agotada. Después de todo, no todos los días te metías en una pelea con la sacerdotisa del sol, aunque pareciera que se estaba convirtiendo en una costumbre.

—Podrías haber dicho algo —me quejé sin entusiasmo mientras echaba hacia atrás el edredón—. Al menos así podría haberme puesto algo sensato.

Todavía llevaba puesto el camisón de flores con el que me desperté en la enfermería, y no tenía nada de sexy. Se me pegaba al cuerpo como un saco de patatas y me daba un aire de abuela.

Ash me escrutó y luego se encogió de hombros.

—No te molestes. Por mí puedes ir desnuda.

—¿Ah, sí? Dame el pantalón de chándal y la camiseta —le ordené y agradecí que las sombras ocultaran mis mejillas rojas.

Ash me entregó las cosas, pero no hizo ningún movimiento para darse la vuelta.

—¿Quieres…? —Hice un gesto inequívoco para que me diera la espalda.

—Lástima. —Una sonrisa sensual bailó alrededor de sus labios mientras daba un paso hacia mí. Cuando acercó su boca a mi oído, pude sentir su cálido aliento. Su voz era un susurro ronco—. Cuando aún estaba en tu cabeza, no te importaba que te observara. Y me gustó lo que vi.

¡Oh, Dios!

Mi corazón tropezó con sus palabras y un repentino cosquilleo se extendió por mi estómago. Mi respiración se hizo entrecortada al pensar en cómo me había desnudado delante de Ash, que en aquel

momento me pareció una ilusión. A estas alturas mi cabeza probablemente estaba de un rojo intenso, ni siquiera la oscuridad podía ocultarlo.

—Te estaré esperando fuera —dijo, sonando tan inocente como si no acabara de cortarme la tez al rojo fuego—. ¡Hazme saber si necesitas ayuda!

Desde luego, no necesitaría que me echaran una mano. Aunque estaba tan nerviosa que primero me metí en la pernera equivocada del pantalón y casi me siento sobre mi trasero.

Cuando por fin salí de la habitación, Ash estaba apoyado en la pared junto a la puerta, con sus fuertes brazos cruzados delante de su musculoso pecho.

—¡Bonito conjunto! —comentó con una sonrisa pícara y me guiñó un ojo.

—¡Cállate! —gruñí.

—Sabes que no estoy en condiciones de hacerlo. Pero lo intentaré por ti.

Señaló las escaleras que conducían al piso superior y se puso en marcha. Sus pasos crujían en los peldaños de madera. Sacudí la cabeza para serenarme y le seguí.

Me quedé sin aliento en el segundo piso. Al parecer, la pelea y mis habilidades mágicas para aspirar me estaban pasando más factura de lo que pensaba.

—¿Hasta dónde queremos llegar? —pregunté jadeando.

—Hasta la cima. ¡Vamos, te llevaré!

Ash me llevó a caballito y, por una vez, le dejé —quizá solo porque estaba tan sin aliento que no podía discutir—. Cuando llegamos arriba, Ash me bajó y abrió una ventana que daba al tejado de la Academia.

—Ya casi estamos —prometió.

—¿Qué queremos aquí arriba?

Curiosa, saqué la cabeza por la claraboya inclinada y miré a mi alrededor. El viento nocturno me revolvió el cabello con suavidad. A la luz de la luna, reconocí una manta y cojines, una bolsa de patatas fritas y un paquete de uvas. Las luces de té parpadeaban en el

canalón. Su tenue luz proyectaba sombras danzantes sobre el tejado.

—Observando las estrellas —respondió Ash a mi pregunta. Su cabeza apareció junto a la mía, con una pequeña sonrisa nerviosa en los labios, revelando que no estaba ni de lejos tan confiado como acababa de estar—. En realidad, pensaba llevarte al jardín, pero está bastante estropeado después de la pelea y no quería revivir ningún recuerdo desagradable.

—Solo los buenas —susurré, sintiendo que se me humedecían los ojos al recordar nuestro primer beso incómodo, dos años atrás.

—Sí, solo los bonitos —confirmó y me puso una mano en la mejilla. Con el pulgar, apartó una lágrima que ni siquiera me di cuenta de que había llorado—. Pero esta vez lo haré mejor. Incluso me he aprendido los dibujos de las estrellas. Mira, ese es el osito menor.

Señaló el cielo nocturno, que se extendía sobre nosotros como una sábana oscura. Seguí su dedo, incliné la cabeza hacia atrás e intenté seguir los contornos del pequeño oso. La cercanía de Ash, su calor, su olor a madera de cedro y a noches templadas de verano me mareaban.

Me aclaré la garganta y señalé otra constelación.

—¿Y esa?

—El león.

—¿Y dónde está la June bailarina? —quise saber.

—No es difícil. —El aliento de Ash rozó mi mejilla—. Ella es la que más brilla de todas… y está justo delante de mí.

Le miré a los ojos, brillantes y azules como el hielo, que parecían tan infinitos igualando el cielo que nos cubría. Me acarició el labio inferior con el pulgar, trazando la forma de mi boca; su tacto era tan nuevo y excitante, y a la vez tan familiar.

—June —me dijo. Su voz era apenas un susurro, sus ojos me sostenían la mirada.

—¿Sí?

—Mi June.

Me acercó. Sus labios encontraron los míos para un beso íntimo. Y, de repente, ya no importaba si podíamos continuar donde lo

habíamos dejado dos años atrás. Porque sabía que no necesitábamos los viejos recuerdos para crear otros nuevos.

QUIÉN RÍE EL ÚLTIMO

Estaba soñando. Con hojas que surcaban el aire y se marchitaban al caer. Con fuego azul que llovía del cielo. Y de hielo y nieve que se colaban por las grietas de un mundo ajeno al de los humanos.

Cuando me desperté, todavía estaba oscuro. Podía sentir el cuerpo de Ash a mi lado. Llevaba una semana y media colándose en mi habitación por las noches. Veíamos películas juntos, nos leíamos libros, nos besábamos y nos quedábamos dormidos uno al lado del otro. A veces su cercanía me volvía loca porque quería más, pero Ash insistía en tomarse las cosas con calma. Quizá porque quería estar seguro de que yo confiaba plenamente en él cuando diéramos el paso definitivo.

Me senté en la cama y miré el móvil. Eran las dos de la madrugada y aún no había recibido ningún mensaje de mi prima Eris. La Academia de Otoño no había acudido en nuestra ayuda en la batalla y perdí todo contacto con ellos desde entonces. El director Wilkins prometió enviar a alguien para comprobar cómo iban las cosas, pero como todo se volvió un caos después de la batalla y los magos fénix seguían buscando a los traidores entre sus propias filas, aún no había sucedido. Estaba preocupada. Muy preocupada. Y los sueños que me estaban persiguiendo durante las últimas noches no ayudaban a calmarme.

Como no quería despertar a Ash, me despegué de las sábanas. Me puse un cárdigan fino sobre el pijama, me arrastré hasta la

puerta descalza y salí al pasillo.

En la quietud de la noche, los pasillos de la Academia parecían un laberinto de sombras y recuerdos. El silencio tenía una melodía propia, y me acompañó mientras vagaba sin rumbo hasta que llegué a la biblioteca. La gran puerta de madera ornamentada solo estaba entreabierta. Detrás ardía una luz que proyectaba un cálido resplandor sobre el oscuro suelo de madera del pasillo.

Empujé la puerta con cuidado y entré en la habitación, que olía a papel viejo y tinta. Mina estaba sentada ante un escritorio. Estaba inclinada sobre un libro a la luz de una lámpara de lectura. Su cabello castaño le caía delante de la cara como una cortina. Al oír mis pasos, levantó la vista y se bajó apurada las mangas de la sudadera.

—Lo siento, no quería interrumpir —dije en voz baja para no desconcentrarla.

—No interrumpes nada —respondió con una sonrisa amable y cerró el libro que estaba leyendo—. ¿Tú tampoco puedes dormir?

—Sueño… cosas —admití vacilante.

Aún no le había hablado a nadie de mis sueños, ni siquiera a Ash. Ya teníamos suficientes problemas con los que lidiar en la Academia de Verano. ¿Qué importaban unos sueños extraños? No quería que Ash se preocupara por ello. Preguntándose si todo estaba bien conmigo.

Mina se inclinó hacia delante en su silla con interés.

—¿Qué tipo de cosas?

—Ni idea. Hojas que se marchitan al caer. Fuego azul. Cosas confusas.

Lo ignoré como si mis sueños fueran insignificantes, pero Mina palideció.

—Hielo y nieve, arrastrándose por las grietas de un mundo extraño hasta el de los humanos —murmuró en voz tan baja que apenas pude entenderla.

Sus palabras me hicieron respirar entrecortadamente, me crisparon las entrañas.

—¿Tú también tienes estos sueños? —respiré sin voz.

Mina asintió antes de volver a centrar su atención en su libro. Pero no lo abrió, solo se sentó frente a él y se quedó mirando la portada como si estuviera lejos, en otro mundo, igual de confuso e inquietante que mis sueños.

—¿Crees que los sueños significan algo? —susurré, mis palabras entretejiéndose en las pesadas sombras de la biblioteca.

—Tú eres el guardián del fuego y yo soy el heredero de la piedra lunar. —Miró a lo lejos, ensimismada, y sonrió al notar mi mirada confusa. Era la primera vez que oía hablar de la Heredera de la Piedra Lunar—. Es una larga historia. Pero supongo que no puede ser una coincidencia.

No. Yo tampoco creía eso. Al igual que no creía que Eris y la Academia de Otoño solo nos dejaron abandonados. Algo se estaba gestando, y Mina y yo estábamos en el centro de ello.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Vamos a dormir. Es medianoche.

La respuesta no era la que yo buscaba, pero tuve la sensación de que estaba tan perpleja como yo. Juntas volvimos a nuestras habitaciones. Nuestros pasos resonaban en los silenciosos pasillos. Frente a su puerta, se detuvo una vez más y se volvió hacia mí.

—No te preocupes demasiado, Juniper. Los problemas nos encontrarán, los busquemos o no.

Hice una mueca.

—Eso es lo que me preocupa.

Mina agitó la mano, con una expresión de serenidad y fortaleza en el rostro.

—Estoy segura de que todo irá bien. Tenemos tanta gente maravillosa a nuestro lado para apoyarnos. Y dos grandes hombres que atravesarían el fuego y el hielo por nosotras. Todo tiene que salir bien.

Nos deseamos una noche sin sueños y me metí de nuevo en la cama con Ash. Las últimas palabras de Mina aún zumbaron en la cabeza. Cerré los ojos y me acurruqué contra el cuerpo cálido y musculoso de Ash, disfrutando conscientemente de cada una de sus respiraciones. Los dos últimos años me habían demostrado lo valioso

que era este momento y lo rápido que podía acabarse. Pero también me demostró que merecía la pena luchar por él. Y lo haría. Por Ash. Por todos los que me importaban.

Los problemas me encontrarían sin hacer ruido. Esta vez no bajaría la cabeza y esperaría que pasara de largo. Me reiría en su cara.

FIN